Todo era frío... hasta que ella cambió las reglas.

Una Jugada Inesperada

Corazones en juego I



EDINE MULL

Una jugada

inesperada

Edine Mull

Nombre bilogía: Una jugada inesperada

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Edine Mull

Primera edición julio de 2025

Corrección: Virginia de Novoa Damiá

Maquetación: Tania Huelga Bardo

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Safe Creative: 2504291609136

Puedes encontrarme en:



Nota de la autora

Una jugada inesperada es la primera entrega de la serie Corazones en juego, protagonizada por Nathan Prescott y Jordan Callahan. Su historia de amor se cierra en este libro, aunque ambos seguirán apareciendo como personajes secundarios en las siguientes entregas, donde conoceremos las historias de sus amigos en el apasionante mundo del hockey.

Algunos pasajes de esta novela pueden resultar incómodos o sensibles. Recomiendo al lector que la lea bajo su propio criterio.
Este libro contiene contenido sexual explícito, temáticas adultas, detonantes emocionales, acoso escolar y discriminación por orientación sexual, especialmente dentro del ámbito deportivo.

Muchas gracias por acompañarme en esta aventura.

Para quienes sufrieron acoso, crecieron bajo la presión de tener que llegar lejos o no pudieron mostrarse tal y como eran; hoy sois más fuertes, más libres y más invencibles.

«Ser tú mismo es lo único que realmente importa. Si intentas ser alguien más, estarás desperdiciando a la persona que eres».

Kurt Cobain

Capítulo 1

JORDAN

Recorrer esos pasillos otra vez fue como arrancar la costra de una vieja herida. Las taquillas seguían ahí, alineadas como siempre, y el aire aún llevaba esa mezcla familiar: perfumes baratos, el papel de los libros y, en algún rincón, el rastro de tiza olvidada. Todo estaba como lo recordaba, sin embargo, nada era igual.

Ese había sido el lugar donde solíamos reunirnos después de cada clase, cuchicheando entre libros mientras nos preparábamos para la siguiente asignatura. En ese momento, no tenía ni idea de lo feliz que era. Lo entendí después, cuando esos días se convirtieron solo en recuerdos.

Mi padre, además de ser el director, también era profesor de Literatura. Al principio pensé que eso sería un problema, pero nunca lo fue. Aunque era exigente, tenía una forma especial de ganarse a todos. Sabía exactamente qué decir para levantar el ánimo, dar confianza. Todavía podía escuchar su voz diciéndome: «Tú puedes, solo inténtalo». A veces me preguntaba si él alguna vez había dudado de algo, porque nunca me lo dejó ver.

Ese día, caminar por los pasillos fue extraño. Cada paso parecía más lento, como si el peso de todo lo que había sucedido me frenara. El aire que antes respiraba con facilidad ahora me resultaba denso, como si me apretara el pecho.

Seis años habían pasado desde el accidente. Seis años desde que todo cambió. La mayoría de los días estaba bien, pero cuando el vacío volvía, me dolía como al principio.

Me paré frente a la puerta que antes era su despacho. Mi respiración se aceleró. No fue fácil dar esos golpes, sin embargo lo hice, suavemente.

Peter me recibió con ese abrazo suyo que siempre conseguía calmarlo todo. Tenía esa forma de ser: cálido, amable, de los que te hacen sentir en casa con solo una sonrisa. Después del accidente, los Hughes pasaron a ser mi segunda familia. Susan me acogió

como si fuera su propia hija, y Caden…, bueno, Caden fue algo más. Más que un hermano, más que un mejor amigo. Era mi persona favorita en el mundo.

A pesar de los caminos distintos que tomamos —él, dos años mayor, brillando como defensa en el equipo profesional de hockey de Seattle, y yo siguiendo mi carrera en la universidad—, nunca dejamos que la distancia se interpusiera. Siempre encontrábamos la manera de seguir presentes en la vida del otro, aunque solo fuera con un mensaje diario, una llamada fugaz o un meme a deshora.

Peter me hizo pasar y cerró la puerta tras de mí. Al cruzar el umbral, sentí como si el tiempo se hubiera detenido. Todo estaba exactamente como lo había dejado mi padre. El aire, los muebles, incluso el silencio, todo guardaba un pedazo de él.

—Toma asiento, Jordan. —Señaló el sofá a su lado, lejos de la formalidad de su escritorio—. Si estás aquí, después de tantos años sin pisar este lugar, debe ser algo serio.

No perdí el tiempo. Solté un dosier con papeles sobre la mesita que nos separaba y me dejé caer en el asiento.

—Estoy desesperada. Hoy tuve la reunión con el decano por mis prácticas, ¡y la universidad me manda fuera de Seattle, del país! ¿Cómo es posible? Tiene que haber algo que pueda hacer para detener esto.

Peter suspiró y me tomó la mano con suavidad.

—Cálmate, cielo. Tal vez no sea tan malo como crees.

Me solté de su agarre, negando con la cabeza. ¿Cómo podía decir eso? Le pasé los papeles directamente para que los viera.

—Es peor que malo. Me mandan a Toronto, ¿adivina a dónde? Con el equipo de hockey de los Wolves. ¡Y bajo el ala de mi abuelo! —Sentí que mi voz se quebraba y la frustración se desbordaba—. No voy a regresar allí, no puedo convivir con esa gente. ¡No lo soporto, joder! Tienes que ayudarme. Hagamos una reclamación a la universidad, lo que sea, pero no van a obligarme a ir a Canadá.

Lo miré, buscando su apoyo, una solución, algo. No dijo nada. Bajó la mirada y recolocó los papeles sin siquiera hojearlos. Su expresión cambió: se veía preocupado, derrotado, y eso encendió todas mis alarmas.

—Peter, me estás asustando. Por favor, dime que no sabías nada de esto.

—Jordan, llevo años temiendo este momento. Y ahora que ha llegado, no sé cómo afrontarlo. Solo quiero que sepas que lo hice lo mejor que pude para que tu vida fuera lo más parecida a cuando tus padres vivían.

—¿Qué tratas de decirme? ¡Habla de una vez!

—Cuando Rachel y Michael murieron, tu abuelo insistió en hacerse cargo de ti —indicó con tono cauteloso, como si estuviera midiendo cada palabra—. Pero tú…, bueno, tú te escapaste. Nos volvimos locos buscándote, todos estábamos aterrados pensando en qué podías hacer sola, perdida en Toronto. Así que hablé con él y llegamos a un acuerdo: te permitiría regresar a Seattle, quedarte con nosotros y matricularte en Fisioterapia Deportiva en la Universidad de Washington, como siempre quisiste. Todo a cambio de que yo lo mantuviera informado. Cuando estuvieras más tranquila, él buscaría acercarse a ti.

—¿De verdad crees que soy idiota, Peter? Siempre supe que estabas en contacto con él. Lo dejé pasar porque Caden me convenció. «Es lo mejor para todos», me dijo. Y tal vez tenía razón, pero que ahora ese señor quiera que vuelva… ¡No tiene ningún derecho!

—Jordan, no es tan simple. Jerry… Jerry vino a Seattle varias veces.

—¿Qué? —le interrumpí, desconcertada.

—Intentó hablar contigo. Sin embargo, cada vez que te veía, se echaba atrás. No encontró el valor.

—Pues mejor. Porque nada iba a cambiar mi opinión sobre él. Gerald Callahan no es mi abuelo. Es el hombre que destruyó nuestras vidas por una maldita temporada de hockey.

—Tu abuelo te quiere a su manera, aunque no sepa demostrarlo.

—¡Claro que sí! ¿Qué más, Peter? ¿Que es un santo? ¿Que ha velado por mí desde las sombras?

—Jordan, escúchame. Cuando tus padres murieron, las cosas no estaban bien. Habían hipotecado la casa para pagarla y apenas quedaba dinero en sus cuentas. No tenían seguro ni nada que

pudiera protegerte después de la tragedia. Y encima estaban tus calificaciones del último curso en Toronto…, bajaron tu media y te dejaron en una lista de espera interminable para la universidad. Si tu abuelo no hubiera movido sus hilos, no habrías entrado. Y si no hubiera resuelto lo de la hipoteca, habrías perdido la casa de tus padres.

—Espera…, ¿me estás diciendo que mi universidad y la casa de mis padres los pagó él? ¿También te daba dinero a ti? ¿Te pagaba un sobresueldo por cuidarme?

—¡No! No voy a permitir que insinúes eso. Jamás acepté un centavo de Jerry para mí. Tú vives en mi casa como una hija, igual que Caden. Pero, Jordan, entiende que no podía con todo: tus estudios, la casa de tus padres… En ese momento, Caden todavía no jugaba en la NHL y la situación era complicada.

Me quedé callada intentando asimilarlo todo. La rabia, la tristeza y la confusión se entremezclaban, y no sabía qué sentir primero.

Hasta que no pude aguantar más. Las lágrimas comenzaron a correr sin control, como si toda la frustración acumulada estuviera buscando desesperadamente una salida. Solo pensar en volver allí me hacía temblar. Mis manos estaban frías, mi pecho se comprimía y la idea se repetía en mi cabeza como un eco insoportable: no tenía opciones.

El decano fue claro, casi cruel: o aceptaba las prácticas o me quedaba sin ellas. La universidad no iba a arriesgar su reputación con los Toronto Wolves solo porque yo no podía lidiar con mis fantasmas del pasado.

—Cielo —Peter se agachó frente a mí, tomando suavemente mis manos y apartándolas de mi rostro—, es hora de que enfrentes tus demonios. No puedes seguir viviendo detrás de este muro que has construido para que nadie te lastime. Lo entiendo, sé lo que viviste allí y sé todo lo que perdiste. Pero, Jordan, ya no eres aquella chica asustada en su último año de instituto. Ahora eres una mujer, y más fuerte de lo que crees. No le puedes dar a nadie el privilegio de tener poder sobre ti.

Elevó una ceja y esbozó una pequeña sonrisa.

—Y bueno…, si decides que no eres tan valiente como pienso, puedo hablar con tu abuelo. Le explicaré lo afectada que estás y seguro que lo entenderá.

—¡No! —exclamé, alzando la mirada con furia—. ¡Jamás! Ni Gerald ni nadie de los Callahan me verán derrotada. Haré esas malditas prácticas, no le deberé nada a ese hombre y cuando todo termine, me largaré de ese lugar para siempre. Esta vez, no voy a dejar que me lastimen. Ya no tengo nada que puedan quitarme.

Peter me observó durante unos segundos antes de sonreír con orgullo y envolverme en un abrazo.

—Esa es mi niña. Fuerte y valiente. Te prometo que cuando todo acabe, te sentirás más libre. Y pase lo que pase, nosotros estaremos aquí para ti, siempre. Caden también, por supuesto. Por cierto, ¿le has informado de algo de esto?

—No, hoy no. Es la final de la Copa del Mundo de Hockey. No quiero desconcentrarlo con mis problemas, necesita estar al cien por cien en el juego. Hablaré con él mañana.

—Jordan, mi hijo es tu mejor amigo. Tienes que contárselo. Cuando se entere de todo esto que he estado ocultando durante años, se va a enfadar. Y ya ni hablemos de cómo va a reaccionar al saber que no va a tener cerca a su «enana».

No pude evitar sonreír. Me encantaba cuando Caden me llamaba así. ¡Cuánto lo iba a extrañar!

—Lo haré, lo prometo. Y no te preocupes. Caden entenderá por qué hiciste lo que hiciste. —Apoyé la cabeza en su hombro mientras él volvía a abrazarme con fuerza.

—Jordan, todos te queremos. Esta siempre será tu casa. Nosotros somos tu familia. Nunca olvides eso: no estás sola.

Capítulo 2

JORDAN

Seis años antes…

—Jordan, cariño, todo va a estar bien. Sé que no podrás graduarte con tus antiguos compañeros, pero mira el lado positivo, harás nuevos amigos. Y, además, no estarás sola, tendrás a tu prima Ashley.

Solté un bufido sin siquiera disimular. «¿Ashley? Claro…, genial».

El día que llegamos a la casa de mi abuelo, donde también vivían mi tío Rick, su esposa —que estaba de viaje— y Ashley, parecía el episodio piloto de una serie de ricos excéntricos. Todos juntos como una comuna *hippie*, aunque con las comodidades de una mansión con un ejército de empleados. Ashley, con esa carita angelical y voz melosa que encandilaba a todos, prometió que estaría a mi lado para ayudarme a transitar el cambio. Sí, esas fueron sus palabras. Aunque en cuanto nos dejaron a solas en su habitación, me dejó claro quién mandaba.

«No quiero verte cerca —me espetó con esa sonrisa de superioridad que solo tienen las niñas ricas y malcriadas—. Eres una pobretona, tu ropa me da vergüenza y bastante humillante es ya que sepan que estamos emparentadas».

Salí de allí furiosa y me encerré en mi cuarto. Odiaba Toronto. Y más aún, odiaba mi nueva vida.

Me giré hacia mi madre con cara de incredulidad.

—Mamá, por favor. ¿De verdad? ¿Tú la has visto? Las jóvenes como mi prima no se hacen amigas de chicas como yo. Por mucho que intentes adornarlo, sabes tan bien como yo que este lugar es un asco.

—Jordan, controla esa boca.

—¿Cómo quieres que lo llame? ¿Un paraíso? Mira por la ventana. —Señalé hacia fuera, donde los chicos de la escuela privada paseaban con mochilas de marca—. Ninguno de ellos se parece a mí. No encajo aquí, mamá.

Mi madre suspiró y se movió ligeramente en su asiento para mirarme.

—Hija, sé que los cambios no son fáciles. ¿Te crees que a mí me gustó dejar mi trabajo en la protectora de animales? ¿Que me encanta vivir en esa casa lujosa, rodeada de extraños? Claro que no. Esto lo hacemos por tu padre. Él y tu abuelo llevan años distanciados, y cuando le pidió ayuda para entrenar a los Toronto Wolves, no pudo decir que no.

—Jolín, si dejó el hockey y se fue de aquí fue por algo, ¿no?

—Pequeña, hay heridas que necesitan cerrarse. Y esta es la oportunidad para que tu padre y tu abuelo arreglen las cosas. Será solo una temporada y luego volveremos a Seattle. Tú empezarás la universidad y todo esto quedará atrás.

Levantó una mano y me tocó la nariz con cariño, como hacía cuando era pequeña.

—Mamá, no entiendo por qué tiene que ser tan complicado.

—Porque las familias, mi amor, siempre lo son. Ahora, sal del coche que vas a llegar tarde. Pero, antes, regálame un beso y una sonrisa.

—¡Mamá, por favor! Qué vergüenza si alguien me ve el primer día haciendo eso. ¿Quieres que me muera? —Abrí la puerta, aunque no pude evitar sonreírle.

—Ah, claro, muy bonito. Que tu madre te trajera a clase para no venir con tu prima, eso no te dio vergüenza, ¿eh? —sostuvo con una sonrisa socarrona.

La miré de reojo, le lancé un beso rápido y salí antes de que alguien me viera.

A medida que avanzaba por el pasillo, sentía las miradas clavadas en mí como si fuera un espécimen raro escapado de un laboratorio. Caminé con la cabeza alta, encontrando una confianza que estaba lejos de sentir, mientras apretaba los libros contra mi pecho como si fueran un escudo.

Cuando llegué a las taquillas, la cosa no mejoró. La mía estaba parcialmente cubierta por una pareja que parecía estar practicando para un concurso de besos húmedos.

—Disculpad… —intenté decir en voz baja, con una sonrisa forzada. Nada. Ni un parpadeo.

—Disculpad, ¿podríais moveros un segundo? —repetí un poco más fuerte, sin embargo ellos seguían en su mundo de saliva y manos revoltosas.

Estaba a punto de protestar cuando sentí un ligero golpe en el brazo que me desequilibró, haciendo que mis libros cayeran al suelo.

La pareja, en lugar de ayudar, me lanzó una mirada acusadora y se marchó como si yo fuera la culpable de haber interrumpido su momento romántico.

—Estúpidos, ¡qué cara tienen! —bramé entre dientes mientras me agachaba para recoger mis cosas.

Fue entonces cuando escuché una risita aguda, seguida de una voz burlona que provenía justo de detrás de mí.

—Bienvenida. Estar ahí abajo te recordará más a tu antiguo instituto, ¿no crees?

Levanté la mirada y ahí estaba ella. Mi prima Ashley, liderando su grupo de risitas sincronizadas. Con su cabello rubio perfectamente lacio y su cara de superioridad, parecía disfrutar cada segundo. Las otras tres chicas que la acompañaban se carcajeaban como hienas a su lado.

«Idiotas arrogantes sin cerebro», pensé, mordiéndome la lengua para no decirlo en voz alta.

Terminé de recoger mis libros, sin que absolutamente nadie se molestara en ayudarme. Era oficial: había entrado en el reino de los insensibles.

Guardé todo rápidamente en mi taquilla y me encaminé hacia mi clase de Historia. Cuando llegué, por supuesto, la atención volvió a centrarse en mí. El aula estaba llena y todos los ojos se giraron hacia la puerta cuando toqué suavemente.

—Adelante, señorita. —El profesor acompañó sus palabras con un gesto.

No hacía falta un cartel luminoso para que todos supieran que yo era «la nueva».

«Genial. Esto promete», susurré para mis adentros mientras buscaba un lugar al fondo del aula, deseando que la clase empezara

rápido y que, por una vez, alguien dejara de mirarme como si fuera un mono de feria.

—Usted debe de ser nuestra nueva alumna, Jordan Callahan —señaló, a lo que asentí—. Por sus notas, veo que es mejor estudiante que su prima, y eso me agrada enormemente.

Unas risas estallaron detrás de mí, claro, cómo no. Estaba rodeada de los típicos idiotas de clase. Por su actitud y las chaquetas con logos, eran jugadores del equipo de hockey del instituto.

—La cosa mejora por momentos… —balbuceé, soltando un suspiro desesperado.

Giré la cabeza y ahí estaba Ashley, mi encantadora prima, con el ceño fruncido y lanzándoles una mirada que podría haber congelado el infierno. En un segundo, las risas se apagaron.

Resultó que Ashley tenía más poder del que imaginaba, y esa no era precisamente una buena noticia para mí.

El profesor Gagnon retomó la clase, aunque para ser sincera, mi atención estaba en cualquier cosa menos en lo que decía. Entre las risitas de mi prima, sus amigas y los chicos de atrás, me costaba concentrarme. Sabía que estaban hablando de mí. Lo sentí en las miradas furtivas, los gestos disimulados. Se me revolvía el estómago de puro nerviosismo.

Intenté distraerme girando un lápiz entre mis dedos, pero en un movimiento torpe se cayó al suelo. Me incliné rápidamente para recogerlo y entonces… ¡pam!, mi frente chocó con algo, o mejor dicho, con alguien.

Un chico moreno de ojos oscuros y sonrisa cautivadora me extendió el lápiz con calma, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Gracias —logré decir, sintiendo que el aire me faltaba por un segundo. ¿Qué demonios había sido esa extraña sensación en mi estómago cuando su mirada se clavó en la mía?

Sacudí la cabeza, tratando de concentrarme, justo cuando el profesor Gagnon soltó el bombazo:

—Para el próximo trabajo en equipo sobre los eventos de 1931 en el Parlamento británico, voy a asignarles compañeros.

Mi nombre resonó en el aula.

—Jordan Callahan y Tyson Caldwell.

Fantástico. Como si el día no pudiera ponerse más extraño, ahora me tocaba confraternizar. Solo pedía una cosa: que me tocara alguien de las primeras filas. Tal vez fueran igual de idiotas que los de atrás, pero al menos parecían fingir que prestaban atención en clase.

No era la única que parecía estar descontenta con la situación. Ashley se levantó de golpe de su asiento, dejando escapar un exagerado suspiro de protesta.

—¿En serio, profesor? ¡Yo siempre trabajo con Emily, Brianna o Tyson! —reclamó, con un tono quejumbroso que casi daba vergüenza ajena.

Rodé los ojos, intentando ignorarla, aunque sus berrinches eran imposibles de pasar por alto. Al parecer, la idea de que yo existiera ya era suficiente para arruinarle el día.

—Profesor, ¿no puede cambiarlo?

—Es una decisión tomada, señorita Callahan —la cortó Gagnon sin mirarla mientras seguía repartiendo tareas.

Cuando sonó el timbre, me incliné para guardar mis cosas. Advertí que Ashley se acercaba a mi mesa y me preparé para lo peor.

—Ten cuidado con lo que haces, te estaré vigilando —espetó furiosa, antes de marcharse tras el grupito de chicos de hockey.

Me quedé apoyada en la mesa, soltando un resoplido.

Al salir al pasillo, lo vi. El chico de los ojos negros estaba ahí, esperando junto a mi taquilla. Su mirada oscura estaba clavada en mí.

Sentí cómo el nerviosismo empezaba a recorrerme por entero. Bajé la cabeza y apresuré el paso, intentando pasar desapercibida. Si ignorarlo era una estrategia válida, yo iba a ser campeona olímpica.

Cuando llegué a la taquilla, se apartó justo lo suficiente para que pudiera abrirla.

«Menos mal», pensé para mis adentros, sintiendo un breve alivio.

Esa tranquilidad duró poco. Apenas empecé a rebuscar entre los libros, percibí su presencia detrás de mí. Estaba tan cerca que su

respiración rozaba la parte de mi nuca que no cubría mi coleta.

Mi pulso se aceleró. No sabía qué estaba buscando en la taquilla, pero de pronto todo parecía importante. ¿Historia? ¿Matemáticas? Ya ni recordaba qué clase tenía después.

Intenté calmarme. Tomé aire y di un paso atrás para cerrar la puerta, y en mi torpeza, mi cuerpo chocó directamente con el suyo.

Me giré de golpe, dispuesta a enfrentarlo.

—¿Qué estás haciendo?

Él se tomó su tiempo para responder. Me miró con una de esas sonrisas torcidas que logran ser irritantes y seductoras a la vez. Parecía perfectamente consciente del efecto que causaba en mí, y eso solo me enfurecía más.

—Nada. Solo pretendo presentarme. Soy Tyson, tu compañero para el trabajo de Historia.

Sentí ese maldito hormigueo en el estómago otra vez.

—¡Tyson! ¿Nos vamos o qué? —La voz de mi prima retumbó desde el otro lado del pasillo. Él ni siquiera se giró, aunque eso no la detuvo—. Te estamos esperando todos, no te hagas el interesante que te encanta saltarte la clase de Matemáticas.

Sin apartar los ojos de mí, respondió con desgana:

—Voy ahora, esperadme fuera.

Ella bufó, murmuró algo que no entendí y se fue, no sin antes lanzarme una mirada de puro desprecio.

—Bueno —continuó él como si nada—, ¿cómo quieres organizar lo del trabajo? Tendremos que ajustarlo a mis entrenamientos. Si quieres, te paso mi horario.

—Mira, no hace falta. Está claro que asistir a clase no es lo tuyo, y mucho menos hacer un trabajo de Historia. Así que sigue con tu vida, juega al hockey y no me molestes. Yo me encargo. Y tranquilo, no voy a decirle al profesor Gagnon que no hiciste nada.

Intenté esquivarlo y marcharme, sin embargo, antes de que pudiera dar dos pasos, me agarró del brazo y en un segundo me tenía contra las taquillas. Su proximidad era desconcertante, y el calor de su aliento rozando mi cara solo empeoraba las cosas.

—Es cierto que no tengo las mejores notas y que estudiar me parece un coñazo monumental. Pero amo el hockey. Y si no mejoro

las calificaciones, estoy fuera. Así que, «chica nueva», este trabajo lo vamos a hacer los dos. Te guste o no. —Cogió un bolígrafo de mi mano como si fuera suyo—. Esta tarde en mi casa. Te apunto la dirección.

Aparté el brazo antes de que pudiera escribir en mi piel.

—No. Lo haremos en la biblioteca.

Él levantó una ceja, divertido.

—¿Estás segura? En mi casa estaríamos más tranquilos. Aquí eres la novedad, y los murmullos que llevas escuchando todo el día no van a cesar en la biblioteca. Tú decides. —Levantó las manos como si se rindiera—. De todos modos, sé que la próxima vez cambiarás de idea.

—Y ¿por qué no en mi casa? —disparé, al ver que se estaba alejando.

Él se giró con una sonrisa que no auguraba nada bueno.

—Porque dudo que a tu prima le haga gracia, teniendo en cuenta que acabamos de romper.

Sus palabras me dejaron helada. Todo encajaba de golpe. Y supe, en ese momento, que me había metido en un lío.

Capítulo 3

NATHAN

—¡Felicidades, hijo! Toda la prensa está hablando de tu actuación en el United Center. Nathan, estás muy cerca de alcanzarme. Y si sigues así, no tengo dudas de que terminarás superándome. Estoy muy orgulloso de tu trabajo. Hoy habló conmigo uno de los directivos de los Chicago Guardians. Están interesados en ti. Si haces una buena temporada en la NHL con los Toronto Wolves y destacas en los *playoffs* de la Stanley Cup, te harán una oferta. Imagínate: jugar en mi equipo y regresar a Estados Unidos. Estás a punto de cumplir tu sueño.

—¿Mi sueño o el tuyo, papá?

—Nuestro sueño, Nathan.

—Pues no te hagas muchas ilusiones. —Suspiré, cansado—. Acabo de salir de la clínica. Tengo tendinitis rotuliana. No puedo tratarla como debería porque nadie en el equipo lo sabe, y tengo que evitar movimientos bruscos o intensos mientras me recupero. Básicamente, estoy jodido para la pretemporada. Es mejor que no juegue los partidos amistosos que quedan. Si no bajo el ritmo, esto va a empeorar.

—¡Nathan! Eres un Prescott. Los Prescott no se rinden por pequeñeces. El juego no se detiene, hijo. Este es tu momento. No puedes dejar pasar esta oportunidad. Recuerda, para llegar a lo más alto hay que luchar.

—Papá, mejor dejamos esto aquí. No quiero seguir hablando porque temo decir algo de lo que me arrepienta. Y para ser sincero, toda esta obsesión tuya me está agotando.

—Soy tu padre, Nathan. Sé mejor que nadie lo que es bueno para ti. Hasta ahora, no te ha ido nada mal, ¿o sí? —Hizo una pausa y luego soltó el golpe final—. Ah, y esos rumores sobre que has cambiado de orientación sexual, no te están beneficiando. Tienes que salir en la prensa por tus logros, no por tu vida sentimental. ¡Ponle solución ya!

—Estoy agotado. —Respiré hondo, conteniendo la rabia—. Voy a aprovechar que mi vuelo se canceló por la tormenta de nieve para descansar. Hablamos en otro momento.

—Adelante, hijo. Y recuerda: tu hermano y yo estamos muy orgullosos de ti.

Colgué el teléfono, frustrado. Odiaba cuando hablaba de mi hermano como si todavía estuviera vivo, como si en cualquier momento fuera a aparecer y dar su opinión. Su sombra siempre se cernía sobre mí. No había conversación con mi padre en la que no lo mencionara, y eso me ataba a una vida que ya no sabía si realmente era mía. ¿Qué parte de todo esto había elegido yo? Incluso dudaba de mi amor por el hockey. ¿Era mío o simplemente cumplía con lo que se esperaba de mí?

—Otro *bourbon*, por favor —le pedí al camarero que asintió con rapidez.

Rara vez bebía. Siempre cuidaba lo que comía, entrenaba duro y mantenía una vida sexual activa sin compromisos, evitando cualquier distracción que se interpusiera entre mi objetivo y yo. Ahora, como capitán del equipo, tenía que estar más centrado que nunca. Sin embargo, ese día necesitaba romper las reglas. Saltárselas de vez en cuando no estaba mal, especialmente si me ayudaba a olvidar el informe médico que guardaba en mi bolsillo y lo que me esperaba al llegar a Toronto.

—Un *gin-tonic*, por favor. No, mejor ginebra sola.

La voz femenina que se acomodó a mi lado me sacó de mis pensamientos. Giré la cabeza y la vi. Era una joven de cabello castaño ondulado que caía desordenado sobre su sudadera con capucha. Estaba resoplando, como si el mundo la estuviera aplastando. Se recogió el cabello en un moño improvisado, dejando al descubierto un rostro de facciones suaves y marcadas a la vez. No llevaba maquillaje, aunque su belleza era imposible de ignorar, incluso con esa expresión de agotamiento que parecía reflejar la mía.

Le dio un trago a la ginebra seca y su rostro se transformó en una mueca de asco que me hizo sonreír sin querer. Era graciosa, con esas pequeñas arrugas que se formaban en su nariz y la manera en

que sus labios jugosos se torcían al tragar. Se lo bebió de un golpe, como si intentara olvidar algo.

De repente, notó mi presencia. Giró la cabeza y me miró, frunciendo el ceño. Sus ojos eran castaños, cálidos, con una dulzura que pretendía ocultar tras su expresión de incomodidad.

—¿Te pasa algo? —Acompañó sus palabras con una mirada desafiante.

—No, nada… Solo me llamó la atención tu cara de desagrado al beber. Si no te gusta, ¿por qué lo tomas?

—¿A ti qué te importa, campeón? Ocúpate de tu *bourbon*.

Su tono borde no me ofendió; al contrario, me hizo gracia. Para ser sincero, las mujeres solían venir a mí, y cuando era yo quien tomaba la iniciativa, por lo general no oponían resistencia. No es que quisiera sonar arrogante, pero, bueno, los hechos son los hechos.

—Otra —solicitó al camarero, señalando su vaso—. Y que sea doble. O mejor, llénalo hasta el borde.

No pude evitar abrir los ojos como platos y soltar una pequeña risa. Quizás no fue tan discreta como pensaba, porque ella volvió a girarse hacia mí, esta vez con una mirada aún más dura.

—¿Qué pasa? ¿Tienes alguna fijación conmigo o qué? —espetó. Antes de que pudiera responder, siguió hablando—: Si esto es una treta para que me acueste contigo, te aviso que estás perdiendo el tiempo. Busca en otro lado, porque los hombres sois despreciables.

Le dio otro trago a su bebida, poniendo de nuevo esa expresión de repulsión que casi me hizo reír en voz alta.

—Bueno, en general la gente es despreciable. El mundo es odioso. Mi vida es una porquería —terminó, farfullando ya un poco achispada.

Decidí acercar mi taburete, acortando la distancia entre nosotros. No sabía muy bien por qué, pero había algo en ella que me resultaba refrescante. No estaba buscando llevarla a la cama, ni siquiera estaba de humor para tener sexo esa noche. Pero sí me apetecía distraerme, y ella parecía una buena forma de hacerlo.

—Brindemos por tus sabias palabras. —Levanté mi vaso—. Coincido en casi todo, excepto en lo de que los hombres somos despreciables. Ahí disiento, por razones obvias.

Ella me miró desconfiada, sin mover un músculo.

—No busco sexo —añadí para aclarar las cosas—. Tuve un día de mierda. La verdad, me vendría bien hablar de cualquier tema trivial hasta que salga mi vuelo.

Finalmente, su expresión se relajó y alzó su vaso para chocar con el mío.

Entonces sonó su móvil. Ella lo ignoró, cortando la llamada sin siquiera mirar la pantalla. Sonó otra vez y repitió la acción. A la tercera, suspiró frustrada y apagó el teléfono de golpe.

—¿No crees que deberías contestar al teléfono? Si insisten tanto, puede ser importante.

—No, es mi abuelo.

—¿Y cómo sabes que es él?

—Fácil, me sé su número.

—Espera, ¿te sabes su número, pero no lo tienes agendado? Eso sí que es raro.

—No tanto como crees. Además, no necesito guardar un número que voy a olvidar en cuanto termine lo que vine a hacer. —Se recolocó en su silla, cruzando las piernas y preparándose como si fuera a dar un gran discurso. El alcohol claramente estaba haciendo efecto—. Mira, tuve que salir de Seattle, mi ciudad, para ir a Toronto. Lugar al que, por cierto, no quiero ir. Y como si el destino quisiera reírse de mí, ¡pam!, tormenta de nieve en el este de Canadá y mi vuelo termina desviado aquí, a Chicago.

—Eso suena terrible —interrumpí con un tono evidentemente burlón.

—No he terminado. —Alzó un dedo, ignorando mi comentario—. Con vuelos cancelados y la terminal llena de pasajeros histéricos, alguien me sugirió venir al Hilton que está conectado al aeropuerto. ¿Adivina qué? Está todo lleno. Así que aquí estoy, en el bar, rezando para que pase la noche rápido y sin mucho drama.

—Y tu abuelo te llama porque sabe que estás atrapada en Chicago.

—Exacto. Y no quiero responderle porque, si se lo digo, usará sus influencias para resolver mi «problema». Es capaz de desalojar a alguien del Hilton para meterme a mí.

—Bueno, eso sería… ¿conveniente?

—No. Sería asqueroso. Odio que decidan por mí. Mi vida en Seattle es sencilla, ¿sabes? Puedo sobrevivir una noche durmiendo en el suelo. No necesito la ayuda de nadie.

—Ah, entonces no te emociona mucho lo que te espera en Toronto: lujos, privilegios… —bromeé, sonriendo. Sin embargo, al instante vi cómo su semblante se tornaba serio y, de repente, me arrepentí de abrir la boca.

—No es algo que haya elegido —murmuró, mirando fijamente su vaso antes de vaciarlo de un solo trago—. Ni en el pasado ni ahora.

—Disculpa, no quería molestarte. —Modulé mi tono, haciéndolo más sincero—. Te entiendo. A mí también me espera algo al llegar que no elegí. De hecho, nunca elijo nada. Otros lo hacen por mí.

Levantó la mirada, sorprendida por mi cambio de actitud. Hasta yo me sorprendí. Era extraño abrirme así con alguien que acababa de conocer. Siempre me las arreglaba para parecer el tipo feliz, invencible, aunque por dentro sentía que el mundo me estaba aplastando.

—¿Eres canadiense? —preguntó tras una pausa.

—No, trabajo allí. Soy de Minnesota.

Trató de ponerse de pie, pero el equilibrio no estaba de su lado.

—Ha sido un placer conocerte, Minnesota. Ahora debo irme. Necesito un aseo y un lugar para tumbarme. Aquí seguro que no me dejarán dormir en el *hall*, así que regresaré al aeropuerto. Ya veré dónde caigo hasta que se me pase este estado ridículo de embriaguez. No sé en qué estaba pensando. Ahogar las penas en alcohol parece buena idea en las películas, sin embargo, en la vida real es una estupidez.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Mira, tengo una habitación.

Su expresión cambió de inmediato; se tensó como si hubiera dicho algo escandaloso.

—No me malinterpretes —aclaré, levantando las manos en un gesto conciliador—. Tienes que descansar. Puedes usar mi cuarto, y yo me quedo aquí.

—No, de verdad, no es necesario.

—Sí, lo es. Vamos.

Antes de que pudiera replicar, me levanté y la ayudé a estabilizarse. Después de tambalearse un poco, suspiró derrotada y finalmente aceptó.

Al entrar en el ascensor, dejó caer su peso sobre mí, obligándome a sujetarla entre mis brazos. Bueno, «obligarme» es un decir, porque no voy a mentir: no fue desagradable. De hecho, resultó mucho más placentero de lo que habría imaginado. En ese momento, lo noté por primera vez. Ese olor. Fresco, con un toque dulce…, como si alguien hubiera embotellado el comienzo de la primavera.

Sin poder evitarlo, incliné un poco la cabeza, intentando averiguar de dónde venía. ¿Era su cabello? No, ahí predominaba un aroma cítrico, agradable aunque diferente. Fue vergonzoso, me sorprendí a mí mismo olfateando como un perro rastreador, buscando la fuente de ese aroma que me tenía atrapado.

El suave clic del ascensor me devolvió a la realidad. Habíamos llegado. Ella tenía los ojos cerrados y un leve sonido escapaba de sus labios, algo entre un murmullo y un suspiro.

La zarandeé un poco para despertarla, aunque solo obtuve un gruñido en protesta. Entonces, sin pensarlo demasiado, la levanté en brazos. No sabía qué reacción esperar, considerando el carácter que había demostrado en el bar, pero en lugar de resistirse, apoyó su cabeza en mi hombro. Sus brazos rodearon mi cuello, acomodándose como si estuviera buscando refugio.

Era raro. No solía encontrarme en situaciones así, y menos sosteniendo a alguien que, en ese momento, parecía tan pequeña, tan frágil. Caminé hasta la habitación como pude, maniobrando para abrir la puerta. La deposité con cuidado en la cama, y mientras lo hacía, sus manos se deslizaron lentamente desde mi cuello hasta mi barba. Sus dedos se movían con una delicadeza que me dejó paralizado.

Antes de que tuviera oportunidad de actuar, sentí sus labios sobre los míos. Fue apenas un roce, cálido y tímido, como si estuviera probando algo desconocido. Y, al mismo tiempo, fue tan…

honesto. Nada apresurado, nada apasionado, solo un gesto pequeño y tierno que me dejó aturdido.

—Gracias —murmuró, dejándose caer contra las sábanas, agotada.

Antes de levantarme, lo noté de nuevo. Ese olor. Era su cuello. Me incliné, esta vez sin buscar excusas, y dejé que el aroma me envolviera. Era suave, único, nada parecido a los perfumes cargantes que solían saturar mis sentidos. En un pequeño impulso, mis labios rozaron ligeramente la piel de su cuello y ella emitió un pequeño sonido, algo parecido a un gemido.

Me aparté de golpe, como si me hubieran dado una descarga eléctrica. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Definitivamente, el alcohol me estaba afectando más de lo que creía. Me puse en pie de inmediato, le quité las deportivas con cuidado y la cubrí con la ropa de cama. Inmediatamente, sin mirar atrás, salí de la habitación como si me persiguieran.

Cerré la puerta tras de mí, apoyándome un segundo en la pared para recuperar el aliento. Mi corazón iba a mil. Era ella. Esa maldita mezcla de dulzura, vulnerabilidad y algo más que no podía sacarme de la cabeza.

Capítulo 4

JORDAN

Sentía que mi cabeza iba a explotar. ¡Uf! Abrir los ojos era una misión casi suicida. Me estiré en la cama, dejándome envolver por el sonido relajante del agua corriendo. Casi podía disfrutarlo, hasta que un pensamiento me sacudió de golpe. «¿Ducha?».

Ese detalle activó mi cerebro. Me senté de golpe y miré a mi alrededor. Estaba en una habitación de hotel. Mi ropa estaba desparramada por el suelo, y yo solo llevaba puesta una camiseta. Entonces, tratando de armar el rompecabezas, me vino una imagen a la cabeza: estaba besando al tipo de Minnesota. «¿Qué demonios hice?».

La vergüenza me invadió. Me había comportado como una remilgada mandándole indirectas en el bar, y a continuación, aparentemente, me había lanzado sobre él. «¡Por Dios!». Eso no era típico de mí. Y lo peor era que no recordaba nada más.

Mientras me vestía a toda prisa, me maldije mil veces por mi comportamiento irresponsable. Apenas había terminado de ponerme los pantalones cuando el sonido del agua se detuvo. «¡Joder, joder!». Mi corazón dio un salto.

Sin pensarlo dos veces, agarré los zapatos y corrí hacia la puerta, intentando no hacer ruido. Cuando salí, bajé las escaleras del hotel mientras me calzaba torpemente en movimiento. Solo cuando llegué a la calle y respiré el aire frío, sentí que volvía a la vida.

Me escabullí por el pasillo cubierto que conectaba el hotel con el aeropuerto. Saqué el móvil y lo encendí. La pantalla se llenó de notificaciones: una avalancha de llamadas perdidas, en su mayoría de números desconocidos con prefijo de Canadá. Esas las ignoré, pero las de Peter, Susan y Caden sí me preocuparon.

No estaba lista para sus interrogatorios, especialmente con el dolor de cabeza que me estaba matando. Decidí enviarles un mensaje breve al grupo de WhatsApp que teníamos:

Sweet family

Buenos días, siento no haberme podido poner en contacto antes. Desviaron mi vuelo a Chicago por una tormenta en la costa este de Canadá. Me quedé tirada en el aeropuerto con muchísima gente. La batería de mi móvil murió y fue misión imposible encontrar un enchufe libre, todos se lanzaron a por ellos como si fueran oro. Estoy bien, acabo de ver que mi vuelo sale en una hora y media. Os aviso cuando llegue a Toronto. Os quiero.

Suspiré al enviar el mensaje. Me sentía fatal por mentirles, aunque era mejor así. Decirles que había empezado el viaje con una borrachera, que había dormido en la habitación de un desconocido y que me había abalanzado sobre él no era una opción. Se preocuparían y no estaban cerca para ayudarme.

Una vez dentro del aeropuerto de O'Hare, lo primero que hice fue dirigirme al baño. Necesitaba lavarme la cara y arreglarme un poco. Después, me lancé directa a por un café bien cargado. Me senté en una mesa, disfrutando del calor de la bebida y pensando en lo bien que me venía esa dosis de cafeína.

Entonces, cuando ya estábamos por embarcar, miré la pantalla de mi teléfono y solté un «mierda» al ver el nombre de Caden.

¿Atender o no atender? Esa era la cuestión. Él me conocía mejor que nadie; mentirle era casi misión imposible. Después de un largo suspiro, descolgué.

—¿Quién es el mejor defensa de Estados Unidos? —dije a modo de saludo, refiriéndome a la victoria en la Copa Mundial de Hockey hacía tres días.

—Enana, ¿qué escondes? Te conozco demasiado bien, y tu humor por la mañana es nefasto. Además, esa voz… no cuela.

—¡Arg! ¿No puedo simplemente estar orgullosa de ti?

—Claro que sí, pero sé que pasa algo. Estoy preocupado.

Suspiré, sacando un selfi rápido en el que se veía claramente el caos del aeropuerto detrás de mí. Puse mi mejor cara, aunque mi agotamiento era evidente.

—Ahí va una foto para que veas que estoy de una pieza. Me quedé tirada aquí y estoy muerta de cansancio, nada más.

—¡Uf, qué cara de zombi! —bromeó, sacándome una sonrisa—. En serio, cielo, quiero que me cuentes cómo te sientes. No me dejes fuera. Prométeme que no vas a encerrarte en ti misma.

Por suerte estaba en la zona VIP, lejos de oídos curiosos, porque aquella conversación habría sido bochornosa en un lugar lleno de gente.

—Te lo prometo. En cuanto llegue y vea qué se traen entre manos los Callahan, te lo cuento todo.

—¿Y las prácticas? ¿Cuándo empiezas?

Un par de auxiliares de vuelo pasaron por mi lado saludando.

—Buenos días —respondí, buscando mi asiento mientras hablaba.

—Perdona, estoy subiendo al avión. El lunes debería empezar. No te voy a mentir, estoy muerta de miedo.

—Enana, lo harás genial. Y en cuanto a los Callahan, no les temas. Eres más fuerte de lo que crees. Sé que puedes con esto y con todo. Además, mi padre tiene razón: los fantasmas del pasado hay que enfrentarlos. No es fácil, pero cuando lo haces, sales reforzado. Y recuerda: mis padres y yo siempre vamos a estar para ti. Si me necesitas, cojo un avión y me planto allí, ¿me oyes?

Sonreí ante sus muestras de cariño, sin embargo, mi respuesta quedó atascada en la garganta cuando vi quién se acercaba por el pasillo.

No. No podía ser.

El tipo de Minnesota estaba ahí. Intenté bajar la cabeza y fingir que no lo había visto, pero el universo no estaba de mi parte. Tomó asiento justo a mi lado y, antes de que pudiera reaccionar, soltó:

—Finges fatal. Ya sé que me has visto.

Lo miré, pasmada, sin saber qué decir. Y entonces me di cuenta de que Caden seguía hablando al otro lado del teléfono.

—Mierda —murmuré.

—¿Con quién hablas? —curioseó Caden.

—Con… nadie. Se están acomodando a mi lado. Vamos a despegar. Te tengo que dejar, ¿vale? Te llamo cuando llegue a Toronto.

—No te olvides, ¿eh? Te quiero, enana.

—Yo también te quiero. Adiós.

Colgué, aunque no podía evitar sentir que acababa de pasar de un problema a otro. ¿Qué iba a hacer ahora con Minnesota justo a mi lado?

Su ceño se frunció mientras me clavaba una mirada inquisitiva que hizo que mi estómago diera un vuelco. «¡Tierra, trágame ya!». Estaba claro que había interpretado mal mis palabras, y ahora, ¿qué iba a pensar de mí? Seguro que creía que tenía pareja y que a pesar de eso me había lanzado sobre él la noche anterior. Aunque, él tampoco tenía mucho de qué presumir. Moral ninguna, desde luego. Por mucho que yo hubiera dado el primer paso, él también había tenido oportunidad de detenerme. Y no lo hizo.

—Y un «gracias por dejarme dormir en tu cuarto» no habría estado de más. Huir así fue bastante infantil, ¿no crees? —lanzó con tono de reproche.

—¿Cómo puedes tener la cara tan dura después de lo que hiciste?

—¿¿Yo?? Esto es increíble. —Negó con la cabeza, incrédulo.

—Sí, tú. Te aprovechaste de mí mientras estaba borracha. Eso es… ¡eso es deplorable!

—¡No sigas por ahí! —interrumpió, bajando el tono después—. Y baja la voz tú también. No voy a permitir que me acuses de algo tan grave. No te toqué.

—¿Ah, no? —bramé sarcástica, ignorando a la auxiliar de vuelo que trataba de captar nuestra atención—. Entonces, ¿por qué estaba desnuda en tu cama? Porque, aunque no lo recuerde todo, de algo estoy segura: me besaste.

—¿Que yo te besé? ¡Por favor!

—¡Por favor, señores! —La voz de la auxiliar de vuelo interrumpió nuestro duelo verbal, sonando molesta—. Abróchense los cinturones, vamos a despegar. Y les ruego que bajen el tono, no creo que al resto de los pasajeros les interese su discusión de pareja.

Eso último me dejó helada. Sentí cómo el rubor volvía a mi rostro mientras nos mirábamos fugazmente. Un segundo después, los dos teníamos la vista fija al frente, abrochándonos el cinturón.

«Genial. Esto es un desastre». No solo odiaba volar, tenía pánico a los despegues, y para colmo ahora me tocaba compartir el vuelo con él.

El avión comenzó a moverse por la pista y yo, sin darme cuenta, me aferré al reposabrazos como si mi vida dependiera de ello. Cerré los ojos con fuerza, intentando controlar el nudo en mi estómago.

—¿Estás bien? —preguntó en un tono bajo, tan cerca que sentí su aliento rozando mi mejilla.

Lo miré de reojo. Se había inclinado ligeramente hacia mí, apoyando un codo en el reposabrazos entre nosotros. Su cercanía era demasiado… demasiado todo.

—Perfectamente. —Mi voz salió más aguda de lo que pretendía, lo que no ayudó a convencer a nadie, ni siquiera a mí misma.

El avión comenzó a ascender y mis dedos apretaron más el reposabrazos. Su mirada se desvió un instante hacia mi mano y luego volvió a mi rostro.

—Relájate. —Su tono ahora era inesperadamente suave, lo que, extrañamente, no ayudaba a que dejara de sentirme un manojo de nervios.

No respondí. Estaba demasiado ocupada intentando controlar mi mente y el vértigo de sentirlo tan cerca.

—No estaba juzgándote, pero ahora que sacas el tema… Anoche fue interesante.

Mi mandíbula casi tocó el suelo. ¿Interesante? ¡Qué cara más dura tenía ese tío!

—Entre nosotros no pasó nada. Te dejé en la cama y, para que conste, fuiste tú quien me besó. No te preocupes, fue un beso insignificante. —Remarcó con una indiferencia que solo logró avivar mi enfado.

Mis labios se entreabrieron para replicar, sin embargo, él siguió hablando:

—Después de eso, te quedaste dormida. Yo me fui. Pasé la noche en el bar y, para que lo sepas, me desperté durmiendo en una mesa.

Mis ojos buscaron los suyos, intentando encontrar alguna fisura en su versión. Lo que vi fue sinceridad, y con cada segundo que pasaba, me sentía más pequeña, como si el asiento me tragara.

—No sé por qué tu ropa estaba en el suelo. —Se encogió de hombros, como restándole importancia—. La vi ahí cuando regresé. Supongo que tú misma te la quitaste. Después de eso fui directo a la ducha. Al menos quería usar el baño de la habitación que pagué.

Deseaba que la tierra me tragara. Era cierto que, sobre todo en verano, tenía la costumbre de despojarme de prendas mientras dormía. Había sido injusta con él y ahora el bochorno me quemaba la piel.

—Creo que te debo una disculpa. No debí acusarte así.

Él iba a responder, cuando de repente el avión comenzó a sacudirse con turbulencias. Un pánico irracional se apoderó de mí y, antes de darme cuenta, mi mano voló hacia su abdomen, agarrando su sudadera con fuerza.

No dijo nada, pero el contacto fue suficiente para que me diera cuenta de algo: bajo mi palma había un abdomen firme, demasiado firme. Cuando las sacudidas se suavizaron, carraspeé y aparté la mano rápidamente, deseando desaparecer.

—Perdona, yo… —Intenté disculparme de nuevo, pero antes de que pudiera continuar, otra ráfaga de turbulencias hizo que mi estómago diera un vuelco.

Entonces él hizo algo que no esperaba. Con calma, llevó sus manos a mi rostro y lo sostuvo con una delicadeza que me dejó sin palabras.

—Escúchame. Quiero que centres tu atención en algo, ¿vale? Solo en eso.

Mis manos se aferraron a sus antebrazos, buscando un punto de apoyo que estrangular. Lo miré fijamente, dispuesta a hacer lo que fuera por distraerme del pánico, aunque fue un error. Él era mi distracción, y eso no ayudaba.

Mis ojos comenzaron a recorrer su rostro casi por voluntad propia: el cabello castaño perfectamente recortado, esos ojos marrones con un brillo pícaro que parecían encandilarme, la mandíbula fuerte y definida, cubierta por una barba bien cuidada con reflejos más claros y rojizos. Y para rematar estaban sus labios, carnosos, entreabiertos, y justo en ese momento los humedeció con la lengua.

¡Por Dios! Mi mente se desbocó y creo que él lo notó porque una sonrisa, lenta y devastadora, apareció en su rostro.

¿Por qué sonreía? No tenía derecho a hacerlo. Giré la cabeza, tratando de recobrar algo de dignidad, pero mis ojos aterrizaron en sus brazos. Eran fuertes, demasiado grandes para lo que normalmente me atraía, aunque había algo en él, en toda su presencia, que era imponente de una manera hipnotizante.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que casi no noté cuando me habló de nuevo.

—¿Mejor? —indagó, retirando sus manos de mi rostro.

—Sí —susurré, aunque aún no estaba segura de si lo decía por las turbulencias o por la intensidad de ese momento.

—Bien. —Se levantó de su asiento—. Voy a aprovechar para ir al servicio.

Lo observé alejarse mientras yo intentaba calmar el desasosiego en mi interior. Sin embargo, en lo único que podía pensar era: «¿Qué demonios me está pasando con este hombre?». Fue entonces cuando lo vi: un papel que debió caérsele de su bolsillo y aterrizó en el suelo.

Por instinto, me incliné y lo recogí. El sobre era de un blanco impoluto, con un membrete que me hizo gesticular: Chicago Sports Performance & Rehab Center (CSPRC).

Conocía ese lugar. Era famoso en el mundo del deporte, una referencia indiscutible en la rehabilitación de lesiones deportivas. En el sobre, además, se destacaban sus servicios: terapias personalizadas para atletas de alto rendimiento, crioterapia, terapia láser, ondas de choque… Tecnología punta y todo lo demás.

Intenté resistir la tentación, de verdad lo hice, pero era como si algo más fuerte que mi propia conciencia me empujara a hacerlo. Con manos temblorosas, abrí el contenido del sobre, tratando de ignorar la vocecita que me decía que aquello estaba mal.

Pasé por alto los datos personales y me detuve en el informe médico.

Diagnóstico:

Lesión principal: Tendinitis rotuliana en la rodilla derecha, resultado de sobrecarga acumulativa y traumatismos repetidos en la pista.

Impacto: Dolor moderado a severo durante flexión/extensión en actividades intensas, especialmente al patinar y disparar el puck.

Tratamiento actual:

1.Fisioterapia intensiva:

Estiramientos dinámicos para aliviar tensión en el tendón rotuliano.

Fortalecimiento de músculos estabilizadores (cuádriceps y gemelos).

2.Crioterapia: Sesiones diarias para reducir inflamación.

3.Ondas de choque: Terapia semanal para promover regeneración celular.

4.Restricción temporal de actividades: Evitar movimientos bruscos o intensos durante la recuperación.

Pronóstico:

Corto plazo: Mejoras significativas en 6 semanas con cumplimiento estricto del plan.

Largo plazo: Recuperación completa posible si se evita sobrecarga prematura antes del reintegro competitivo.

Firma:

Dr. Marcus Levin

Especialista en Ortopedia y Rehabilitación Deportiva

Nerviosa, guardé el papel dentro del sobre y lo dejé sobre su asiento, tratando de aparentar normalidad. Por lo que había leído en el informe, parecía estar relacionado con el hockey, quizás un jugador o un aficionado muy comprometido. Pero, pensándolo bien, si estuviera en un equipo profesional, tendría un equipo médico cuidando de él. Descarté la idea con un ligero encogimiento de hombros justo cuando la azafata se acercó.

—¿Desea tomar algo?

Decidí aprovechar la oportunidad.

—Sí, por favor. Un desayuno para los dos.

Era lo mínimo que podía hacer después del incómodo episodio anterior. No sabía qué le gustaba, aunque pensé que nadie podría resistirse a algo dulce. Bueno, eso creí.

Cuando regresó, vi cómo su cuerpo se tensaba al notar el sobre en el asiento. Me hice la distraída mientras él lo guardaba rápidamente. Entonces llegó la azafata con la comida y él me miró, desconcertado.

—Creo que hay un error. Yo no he pedido nada.

—Lo hice yo. Es mi manera de disculparme.

—Gracias, pero no era necesario. Además, no como bollería.

Sentí un golpe de vergüenza en el pecho. ¿Por qué había asumido que sí? Mirándolo bien, ese físico no se mantenía comiendo *croissants*.

—¿Quiere que lo cambie por otra cosa? —intervino la azafata.

Él me miró, y creo que vio la decepción reflejada en mi rostro, porque su expresión cambió.

—No será necesario. —Sonrió, tomando un bocado—. De vez en cuando está bien romper las reglas.

Su gesto me arrancó una sonrisa y el ambiente entre nosotros se relajó.

El resto del vuelo fue sorprendentemente agradable. Me habló de su infancia en Minnesota, de cómo había vivido en varios lugares y apenas recordaba mucho de su ciudad natal. Yo le conté que siempre había vivido en Seattle, salvo por una breve temporada en Toronto. Las palabras fluían con una facilidad asombrosa, y por un momento me olvidé de que, al comienzo de este viaje, lo había clasificado como «el tipo que debía evitar».

Cuando el avión comenzó a descender, sentí de nuevo la tensión acumulándose en mis músculos. Cerré los ojos, preparándome mentalmente para el aterrizaje, hasta que de repente sentí su mano cubriendo la mía.

Me giré hacia él, desconcertada, y antes de que pudiera procesarlo, habló con una sonrisa que rozaba lo travieso.

—No quiero arriesgarme a que, en uno de tus ataques de pánico, tus manos acaben estrangulando mis pelotas.

La carcajada que solté fue tan espontánea que incluso olvidé el miedo que me invadía cada vez que volaba.

Una vez que aterrizamos, nos pusimos de pie. Él recogió su maleta de mano mientras yo me preparaba para dirigirme a la zona de equipaje facturado. Sabía que era el momento de despedirnos.

—Seattle —habló con tono burlón pero cálido—, has sido como un grano en el culo.

—Minnesota, eres como una quemadura solar.

Ambos nos echamos a reír. Y mientras lo veía alejarse entre la multitud, algo en mi interior deseó que se girara una última vez.

Y lo hizo. Una sonrisa iluminó su rostro cuando nuestras miradas se cruzaron brevemente. Me quedé ahí, congelada por un segundo, antes de dejar escapar un suspiro.

«Bueno —pensé—, ¡quizás no todo el viaje fuera un desastre!».

Capítulo 5

JORDAN

Seis años antes…

El timbre sonó justo cuando el profesor Gagnon estaba devolviendo los trabajos.

—Enhorabuena, señorita Callahan. Un análisis brillante y una exposición impecable. —Me entregó el expediente con una sonrisa de aprobación.

Al echarle un vistazo, vi la calificación: sobresaliente. Sonriendo, se lo pasé a Tyson, quien prácticamente me lo arrancó de las manos, ansioso.

El profesor, sin embargo, no había terminado. Giró su atención hacia mi compañero con una mirada seria.

—Señor Caldwell, sinceramente no sé cuánto de este trabajo lleva su firma y cuánto pertenece íntegramente a su compañera, y, si puedo darle un consejo, le recomendaría cambiar de actitud y de amistades. Asistir a clase también podría ser un buen punto de partida.

Tyson puso cara de póquer, como si no acabara de decidir si sentirse ofendido o agradecido por el comentario. Yo, mientras tanto, solo apretaba los labios para contener una risa que seguramente habría empeorado la situación.

Él me miró con una sonrisa y no pude evitar devolvérsela. Durante esa semana que habíamos trabajado juntos, descubrí a un chico completamente distinto del líder arrogante que se pavoneaba por los pasillos del instituto. Tyson era divertido, bromista y sorprendentemente capaz de sostener conversaciones profundas sobre temas que no imaginaba que le interesaran.

El último día, cuando terminamos en la biblioteca, acepté ir a comer algo con él. Fue entonces cuando me contó su historia con mi prima. Comenzaron a salir en su primer año de instituto; ambos compartían los mismos círculos sociales. Me dijo que al principio pensaba que Ashley era muy guapa y que disfrutaban juntos en la

cama. Esa confesión me tensó de inmediato. Yo no tenía ninguna experiencia en ese terreno y la sensación de vergüenza que sentí era difícil de ignorar.

Lo que más me sorprendió fue que en ningún momento mencionara la palabra «amor». Lo que tenían no era más que un acuerdo frío: eran la pareja icónica del instituto, la que todos admiraban, querían ser como ellos. Populares, atractivos, líderes. Con el tiempo, los celos de Ashley se volvieron insoportables, desgastando la relación hasta que se rompió.

—Contigo es diferente —confesó Tyson mientras jugaba con su vaso—. No tengo que fingir. Siempre he tenido que ser alguien que los demás esperaban que fuera.

Sus palabras me dejaron perpleja. No era solo que fuera guapo, aunque lo era, y mucho; era cómo me hablaba, cómo su compañía me hacía sentir ligera, menos atrapada en el mundo que me rodeaba. Sin embargo, lo que más me descolocaba era lo que sentía cuando nuestras manos se rozaban por accidente o cuando su cuerpo se acercaba al mío: una mezcla de atracción y miedo que no sabía cómo gestionar.

El golpe de una silla al caer me sacó de mi ensimismamiento. Giré la cabeza justo a tiempo para ver a Ashley levantarse bruscamente, irritada. No creo que fuera por el suspenso marcado en la hoja que dejó tirada en el suelo, sino por el comentario del profesor sobre su ex.

Me incliné a recoger mis cosas, y cuando levanté la vista me di cuenta de que Tyson y yo éramos los únicos que quedábamos en el aula. Sin decir nada, apartó un mechón de cabello de mi rostro y su mano se deslizó suavemente por mi mejilla. El tacto cálido de sus dedos me cortó la respiración, en el instante en que su pulgar rozó mis labios, que se entreabrieron casi por reflejo, mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—¿Sabes? Creo que podrías ayudarme con otras asignaturas.

—No, nuestra colaboración se acabó aquí. —Me levanté rápidamente, recogiendo mis cosas, y caminé hacia la puerta.

Antes de que pudiera alcanzarla, él dio un paso adelante y la cerró de un suave empujón, colocándose en medio.

—Jordan, no se trata solo de las asignaturas. Claro, no voy a mentir, un poco de ayuda no me vendría mal —aclaró, encogiéndose de hombros con un aire despreocupado—. Quiero seguir conociéndote. Me gusta quien soy cuando estoy contigo. Y sé que a ti te pasa lo mismo. —Su mano volvió a mi mejilla, con su toque cálido y firme a la vez.

—Tyson, esto es un error. Tú y yo somos mundos aparte. Eres el jugador estrella del equipo de hockey, siempre en el centro de todo, como un maniquí en exhibición. Yo… yo odio los tumultos. Me gusta pasar desapercibida, soy vegana, me preocupo por el medio ambiente y voy a todas las manifestaciones feministas que puedo. ¿No lo ves?, esto no tiene sentido.

—Pues equivoquémonos juntos, Jordan. Piensa en cómo te sientes cuando estamos solos. Hay algo ahí, algo real, algo que ninguno de los dos puede ignorar. Lo sabes tan bien como yo. Esa corriente, esa chispa… —Se inclinó un poco más cerca, con sus ojos clavados en los míos—. Este fin de semana estaré solo en casa. Ven esta tarde y hablamos. Sin presiones. Por favor. —Levantó las manos en gesto de súplica, haciendo un puchero que habría sido ridículo en cualquier otra persona, pero en él logró arrancarme una sonrisa involuntaria.

—Me lo tengo que pensar.

—Eso suena a «sí». —Sonrió ampliamente, con una expresión triunfal que no pude evitar encontrar encantadora. Sin previo aviso, se inclinó y me besó la mejilla, con sus labios rozando peligrosamente la comisura de los míos.

Me quedé inmóvil, sintiendo cómo el aire en mis pulmones desaparecía por completo. Mientras Tyson daba un paso atrás satisfecho, yo sabía, en el fondo de mi ser, que estaba perdida. Aceptarlo era un error. Uno enorme al que me estaba lanzando de cabeza.

***

—Bienvenida. Me alegra que estés aquí. —Tyson entrelazó mis dedos con los suyos y me guio por la estancia con esa sobrada confianza tan suya que siempre me ponía nerviosa.

Yo apenas podía concentrarme. Sentía que estaba entrando en un terreno resbaladizo, un juego del que desconocía las reglas. Lo peor de todo eran los remordimientos. El chico que me gustaba era el ex de mi prima. Y aunque ella no se mereciera mi consideración después de cómo me había tratado —el chicle en mi pelo, los platos «accidentalmente» con trozos de carne…, la lista era larga—, algo en mí no podía evitar sentirse incómoda.

Tyson tiró de mi mano para subir unas escaleras, pero me detuve en seco, tensando el agarre.

—¿A dónde vamos?

—A mi cuarto. Estaremos más cómodos allí.

—¡No! Es mejor que estudiemos en la sala.

Se echó a reír, una carcajada grave y cálida que me hizo sentir como una niña asustada.

—Lo que usted diga, señorita Callahan. —Alzó las manos en señal de rendición, aunque sus ojos seguían brillando con diversión —. Ponte cómoda. Iré a por algo para picar. Necesito una motivación extra para estudiar, a menos que se te ocurra algo mejor.

—¡Tyson! —protesté, sintiendo cómo el rubor cubría mis mejillas.

Él se limitó a guiñarme un ojo antes de desaparecer en dirección a la cocina.

Me dejé caer en el sofá, sacando los libros con manos nerviosas. Mis dedos se frotaban contra los vaqueros, tratando de calmarme. Cuando regresó, llevaba una tarrina de helado en una mano y dos cucharas en la otra. Se dejó caer a mi lado, demasiado cerca. Podía sentir el calor de su cuerpo pegado al mío.

—A ver, abre la boca. —Acercó una cuchara cargada de helado a mis labios.

—¡Tyson! —protesté, pero antes de que pudiera apartarme, la cuchara tocó mi boca. El frío del helado chocó con el calor que subía por mi rostro.

Él no dejó de mirarme mientras retiraba la cuchara y la depositaba en la tarrina. Con un movimiento suave, pasó su dedo por mis labios.

—Eres preciosa, ¿lo sabías?

Tyson se inclinó hacia mí y mi cerebro empezó a ir a mil por hora. ¿De verdad esto estaba pasando? Su mirada bajó a mi boca y, antes de que pudiera decidir si apartarme o quedarme, sus labios rozaron los míos. Fue tan suave al principio, como si me estuviera dando tiempo para salir corriendo si quería.

Me quedé quieta, como congelada, hasta que sentí su mano en mi mejilla. Era cálida, delicada, y, de alguna forma, me hizo sentir segura. Poco a poco, me relajé y, casi sin darme cuenta, comencé a mover los labios contra los suyos. Al principio con timidez, como si tuviera miedo de hacerlo mal, luego me dejé llevar.

El beso cambió. Se volvió más profundo, más intenso. Todo lo que sabía era que sus labios estaban sobre los míos y que me gustaba más de lo que quería admitir. Su otra mano encontró mi cintura y me acercó más a él. Podía sentir el latido de su corazón, rápido, igual que el mío.

Mis manos se movieron casi por instinto, subiendo hasta enredarse en su cabello. Suave, desordenado, como todo en él. Mi respiración se mezclaba con la suya, y cada vez que me rozaba, una corriente eléctrica recorría mi cuerpo.

Y entonces lo sentí: sus manos, cálidas, colándose por debajo de mi camiseta, subiendo lentamente por mi espalda. El contacto directo con mi piel me sacudió como un balde de agua fría.

—¡Espera! —Me aparté de golpe, con la respiración acelerada y el rostro ardiendo.

Me puse de pie, tambaleándome un poco, y ajusté mi camiseta como si con eso pudiera borrar lo que acababa de pasar.

—Muñeca…

—No puedo, Tyson. Yo… No sé, es demasiado.

—Espera, ¿todavía eres virgen? —lo dijo de un modo que me hizo sentir incómoda al instante, como si fuera algo raro o que estuviera mal.

—Y si lo soy, ¿qué pasa?

Él se quedó callado, como buscando algo que decir, aunque no salió nada. Solo silencio. Genial.

—Ya te lo advertí, Tyson. Tú y yo somos de mundos distintos. Nuestra vida no es igual, y menos lo son nuestros tiempos. —Agarré

mi mochila con fuerza y me di media vuelta para irme.

Mientras bajaba las escaleras del porche casi corriendo, escuché su voz detrás de mí.

—¡Jordan!

Me detuve, cerré los ojos y respiré hondo antes de girarme. Lo encontré bajando las escaleras, con ese andar confiado suyo y su mirada clavada en la mía.

—Contigo no tengo prisa. Tus tiempos son los míos. No pretendo presionarte. —Esbozó esa sonrisa suya que parecía capaz de borrar cualquier argumento lógico de mi cabeza. Contra mi voluntad, terminé sonriendo también—. El sábado doy una fiesta en mi casa. Vendrán algunos chicos del instituto. Me encantaría que estuvieras aquí.

—No creo que sea buena idea.

—No puedes esconderte para siempre, Jordan. Además, si tú y yo vamos a…, ya sabes, estar juntos, estaría bien que conocieras a mis amigos.

—Eso me parece una idea peor.

—Piénsalo —respaldó con un tono tranquilo y despreocupado, como si ya supiera que iba a aceptar.

—Lo haré. —Le regalé una pequeña sonrisa antes de girarme y marcharme.

Mientras caminaba, no pude evitar pensar en todo lo que acababa de pasar. No tenía ni idea de cómo había terminado en esta situación, aunque lo único que tenía claro era que Tyson Caldwell estaba complicando mi vida más de lo que jamás hubiera imaginado.

Capítulo 6

JORDAN

El viaje no podía haber comenzado peor. Primero, la tormenta que desvió mi vuelo. A continuación, las maletas perdidas en algún rincón de Chicago. Después de una hora de espera y desesperación, solo apareció una. ¿Qué más me podía pasar?

Cuando salí a la entrada principal, vi a un hombre con traje negro sosteniendo una pantalla digital que decía «Callahan». Por supuesto, era por mí. Me acerqué con resignación.

—Buenos días, señorita Callahan. Soy Theo, el chófer de su abuelo. Permítame llevar su equipaje.

—Un placer, Theo. Si no te importa, prefiero que me llames por mi nombre, Jordan. —Aquel apellido pesaba como una losa sobre mis hombros; todo lo relacionado con mi familia paterna me irritaba profundamente—. En cuanto a la maleta, puedo llevarla yo misma, gracias.

—Como desee, señorita. Vamos, su abuelo la está esperando.

Caminé junto a él, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en mi cuerpo. Cuando llegamos al coche, Theo abrió la puerta trasera con un gesto cortés. Dudé un segundo; aquello no era mi estilo, pero acepté. Necesitaba un momento para asimilar lo que estaba por venir.

Toronto pasaba frente a mis ojos mientras avanzábamos por sus calles. Los rascacielos modernos destacaban en el horizonte, con la Torre CN alzándose imponente como un vigía que podía verse desde cualquier rincón. Las principales calles, como Yonge Street y Queen Street West, estaban llenas de restaurantes, cafeterías, *boutiques* y un ir y venir incesante de personas.

Pasamos por el Distillery District, un barrio con calles adoquinadas, galerías de arte y cervecerías artesanales. A continuación, nos dirigimos al Harbourfront, una zona preciosa frente al lago Ontario, perfecta para paseos y actividades al aire

libre. Theo tomó un desvío hacia Yorkville, un barrio exclusivo repleto de tiendas de lujo y apartamentos de alta gama.

El coche se detuvo frente a un edificio moderno con una fachada de vidrio que reflejaba el *skyline* de Toronto. Apagó el motor y se giró hacia mí.

—Aquí es donde se reunirá con su abuelo.

Me abrió la puerta con el mismo gesto cortés de antes. Caminamos juntos hasta un ascensor y al ver la cantidad de botones, especialmente cuando presionó el último, el número cuarenta, sentí un nudo en el estómago.

—¿Todo bien, señorita? —indagó al notar mi cara de pánico.

—No me gustan las alturas. —Intenté sonar tranquila, pero mi voz temblorosa me delataba.

El ascensor subió más rápido de lo que esperaba, lo cual no supe si era bueno o malo. Cuando las puertas se abrieron, me guio hasta una entrada que abrió con una llave magnética.

—Bienvenida. Permítame mostrarle el lugar.

Dejó mi maleta aparcada en el recibidor mientras yo intentaba procesar lo que veía. Era un apartamento impresionante, con techos altos, pisos de mármol y una decoración moderna. Theo encendió una *tablet* que estaba en la pared y comenzó a explicarme las comodidades.

—Desde aquí puede ver el vestíbulo. —La pantalla mostró una vista del portentoso *hall* de entrada, con un candelabro que parecía salido de una película—. Hay un portero disponible las veinticuatro horas, y si alguien la visita, puede autorizar o denegar su acceso desde aquí. También tiene servicio para cualquier incidente que pueda surgir.

Theo continuó mostrándome el apartamento como si fuera un agente inmobiliario, detallando las ventanas de suelo a techo, las encimeras de cuarzo en la cocina, los vestidores en los dos dormitorios y los baños tipo *spa*. Me llevó hasta una terraza cerrada con cristal, acondicionada para el mal tiempo. Aquel lugar contenía una pequeña piscina, un gimnasio de última generación adaptado al espacio y un salón con una barra de bar y una chimenea. Incluso

había un diminuto jardín para hacer barbacoas, con vistas al lago Ontario y la ciudad.

—Por aquí, por favor. —Me guio hacia un grupo de arbustos, para mi sorpresa naturales, que dividían el espacio como un pequeño seto en medio de la estancia. Al otro lado, se vislumbraba una réplica casi exacta de la zona donde nos encontrábamos.

—Como puede ver, esta área está dividida en dos partes. Cada una pertenece a uno de los pisos que hay en esta planta. El resto del edificio tiene cuatro apartamentos por nivel, pero aquí la distribución es diferente. —Hizo una pausa, señalando las plantas que separaban ambos espacios—. Puede parecer peculiar, sin embargo, hay una razón.

Se giró hacia mí, adoptando un tono casi confidencial:

—En sus orígenes, esta planta fue diseñada para dos hermanos. Cada uno tenía su propia vivienda, pero compartían este espacio central. La estructura original no puede modificarse, así que esta es la única forma viable de mantener las áreas separadas.

Volvió a mirar los arbustos y sonrió ligeramente.

—A pesar de lo inusual, ofrecen bastante privacidad. Estoy seguro de que aquí se sentirá cómoda.

Miré a mi alrededor. Cómoda no era la palabra que usaría para describir cómo me sentía.

—¿Voy a quedarme aquí? —pregunté finalmente, incapaz de contener mi desconcierto.

—Sí. —Esa voz profunda resonó tras de mí, una voz que no escuchaba desde hacía seis años y que jamás pensé que volvería a oír. Me giré lentamente y lo vi.

Gerald Callahan, mi abuelo, estaba allí de pie, con su porte erguido y su cabello canoso perfectamente peinado hacia atrás. Su rostro estaba surcado por arrugas, pero sus ojos, castaños y penetrantes, seguían teniendo esa mezcla de dureza y melancolía.

—Bienvenida, hija. Espero que todo sea de tu agrado. Y si algo no te gusta, eres libre de decorarlo a tu gusto.

No respondí. Mi pecho se llenó de rabia, el dolor que nunca desaparecía y un malestar que me paralizaba. El silencio debió ser evidente, porque enseguida se volvió hacia su chófer.

—Theo, sube el resto del equipaje de mi nieta.

—Señor, eso es todo lo que traía.

—Me perdieron parte de las maletas, así que por ahora me las apañaré con lo que tengo. —Intenté sonar indiferente.

—No te preocupes, hija. Hablaré con mi asistente para que se encargue de todo. —Metió la mano en su cartera y sacó una tarjeta de crédito, tendiéndola hacia mí—. Toma, es para ti. Compra todo lo que te haga falta.

Observé su mano tendida, sosteniendo la tarjeta como si en ella estuviera la solución a todo. Sin embargo, no me moví. Sus dedos permanecieron en el aire un segundo más antes de que la dejara sobre la mesita de cristal. Aquello encendió una chispa dentro de mí. Cogí la tarjeta y la doblé con fuerza entre mis dedos, apretándola como si quisiera romper más que el plástico.

Theo, probablemente sintiendo que estaba en medio de una discusión familiar, dio un paso atrás.

—Señor, si no me necesita, lo esperaré abajo.

Mi abuelo asintió, con sus ojos todavía clavados en mí.

—En cuanto a mis maletas, ya me he ocupado yo. No necesito que nadie más lo haga. Y, Gerald —dije su nombre con toda la intención, sabiendo perfectamente que detestaba que lo usaran—, no me insultes intentando limpiar tu conciencia con dinero.

—Hija, no intento ofenderte. Solo que… como Callahan, puedes disfrutar de ciertos privilegios y comodidades. Nada más.

—¿«Disfrutar»? —solté con una risa dura—. Esto es absurdo. No sé qué es peor: que creas que me interesa esta vida vacía que intentas ofrecerme, o que pienses que, por tenerme cerca, algo entre nosotros va a cambiar. No pierdas el tiempo jugando al abuelo que nunca fuiste.

Por un momento, vi cómo se le quebraba el rostro. Sus ojos se apagaron un segundo, como si de pronto llevara encima todos los años que había intentado ignorar.

—Estoy haciendo lo que puedo, Jordan. Me mantuve al margen porque creí que era lo mejor para ti. Ahora…, aunque me gustaría que vivieras en la mansión, que pudiéramos compartir algo más de tiempo, sigo el consejo de Peter y te doy espacio. Simplemente

espero que, con el tiempo, veas que no soy el enemigo. Solo un hombre. Uno que no siempre eligió bien.

Se lo agradecí a Peter en silencio. Si había algo que me oprimía el pecho era la idea de vivir entre esas paredes que guardaban demasiados recuerdos dolorosos.

Por suerte, su teléfono sonó antes de que esto se volviera más profundo de lo que podía soportar. Mi abuelo lo observó y posteriormente me dirigió una mirada como pidiéndome permiso para atenderlo. Asentí, y él se alejó unos pasos mientras respondía. Por la manera en que bajó la voz, parecía algo importante.

Cuando regresó, su semblante era más serio.

—Tengo que ir al Wolves Ice Arena. Ha surgido un problema.

—Te acompaño —solté, sin pensarlo demasiado.

—Pero estarás cansada. Además, hasta el lunes no comienzas tus prácticas.

—Quiero ver dónde voy a trabajar. —No di espacio para otra discusión.

Vi algo extraño en su expresión, como si ocultara una mueca de satisfacción. Había forzado mi entrada en la universidad con sus contactos, pero la carrera y la especialización las había conseguido yo sola, a base de esfuerzo.

Me encaminé hacia la puerta sin esperar respuesta. Gerald me siguió en silencio. Sabía que él no estaba acostumbrado a ser contradicho, sin embargo, yo tampoco estaba dispuesta a ceder.

***

Cuando llegamos al Wolves Ice Arena, mi abuelo me guio directamente hasta el centro de fisioterapia. Al entrar, me presentó a River Crawford, la fisioterapeuta principal del equipo, quien vendría siendo alguien parecido a mi mentora durante el periodo de prácticas.

River irradiaba energía positiva. Tenía un carácter agradable, de esos que te hacen sentir cómoda de inmediato. Según mi abuelo, había destacado rápidamente en su carrera, y aunque no me lo dijo directamente, su seguridad y pasión por el trabajo lo dejaban claro. Por su aspecto, calculé que apenas tendría unos pocos años más que yo.

—Encantada de conocerte, Jordan. Espero que esta experiencia te inspire tanto como lo hizo conmigo cuando empecé —me saludó con una sonrisa cálida mientras me daba un rápido recorrido por el centro.

Me mostró las máquinas que usaban, muchas de las cuales eran nuevas para mí. Había dispositivos de terapia de ultrasonido, sistemas de estimulación eléctrica, equipos de compresión para la recuperación muscular y una cinta antigravedad que permitía a los jugadores entrenar sin someter sus articulaciones a demasiado impacto.

—Estas máquinas son nuestras mejores aliadas —me explicó mientras señalaba una plataforma de vibración—. Usamos esto, por ejemplo, para mejorar la recuperación muscular después de los partidos o para tratar lesiones específicas. Más allá de las máquinas, el trabajo manual es clave aquí. A los jugadores les gusta cuando hacemos terapia miofascial, libera mucha tensión acumulada.

Tras el recorrido inicial, me invitó a tomar un café en la cafetería del estadio. Mientras esperábamos nuestras bebidas, me contó un poco más sobre ella.

—Empecé aquí como tú, durante mis prácticas. Fue un golpe de suerte, en realidad. Mi pareja, Mark, que es el segundo entrenador, consiguió que me dieran una oportunidad. Desde entonces, esto se ha convertido en mi hogar. —Le brillaban los ojos al hablar del equipo—. Ya verás que aquí no te sentirás como «la nueva». Todos son muy cercanos, aunque eso no quita que sean exigentes.

Con los cafés en mano, propuso que hiciéramos un *tour* por el estadio.

—Quiero que conozcas bien cada rincón. Vamos, acompáñame. Este estadio tiene capacidad para veinte mil personas —comentó mientras atravesábamos un pasillo con enormes ventanales que daban vista a las gradas—. El diseño moderno, con el techo arqueado, no solo es estéticamente impresionante, también mejora la acústica. Y mira esto —indicó señalando las paredes decoradas con murales—: son una muestra de los logros históricos del equipo, con fotos de jugadores icónicos a lo largo de los años.

»¿Ves esos asientos cerca de la pista? —Apuntó hacia abajo—. Tienen servicio de *catering* durante los partidos. Y los palcos VIP allá arriba están equipados con sofás, televisores y menús exclusivos. Son para los patrocinadores principales.

Las pantallas gigantes suspendidas en el centro del estadio me llamaron la atención.

—Con esas transmitimos repeticiones, estadísticas en vivo y todo lo relevante durante los partidos —agregó River con entusiasmo.

Después, nos dirigimos a las instalaciones internas.

—Los vestuarios son una maravilla. —Abrió una puerta hacia una amplia estancia con casilleros personalizados—. Cada jugador tiene su espacio, y además hay una sala de recuperación con baños de hielo y masajes y un cuarto de análisis de vídeo equipada con enormes pantallas.

Me mostró las oficinas de los entrenadores, una clínica equipada con todo lo que un médico deportivo podría necesitar y un gimnasio impresionante.

—Todo lo que ves aquí es de última generación. Tenemos máquinas específicas para cada grupo muscular, pesas libres y un área especial para entrenamientos funcionales.

Finalmente, me llevó a la sala de prensa.

—Aquí se hacen las entrevistas y las ruedas de prensa después de los partidos. A veces es una locura, sobre todo cuando ganamos campeonatos.

Caminamos hacia la pista secundaria, donde los jugadores practicaban fuera de horario.

—Esta zona es para entrenamientos más específicos, sobre todo cuando quieren trabajar en algo puntual sin interrupciones —me explicó.

Cuando por fin llegamos a la pista principal, el corazón del estadio, me quedé fascinada. Los jugadores estaban entrenando bajo las luces LED que cambiaban de tonalidad.

—El lunes te mostraré los casos activos en los que estamos trabajando y cómo hacemos las revisiones. Será más sencillo que te familiarices con todo.

River, con una sonrisa cómplice, señaló hacia el hielo.

—Mira, esos son algunos de los chicos. Te los voy presentando para que vayas poniendo caras. Ese de allí —mostró con su dedo a un jugador alto que parecía un francotirador con patines— es Dupuis. Francés, centro. Es de los que siempre van un paso por delante, como si leyera la mente de los rivales.

Pasó a un hombre corpulento, con una postura impenetrable.

—Sokolov, ruso, defensa. Nadie pasa por él sin un buen golpe.

A continuación, señaló a un jugador más ligero pero endiabladamente rápido.

—Nyberg, sueco, extremo izquierdo. Es un rayo en el hielo.

Su dedo se movió hacia otro jugador que tenía pinta de bromista incluso con casco.

—Ese es Horváth, checo, también centro.

Después llegó el turno de un tipo alto y fuerte que daba una vibra tranquila.

—Ese es Bär, alemán, defensa. Es meticuloso, calculador.

Por fin, su mano apuntó hacia la portería.

—Volkov es el portero ruso. Tiene una técnica impecable. Ahora, el otro portero… —indicó, hablando de un jugador que estaba riendo con alguien del equipo—. Ese es Flanagan, irlandés. Su aspecto puede intimidar un poco, pero es muy buena gente.

Su tono cambió ligeramente cuando apuntó hacia el fondo, donde un jugador alto y robusto se deslizaba con calma sobre el hielo.

—Y ahí está MacAllister, canadiense, defensa. Es de los buenos, en todos los sentidos. Es uno de esos jugadores que siempre te apoyan, dentro y fuera del hielo.

Algo en mí se encendió al escuchar su nombre.

—Espera… ¿Liam MacAllister? —la interrumpí.

River se giró hacia mí, sorprendida.

—Sí, ¿lo conoces?

—Coincidimos en el instituto cuando vivía aquí. Hace mucho que no sabía de él, cuando me fui de Toronto rompí con todo —respondí, más para mí que para ella.

—¡Qué bien! Ya tienes otra cara conocida, además de tu abuelo y de mí. Ah, también está Prescott, nuestro delantero estrella, aunque

hoy no entrena. Acaba de regresar de la Copa Mundial de Hockey. Es impresionante verlo jugar. Tiene un estilo hipnótico, como si el hielo fuera su reino. Su padre es Jack Prescott, una leyenda del hockey, así que lo lleva en la sangre. Aunque… —bajó un poco la voz— hay cierta tensión en el equipo. Tyson Caldwell, uno de los delanteros canadienses, no está muy contento con que Prescott sea el capitán. Cree que él lo merece por su experiencia y por ser de Toronto. Es un tema complicado.

—¿Tyson? ¿Tyson Caldwell? —tartamudeé a punto de entrar en pánico. Mi atención ya no estaba en ella. Desvié la mirada hacia la pista y allí estaba él. De repente, los recuerdos me sacudieron como una ola. Y solo quise desaparecer.

—¡Chicos! —gritó River, llamando a los jugadores. Ellos empezaron a acercarse, quitándose los cascos mientras intercambiaban bromas y sonrisas—. Os presento a la nueva fisioterapeuta. Estará conmigo esta temporada. Ella es Jordan Callahan y, sí, es la nieta de Jerry.

Una ronda de saludos y algún que otro comentario en broma me sacaron de mi ensimismamiento. Entonces, Liam MacAllister se acercó.

Nos miramos, y por un instante, el tiempo pareció dar marcha atrás. Nos abrazamos con fuerza, como dos amigos que se habían extrañado demasiado, como si la distancia y los años no hubieran hecho mella en ese lazo que aún nos unía. Seguía ahí. Para los dos.

Al separarnos, sus manos enguantadas atraparon mi rostro y, tras apoyar su frente en la mía, susurró con una cálida sonrisa familiar:

—Estás preciosa, JoJo. Voy a darme una ducha y te busco cuando termine. Tenemos mucho de que hablar, ha pasado demasiado tiempo, ¿no crees?

Asentí, incapaz de articular palabra, y lo vi alejarse hacia los vestuarios. Entonces giré la cabeza y mis ojos se encontraron con los de Tyson.

No se había movido. Seguía ahí, mirándome como si hubiera visto un fantasma.

Mi pecho se contrajo. Aparté la vista. Los recuerdos eran demasiado.

—¡Caldwell! —gritó mi tío desde algún lugar cercano.

Como si despertara de un trance, Tyson parpadeó, se giró y se alejó sin decir una palabra.

Sentí un leve golpecito en el brazo. River me observaba con complicidad.

—No le hagas caso, Caldwell siempre tiene una energía muy negativa. Mejor vámonos, ¿vale?

La seguí en silencio, con la cabeza dando vueltas. ¿Qué más podía pasar para que mi vida terminara patas arriba?

Capítulo 7

JORDAN

Seis años antes…

No tenía intención de ir a la fiesta de Tyson. De verdad, no entraba en mis planes, y menos cuando supe que mi prima estaría allí. Era la peor combinación posible: mi incomodidad con sus amigos mezclada con el miedo de que, entre ellos, volviera a resurgir esa chispa que alguna vez tuvieron. No lo iba a admitir en voz alta, aunque esa idea me carcomía un poco.

La decisión final, sin embargo, no tuvo nada que ver con ninguno de los dos. Fue la cena.

Esa desastrosa cena familiar lo cambió todo.

El problema empezó con mi padre y mi tío Rick llegando del entrenamiento de los Toronto Wolves, acalorados y discutiendo como si se les fuera la vida en ello. Para cuando nos sentamos a cenar, la tensión ya estaba en el aire, y en cuanto salió el tema de cómo entrenar a un equipo, el ambiente explotó como una bomba.

—Tratas a los jugadores como si fueran tus alumnos, demasiado blando —le recriminó mi tío, con ese tono arrogante que me sacaba de quicio.

—Y tú no entiendes nada sobre construir un equipo sólido —contraatacó mi padre, perceptiblemente molesto. Siempre era tranquilo, pero Rick sabía cómo empujarlo hasta el límite—. La unidad y la confianza son la base. No se trata solo de fuerza bruta.

Mi abuelo, que no era precisamente el pacificador de la familia, intervino para defender a mi padre.

—Rick, deja de interferir en su trabajo. Él es el entrenador, no tú.

Y entonces, *boom*, estalló la verdad.

—¿Cómo puedes confiar en alguien que ya te engañó una vez? —disparó mi tío, mirando directamente a mi abuelo—. ¿O ya has olvidado lo que hizo cuando jugaba?

La tensión se cortaba con un cuchillo. Todos en la mesa nos quedamos congelados.

—Lo hice porque no tenía otra salida —se defendió mi padre, con una voz tensa—. Tú nunca lo entenderías, Rick, porque nunca viviste esa presión. No quería esa vida, sin importar cuán bueno fuera jugando al hockey.

Y ahí fue cuando lo entendí todo. Mi padre, el hombre más honesto que había conocido, usó una lesión para salir del hockey.

Mi abuelo, al parecer, lo había presionado durante años para que fuera el mejor. Mi padre tenía un futuro prometedor en ese deporte, sin embargo, lo odiaba con cada fibra de su ser. Así que, con ayuda de mi abuela, idearon una mentira: una lesión temporal que se convirtió en «permanente». De esa forma, mi abuelo no tuvo más remedio que aceptar que abandonara el hockey.

El problema fue que todo salió a la luz. Ese engaño los distanció, y mi padre se mudó a Seattle para empezar de cero: estudió, conoció a mi madre y finalmente nací yo.

Por otro lado, mi abuelo intentó volcar sus expectativas en mi tío, pero a él le gustaban más las fiestas que los entrenamientos, así que nunca llegó a destacar en el deporte. Y ahora, años después, cuando los Wolves necesitaban un entrenador, en lugar de recurrir a Rick, mi abuelo volvió a llamar a mi padre. Quería «hacerlo bien esta vez».

Aunque aceptó el puesto, las heridas del pasado seguían ahí. Y en esa cena, quedó claro que no iban a sanar fácilmente.

Cuando las cosas se pusieron especialmente tensas, mi madre me tocó el hombro y murmuró:

—Cariño, mejor vámonos. Esto no va a terminar bien.

Y fue en ese momento, viendo el caos que había en la mesa, cuando tomé mi decisión.

Iba a ir a la fiesta de Tyson.

***

La incomodidad era real. Estaba sentada en el regazo de Tyson, atrapada en un sofá rodeada de sus amigos. La mayoría, cómo no, jugadores de hockey con cero modales y menos cerebro que un pez. Cada vez que abrían la boca, me daban ganas de desaparecer. Y, por si no fuera suficiente, las novias de esos chicos resultaron ser amigas de mi prima, que también estaba allí. Todo el escenario me parecía sacado de una pesadilla surrealista.

Yo me quedaba callada, apretando el vaso desechable que Tyson me había dado con una bebida que ni sabía lo que era. A mi alrededor, el ruido era ensordecedor: risas, bromas tontas y cuchicheos constantes. Ashley me miraba con odio desde el otro lado de la sala, murmurándole cosas a Brianna y al resto de sus amigas. Lo peor era que, mientras me fulminaba con la mirada, no dejaba de lanzarle indirectas descaradas a Tyson.

Quería huir, desaparecer, aunque sabía que hacerlo sería darles el gusto de convertirme en su nueva comidilla. Así que aguanté de manera estoica.

Y entonces, como si no fuera suficiente castigo, mi prima sugirió que jugáramos a verdad o reto. Desde el primer momento supe que no saldría nada bueno de aquello. Y no me equivoqué.

Cuando llegó mi turno, elegí «verdad» porque, sinceramente, no me fiaba ni un pelo de lo que podía mandarme hacer. Pero claro, eso no impidió que se las arreglaran para humillarme.

—¿Es cierto que eres virgen? —escudriñó Ashley con esa sonrisa maliciosa que tenía.

La habitación estalló en risas y bromas estúpidas. Mi cara ardía, sin embargo, lo peor fue cuando miré a Tyson. Parecía incómodo, como si también se avergonzara, y entonces soltó:

—A mí me encantan las vírgenes. Así les enseño cómo me gusta.

Ese comentario fue la gota que colmó el vaso. Me tensé, dispuesta a levantarme y marcharme, no obstante Tyson me sujetó por la cintura, impidiéndome moverme.

Aprete los dientes. «Este chico es un imbécil», pensé, tratando de no montar un espectáculo. Cada vez que estaba con esa gente, se convertía en alguien que no reconocía. Un idiota más, igual que ellos.

Y a continuación llegó Brianna, aliándose con Ashley, como si lo hubieran planeado todo. Cuando a mi prima le tocó el turno, eligió «reto», y no hacía falta ser un genio para adivinar lo que iba a pasar.

Ashley se levantó, caminó hacia nosotros y, antes de poder asimilarlo, se inclinó sobre Tyson y lo besó.

Ahí estaba yo, atrapada, viendo cómo sus lenguas se enredaban frente a mi cara. Fue demasiado. Me levanté de golpe, mi paciencia

se había agotado.

—Jordan, ¿qué haces? —Tyson apartó a Ashley y se puso de pie a mi lado mientras ella regresaba al sofá con una sonrisa triunfal.

—¿Que qué hago? Esto es una puta mierda. Para ti puede ser un juego, aunque para mí no.

—No seas cría. Tienes que aprender a adaptarte —bramó en un tono bajo, como si eso fuera una solución mágica.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Adaptarme? ¿Me estás hablando en serio? Déjame decirte algo: jamás seré como vosotros. Jamás. Y, sinceramente, me arrepiento de haber venido. Ojalá nunca hubiera visto esta versión tuya.

Sin esperar respuesta, salí del salón y me dirigí al exterior. Las lágrimas comenzaron a brotar sin previo aviso. Sentía una impotencia horrible, un vacío en el pecho que no sabía cómo llenar.

¿Cómo pude pensar que podría encajar con ellos? Jugadores de hockey, chicas perfectas, y después estaba yo: una joven normal con aspiraciones totalmente distintas. La diferencia era abismal, y esa noche había quedado más claro que nunca.

Estaba a punto de salir del recinto cuando sentí una mano sujetándome con fuerza de la muñeca. Me giré con brusquedad y ahí estaba, Ashley, mirándome con esa expresión de superioridad.

—Esto es solo el principio —empezó con esa voz cargada de malicia—. No voy a dejar que una insulsa con aires de bohemia venga a quitarme lo que es mío. Y no hablo solo de Tyson. También de mi casa, de mi abuelo…, de todo. No eres bienvenida, Jordan, y nunca lo serás.

La miré, perpleja, pero antes de que pudiera abrir la boca, ella continuó, apretando más mi brazo:

—Ah, y si de verdad piensas que le importas a Tyson, despierta. Baja a la realidad, primita. Siempre hace lo mismo: cuando lo dejamos, se busca a una simplona como reto. La consigue, se aburre y vuelve a mí. Porque no hay nadie que pueda darle lo que yo le doy.

Su sonrisa era aterradora, aun así, no iba a dejar que me destrozara. Tiré con fuerza para liberar mi brazo y la enfrenté.

—Si tan segura estás de todo eso, no sé qué haces aquí preocupándote por alguien tan insignificante como yo. ¿O será que no soy tan baladí como quisieras, primita? Hasta ahora he intentado no complicar las cosas, aunque no voy a tolerar más humillaciones.

—Y ¿qué vas a hacer? ¿Decírselo a papá y mamá? Ahórratelo. Nadie te va a creer.

No valía la pena responderle. No con alguien como ella. Me di la vuelta y salí de ahí, caminando sin rumbo fijo mientras las lágrimas corrían por mis mejillas sin control.

Cuando por fin me calmé lo suficiente como para mirar alrededor, me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba. «Genial, Jordan, te superas cada día más». Observé las señales buscando el nombre de la calle para llamar un Uber, y fue entonces cuando vi un vehículo negro estacionado a pocos metros. Dentro había dos personas. Era uno de los chicos del equipo de hockey: Liam, el novio de Brianna. Estaba en el asiento de atrás, y no estaba solo. Desde donde yo me hallaba, pude divisar que estaban practicando sexo, y no con una mujer, al parecer.

Mis ojos se abrieron como platos cuando Liam, con la cara pegada al cristal, me vio. Su mirada se cruzó con la mía por un segundo y el pánico me recorrió el cuerpo. «Mierda».

Sin pensarlo dos veces, me di la vuelta y salí corriendo. No sabía qué estaba pasando, pero tenía claro que no era algo que debería haber visto.

Seguí caminando, apretando el paso, hasta que finalmente encontré el nombre de la calle en una señal. Saqué el teléfono para pedir el Uber y, de pronto, unas luces me deslumbraron desde un coche que se acercaba lentamente.

Cuando se detuvo a mi lado, lo reconocí al instante. «No, no, no, no».

La puerta se abrió y Liam bajó con la cara tensa. Me di la vuelta sin decir nada y seguí caminando, como si ignorarlo fuera la solución.

—¡Jordan! Así te llamas, ¿no? —gritó detrás de mí. Sin embargo, no me detuve.

Él me alcanzó, cruzándose en mi camino e impidiéndome escapar.

—Oye…, sobre lo que acabas de ver…

—No vi nada —lo corté de inmediato, con frialdad—. Y si te preocupa que diga algo, tranquilo. No es asunto mío con quién te acuestas.

Liam suspiró, pasándose una mano por el pelo con gesto nervioso.

—Sé que no tengo que hacerlo. Aunque me gustaría explicarme. No porque esté obligado, sino porque considero que lo necesito. Eres la primera persona que lo sabe. Llevo esto dentro desde hace años y está empezando a pesar demasiado.

—Mira, no nos conocemos y, sinceramente, no tengo muy buena opinión de los jugadores de hockey. Además, estoy cansada, ha sido una noche de mierda, solo quiero irme a casa.

—Sí, puedo imaginar lo horrible que fue para ti esa fiesta. En el fondo, somos unos incomprendidos.

—Incomprendidos, claro.

—Vamos, no pongas esa cara —bromeó—. Déjame llevarte a casa. No me apetece volver ahí y aguantar las tonterías de Brianna.

No sé por qué acepté, pero lo hice. Había algo en Liam esa noche, algo sincero que me hizo confiar en él.

Ya en el coche, después de unos minutos de silencio, empezó a hablar.

—Es duro, ¿sabes? Jugar en el equipo del instituto y ser gay. Es como si todo el mundo esperara algo de ti. Reglas no escritas, todas ellas absurdas. Amo el hockey, pero estar ahí siendo alguien que no soy, es como estar atrapado. Estoy rodeado de gente todo el tiempo, y aun así me siento solo.

Lo miré de reojo, sorprendida por su honestidad.

—Vaya… Lo siento. Debe ser agotador fingir ser alguien que no eres.

—Lo es. —Hizo una pausa, apretando el volante—. Finjo ser un idiota descerebrado sin sentimientos. Tengo una novia que no soporto, aunque la elegí porque estamos siempre peleando. Es mi

excusa perfecta para evitar cualquier momento íntimo. Ya sabes, cero romance, cero problemas.

—Espera, ¿tu solución para esconderte es salir con alguien insoportable? Eso suena…, bueno, bastante idiota.

—Totalmente. Pero no creas que estoy jugando con sus sentimientos. A Brianna no le importo en lo más mínimo. Ella solo quiere que haya un jugador a su lado, da igual quién sea. Créeme, no merece ni un segundo de tu preocupación. Es casi tan mala como tu prima.

—Uy, gracias por recordármelo —apuntillé con sarcasmo—. Espera, hay algo que no entiendo. Si no te gusta Brianna, ni siquiera como persona, ¿cómo demonios logras tener…, ya sabes, sexo con ella?

—Ay, dulce JoJo…, la imaginación puede ser un arma poderosa. Otro día te enseño mis trucos, sin embargo, para ser nuestra primera charla, ya ha sido suficiente.

No pude evitar soltar una carcajada. Él también. Había algo en su risa que lo hacía parecer más humano, más vulnerable.

—Y los chicos con los que has estado…, ¿no temes que lo digan en el instituto? —seguí indagando, todavía intrigada.

—No pasará. Nunca he estado con ningún compañero del instituto. Este es el primero y es mayor que yo.

—Ah, entiendo.

—No, no entiendes. —Me lanzó una mirada rápida, como si pudiera leerme la mente—. Seguro que estás pensando algo tipo «¿por qué no es valiente y lo afronta todo? ¿Por qué sigue llevando esta doble vida?». Créeme, yo también quiero dejar de esconderme. Espero ansioso el día en que no tenga que ocultarme y pueda ser yo mismo.

—No te juzgo, de verdad. —Bajé la mirada, sintiéndome un poco culpable—. Es solo que mi vida ha cambiado tanto últimamente que todavía estoy intentando entenderlo todo.

—Dulce JoJo, solo te voy a decir algo: cuídate. Este comportamiento de Tyson no es normal. Nunca ha tenido otra pareja que no sea Ashley. Y ella está demasiado tranquila. Eso me huele mal.

—¿Tranquila? ¿Ashley? ¿Estamos hablando de la misma persona?

—Créeme, lo está.

Resoplé, apoyando la cabeza en la ventana.

—Da igual. Esta noche me quedó claro que no puedo estar con un chico como él. No me gusta quien es cuando está con sus amigos. No se parece al Tyson que conozco cuando estamos a solas.

—No sé qué decirte —dudó Liam, pensativo—. Ninguno de ellos es trigo limpio. Ándate con ojo.

Sus palabras se quedaron resonando en mi cabeza.

Capítulo 8

JORDAN

A las nueve en punto, mi teléfono empezó a sonar.

—¡Nooo! —gruñí, estirando el brazo para alcanzarlo mientras me hundía en las sábanas. Cuando por fin lo cogí, vi el número de mi abuelo en la pantalla. Claro, seguía sin agendarlo, como si fuera un extraño. Aquello me hizo esbozar una leve sonrisa, recordando el comentario de Minnesota… Sin embargo, el zumbido insistente del teléfono se encargó de borrármela de golpe.

—¿Qué quieres? —solté a modo de saludo, con la voz aún adormilada.

—Ayer te fuiste sin despedirte —empezó, directo al grano, como siempre—. River me contó que te recogieron Flanagan y MacAllister. Me alegra mucho saber que te estás integrando tan bien. Ah, por cierto, ellos viven en tu mismo edificio, en la planta veintidós.

Como si no lo supiera. Liam apareció sin avisar en el área de fisioterapia con su compañero de piso, el portero irlandés, Conor. Intentaron que fuera a su apartamento, aunque me excusé diciendo que estaba cansada. Y era verdad, no por el viaje, sino porque mi cerebro estaba al borde del colapso con tanto reencuentro inesperado. Lo entendieron, aunque tuve que prometerles que al día siguiente almorzaría con ellos.

—Sí, no sé si lo recuerdas, pero Liam y yo fuimos juntos al instituto. Fue de las pocas personas decentes que conocí aquí…, bueno, en realidad, la única.

Al otro lado de la línea, mi abuelo carraspeó incómodo. Pude imaginármelo alzando una ceja, tratando de elegir las palabras con cuidado para no abrir una caja de Pandora.

—Te llamo para invitarte a comer. ¿Qué te parece? Creo que sería bueno que habláramos, Jordan. Al fin y al cabo, somos familia.

—Gerald, no sé qué intentas con todo esto, y te adelanto que no me está haciendo ningún bien. Mis padres están muertos, ¿recuerdas? Si puedo considerar familia a alguien son los Hughes.

Estar aquí no cambia lo que siento ni lo que pasó. Y, sinceramente, jamás podré olvidar lo que viví en este lugar, ni todo lo que perdí.

Mientras hablaba, percibí una punzada en el pecho. Me había convencido de que podía dejar el pasado en un cajón cerrado con llave. No era verdad. El objetivo de mi terapia era aprender a vivir con ello, y claramente había fallado.

—Está bien, Jordan, te daré tu espacio. No obstante, mañana tendrás que venir por la mansión. Hay una reunión con el cuerpo técnico del equipo y sería bueno que estuvieras. Es parte de tu trabajo.

El mensaje era claro: no se trataba de una invitación, sino de una obligación envuelta en formalidad.

—Genial —respondí con sarcasmo, suspirando mientras rodaba los ojos aunque él no pudiera verme—. ¿A qué hora me tengo que poner el disfraz de nieta ejemplar?

Él ignoró mi ataque.

—A las once.

—Nos vemos mañana, entonces. —Y terminé la llamada, cortándole cualquier intento de continuar.

Dejé el teléfono tirado en la cama, me giré y cubrí mi cara con la almohada. Solo quería dormir un poco más. La noche anterior había sido terrible. Mis vecinos no eran precisamente tranquilos; primero pusieron música a todo volumen y después…, bueno, otros ruidos bastante explícitos.

Antes de que pudiera cerrar los ojos de nuevo, el teléfono volvió a sonar.

—¡Arggg! —protesté contra la almohada, jurando que esta vez lo tiraría por la ventana. Sin embargo, al ver la pantalla, una sonrisa se dibujó en mi cara.

Era Caden. Y de repente, el mundo ya no parecía tan malo.

—¿Todavía en la cama, enana? —acusó con un tono mezcla de burla y reproche al verme enroscada entre las sábanas—. No cumpliste tu palabra de llamarme cuando te instalaste en Toronto. ¿Crees que un mensaje en el grupo familiar es suficiente? Todos queremos saber de ti, ¿o ya te estás olvidando de nosotros?

—No seas idiota, eso jamás pasará —farfullé mientras me desperezaba—. Tuve un día intenso…, no, más bien terrible. ¿Queríais que me enfrentara a mis fantasmas? Pues sorpresa: vivo rodeada de ellos.

—Habla claro, enana. Me estás empezando a preocupar.

Me levanté, agarré el teléfono y comencé a enfocar la casa con la cámara para que viera.

—Mira dónde vivo ahora. Parece que la que juega en la NHL soy yo. ¿Ves todo este lujo? Pues este es mi nuevo hogar, cortesía de los Callahan.

Caden silbó al ver el pequeño *tour* que le hacía.

—Vaya, se lo han currado —comentó con sorna.

—Supongo que mi abuelo cree que puede comprarme con dinero, aunque su primer intento fue un rotundo fracaso. Y lo que no sabe es que los demás también lo serán.

—Al menos no tienes que vivir con ellos, eso ya es un comienzo.

—Eso es verdad, pero no sabes con quién voy a tener que lidiar todos los días en el estadio. Uno es Liam MacAllister, ¿te acuerdas de él? Mi único amigo del instituto. Resulta que también vive en este edificio.

—Claro que me acuerdo. Eso suena bien, Jordan. Al menos tendrás a alguien conocido cerca.

—Sí, aunque ahí no acaba la cosa. También está Tyson Caldwell. Sí, ese Tyson.

—No jodas… ¡Uf! —exclamó, llevándose una mano a la cara—. ¿Y cómo fue el reencuentro?

—No fue, y no va a ser. No pienso revolver un pasado que ya dejé atrás.

—Ese pasado no está cerrado, enana. Que no hables de él o que la terapeuta te diera el alta porque te echaste un novio friki en la universidad no significa que lo hayas superado.

—¡Oye! Jackson era un buen tío. Tuvimos una buena relación. Se terminó por la distancia, nada más. Él no podía rechazar el puesto en Europa, y yo no iba a dejar mis estudios de especialidad para seguirlo.

—Oh, claro, Jordan. Estuviste con él porque era cómodo. Sabías que no te ibas a enamorar de verdad y que tu corazón quedaría intacto. Desde Toronto no te has abierto con nadie. Y, en cuanto al sexo, apuesto a que con Jackson puedes contar las veces que pasó algo entre vosotros con los dedos de una mano.

—Caden, ya basta. El amor está sobrevalorado. Hay cosas más importantes.

—Por supuesto, sigue mintiéndote. Pero llegará alguien que te hará bajar la guardia, y, cuando pase, no vas a querer resistirte.

—Uf, ¿de verdad tenemos que hablar de esto a estas horas? Necesito descansar, no he dormido nada. Tengo unos vecinos… demasiado fogosos.

—A ver si se te pega algo —soltó, riendo.

—Idiota.

—Ah, casi lo olvido. En unos días jugamos un amistoso de pretemporada contra los Toronto Wolves. Si me haces hueco en tu apartamento, me quedo contigo las dos noches que pasemos ahí.

—¿En serio? —grité emocionada, saltando sobre la cama.

—Sí, enana. Muy pronto estaré contigo. Te extraño, y no hace nada que te fuiste.

—Yo también te extraño, Caden. Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti. Nos vemos pronto.

***

—¡Pasa, dulce JoJo! Bienvenida a nuestro acogedor y pecaminoso hogar —saludó Liam con una exagerada reverencia, guiándome hacia la sala—. ¿Cerveza? ¿O prefieres algo más sofisticado?

—Cerveza está bien —asentí mientras echaba un vistazo al piso. Tan lujoso como el mío y con unas vistas impresionantes. Qué sorpresa, viviendo en la planta veintidós.

Mis ojos se desviaron hacia la cocina, donde Conor estaba condimentando con aire despreocupado. Al verme, me dedicó una sonrisa de lo más amigable.

—¡Hola, JoJo! —saludó con la misma familiaridad que mi amigo, como si me conociera de toda la vida—. Liam me comentó que eres vegana, así que estoy encantado. ¡Por fin alguien con criterio en

esta casa! Yo soy vegetariano y tengo que sobrevivir con este devorador de carne. Hoy el menú será a nuestro gusto, y Liam tendrá que aguantarse. —Me guiñó un ojo con complicidad.

—Eh, que yo cocino para todos, ¿eh? —protestó mi amigo desde la sala.

—Claro, claro, maestro de la cocina —respondió, sonriendo mientras yo seguía a Liam hasta el balcón.

—Ven, salgamos fuera. Necesitamos un poco de aire y menos humos de «chef Conor».

Ya en el balcón, Liam me miró con seriedad.

—Oye, quiero disculparme por no haberte llamado en todos estos años. No podía. Me fui de aquí hecha polvo.

—Chsss. No hace falta que te justifiques. Lo entiendo. Querías olvidar.

—Sí, pero… no se puede. Mírame, aquí estoy de nuevo.

—Quizás esta vez sea diferente. A lo mejor descubres otra forma de mirar este lugar.

—Lo dudo —negué, dándole un sorbo a la cerveza.

—¿Ya has visto a tu prima?

—No, y tampoco me apetece. Dudo que esté loca de alegría por verme. ¿Sabes qué? Aún no sé qué me impactó más, si ver a Tyson o a mi tío.

—JoJo, no te hagas esto. Rick es un gilipollas monumental que proyecta en nosotros todas sus inseguridades y su incapacidad para liderar. No tiene ni puta idea de cómo gestionar un equipo. Nos exige más de lo que podemos dar, ya lo verás. Las lesiones son el pan de cada día. A veces, si Mark Reynolds, el segundo entrenador, o Prescott, el capitán y favorito de tu abuelo, logran frenarlo, conseguimos un respiro.

—Parece que voy a tener trabajo.

—Prepárate, porque estás metida hasta el cuello con los Wolves. Por cierto, debería decirte algo: Tyson y Ashley se van a casar. Después de tantas idas y venidas, parece su último intento por ganar puntos para ser capitán. Aunque no lo conseguirá, claro. Tyson nunca será como Prescott ni dentro ni fuera del hielo.

—Liam, no quiero hablar de ellos. Mi único contacto con Tyson será profesional, y solo porque no tengo más remedio.

—Tienes razón. Por cierto, ¿ya conociste a Prescott?

—Todo el mundo habla de él, pero no sé quién es. ¿Por qué tendría que conocerlo?

—Porque es tu vecino.

—¿Qué? ¿El idiota de la música a todo volumen y los maratones de sexo? ¿Ese es el famoso Prescott? Pobrecita su pareja, debe estar agotada.

Liam se desternilló de la risa.

—JoJo, acostúmbrate. Prescott es demoledor dentro y fuera del hielo. Y yo no diría que tiene pareja; más bien, una agenda bastante concurrida.

—Maravilloso. Así que cada noche tendré una nueva serenata de tonos y decibeles —bromeé—. Te juro que, si sigue así, voy a sabotear sus fiestas hasta que lo haga en completo silencio, como si estuviera en misa.

—¿Habláis de Prescott? —interrumpió Conor desde la sala—. Ese hombre es como Thor en todos los sentidos. Y está enfadado contigo, Liam. La prensa dice que ha cambiado de orientación sexual, y todo por tu culpa.

—¡¿Qué?! ¿Qué me estoy perdiendo? —chusmeé, divertida.

—Siéntate, JoJo, te cuento —explicó Conor mientras servía la comida—. Resulta que Liam aquí presente tuvo una noche loca con un fanático obsesionado con Nathan Prescott. Y, para complacerlo, se le ocurrió ponerse una camiseta de él y hacerse una foto con el tipo. La cara no salía, pero el loco publicó la imagen diciendo que había estado con Prescott.

Estallé en carcajadas. Solo a Liam se le ocurriría algo así.

—Madre mía. Ahora entiendo las fiestas de al lado.

—No, JoJo. Nathan jamás muestra sus conquistas. Siempre mantiene un perfil bajo. Hasta que Liam se lo cargó.

—¡Puf! Vas a hablar tú… —lo acusó mi amigo, señalándolo con el tenedor—. No tienes vergüenza ni decencia. Dulce JoJo, te juro que llegamos a un punto en el que le prohibí traer a nadie a casa. Esto era un desfile constante de gente desnuda bebiendo mi leche. ¡Mi

leche, JoJo! Y no hay nada que me enfurezca más que no tener leche fría en la nevera.

No pude contenerme y rompí a reír de nuevo. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía cómoda, rodeada de risas y buena compañía. Quizás no todos los jugadores de hockey eran terribles después de todo.

***

La reunión resultó bastante tediosa. Aguanté las presentaciones con estoicismo, esbozando una sonrisa forzada, y mantuve charlas superficiales con algunos miembros del equipo técnico. Por suerte, pude pasar la mayor parte del tiempo con River y su pareja, Mark. Él, en un momento de confianza, me confesó que fue mi padre quien lo trajo a los Toronto Wolves cuando entrenó al equipo. Mi rostro debió delatar lo que sentí, porque en ese instante cambió de tema. Ni él ni River volvieron a mencionar nada que pudiera hacerme daño. Un detalle que agradecí.

Mi abuelo parecía empeñado en presentarme como «su nieta», repitiendo el nombre de mi padre a cada oportunidad. Escuchar lo maravilloso que había sido como persona y jugador era como una patada en el estómago. Mientras tanto, mi tío se mantenía en un rincón, evitando cruzarse conmigo. No era capaz de mirarme, el muy cobarde, y aunque me gustaba verlo incómodo, no aliviaba ni un poco el odio que sentía por él.

Todavía podía ver su rostro aquel fatídico día, de pie frente a la mansión, observándonos subir al coche en el que mis padres tendrían el accidente. Sabía que el vehículo estaba en mal estado y, aun así, no dijo nada. Según él, «nunca imaginó que algo de esa magnitud pudiera suceder», porque lo había usado hasta el día anterior. Mentiras. No digo que deseara su muerte, pero sí que se quedaran varados, ganando tiempo para evitar que las amenazas de mi padre se cumplieran. Y lo logró. Ahora, ellos ya no estaban.

—Jordan, hija. —La voz de mi abuelo me sacó de golpe de mis pensamientos. Noté cómo miraba a mi tío, igual que yo—. Rick carga con la culpa, jamás imaginó que sucedería eso.

—¡Vaya, qué pena! ¿Tengo que compadecerme de él? Ah, no, espera. ¡Los que están muertos son mis padres!

—Hija, aunque los vieras discutir y su relación fuera distante, ellos se querían a su manera. Rick jamás lastimaría a su hermano, era su familia.

—¡Ah, claro, la familia! Qué curioso, porque Ashley también es mi prima y no le importó destrozarme la vida. Debe ser cosa de genética, ¿no? Aunque qué te voy a decir a ti, si está claro que nunca estuviste ni del lado de mi padre ni del mío. Tu único amor siempre fue el hockey, sin importar quién cayera en el camino.

—Jordan, por favor…

—No. Si no quieres escuchar lo que pienso, entonces no me busques. Y dile a tu hijo que se mantenga lejos de mí, porque cada vez que lo veo, recuerdo que mis padres están muertos. Alejaos todos de mí.

El caso es que sobreviví como pude, capeando el temporal. Y mientras esperaba al chófer de mi abuelo para volver a casa, un coche llegó con mi prima y Tyson. Ella se bajó con su típico aire de diva, mientras él permanecía apartado, como si mi presencia le resultara incómoda.

—Mira quién está aquí, la nieta pródiga —lanzó con esa dulzura falsa que me daba ganas de darle dos tortas, mientras me escaneaba como si fuera un insecto al que podía aplastar con el pie —. Espero que no te acomodes demasiado. Sabemos perfectamente que tu estancia será breve, ¿lo tienes claro, Jordan? ¿O necesitas que te refresquen la memoria?

No me lo podía creer. Ahí estaba de nuevo, intimidándome, tratando de demostrar, una vez más, que ella tenía el poder y que yo no era más que una sombra en su reino. El miedo me subió por la espalda como un escalofrío y los recuerdos martilleaban en mi cabeza, diciéndome que me escapara de Toronto y no mirara atrás. Sin embargo, esta vez no iba a flaquear. No podían verme débil. Así que, en un acto reflejo, solté una carcajada.

Ashley me miró desconcertada. Punto para mí.

«¿Y ahora qué, genio? Mierda, mierda. Piensa rápido y borra esa sonrisa estúpida», me apremié a mí misma.

—Guau, casi me impresionas. Si no fuera porque siempre repites los mismos patrones. Amenazas, abusos, conspiraciones… Podría

hacer una lista infinita de tus «hazañas», pero mejor nos ahorramos el drama, ¿no? Al fin y al cabo, somos los mismos tres de siempre —incluí, señalando a Tyson, que observaba en silencio.

—No estés tan tranquila. Subestimarme es un error. Si interfieres en mis planes, podrías salir muy mal parada.

—¡Oh, Dios mío, qué miedo! —Mi risa volvió a salir sola, aunque por dentro temblaba. Sabía que ella no era de las que amenazaban en vano. Cumplía lo que decía—. ¿Sabes qué, primita? Yo ya lo perdí todo la última vez que estuve aquí. No me queda nada más. Mírame. Estoy sola. Y, por si no lo has notado, ya no soy la niñita de instituto a la que maltratabas.

Di un paso hacia ella y bajé la voz.

—Así que te aconsejo que te mantengas lejos de mí y te dediques a organizar tu boda. Por cierto, felicidades. Sois la pareja perfecta. No obstante, te advierto, Ashley…, si me buscas, quizás no tengas tanta suerte. Nuestro abuelo carga con la culpa, y si empiezo a hablar, puede que esta vez nadie te cubra las espaldas. No querrás perder tu reinado, ¿verdad?

Un leve rubor subió por su cuello. Se quedó boquiabierta, sin saber qué responder.

Sin darle tiempo a reaccionar, giré sobre mis talones y me metí en el coche. Cerré la puerta del copiloto y solté un suspiro largo cuando mi cuerpo tocó el asiento.

Los enfrenté. Lo había hecho.

Sin embargo, no sabía si acababa de hacer lo más valiente de mi vida o si acababa de cavar mi propia tumba.

Dios, solo quería que los meses volaran para largarme de ese maldito lugar.

De vuelta en mi apartamento, con mi camiseta favorita puesta y un poco de comida que Conor había tenido la amabilidad de meterme en un táper, intenté relajarme. Al día siguiente sería mi primer día de trabajo, pero cuando estaba empezando a sentirme relajada, unas risas estruendosas se colaron a través de la pared. No pasó mucho tiempo antes de que la música comenzara a retumbar.

Cabreada, salí al descansillo y toqué al timbre de mi vecino. Nada. Decidí que no me ignoraría tan fácilmente. Atravesé toda mi

casa, cruzando la terraza, hasta la puerta de cristal que daba directamente a su salón. Golpeé fuerte, decidida.

Esta se abrió y ahí estaba. En vaqueros y con el torso al descubierto. Me quedé un segundo de más observándolo. Tenían razón: era como Thor, pero más real, más imponente.

Finalmente levanté la vista y me enfrenté a su mirada directa, desafiante.

Él arqueó una ceja, desconcertado. Y, de repente, mi noche se volvió mucho más interesante.

—Seattle —balbuceó.

—¿Minnesota? —logré decir, pasmada.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso eres una psicópata que me está siguiendo?

—¡Ja! Más quisieras tú —contraataqué, cruzándome de brazos—. Soy tu vecina. Y, por si no lo sabías, llevo dos noches aquí sin pegar ojo por tu culpa. Así que olvídate de una tercera.

—¿Vecina? —Su expresión se transformó en una divertida—. No sabía que tuviera vecinos. Lo siento.

—¿Y tampoco sabes abrir la puerta? He estado timbrando como una loca.

Él se encogió de hombros, con una tranquilidad exasperante.

—Ignoré el timbre pensando que eran unos compañeros que viven unos pisos más abajo. Y, bueno…, no quería interrupciones en la noche.

—Pues sorpresa, no eran ellos. Era yo, tu vecina insomne, exigiendo paz y silencio. Así que, ahora que ya sabes que no vives en una isla desierta, baja el volumen, y si tienes compañía, ¡ponles un bozal!

Él soltó una carcajada, y por un segundo, sus ojos chispearon con diversión.

—Vaya, suenas molesta, Seattle.

—¿Y cómo quieres que esté? ¡No he dormido! —exclamé, retrocediendo hacia el seto mientras él me miraba con una sonrisa más amplia.

—¡Cuidado con el… arbusto! —gritó, justo cuando mi pie tropezaba con él.

Antes de procesarlo, me encontré desplomándome directamente sobre él, que había corrido a atraparme. Caí de lleno, ambos terminamos en el suelo, y su risa retumbó en mis oídos mientras yo gruñía, más furiosa que nunca.

—Perfecto —murmuré entre dientes, sintiéndome como una auténtica idiota—. Bravo, Jordan, menuda entrada triunfal.

—¿Ese es tu nombre? —me escudriñó con una sonrisa ladeada que me sacó de mi torpeza inmediata. Nuestros rostros estaban tan cerca que sentía el calor de su aliento. Estaba medio inclinado, reduciendo aún más el espacio entre nosotros—. Yo soy Nathan. Un placer, vecina. —Extendió una mano entre nosotros y, sin pensar demasiado, se la estreché.

No fue solo eso. Con la otra mano, apartó un mechón de mi cabello que caía sobre mi cara, con sus dedos rozándome la mejilla de forma deliberada.

—Aunque para mí siempre serás Seattle.

Mi cerebro hizo un cortocircuito. ¿Me estaba hablando? Claro que sí, ¿a quién más? Por Dios, la situación era… surrealista. Estaba prácticamente recostada sobre su cuerpo, con su torso desnudo irradiando calor a través de mi camiseta.

Intenté moverme, pero entonces sus manos se deslizaron suavemente hasta mis caderas, sujetándome en el lugar. Mi camiseta se subió un poco por el movimiento, dejando al descubierto una franja de piel que rozó contra su abdomen. Sentí un escalofrío por todo mi cuerpo y mi mente se dividió entre «esto no puede estar pasando» y «¡oh, maldita sea!».

Su rostro estaba peligrosamente cerca del mío. Lo suficiente como para que pudiera contar las pequeñas motas doradas en sus ojos. Lo suficiente como para que su aliento tibio rozara mis labios.

—Siempre haces entradas tan… ¿memorables? —me provocó con un tono vacilón, mientras la comisura de sus labios se curvaba en una sonrisa que solo podría describir como devastadora.

—Solo cuando tengo vecinos particularmente irritantes —contraataqué, intentando sonar sarcástica.

Él soltó una leve risa, un sonido bajo y atractivo que solo añadió combustible a mi cuerpo.

—Bueno, Seattle, si esto es una declaración de guerra vecinal, debo admitir que es la forma más creativa de empezar. Aunque… —sus ojos descendieron, como si no pudiera evitarlo, hasta donde mi camiseta estaba un poco levantada— vas a tener que esforzarte más si quieres distraerme.

Eso fue suficiente para sacarme del trance. Me levanté de golpe, luchando por recuperar algo de dignidad mientras me alejaba de su cuerpo.

—No tengo tiempo para lidiar con egos descomunales. Y deja de llamarme Seattle ahora que ya sabes mi nombre.

Él no respondió de inmediato, pero su sonrisa se mantuvo intacta, como si acabara de ganar algo.

—Buenas noches, vecina —dijo al final, inclinando levemente la cabeza mientras yo escapaba hacia mi lado de la casa, sintiendo su mirada clavada en mi trasero.

Cerré la puerta de golpe y apoyé la frente contra ella, intentando controlar los latidos en mi pecho.

Me quedé atenta, escuchando cualquier sonido proveniente de su vivienda. Una ligera conversación llegó hasta mí, y a continuación el ruido de la puerta al cerrarse. Mi corazón dio un salto.

—¡Sí! —exclamé para mí misma, sonriendo como una idiota, emocionada de que hubiera despachado a quien quisiera que estuviera con él.

Capítulo 9

NATHAN

No podía quitarme a mi nueva vecina de la cabeza. Cada paso que daba parecía una conspiración del destino para ponérmela en el camino. Era irritante, en el mejor de los sentidos. Después de cruzarme con ella, me sorprendí a mí mismo haciendo algo que no solía hacer: le pedí a mi cita de esa noche que se largara. Lo habitual era un par de polvos rápidos después de los preliminares, sin embargo, ni siquiera tenía ganas de sexo.

Y eso me estaba preocupando.

Despertarme pensando en Seattle no podía ser buena señal. La ducha tampoco había ayudado a calmarme. Más bien lo contrario.

El timbre sonó, interrumpiendo mis pensamientos. Me acerqué a la puerta del apartamento con una toalla atada a la cintura, esperando ver a alguno de mis compañeros del equipo o, en un giro del destino, a Seattle. Aunque no fue así.

—Mierda —murmuré entre dientes al asomarme por la mirilla. Era la chica de dos noches atrás.

¿Cómo demonios había llegado hasta aquí? El portero no dejaba pasar a nadie al ascensor sin mi autorización, así que, ¿qué clase de magia negra había utilizado? Volvió a tocar, insistente, y miré el reloj. Tenía entrenamiento en menos de una hora y no podía quedarme esperando a que se aburriera y se largara.

Una idea ridícula cruzó mi mente, no obstante, la desesperación me dio alas. Me vestí rápidamente, cogí mi mochila y atravesé los setos que separaban mi terraza de la de Seattle.

El interior de su casa estaba en completo silencio. Bien, eso significaba que probablemente estaba dormida. Mejor para mí. Si lograba salir por su puerta, podría escaparme sin que nadie se diera cuenta.

Avancé con sigilo, sintiéndome como un ladrón. La decoración del apartamento era sorprendentemente sencilla, aunque tenía su encanto, justo como ella. Me sorprendí sonriendo al pensar en los

mechones rebeldes de su cabello y esa mirada entre desafiante y desconfiada que siempre me lanzaba.

Casi había llegado a la puerta principal cuando un ruido me detuvo en seco.

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí?

Me giré lentamente, con una sonrisa que esperaba que pareciera casual, sin embargo, se esfumó al instante al verla. Estaba cubierta solo por una toalla, con el cabello envuelto en otra. Su cuerpo era una revelación: piernas torneadas, curvas sutiles pero contundentes, senos generosos y esos ojos que parecían retarme incluso sin palabras. Hasta ahora siempre la había visto con ropa holgada, ocultando todo ese potencial. Y después llegó ese olor. ¡Joder!, todavía lo recordaba.

—¿Me vas a decir qué haces aquí o vas a seguir mirándome como si fuera la primera vez que ves a una mujer?

Sus ojos se entrecerraron mientras cruzaba los brazos sobre el pecho, en un gesto que, irónicamente, solo lograba acentuar lo que intentaba ocultar bajo la toalla.

—Disculpa, es que no me esperaba… esto. Tampoco planeaba que me pillaras allanando tu casa. Es una historia larga, pero necesito usar tu puerta para irme. Créeme, tiene mucho que ver con evitar dramas innecesarios.

—Nathan, o me explicas lo que pasa, o no te mueves de aquí.

Mi nombre en esos labios sonaba como una invitación peligrosa. ¡Dios, se me estaba yendo de las manos! Necesitaba cortar con el jueguecito ya o llegaría tarde a mi primer entrenamiento de la pretemporada.

—Hay una chica en mi puerta —solté de golpe—. Con la que estuve hace un par de noches. No sé cómo se las has arreglado para llegar hasta aquí, pero es… demasiado intensa. Y ahora mismo no tengo tiempo para lidiar con eso.

—Así que te metiste en mi casa para huir como un cobarde. Interesante.

No supe qué responder. ¿Qué podía decir?

—Te dejo usar mi puerta, con una condición.

—¿Cuál? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Que me lleves contigo al estadio.

Parpadeé, incrédulo.

—¿Conmigo? No me jodas, Seattle. No me digas que también eres una acosadora. ¿No te basta con tenerme de vecino? ¿Ahora me quieres a tiempo completo?

Caminó hacia mí, deteniéndose peligrosamente cerca. Podía sentir el calor de su cuerpo y su mirada fija en la mía. Tuve que tragar saliva.

—Acostúmbrate a mi presencia, Minnesota. Esta temporada, voy a ser tu fisioterapeuta.

—¿Qué? —Di un paso atrás, confundido—. ¿Eres la nieta de Jerry? ¿La que viene a hacer las prácticas?

No respondió. En lugar de eso, me lanzó una sonrisa cargada de misterio y se giró hacia su cuarto. Ahora sí estaba perdido. Donde mirara, allí estaría Seattle.

Desde el interior, su voz resonó:

—Oye, ¿cómo entraste aquí? Recuerdo perfectamente que cerré la puerta anoche.

Pensé rápido y lancé una respuesta que sonara casual:

—Con la emoción de verme, seguro que te olvidaste de echar el cierre.

Escuché el ruido del secador y me sentí aliviado hasta que este se detuvo de golpe. Apareció minutos después, vestida con un chándal, un gorro y una chaqueta, tirando de una mochila. Incluso así, sin maquillaje y en ropa deportiva, era impresionante.

—Minnesota, o me dices la verdad o salgo ahí fuera e invito a pasar a tu «intensa».

Suspiré, derrotado.

—Está bien. Las puertas correderas de los salones tienen el seguro desactivado. Como esta casa estaba vacía, bueno…

—¿En serio? ¿Usas esta casa como una salida de emergencia para deshacerte de tus conquistas nocturnas?

—Solo cuando se ponen insistentes y no quieren irse.

Ella negó con la cabeza, reprimiendo una sonrisa.

—Eres terrible. Anda, vamos.

Abrió la puerta, y mientras la seguía hacia el ascensor sin dejar de mirarla, no pude evitar murmurar:

—Seattle, no pensarás arreglar el cierre, ¿verdad?

Se giró al llegar y me dedicó una mirada desafiante.

—¿Tú qué crees, Minnesota? —dejó la duda en el aire.

***

El hielo siempre decía la verdad. Daba igual si era un partido o un entrenamiento: ahí no había manera de esconderse. Para mí, era el primer día de pretemporada con el equipo tras la Copa Mundial, para el resto, una práctica más; sin embargo, el ambiente estaba cargado. Todos parecían querer demostrar algo.

El disco volaba rápido, los choques eran más duros de lo necesario y los entrenadores no decían nada. A estas alturas, no se trataba de calentar motores; era una declaración de intenciones. El mensaje estaba claro: «Este es mi lugar y no vas a quitármelo».

Desde que había cruzado la puerta, la tensión con Tyson era evidente. Si el equipo era una gran familia, él era el primo cabrón que te hacía la vida imposible en las reuniones. Nunca me había felicitado por ninguno de mis logros, ni una palabra, y en cuanto nuestras miradas se cruzaron, entendí que no pensaba empezar ahora.

Todo iba bien al principio, o eso creía. Había esquivado a dos defensores con un giro y me alineé para disparar, concentrado en mandar el disco directo a la red, cuando sentí el impacto.

Fue como si alguien me hubiera empujado contra un muro. Tyson no fue a por el disco; fue a por mí. Me golpeó con toda su fuerza y lo hizo directo a la rodilla. Esa maldita rodilla que no dejaba de darme problemas.

Caí al hielo, el dolor punzante subió por todo mi cuerpo. Sabía que la tendinitis rotuliana no me iba a dar tregua, aunque lo peor no fue el daño físico. Lo peor fue la expresión de Tyson, el brillo en sus ojos al pasar junto a mí como si no hubiera hecho nada.

—¡¿Qué coño te pasa, Caldwell?! ¿Ahora has pasado de ser delantero a defensa? —grité, levantándome como pude, apoyándome más en el orgullo que en mi pierna.

No contestó. Ni siquiera se giró. Y eso fue suficiente para hacerme explotar.

Me lancé contra él, dejando caer mi palo al hielo. Le metí un derechazo que lo hizo tambalearse, y él me devolvió otro directo a la mandíbula. Compañeros y entrenadores corrieron a separarnos mientras seguíamos lanzándonos golpes como si estuviéramos en una pelea de bar.

—¡Basta ya, joder! —bramó el entrenador.

Me apartaron de Tyson, aunque yo seguía temblando de rabia. Me quité el casco y lo lancé con todas mis fuerzas contra el hielo, rebotando por toda la pista.

Salí de allí sin mirar a nadie, cojeando un poco, pero fingiendo que no dolía.

—Nathan.

Me detuve al oír mi nombre. Era Jordan, esperándome al borde del pasillo que llevaba a los vestuarios. Su mirada mostraba preocupación.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —mentí con frialdad.

—Claro. Por eso has salido como si quisieras arrancarle la cabeza a alguien. Cuando termines de ducharte, pásate a verme. Y esto no es una sugerencia, tenemos que hablar.

Asentí y seguí mi camino, dejando un rastro de hielo y rabia detrás de mí.

Tras una larga ducha, recogí mis cosas y me dirigí a la sala de fisioterapia. El murmullo de una conversación captó mi atención antes de abrir la puerta. Reconocí las voces al instante: Jordan y Tyson.

Me detuve, escuchando desde el pasillo.

—Quiero que te largues de aquí. No veo que tengas ninguna lesión, así que no me hagas perder el tiempo.

—Jordan, tenemos que hablar. Necesito explicarte por qué lo hice. Sé… sé que fui un capullo y que no hay justificación posible, pero no tuve opción.

—Siempre hay una opción. Y si estás aquí es porque tienes miedo. Temes que mi presencia haga tambalear tu reinado. Solo he

venido a hacer mis prácticas, así que no me molestes. Si no lo entiendes, hablaré con mi abuelo y renunciaré a ellas. Y cuando me pregunte por qué, le diré la verdad. Créeme, con los remordimientos que carga, esta vez estará de mi lado.

Sin pensarlo demasiado, empujé la puerta y entré. Pude notar que ella no estaba cómoda.

—Seattle, aquí estoy —saludé con un tono casual, fingiendo ignorar lo que acababa de escuchar.

Tyson se quedó rígido en cuanto me vio, con la mandíbula tensa, como si estuviera a punto de estallar. Jordan también se paralizó por un instante, sin embargo, se recompuso rápidamente.

—Adelante, Nate. Digo, Nathan… o Prescott —balbuceó, enredándose con mis nombres. Una sonrisa nació de mis labios, y por la mirada de Tyson, no le pasó desapercibida.

—¿Interrumpo algo? Si estás ocupada, puedo volver más tarde. —Mi tono era descarado, y lo sabía.

—No, quédate. Caldwell ya se iba. —Jordan abrió la puerta, haciendo un gesto claro para que Tyson saliera.

Antes de cruzar, él se inclinó hacia ella y le susurró algo que me crispó.

—Esto no se va a quedar así. Tú y yo vamos a hablar, quieras o no.

No me contuve.

—¡Que te largues, te ha dicho! —Lo empujé hasta la salida y cerré la puerta con un golpe. Me giré hacia ella, que intentaba recomponerse, respirando hondo.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa con ese imbécil? —intenté averiguar, acercándome. Mis manos buscaron su rostro, queriendo encontrar respuestas en sus ojos.

—Nada. Él no importa. Tú importas. —Rompió el contacto, apartándose, y comenzó a caminar de un lado a otro—. ¿Cómo está tu rodilla? ¿Puedo verla?

—¡No! Está bien. No es nada.

—Eso no es cierto, Nathan. Sé cuál es el problema que tienes.

—¿Qué estás diciendo?

—Tienes tendinitis rotuliana en la rodilla derecha. Lo sé porque, aunque no estuvo bien, cuando el informe del Chicago Sports Performance cayó al suelo en el avión, lo vi.

La rabia subió por mi pecho. La agarré de los hombros, acercándome lo suficiente para que fuera consciente de mi enfado.

—No tenías derecho.

—Lo sé, y te pido disculpas. Y, como comprenderás, debo informar de esto. No puedes seguir jugando sin tratamiento; te estás arriesgando a una lesión mucho peor.

—No te metas en mi vida, Jordan. Ese informe lo viste antes de empezar aquí y no te da derecho a decirme qué hacer.

—No es solo una cuestión profesional; sería cómplice de lo que te pueda pasar.

Mi mente daba vueltas. Todo lo que había construido, todo lo que había defendido, estaba a punto de derrumbarse por una fisioterapeuta en prácticas. Si esto salía a la luz, Tyson tendría el puesto de capitán, yo estaría semanas fuera y mi carrera quedaría en pausa.

—Haz lo que quieras. —La miré una última vez, decepcionado, antes de dar un portazo tras de mí.

***

El móvil no dejaba de iluminarse. Cada vibración me hacía tensar los hombros, temiendo que fuera alguien de los Toronto Wolves, pero no. Era mi padre. Llevaba toda la tarde insistiendo, probablemente para hablarme de los nuevos comentarios de la prensa sobre mis supuestos gustos sexuales. El circo de siempre. Sinceramente, no tenía paciencia para esas mierdas cuando lidiaba con algo mucho más importante.

Me recosté en el sofá de la terraza, acomodando mi pierna en un balde de agua con hielo. Sentí como el frío subía con un pinchazo por la rodilla hasta el muslo. El gemelo estaba bastante inflamado, lo que no era una buena señal. «Maldito Caldwell», bramé entre dientes. Su cara de imbécil seguía apareciendo en mi mente, justo en el momento en que me embistió sobre el hielo.

Cerré los ojos, tratando de concentrarme en cualquier cosa que no fuera el dolor o el frío helado clavándose en mi piel. Entonces,

una voz llegó desde los arbustos.

—¿Estás bien, Minnesota?

Me giré y ahí estaba, con su moño desordenado y un chándal que parecía hecho a medida para otra persona.

—¿Qué haces aquí, Seattle? —No oculté mi molestia.

—¿Qué crees? Vine a asegurarme de que no seas un idiota total y estés haciendo algo por esa rodilla.

—Estoy bien —mentí, incómodo bajo su escrutinio—. Un poco de hielo y descanso y estaré como nuevo.

—Claro, porque el hielo es milagroso. Seguro que mañana estás listo para volver a enfrentarte a Caldwell, ¿no?

—Déjalo ya, Jordan. Ambos sabemos que en cualquier momento me llaman y me dan descanso. No me sermonees cuando esto se acabó.

—¿Sermón? Lo que necesitas es una solución real, Nathan. ¿Sabes cuántos casos de tendinitis rotuliana terminan en cirugía porque los jugadores intentaron aguantar? —Avanzó hacia mí, decidida. Sus ojos, llenos de frustración, me perforaban—. Esto no se trata solo de ti. Si sigues así, estarás fuera antes de que acabe la temporada, y yo no pienso quedarme de brazos cruzados, cuando me estoy jugando mis prácticas por ti.

—¿Tus prácticas? ¿Cómo has dicho?

—Por alguna razón que no comprendo, estoy faltando a mi ética profesional para ayudarte. Así que deja de fingir que esto se arregla solo. —Sacó un pequeño maletín que llevaba consigo, dejándolo caer sobre la mesa con un golpe.

—¿Qué llevas ahí?

—Lo básico. Electroestimulación, una crema antiinflamatoria específica para tendinitis y un plan para que sobrevivas al resto de la pretemporada sin romperte.

—¿Dónde demonios conseguiste esto?

—Digamos que tengo acceso a cierto material.

—¡Vaya, lo que me faltaba! Ahora también eres una ladronzuela —bromeé, sin poder ocultar la risa. Sin embargo, al ver que estaba seria, cambié el tono—: Está bien, ya paro, ¿qué vamos a hacer?

—Primero, ver la rodilla. —Se colocó frente a mí, depositando un cojín en la mesa para que apoyara el talón—. Esto puede ser molesto, necesito palpar la zona y evaluar cuánto estás compensando con el cuádriceps.

Asentí, apretando los dientes mientras sus dedos presionaban alrededor de la rótula y el tendón inflamado.

—Estás sobrecargando el cuádriceps, lo que está tirando más del tendón rotuliano. Necesitamos reducir el daño y trabajar en fortalecer el vasto medial. Esto no será suficiente, tendremos que usar la sala de rehabilitación del estadio.

—Eso es imposible.

—No lo es, Nathan. No obstante, necesito que te tomes esto en serio. Nada de amistosos. Nada de forzar hasta que empiece la temporada.

—¿Y cómo lo haremos?

—Hay una opción. Fingiremos una lesión diferente, algo que justifique que entrenes sin contacto en la pista secundaria. Podría ser una distensión en el aductor, es creíble y no levantará sospechas. Yo me quedaré hasta tarde en el trabajo con la excusa de que quiero revisar expedientes antiguos, algo relacionado con estudiar la eficacia de tratamientos anteriores. A River y a mi abuelo no les extrañará en absoluto. Y en ese tiempo, podremos usar la maquinaria adecuada para tratar tu lesión.

—Si esto sale mal, nos hundes a los dos, Seattle. Aun así, estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Lo sé, Minnesota. A veces hay que romper las reglas. Ahora quédate quieto mientras te conecto la máquina.

En el tiempo en el que ajustaba las ventosas y revisaba los cables con esa mirada seria, llena de concentración, no podía apartar los ojos de ella. Había algo en la forma en que se movía, en esos pequeños gestos rápidos, aunque cuidadosos, que me hipnotizaba. La luz tenue dibujaba sombras suaves en su rostro, destacando esa nariz ligeramente respingona que no podía dejar de mirar. Y sus labios… sus labios se movían apenas, murmurando algo sobre voltajes o tiempos, pero yo apenas podía escuchar.

Era increíble. ¿Quién arriesga tanto por alguien a quien apenas conoce? Nadie había hecho algo así por mí, nunca. Me había acostumbrado a que todos quisieran algo a cambio. Y ahí estaba ella, desafiando las reglas, jugándose sus prácticas, solo para ayudarme.

Y no era simplemente eso. Era toda ella. Su cabello caía en mechones que escapaban de ese moño desordenado, como si la perfección no le interesara en absoluto y, aun así, la lograra sin esfuerzo. Su olor, un ligero toque a algo fresco, natural, diferente al de las otras mujeres. Sus manos, pequeñas y firmes, rozaban mi pierna de vez en cuando mientras trabajaba, y sentía que el hielo en mi rodilla no era suficiente para enfriar lo que su cercanía despertaba en mí. Y aquello… aquello me asustaba tanto como me hacía querer quedarme ahí, mirándola, sintiéndome alguien importante por primera vez en mucho tiempo.

Ella era especial. Diferente. Y no tenía ni idea de cómo manejar lo que me hacía sentir.

Capítulo 10

TYSON

Seis años antes…

—Se acabó, Ashley. No pienso seguir con este juego. Estoy hasta la polla de tus intrigas, de tus maquinaciones constantes. Siempre necesitas aplastar a alguien, sin embargo, con Jordan te estás pasando. ¿Qué cojones te ha hecho para que la odies tanto? A veces, de verdad, me asustas.

—¿De qué hablas, Tyson? —Sus ojos se abrieron como platos antes de entrecerrarse con furia—. No me lo puedo creer. ¿Te has pillado por ella? ¿Cómo has podido?

—Ashley, nunca te he traicionado. Desde el principio, hice todo lo que quisiste, pero ya no más. Esto se acabó. No voy a ser tu marioneta ni voy a enamorar a Jordan solo para que tú te diviertas jugando con ella hasta destrozarla.

—¿Me estás cambiando por ella?

—No, te estoy dejando por mí.

Me levanté la camiseta y señalé los moretones que cubrían mis costados.

—¿Ves esto? No fue jugando al hockey, Ashley. Fue mi padre. Como entrenador del equipo del instituto, dice que no doy la talla, que no importa cuánto me esfuerce, nunca seré el mejor. Estoy a punto de perderlo todo: mi sueño, mi futuro…, por ti. Mis notas son un desastre porque no hago más que faltar a clase. Estoy a un paso de no graduarme. Y para colmo, tu familia sabe que estamos juntos. ¿Ahora quieres que seduzca a tu prima? ¿Qué será lo próximo? ¿Que me la folle en tu casa?

Respiré hondo, intentando contener la mala hostia que bullía dentro de mí.

—Ashley, mi objetivo es jugar en los Toronto Wolves, y tú lo sabes. ¿Piensas que tu abuelo va a querer a alguien que se haya tirado a sus dos nietas? Por eso no quiero estar con nadie. Necesito centrarme en lo único que importa: lo que he soñado toda mi vida.

—¿De verdad crees que vas a llegar a algo? —lanzó con crueldad —. Tu padre tiene razón: eres un mediocre. Nunca serás nadie, Tyson. Y si me dejas, te lo juro, jamás formarás parte de los Wolves. Me encargaré personalmente de ello.

—Eres una maldita zorra. No sé cómo pude aguantar tanto tiempo contigo. Y escucha bien: tus amenazas ya no funcionan conmigo. Haz lo que te dé la gana. Hay más equipos en este mundo, y si hago lo que tengo que hacer, se fijarán en mí.

—Sigue soñando, gilipollas —gritó mientras le daba la espalda y me alejaba.

Al llegar a la puerta principal, algo captó mi atención a la derecha, detrás de unos arbustos del jardín. Liam y Brianna estaban enfrascados en una discusión acalorada. Ella no cedía, insistiendo como si su vida dependiera de ello, negándose a aceptar que él la hubiera dejado.

Para ser sincero, todo esto me olía raro. El día de la fiesta en mi casa, Liam desapareció buena parte de la noche. Y cuando finalmente decidió honrarnos con su presencia, fue solo para romper con Brianna de la forma más fría posible. En aquel momento, una idea cruzó mi mente: seguro que se lo había montado con otra. Una más complaciente, con menos carácter que su novia.

Aunque esa teoría se desmoronó cuando empecé a notar algo diferente. Liam había comenzado a tener un acercamiento con Jordan. ¿Desde cuándo pasaba eso? Nunca los había visto hablar ni cruzar más de dos palabras en los pasillos. De repente, estaban almorzando juntos y hasta se marchaban del instituto al mismo tiempo. Todo me parecía extraño.

Era imposible no conectar los puntos. Dos semanas habían pasado desde esa maldita noche en la que todo se rompió entre Jordan y yo. Dos semanas en las que no podía sacarme de la cabeza su puñetera risa, sus besos…, su manera de mirarme como si fuera capaz de ver más allá de mis mierdas.

Ashley tenía razón en una cosa: estaba pillado, y mucho. Jordan era diferente, y eso me aterrorizaba tanto como me hacía querer acercarme más. No pensaba alejarme de ella, no cuando no podía

dejar de pensar en tirármela. No obstante, antes tenía que resolver un asunto pendiente.

Mi ex era una maldita loca peligrosa, impredecible. Sabía exactamente cómo joderme la vida y no estaba dispuesto a darle esa oportunidad. Sin embargo, el cabrón de Liam estaba complicándolo todo. Se pegaba a Jordan como un chicle, con esa cara de niño bueno que todo el mundo parecía comprar.

Yo no iba a quedarme de brazos cruzados viendo cómo se la quedaba. Jordan era mía, aunque todavía no lo supiera.

Al entrar al comedor, mis ojos la encontraron de inmediato. Estaba sentada en una mesa junto a la ventana, con el cabello cayéndole sobre un lado de la cara mientras leía el libro de Literatura. El mismo que teníamos que analizar para un trabajo y que yo, por supuesto, no había ni conseguido. Aunque eso no me preocupaba; siempre había algún friki dispuesto a hacerlo por mí si lo presionaba lo suficiente.

Ella jugaba con el tenedor entre los dedos, empujando trozos de verdura por el plato sin realmente comer. A veces se llevaba un bocado a la boca sin apartar la vista de las páginas. Esa boca. Maldita sea, no podía dejar de imaginármela envolviendo mi polla.

No habíamos hablado desde aquella noche. La distancia era real, y sabía que tenía que empezar a destruirla. Mi ruptura con Ashley todavía era reciente, pero tan pronto como todo estuviera más calmado, iba a lanzarme. Jordan era mi próximo pase. Así era yo: un depredador tanto fuera como dentro del hielo.

Decidido, caminé hasta su mesa y me senté a su lado sin pedir permiso. Ella dio un respingo, sobresaltada, y de inmediato comenzó a recoger sus cosas.

—Jordan —comencé, inclinándome un poco hacia ella.

—No tengo nada que hablar contigo —murmuró sin mirarme.

Aquello magulló mi orgullo más de lo que esperaba, pero no me iba a dejar vencer tan fácilmente.

—Escucha, siento lo de la otra noche. —Intenté sonar genuino—. Me avergüenzo de cómo actué, de verdad. Pero cuando estoy con ellos… tengo que ser así, ¿entiendes? Es lo que esperan del capitán del equipo.

Ella seguía ignorándome, concentrada en guardar sus cosas. Mi paciencia estaba llegando al límite, sin embargo, sabía que tenía que jugar bien mis cartas.

—Tú me conoces, muñeca. Eres la única con la que no tengo que fingir.

Nada. Ni un parpadeo. Se me acababan los recursos, así que lancé mi última carta.

—Me gustas mucho y no quiero perderte.

Por fin levantó la mirada. Sus ojos se clavaron en los míos, llenos de rabia.

—Vete a la mierda, Tyson.

Me quedé allí, congelado, mientras la veía levantarse y alejarse. Mi mirada la siguió hasta que llegó a la zona de los contenedores de comida. Fue entonces cuando vi entrar a Ashley. La sonrisa que se dibujó en su rostro no prometía nada bueno.

Y, efectivamente, ocurrió. Justo cuando iba a dejar su bandeja, su prima extendió un pie de forma calculada, haciéndola tropezar. Jordan cayó al suelo, aplastando su comida, mientras las risas resonaban en todo el comedor.

Ella levantó la cabeza, con las lágrimas asomando en sus ojos, y se irguió lo más rápido que pudo para salir corriendo. La mala hostia me podía. Me puse de pie furioso, dispuesto a ir tras ella, pero antes de alcanzarla una mano fría me detuvo.

—No lo hagas —me advirtió Ashley—. O te aseguro que lo pagarás muy caro.

Quería gritarle, mandarla a la mierda delante de todo el mundo. Aunque al final, apreté los dientes y me senté con el resto del grupo. Sin embargo, mi mente no estaba allí. Solo podía pensar en Jordan y en lo mal que me sentía por no haberla defendido.

Ashley me estaba haciendo la vida imposible, eso era un hecho. Y si llegaba a sospechar que entre Jordan y yo podía haber algo, no quería ni imaginar lo lejos que sería capaz de llegar.

Después de unos minutos, no aguanté más. Me levanté de golpe.

—¿A dónde vas? —escudriñó, con ese tono inquisitivo que me crispaba los nervios.

—A la biblioteca. Voy a buscar el libro para el trabajo de Literatura. ¿Puedo? —objeté con frialdad—. Te recuerdo que necesito graduarme.

Corrí hacia los baños, tenía mis sospechas de que iría allí para limpiarse. No estaba equivocado. Lo primero que vi fue a Liam apoyado en la pared junto a la puerta, sosteniendo una de sus camisetas entre las manos. Mi instinto me decía que tenía que ignorarlo, sin embargo, antes de poder avanzar, me interceptó, bloqueándome el paso.

—¿A dónde crees que vas? —Me empujó con una mano en el pecho.

—Eso no te importa, gilipollas. Apártate, o te juro que te rompo esa cara de anuncio.

Liam se cruzó de brazos, ejerciendo su rol de defensa como si estuviera protegiendo una portería en el hielo.

—Pues vas a tener que intentarlo, porque no pienso permitir que pases. Deja a Jordan en paz, Tyson. ¿Qué demonios te traes entre manos? Nos conocemos desde hace años, y de repente te interesa ella… Justo ahora, sabiendo quién es tu novia.

—Primero, no me provoques, Liam. —Di un paso hacia él, invadiendo su espacio personal—. Segundo, ni se te ocurra meterte entre Jordan y yo. ¿Te queda claro?

—Ella no es como las otras chicas a las que estás acostumbrado. No juega en tu liga. Es una buena tía. No merece que la arrastres a tu mierda.

Antes de poder hacer algo, escuché una voz familiar resonando por el pasillo.

—¡Tyson!

Ashley solo pronunció mi nombre, pero fue suficiente para que mi cuerpo se tensara y mis puños se apretaran por instinto.

—Te llaman, colega. —Señaló hacia el pasillo—. Y, por el tono, parece que no deberías hacerla esperar.

Me hervía la sangre. Frustrado, descargué mi rabia golpeando las taquillas del pasillo. Entre Ashley controlándolo todo y Liam jugando a ser el héroe, el nudo en mi estómago solo se hacía más grande.

Jordan era mía, por más que el mundo entero intentara interponerse.

***

Jordan había pasado toda la tarde en la biblioteca, trabajando en un proyecto con dos chicas más. La esperé con paciencia, observando desde el coche mientras el cielo se oscurecía. Ya no quedaba casi nadie en el instituto, solo los que seguían con actividades extraescolares. Sabía que siempre tomaba el mismo camino hacia el tranvía. En cuanto salió, encendí el motor y la alcancé.

Me detuve junto a ella y bajé la ventanilla.

—Sube, tenemos que hablar.

Ella ni siquiera me miró. Siguió caminando como si yo no existiera. Los vehículos detrás de mí empezaron a pitar con impaciencia.

—¡Que subas, joder!

—¡No! —contestó, sin detenerse ni un segundo.

Apreté el volante con fuerza, tratando de no perder los estribos.

—Si no te montas ahora mismo, te juro que planto aquí el coche, me bajo y te meto dentro, y me va a importar una mierda que toquen el puto claxon.

Se detuvo, girándose hacia mí con los ojos llenos de rabia. Supongo que entendió que no era un farol, y viendo cómo la fila de coches detrás de mí seguía creciendo, bufó, abrió la puerta y se sentó de mala gana.

—Esto es un secuestro, ¿sabes? —protestó dando un portazo.

—Puede, si con eso consigo estar a solas contigo. —Mi respuesta fue rápida, y no pude evitar sonreír. Pisé el acelerador y nos alejamos de allí.

El trayecto transcurrió en un silencio tenso. Jordan miraba por la ventana, con un rostro endurecido que delataba su incomodidad. Yo, por otro lado, no podía dejar de lanzar miradas de reojo, intentando encontrar una forma de romper el hielo.

Después de unos pocos kilómetros, tomé un desvío que llevaba a un mirador apartado en las afueras de Toronto. Era un lugar tranquilo, perfecto para lo que necesitaba decirle. Detuve el coche y apagué el motor.

Tomé una respiración profunda antes de girarme hacia ella.

—Muñeca, necesito que me escuches.

Ella finalmente dejó de mirar por la ventana, aunque su expresión seguía siendo dura, como si estuviera preparándose para cualquier mierda que fuera a salir de mi boca.

—Sé que me he comportado como un cretino, aunque es difícil no serlo cuando llevas años interpretando el mismo papel día tras día. Hasta ahora no había entendido del todo el vacío que hay a mi alrededor, la hipocresía, la falsedad. Tuviste que llegar tú para ponerlo todo patas arriba. Y lo peor de todo es que, por más que lo intento, no puedo alejarme de ti.

Hice una pausa, mirándola directamente a los ojos, intentando descifrar lo que estaba pensando.

—Con lo fácil que sería volver a lo de antes… Sin embargo, no puedo. No quiero. Porque creo que me estoy enamorando de ti.

Ella abrió los ojos, sorprendida, como si no estuviera segura de haber escuchado bien.

—Tyson… —empezó a decir, pero coloqué un dedo en su boca, interrumpiéndola.

—Déjame terminar, porque no sé si tendré el valor de hacerlo otra vez. —Respiré hondo, liberando las palabras que me quemaban en el pecho—. Y, sinceramente, esto que siento es una puta mierda. Porque no sé cómo estar contigo sin que alguien termine lastimado. O más bien, sin que nos destrocen a los dos. Por un lado, está Ashley. Será nuestra primera enemiga, y no tengo ni idea de lo que podría hacerte, pero sé que a mí me destruirá con su única carta: tu abuelo. Un solo chisme suyo y adiós a cualquier mínima oportunidad que tenga de entrar en los Toronto Wolves. Después está mi padre, que no hace más que presionarme, recordándome sus reglas y expectativas…

Hice una pausa, notaba mi voz rompiéndose por completo.

—Toda mi vida he peleado por esto, Jordan, y siento que se me escapa de las manos. No rindo en la pista. Mis notas son una puta mierda. Graduarme ya sería un milagro. Y encima está Ashley, que necesita tiempo para aceptar que entre ella y yo ya no hay nada. Y que tú… no le has venido a quitar su reinado, aunque no lo ve así.

—Tyson, no sé a dónde quieres llegar con todo esto.

—Muñeca, solo respóndeme algo: ¿sientes lo mismo que yo? Por favor, sé sincera. Me he abierto contigo como con nadie más en mi vida.

—Sí. Sí, siento lo mismo que tú. Pero…

—No, pero nada —la silencié—. Lo único que importa es que sentimos lo mismo. Jordan, tenemos que pelear por esto. Por nosotros.

—No quiero salir lastimada.

—No lo harás. No si hacemos las cosas bien. —Me acerqué un poco más, tanto que podía ver cada pestaña suya temblar—. Por ahora, mantengámoslo en secreto. Al menos hasta que Ashley se calme. Viviremos esto sin que nadie lo dañe.

No le permití responder, me incliné hacia ella, dejando que mi frente rozara la suya. Su respiración se entrecortó, y por un momento pensé que se apartaría. Aunque no lo hizo.

—Preciosa… —susurré, desesperado por tenerla.

Su mirada subió hasta la mía, y ese fue el momento en que lo supe. Ella también lo sentía. La duda, el deseo, el fuego que llevábamos dentro, todo estaba ahí, en sus ojos.

Con cuidado, rocé sus labios con los míos, un toque apenas perceptible y calculado, buscando que no retrocediera. Cuando no se apartó, todo el control que había intentado mantener se desmoronó. La besé de verdad, lento al principio, dejando que ella necesitara más.

Y así fue.

Sus labios se movieron descontrolados contra los míos con una torpeza que me hizo sonreír en medio del beso. Era dulce, un poco insegura, pero tan jodidamente real que sentía que iba a explotar. Una de mis manos subió a su pecho, magreándolo con suavidad sobre la tela, mientras la otra descansaba en su cintura, sosteniéndola contra mi cuerpo.

Joder, besarla era como ganar un puto campeonato. Sus labios sabían a triunfo, a algo que no era consciente de que necesitaba, y que ahora no podía soltar. Era perfecta, incluso con su inexperiencia. Y lo que más me ponía era que ella también me necesitaba.

Capítulo 11

NATHAN

—Nate, voy a subir la potencia. ¿Lo aguantas?

—¿Cuánto más me vas a torturar hoy, Jordan? —gruñí entre dientes, aunque había un leve deje de humor en mi voz.

—Lo que sea necesario. En dos días llegan los del Seattle Rift, y no podremos usar las instalaciones tan libremente.

—Lo sé. —Suspiré, apoyando la cabeza en la camilla—. Como sigas así me acabarás rompiendo, y tampoco servirá de mucho.

—No seas dramático, Minnesota. Eres más duro de lo que aparentas.

Estaba a punto de soltar una réplica cuando un sonido nos paralizó. Un silbido.

—¿Qué demonios…? —Me incorporé sobre los codos y Jordan se tensó, tenía los ojos bien abiertos.

—Debe ser el de seguridad. ¡Mierda, llevamos demasiado tiempo aquí!

—Pensaría que ya no queda nadie. —Miré hacia la puerta y después a ella, que de inmediato empezó a quitarme los cables de las piernas con movimientos rápidos.

—Nate, esto ya es demasiado. ¿Y si entra?

—Relájate. —Mi voz sonó más tranquila de lo que me sentía, aunque el sonido de los pasos que se acercaban era imposible de ignorar.

—¡Relájate, dice! —replicó con urgencia, arrancando los parches de mi pierna—. Nos van a pillar.

—Escucha. —La sujeté por la muñeca, deteniendo sus manos temblorosas—. Si nos descubren, estamos acabados. Piensa.

—¿Qué crees que estoy intentando hacer?

—Vale, vale. —Respiré profundo. Una idea se cruzó por mi mente. Me quité la camiseta de un tirón y la arrojé al suelo.

—¿Qué estás haciendo? —protestó ella, con la mirada clavada en mi torso desnudo.

—Vamos a fingir —anuncié. Me moví rápido, sentándome en la camilla mientras tiraba de ella para que quedara justo frente a mí, cubriendo mi pierna con su cuerpo—. Si nos ven así, pensarán que es otra cosa.

—¡¿Otra cosa?! —El rubor le subió de las mejillas hasta las orejas —. ¡Estás loco!

—Seattle, no hay opción —aseguré, luego le quité la sudadera con movimientos rápidos, casi automáticos—. Es esto o que descubran la verdad.

—Es una locura…

—Por supuesto que lo es. —Mis manos encontraron sus hombros, obligándola a quedarse donde estaba—. Pero confía en mí, es la mejor salida.

Su respiración estaba agitada, su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético. Sus manos, que habían caído por inercia sobre mi pecho, estaban calientes contra mi piel, y el contacto me afectó más de lo que debería.

—¿Y si no funciona?

—Funcionará. Solo… actúa.

—¿Actuar con qué? —Su mirada quedó atrapada en la mía y sus labios se entreabrieron lentamente.

—Con esto.

Sin pensar más, la besé.

Nos prendimos fuego. Un incendio que, en cuanto nuestras bocas se unieron, explotó con tanta fuerza que despertó mi entrepierna. Al principio, sus labios estaban inmóviles, sorprendidos. Sin embargo, luego… luego ella respondió con una intensidad que no esperaba.

Sus manos subieron a mi cuello, atrayéndome más cerca. Sentí sus dedos enredarse en mi cabello, tirando con la misma urgencia que yo tenía por sostenerla. Mi mano se deslizó hacia su cintura, apretándola contra mí. Cada milímetro que nos acercábamos hacía que el deseo se incrementara entre nosotros.

Era un beso desbordado, casi violento en su necesidad, aunque a la vez perfecto. Sus labios sabían a todo lo que había soñado y a todo lo que no sabía que quería.

Su lengua se entrelazó con la mía y, antes de darme cuenta, mi otra mano estaba enredada en su cabello, sujetándola como si soltarla fuera una opción que no me podía permitir. Ella también se dejó llevar, inclinándose hacia mí, dejando de lado cualquier rastro de timidez.

Cuando la puerta se abrió, ninguno de los dos reaccionó de inmediato.

—Ah… Perdón. —La voz del guardia nos hizo separarnos como si nos hubieran echado un cubo de agua fría.

Jordan retrocedió un paso, respirando entrecortada, sus ojos estaban tan abiertos como los míos. Yo me obligué a girarme hacia el intruso, fingiendo un aire despreocupado que estaba lejos de lo que sentía.

—No sabía que había alguien aquí. —El guardia parecía incómodo, mirando cualquier cosa menos a nosotros.

—Lo siento por el mal rato —me disculpé pasando una mano por mi nuca, intentando parecer natural—. Es… complicado. Estamos conociéndonos, ya sabes.

El hombre asintió rápidamente, retrocediendo hacia la puerta.

—No se preocupen. No he visto nada.

Cuando se fue, Jordan se dejó caer en una silla, enterrando el rostro en sus manos.

—No puedo creer que esto haya pasado.

—Era esto o delatarnos. —Me encogí de hombros.

—¿Piensas que tapar una mentira con otra es lo correcto, Nathan? —me interrogó alzando la mirada, y sus ojos oscuros y brillantes reflejaban miedo—. Se cree que estamos liados.

Estaba asustada y yo no tenía ni idea de cómo íbamos a fingir que nada había pasado, sin recordar lo sucedido.

Lo que más me aterraba era que algo había cambiado. Algo que ninguno de los dos parecía dispuesto a afrontar todavía.

***

Desde lo sucedido la noche anterior, no había cruzado palabra con Jordan. El trayecto de regreso a casa había sido en un silencio incómodo, pesado, como si aquel beso hubiera derrumbado algo

entre nosotros en lugar de construirlo. Mi cabeza daba vueltas, intentando descifrar su reacción. Parecía que, para ella, lo que había ocurrido había sido un error monumental. ¿Y si estaba con alguien en Estados Unidos? Esa idea realmente me molestó. Me maldije por no haberlo considerado antes. No todos eran como yo, evitando a toda costa el compromiso y cualquier lazo que pudiera atarme. Sin embargo, ya no podía retroceder. El beso había pasado y no había marcha atrás.

Cuando nos despedimos esa noche, su frialdad me dejó helado. Ningún atisbo de las bromas ni de las sonrisas que habíamos compartido en esos días. Era como si fuéramos dos desconocidos.

Esa mañana, las cosas no mejoraron. Apenas había dormido, con su imagen martilleándome la cabeza. Eso no me gustaba, no podía permitirme ese lujo, no ahora que tenía que mantenerme centrado en mi objetivo. Tampoco la avisé para ir juntos al centro de entrenamiento, como solíamos hacer. Simplemente le mandé un mensaje seco: «Salgo antes, no podré ir a rehabilitación hoy». No quería sonar distante, pero lo fui. Su contestación fue peor: un maldito pulgar hacia arriba. ¿Qué clase de respuesta era esa? Ni un saludo ni un *OK*. Solo un *emoji.* Me mordí el interior de la mejilla para no lanzar el teléfono lejos.

Pasé la mañana en la pista, observando a mis compañeros entrenar. Tyson se pavoneaba como si fuera el rey del mundo. Subestimaba a los Seattle Rift, seguro de que nuestro historial de victorias nos blindaba ante cualquier sorpresa. Gran error. Nunca hay enemigos pequeños, aunque intentar decírselo sería inútil.

Mientras esperaba a que terminaran, observé a Jordan trabajando con algunos de los chicos. Volkov, nuestro portero ruso, tenía molestias en el hombro, nada serio, pero lo suficiente como para necesitar atención. Bär, nuestro defensa alemán, lidiaba con una leve torcedura en el tobillo, nada que le impidiera jugar. Me fijé en la forma en que Seattle los trataba: profesional aunque cercana…, distinta a como lo era conmigo. O al menos, a como lo había sido.

Cuando finalmente salí del centro para dirigirme a mi apartamento, me crucé con ella. Estaba con Liam y Conor, los tres

riendo como si compartieran algún chiste muy gracioso. Liam, como siempre, se veía despreocupado, y Conor tenía un brazo echado sobre los hombros de Jordan, demasiado cerca para mi gusto.

Mi mandíbula se tensó al verlos. ¿Desde cuándo eran tan íntimos? Algo en mí se revolvía. La conexión que pensé que ella y yo teníamos, esa que me hacía sentir especial, claramente no era tan exclusiva. Me recordé que Liam era gay, pero eso no aliviaba mi malestar. En cuanto a Conor, aunque solía mostrar su lado conquistador con las chicas, había notado la forma en que miraba a Liam, diferente al resto. Durante un tiempo, pensé que Conor sentía algo por su amigo. Sin embargo, ahora no estaba tan seguro. La manera en que se pegaba a Jordan era imposible de ignorar, y el verla tan cómoda con ellos me enfureció.

La sensación de que, para ella, yo no era diferente a los demás. Que aquel beso que para mí fue una explosión, para ella había sido un error.

—Prescott, ¿te vienes a tomar unas cervezas? —Escuché la voz de Liam al otro lado. Me giré y mi mirada se cruzó con Jordan, en ese momento sentí que se había tensado y su sonrisa se esfumó.

—Yo contigo no voy a ningún lado hasta que soluciones el lío en el que me has metido. ¡El chalado con el que te acostaste no para de hablar de nuestro supuesto encuentro en todos los medios! —espeté, alzando la voz lo suficiente para que todos lo escucharan.

—No seas dramático, Prescott. La prensa se aburrirá pronto, como siempre. Dales unos días y encontrarán otra carnaza. Además, lo tienes fácil: déjate ver con alguna de esas chicas que pasan por tu cama. En un segundo, el rumor se esfuma.

—Eres más idiota de lo que imaginaba, MacAllister. No voy a usar a nadie para tapar la mierda que tú has provocado.

Conor, con su eterno tono conciliador, intentó calmar las aguas.

—Venga, Nathan. Olvídate por un rato de este tema y acompáñanos. Vamos todos, incluso JoJo se ha apuntado.

¿JoJo? ¿En serio? ¿Desde cuándo la llamaban JoJo? Sentí una punzada de celos atravesarme, aunque no supe si era por el apodo o porque ella había dicho que sí a salir con ellos.

—Iros a la mierda —gruñí, dirigiéndome a mi coche sin mirar atrás—. Yo no voy con capullos traidores a ninguna parte.

Antes de subirme, mis ojos se cruzaron con los de Jordan. Ella apartó la vista tan rápido que me dejó aún más furioso. Cerré la puerta de un golpe, encendí el motor y salí derrapando, mientras mi mente no dejaba de darle vueltas a la forma en que había evitado sostenerme la mirada.

Al llegar a casa, estaba tan hasta las narices de todo que ni siquiera sabía por dónde empezar. La lesión, el hecho de no poder jugar contra los Seattle Rift, la maldita prensa siempre en mi cara… y luego Jordan, que me tenía completamente descolocado. La ducha, que normalmente me calmaba, hoy no había servido de nada. Así que terminé en el gimnasio de casa, trabajando la parte superior, necesitaba descargar toda esa mierda de alguna forma.

De repente, sonó el timbre. Me pasé la toalla por la cara, resoplé y caminé hacia la puerta, con la cabeza llena de pensamientos oscuros. Si era Liam, juré que le iba a partir la cara en ese mismo instante. Sin embargo, fue mucho peor. Mi padre.

Ignoré sus llamadas todo el día, y no le había dicho ni una palabra sobre que había dejado de entrenar. Tampoco le conté que no iba a jugar contra los Rift, aunque ya estaba claro que se había enterado de alguna manera. Lo último que quería era enfrentarme a su mirada de decepción, y ahí estaba, apoyado en la puerta, al acecho, a punto de atacar.

Le permití que pasara, solo para no soportar la presión de estar ahí parado con él. Caminé hacia la terraza, sin decir una sola palabra. Necesitaba seguir con mis ejercicios, hacer lo que tenía que hacer para ignorarlo, porque en ese momento lo único que quería era escapar de esa situación y de todo lo que venía con ella.

—¡Para! —Me arrancó la pesa de las manos, la rabia en sus ojos era evidente—. No he venido hasta aquí para verte perder el tiempo, sino para que me expliques qué demonios estás haciendo. Toda una vida de sacrificio, y tú la vas a tirar por la borda. ¿Eso es lo que quieres?

—No estoy de humor para tus sermones, papá. Mejor vete, hablamos cuando estemos más calmados, porque te aseguro que

ahora mismo no es el momento para esta conversación.

—¡Vaya, mira qué bien! Mi hijo no está de humor. Pues lo siento, Nathan, pero la vida no se detiene por tus malditos estados de ánimo. Ahora mismo, me vas a decir por qué demonios no has arreglado el tema de la prensa. ¿No te das cuenta de lo que está en juego? Tienes a todas esas mujeres pavoneándose a tu alrededor, ¿por qué no escoges una, la invitas a cenar o lo que sea, que te vean y se acaba el asunto? ¡Pero hazlo YA!

—¿Eso es lo que has venido a decirme? Podrías haberte ahorrado el viaje y mandarme un puto mensaje, papá. En serio.

—No me toques las narices, Nathan. Te la juegas en esta temporada, ¿no quieres ser una estrella del hockey como yo? ¿Jugar en Chicago? ¿Estar al mejor nivel?

—¡NO, NO QUIERO SER COMO TÚ! —grité, ya sin aguantar más —. Estoy harto de toda esta mierda, de la presión, de sentir que nunca soy suficiente. Te hablé de mi lesión, te dio igual. Solo te importaba que jugara. Y, ¿sabes qué?, me alegro de no haberte hecho caso. Ahora estoy mejor, descansando y recuperándome.

—¡¿Qué?! ¿Qué has hecho, Nathan? —Me miró como si me hubiera vuelto loco—. ¿No vas a jugar los amistosos que quedan? ¿Ni estás entrenando?

Ahí fue cuando entendí que ni siquiera sabía de qué estaba hablando, solo había venido a quejarse por la prensa.

—Me estoy recuperando para la temporada, ¿vale? Si quieres que rinda, pues esto es lo que tengo que hacer.

—¿Le has hablado de tu lesión a alguien del equipo?

—No, no he dicho nada. Lo estoy manejando por mi cuenta.

—¿Qué? ¿No me digas que has sido tan imbécil como para confiarle esto a alguien? ¡Te pueden fastidiar bien!

—Confío en esa persona, no me va a traicionar. —Y lo dije con total seguridad.

—Eres un maldito idiota, Nathan —escupió, claramente decepcionado—. Te creí más listo. Nunca vas a ser como tu hermano.

—Eso nunca lo sabremos, porque él está muerto. —El dolor me comprimía el pecho. Estaba hasta los cojones de que usara eso para

presionarme—. ¡Ya basta! Estoy cansado de todo esto, de compararme con él, de vivir a tu sombra. Esta es mi vida, mis decisiones. Ahora, vete de mi casa.

El silencio ocupó el lugar de las palabras, él me miraba, completamente estupefacto. No podía creer lo que acababa de decirle, pero ya no podía más. No soportaba seguir bajo su maldita presión, ni con el peso de la muerte de mi hermano encima. Me quedé observando cómo salía, cerrando la puerta con un golpe que resonó por toda la casa. Y me dejé caer en el sofá, agotado. Exhausto. No solo físicamente, sino mentalmente. Estaba completamente al límite.

Unos suaves toques en el cristal de la entrada de la terraza captaron mi atención. Sabía que era Jordan, ¿quién más podría ser? Aun así, mantuve la cabeza entre mis manos; no quería que me viera en ese estado. Al no obtener respuesta, escuché cómo se adentraba lentamente en la sala. Se detuvo frente a mí, junto al sofá. Por el rabillo del ojo alcancé a distinguir sus pies descalzos antes de que hablara con voz suave.

—No pude evitar escuchar la conversación. Los gritos se oían desde mi apartamento.

Molesto, aparté las manos de mi rostro y la miré con dureza.

—¿No pudiste evitarlo? ¿O simplemente no quisiste hacerlo? Igual que con el informe médico —espeté con amargura. Sabía que no estaba siendo justo y, para ser honesto, podía apostar que incluso si se hubiera encerrado en un búnker lo habría escuchado igual.

Jordan no se amedrentó; al contrario, se enfrentó a mí, tomando asiento a mi lado.

—¿Sabes qué? Aunque hubiera podido evitarlo, no lo habría hecho. Porque me preocupa lo que te pasa, Nate. Y, sinceramente, me alegro de haberlo escuchado. Ahora entiendo un poco más tu obsesión por ocultar la lesión. Es por él, ¿verdad? Sientes que tienes que seguir sus pasos.

—¡No! —vociferé, incapaz de contenerme—. ¡No es por él! No estoy haciendo todo esto para ser una maldita estrella del hockey, aunque mi padre lo fuera. —Tuve que bajar el tono para continuar—.

Es por mi hermano. Este era su sueño, no el mío. Y yo… yo no sé qué me habría gustado ser. Nunca tuve elección. Mi camino quedó sellado tras su muerte.

Jordan colocó una mano en mi espalda y comenzó a acariciarme con suavidad. Sus ojos, vidriosos, se clavaron en los míos.

—Nate, no tienes por qué hacerlo. Estoy segura de que tu hermano habría querido que encontraras tu propio camino. No puedes reemplazarlo. Y tu padre tendrá que entenderlo. Sus sueños no tienen que ser los tuyos.

—No lo entiendes, Seattle. —Sabía que estábamos entrando en un terreno del que nunca hablaba con nadie—. No es tan sencillo. No puedo huir.

—Entonces dime lo que te pasa. Habla conmigo. Te he demostrado que puedes confiar en mí, ¿no? Déjame ver quién eres de verdad, Minnesota.

Una ligera sonrisa se asomó en mi rostro, a pesar de todo. Por alguna razón, quería contárselo. Necesitaba hacerlo.

—Mi hermano era doce años mayor. La verdad, yo llegué de rebote, cuando nadie lo esperaba. Él siempre fue la estrella del hockey; mi padre tenía todas sus expectativas puestas en él, como si fuera su legado. Yo también jugaba, aunque no era una prioridad, así que disfrutaba el deporte como cualquier chico.

Hice una pausa, respirando profundamente antes de continuar.

—La relación con mi padre siempre fue distante. Apenas reparaba en mí, aunque en ese entonces no me daba cuenta de la suerte que tenía. Sin embargo, mi hermano sí lo hacía. Siempre encontraba tiempo para estar conmigo. Era muy especial para mí. Lo admiraba, ¿sabes? Tenía un futuro brillante en este deporte, pero creo que mi padre lo presionaba demasiado.

—¿Como a ti? —susurró Jordan.

—Tal vez… Aunque yo nunca seré él. Por más que lo intente.

Bajé la mirada, atrapado por los recuerdos.

—Nos mudamos a Chicago porque él iba a empezar a trabajar con el equipo donde mi padre alcanzó su mayor gloria. Ese último verano, lo tuvo en la pista de hielo sin descanso. Un día, me pidió que le guardara unas pastillas; no quería que nadie supiera que las

tomaba. Tenía la rodilla destrozada, ya no podía seguir jugando, aunque lo ocultaba. Yo era demasiado joven para entenderlo, pensé que formaban parte de algún tratamiento. Pero no… —Tragué saliva, sintiendo la garganta cerrarse—. Era un cóctel de pastillas. Las mismas que usó para quitarse la vida.

—¡Dios mío! —Se llevó una mano a la boca, horrorizada.

—Mi hermano murió por mi culpa. Yo le guardé esas pastillas. Si no lo hubiera hecho, si se lo hubiera dicho a mis padres, seguramente seguiría vivo —confesé, ahí mi voz se desquebrajó—. Por eso tengo que llegar a donde él habría llegado.

Jordan no dijo nada más. Me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia ella. Dejé que las lágrimas salieran mientras me acunaba en el sofá.

—Nate, no es tu culpa. Fue su decisión. Quizás todo esto era demasiado para él y no pudo lidiar con ello. Aunque lo hubieras delatado, habría encontrado otra forma. Si llegó a ese punto es porque ya lo había decidido.

Jordan me abrazó fuerte, como si quisiera juntar los pedazos rotos que tenía por dentro. Sentí sus labios rozar mi frente y posteriormente mi mejilla, suaves, casi tímidos. No dije nada, solo rodeé su cuerpo con mis brazos, atrayéndola más hacia mí. Mi mano subió lentamente por su espalda, acariciándola. Apoyé mi cabeza en la curva de su cuello, dejando que esa fragancia tan suya me envolviera otra vez. Olor a fresco, a algo natural. A primavera.

Ella tembló un poco cuando mi nariz rozó su garganta, y entonces, su voz sonó con un matiz de diversión.

—¿Me estás olisqueando, Minnesota?

—Desde que te conocí no me saco este aroma de la cabeza —admití, dejando que mi voz saliera baja—. Me vuelve loco. Hueles a algo puro, a vida. Me calma.

—No es un perfume —aclaró, como si confesara un secreto—. Cuando mis padres murieron, me fui a vivir con los mejores amigos de mi familia, los Hughes. Ellos me acogieron como un miembro más. Susan tiene una tienda de productos ecológicos, así que en casa todo era natural. Entre todo eso estaba una de sus cremas corporales. Sabía que odiaba los perfumes, así que la adaptamos

con los olores que me gustaban. Solo me la pongo en el cuello y a veces en los antebrazos.

—Um, me encanta —susurré, todavía cerca de su piel—. Me tienes que decir cómo se hace.

—Ni loca. —Soltó una risa—. Es un secreto familiar.

—Pues entonces voy a tener que recurrir a tu cuello cada vez que me agobie. —Y justo cuando abría la boca para replicar, le di un pequeño mordisco travieso.

Soltó una carcajada nerviosa y se apartó rápido, poniéndose de pie. Aunque intentaba parecer tranquila, yo sabía que la cercanía le afectaba tanto como a mí.

—Hay que ponerte hielo en la pierna. —Caminó hacia la cocina, claramente buscando cambiar de tema—. ¿Quieres que te prepare algo para cenar?

—No, gracias. Lo que realmente me gustaría es… Bah, da igual. No quiero abusar de tu generosidad.

Se giró con una ceja arqueada, mirándome fijamente.

—Si está en mis manos, dilo. —Regresó con la bolsa de hielo y la colocó sobre mi pierna. Apreté los dientes por el frío, aunque no corté el contacto visual con ella.

—No lo tengo tan claro. Mejor olvídalo.

—Habla ya —insistió, sentándose junto a mí. Intentó hacerme cosquillas y, aunque no surtieron efecto, me hizo reír. Entonces, soltó algo sin pensar—: Oye, pues sí que estás duro.

Se llevó las manos a la boca al darse cuenta, aunque yo ya me estaba descojonando. Intentó disimular rápido, desviando la atención de sus últimas palabras.

—Venga, no te hagas de rogar. Dime qué es eso que te tiene tan pensativo.

—Sé que va a sonar raro, sobre todo viniendo de mí, pero cuando me abrazaste, me sentí bien. —Me pasé una mano por el pelo, incómodo—. Y no sé, si para ti no es un problema, me gustaría que te quedaras aquí, tumbada a mi lado. Tu olor me calma, y después de hablar de mi hermano… estoy hecho polvo. Siento que, si me quedo solo, mi cabeza va a convertirse en un maldito caleidoscopio.

Jordan me miró en silencio, no tardó en sonreír con comprensión.

—¿Por qué iba a ser un problema? A veces solo necesitamos sentir que nos escuchan.

Se acomodó a mi lado sin dudarlo, como si ese espacio siempre hubiera sido suyo. Apoyó la cabeza en mi pecho y dejó su mano descansar sobre mi abdomen. Instintivamente, la envolví con mi brazo, acercándola un poco más, sintiendo cómo su cuerpo encajaba perfectamente contra el mío.

Cerré los ojos y respiré hondo. Su olor estaba ahí, envolviéndome, calmándome de una manera que no podía explicar. El calor de su piel, su cercanía… me relajaban más de lo que lo había estado en años.

Sentí cómo, poco a poco, su cuerpo se iba soltando, su respiración volviéndose más lenta y pausada, hasta que finalmente se quedó dormida.

Abrí los ojos y la miré. Su rostro estaba tranquilo. Las pestañas rozaban suavemente sus mejillas, y en ese instante, me pareció la cosa más bonita que había visto nunca.

Jordan tenía algo, algo que no podía poner en palabras, pero que me hacía sentir diferente.

Capítulo 12

NATHAN

Observaba a mis compañeros entrenar y sentí una punzada de envidia. Qué ganas tenía de estar ahí, en la pista, preparándome para los amistosos que quedaban. Siempre me habían parecido los mejores partidos: sin la presión de la temporada, con la libertad de probar cosas nuevas, arriesgarse sin que el mundo se cayera a pedazos si algo salía mal. Solo jugar por jugar, por el puro placer del hockey. Además, era la oportunidad perfecta para enfrentarse a equipos de otros países o de la Conferencia Oeste, rivales que no solíamos tener en nuestra liga.

Los Rift eran uno de ellos. Un equipo joven, sin la historia que tenía el nuestro, aunque con una energía contagiosa y una unión que se notaba en cada partido. Los admiraba por eso.

El ambiente cambió en cuanto empezaron a entrar a la pista acompañados por Jerry. El barullo en el hielo fue inmediato, como si todos quisieran echar un vistazo a los «nuevos». Reconocí a algunos de vista, pero uno en particular captó mi atención al instante.

Caden Hughes.

Habíamos compartido equipo en la Copa Mundial de Hockey con Estados Unidos, la que ganamos juntos. Era un muro en defensa, un tipo que nunca se rendía. Ahora lo veía incluso más alto de lo que recordaba, con el pelo despeinado y esa expresión aniñada, traviesa, que intentaba disimular a base de tatuajes y *piercings*. Sin embargo, detrás de todo eso seguía siendo de los buenos. Dentro y fuera del hielo, alguien en quien podías confiar con los ojos cerrados.

Nuestras miradas se cruzaron y, sin necesidad de palabras, nos acercamos. El abrazo fue fuerte, de esos que lo dicen todo sin decir nada. Aunque la sensación fue agridulce. Me moría de ganas de jugar contra él, de medirnos, de ver quién podía más. No iba a ser posible esta vez. Una auténtica lástima, hubiera sido un reto increíble.

—Prescott, me han comentado que no vas a jugar, ¿te asusta que un defensa como yo te haga besar el hielo?

—Hughes, agradece que esté lesionado, porque te iba a dejar en ridículo —contraataqué con otra broma.

Estábamos todos saludándonos y charlando animadamente cuando vi a mi preciosa vecina acercarse. No le di demasiada importancia hasta que noté cómo varios de los jugadores de los Rift saludaban a Jordan con familiaridad. Algo que no pasó desapercibido para nadie. Vale, sabía que ella era de Seattle, pero conocer a toda la alineación de hockey ya me parecía un poco excesivo.

Sin embargo, lo que realmente me dejó petrificado fue lo que vino después. En cuanto Jordan vio a Caden, corrió hacia él como si fuera lo único que existiera en el mundo. Se lanzó a sus brazos, y él, sin dudarlo, la levantó como si pesara menos que una pluma. Ella se enroscó alrededor de él, riendo. ¿Qué demonios significaba todo eso?

No era el único alucinado. El resto del equipo estaba boquiabierto, aunque Liam y Conor ni se inmutaron, como si aquello fuera lo más normal del mundo. Yo, en cambio, no podía apartar la vista de ellos.

—Enana, cuánto te he echado de menos —expuso Caden, plantándole varios besos en la mejilla mientras ella se reía, feliz.

Sentí como si me hubieran dado una patada en las pelotas.

—Y yo a ti. No veo la hora de volver a casa y de que podamos estar juntos —manifestó Jordan con toda la tranquilidad del mundo, como si la noche anterior no la hubiera pasado entre mis brazos.

Claro, no había ocurrido nada físico, aunque eso lo hacía peor. Dormir con alguien era íntimo, joder. Y no nos engañemos: yo sabía que ella se ponía nerviosa cuando me acercaba, que le costaba no tocarme, no mirarme, no buscarme. Apreté los puños mientras seguía observándolos. Entonces vi al abuelo de Jordan acercarse a Caden para darle la bienvenida, como si ya lo conociera de sobra. Así que Jerry lo sabía. Claro que lo sabía. Eso era mucho más serio de lo que pensaba.

No necesitaba ver más. Me di la vuelta y salí de allí sin mirar atrás. No estaba para aguantar gilipolleces. Mientras caminaba, no

podía dejar de maldecirme por haber bajado la guardia con Seattle. Siempre estaba a la defensiva, pero con ella había conseguido que la dejara entrar. Y ahora me sentía como un completo imbécil.

***

Desde mi terraza se colaban las risas de Jordan y Caden, chapoteando en su piscina como un par de niños. Cerré la puerta con más fuerza de la necesaria, intentando bloquear el ruido, aunque daba igual; sus carcajadas seguían atravesando cualquier muro. No podía quedarme allí. No con esas imágenes en mi cabeza.

Sin muchas ganas, me encaminé al apartamento de Liam. Tampoco estaba de humor para aguantar sus tonterías, pero cualquier cosa era mejor que pensar en mi vecinita divirtiéndose con su defensa estrella.

Cuando toqué al timbre, fue Conor quien abrió. Para mi alivio, parecía que estábamos solos. Por lo visto, Liam estaba ocupado con su última conquista: alguien del equipo técnico de los Rift.

—Sírvete lo que quieras, ya conoces la casa. —Conor se dejó caer en el sofá con un aire derrotado.

Fui a la nevera, saqué una cerveza y me senté a su lado. No es que tuviera muchas ganas de ser terapeuta, sin embargo, prefería hablar de sus problemas antes que seguir rumiando los míos.

—¿Qué te pasa? —pregunté directo.

—Nada, estoy increíblemente bien.

—Vamos, Conor, mírate. Estás hecho una mierda, y mañana hay partido. ¿Qué haces bebiendo?

—Es un amistoso, hombre. Además, he pedido que juegue Volkov. Seamos realistas, los Rift no son competencia para nosotros.

Fruncí el ceño y solté sin rodeos:

—¿Cuándo piensas hablar con Liam?

—No sé a qué te refieres.

—No me tomes por imbécil. Es obvio que estás pillado por él. Y, sinceramente, no sé qué le ves, porque puede ser un idiota de primera.

—¿Tan evidente es? —Se hundió un poco más en el sofá.

—Para mí, sí. Tranquilo, no creo que los demás lo noten. Ahora dime, ¿por qué no le dices nada? Esto te está afectando en todo,

hasta en…, bueno, ya sabes, en tu «vida social» —afirmé dándole un codazo, intentando aliviar un poco la tensión.

—No es tan fácil, tío. Primero, porque no sé lo que siento. Esto es extraño de cojones. Me siguen gustando las mujeres. Joder, le miro el culo a JoJo y…

Le di un manotazo antes de que terminara la frase.

—No pienses mal —se apresuró a decir—. No tengo ninguna intención con ella. Lo último que me falta es que me gusten los dos amigos.

—¿Los dos? —solté, alzando una ceja.

—Liam, idiota. —Suspiró—. El caso es que él es el único tío que me atrae, ¿entiendes? Esto me tiene descolocado. Y aunque lo tuviera claro, tengo miedo de joder nuestra amistad. Es un colega de verdad y no quiero perderlo. Además, prefiero no pensar en lo que se comentaría en los vestuarios.

Le di un trago a mi cerveza, buscando algo útil que decir, aunque todo me sonaba a tópico barato.

—Pues, tal y como lo pintas, no es fácil, no.

Conor me miró y, como si nada, desvió la conversación, buscando aliviar el ambiente.

—¿Y tú qué? Mucho sermón, pero poca acción. ¿Qué pasa con JoJo? No creas que no me doy cuenta de cómo la miras… y de cómo te pones cuando se acerca a otro.

—No es lo que piensas. Solo somos vecinos. Nos conocimos en Chicago por una tormenta. Es buena gente, aunque nada más.

—Claro, porque con todos tus vecinos eres así de cercano, ¿no?

—Lo que sea, tío. Ella está más cómoda con vosotros, eso es evidente.

—Obvio que está cómoda. Porque no le atraemos, Nate. Además, ella y Liam ya eran amigos de antes. Fueron juntos al instituto cuando vivió aquí. Y con Tyson hubo algo más…, sin embargo, nadie habla de eso.

Fruncí el ceño, recordando lo que había escuchado entre Jordan y Tyson.

—Pues algo inusual pasa. Los vi discutir, y está claro que no era la primera vez que se veían. Y ahora está de risas en su casa con el

defensa de los Rift. Seguro que es su pareja.

—Solo son amigos. —Me miró fijamente y a continuación se echó a reír—. ¡Oh, ya entiendo! Por eso estás aquí. Has escapado porque te mueres de celos.

—Que te den, no tienes ni idea. —Me levanté de un salto, refunfuñando mientras salía y cerraba la puerta tras de mí.

Al llegar a mi apartamento, lo primero que hice fue asomarme a la terraza, como un masoquista. ¿Por qué no podía simplemente ignorarla? Cerré los ojos, respiré hondo y me dije que era la última vez. Y entonces la escuché:

—¡Para, no me toques con eso! Te juro que me vengaré.

Su risa, ligera y despreocupada, se coló entre los arbustos como una maldita canción pegajosa. Apreté los dientes y me metí dentro, decidido a pasar de ellos. Y justo cuando cerraba la puerta, otro ataque de risas llegó a mí.

—A la mierda —murmuré, gruñendo.

Vale, lo admito: podía parecer que estaba teniendo un ataque de celos. Pero no, me convencí enseguida de que se trataba de justicia. Sí, eso era. Ella me había fastidiado un buen polvo, así que interrumpirle la diversión era lo justo, ¿no? Había que equilibrar la balanza.

De vuelta en la terraza, la vi. Estaba de pie, contoneándose delante de la mesa y entonces mis sentidos se ralentizaron. Esos *shorts* de algodón que llevaba, ceñidos y provocadores, marcaban un trasero firme y redondeado que nunca antes había notado. Siempre iba con ropa amplia, como si estuviera empeñada en esconder un cuerpo que ahora me parecía pura perfección. Sus caderas se movían con naturalidad, con un ritmo hipnótico que despertaba mi entrepierna.

La sudadera que llevaba colgaba ligeramente de sus hombros, y cada vez que se inclinaba para coger algo, dejaba entrever un destello de piel suave y cálida que me tenía anclado al suelo. Me descubrí observándola como un idiota, con los ojos atrapados en su cuerpo, disfrutando de esa belleza natural, que no necesita maquillaje ni poses.

El olor a comida me llegó a la nariz y lo entendí todo: Caden estaba cocinando. Oh, claro, confianza nivel «cocino para ti, nena, mientras tú te paseas en *shorts*». Qué lindo. Carraspeé y ella se giró.

—¡Hey! —Sonrió, dejándome noqueado por un momento.

Caminó hacia mí y mis ojos, traicioneros, recorrieron su cuerpo. Lo advirtió. Tiró de la sudadera, como si intentara taparse, y me dieron ganas de reír.

—¿Te cojo en mal momento? —Intenté sonar casual mientras medio disimulaba una mueca de dolor—. Es que tengo una molestia en la pierna, ¿podrías echarme una mano?

—¿Ahora? —dudó, mirando hacia el interior de su casa—. Es que tengo visita. Puedes ponerte hielo. Después paso a verte, o, si quieres, quédate a cenar con nosotros.

—Da igual —respondí seco, sintiendo una punzada de vergüenza. «¿Desde cuándo soy tan miserable?», me reproché mentalmente—. Disfruta de tu cena.

—¡Prescott! —La voz de Caden resonó desde el interior, y en ese instante supe que estaba haciendo el mayor papelón de mi vida. Tragué mi orgullo, aflojé la cara y me giré fingiendo una sorpresa poco convincente.

—¿Hughes? ¿Qué haces aquí?

Caden apareció en la puerta, tan alto y relajado como siempre, con una sonrisa vacilona que solo empeoró mi humor.

—Me quedo en casa de la enana mientras permanezcamos aquí —indicó, como si fuera lo más natural del mundo—. ¿Y tú?

«¿Enana? ¿En serio?».

—Es mi vecino —intervino Jordan antes de que pudiera soltar alguna tontería—. ¿Os conocéis?

—Sí, jugamos juntos la Copa Mundial —explicó Caden con un tono cómplice—. Y, bueno, también compartimos buenos ratos fuera del hielo, ¿no?

Por «buenos ratos» se refería a ciertas noches con mujeres que, en ese momento, preferiría no recordar.

—Venga, quédate a cenar —insistió Jordan, sonriendo, aunque noté un deje extraño en su voz—. Así podéis contarme qué tan

memorables fueron esos «ratos libres».

Había algo en su tono, una especie de retintín que me hizo arquear una ceja. ¿Estaba molesta? ¿Por qué? Seguro que por Caden, no por mí.

—No quiero fastidiar vuestra velada —repliqué, tratando de sonar despreocupado mientras mi interior hervía—. Supongo que os apetece estar solos.

Ambos se miraron al escuchar mi comentario. Caden, sin pensarlo, rodeó a Jordan con un brazo y le plantó un beso en la cabeza, como quien consuela a un cachorro.

—Claro que quiero estar con ella —esbozó una sonrisa cálida que no pude evitar encontrar irritante—, la echo muchísimo de menos. No me acostumbro a no verla. Ella es mi persona favorita en el mundo. Pero, oye, siempre podemos compartir la cena contigo.

«Perfecto. Una declaración de amor en toda mi cara».

Jordan, sin embargo, lo interrumpió rápidamente, como si sintiera la necesidad de aclarar la situación:

—Caden y yo no somos pareja, si es lo que estás pensando.

La sorpresa fue tan grande que sentí que podía volver a respirar.

—Él es como mi hermano. —Ella me miró con seriedad, casi como si quisiera asegurarse de que lo entendía—. Cuando mis padres murieron, me fui a vivir con los Hughes. Caden y su familia me acogieron. Es la persona que más quiero en el mundo y en quien más confío.

De repente, todo encajó. Recordé las menciones a los Hughes que había hecho cuando durmió en mi casa. ¿Cómo no lo había relacionado antes?

—Está bien, me apunto —dije al fin, sintiendo que comenzaba a relajarme—. Huele delicioso, y quiero comprobar si el defensa de los Rift cocina mejor de lo que maneja el *stick*.

—Prescott, deberías saber ya que todo lo que hago roza la perfección —bromeó él, dándome un codazo.

Nos sentamos a la mesa, y el aroma que salía de los platos era una tentación directa al estómago. Comida sencilla, cerveza fría…, el menú ideal para una cena entre «amigos». Al principio, la conversación giró en torno a nuestras conquistas, con Caden

llevándose la corona. Claro, en mi crisis de celos no me había parado a pensar que él también era un casanova.

Entre risas, me enteré de cosas sobre su infancia: historias que parecían sacadas de una serie de esas donde todos son amigos para siempre. Mi vida, en cambio, había sido un constante ir y venir de un lugar a otro, sin tiempo para echar raíces. Jordan estaba relajada, confiada, y se la veía más cómoda que nunca. Me costaba quitarle los ojos de encima.

El problema era que la tensión entre nosotros se instaló como un comensal más. Cuando nuestras piernas se rozaban bajo la mesa, una corriente me recorría el cuerpo. Si nuestras manos se encontraban al ir a por el salero, nos quedábamos paralizados. Y, obviamente, Caden lo percibió.

—Vosotros dos parecéis una pareja —lanzó con una carcajada—. Literalmente, os separan unos setos y un par de correderas de cristal.

—No es para tanto —intervino Jordan con su típica practicidad, aunque sus mejillas se sonrojaron un poco—. Además, las puertas no cierran bien. Nate las manipuló cuando este piso estaba vacío para escaparse de sus «visitas nocturnas». Así que, técnicamente, podemos entrar en ambos lados cuando queramos.

Caden escupió casi media cerveza de la risa.

—¡Tío, eres un *crack*! —me alabó entre carcajadas—. Ahora todo encaja. La enana no paraba de quejarse de sus vecinos ruidosos cuando llegó. ¡Eras tú! Aún me acuerdo de aquella noche en la que compartimos habitación. La chica con la que estabas se vino arriba, y la mía, bueno, se animó con el griterío.

—¿Hicisteis una orgía? —Jordan nos miró con la boca abierta.

—¡Nooo! —respondí al instante. «Gracias, Caden. Qué bien me estás dejando».

—¡Qué va, enana! —me apoyó el defensa, todavía riéndose—. Compartimos habitación, sí. Aunque cada uno con la suya.

—Uf, sois asquerosos. —Se cruzó de brazos. Pero, por alguna razón, su mirada acusadora solo se dirigió hacia mí.

—Enana, cuando descubras los placeres de la vida, ya nos dirás si lo que hacemos es tan asqueroso como crees —la provocó con

una sonrisa tierna.

Eso me dejó pensando. ¿Acaso Jordan…? ¿No había…? No podía evitarlo. La pregunta me salió sola:

—Seattle, ¿eres virgen? ¿O es que practicas el celibato?

Caden se desternilló de risa mientras ella se ponía roja como un semáforo.

—Eres un imbécil. —Me fulminó con la mirada—. Y no, no soy virgen. Que no tenga una vida lujuriosa como vosotros no significa que no disfrute del sexo.

—¿Ah, sí? —Me incliné un poco hacia ella—. Tengo curiosidad, ¿qué es lo que te gusta?

Vi cómo se apretaba los muslos con las manos, claramente incómoda, intentando mantener la compostura.

—Prescott, nunca lo sabrás —dictaminó, girándose hacia su amigo en busca de apoyo.

—La enana solo se fija en frikis de los que no se pueda enamorar. Es más, apuesto a que son frígidos.

—¡Cállate! —gritó Jordan, lanzándole una servilleta a la cara.

Él la apartó con calma y nos miró a los dos, primero a mí, después a ella, como si estuviera viendo algo que nosotros no queríamos admitir.

—Vale, ¿qué pasa aquí? Porque conozco a Jordan demasiado bien. Y tú, Prescott, eres justo el tipo de hombre del que huiría como si su vida dependiera de ello. Sin embargo, no lo hace. Es más, diría que hay demasiada confianza entre vosotros.

—Caden, no seas idiota —contestó Jordan con tono exasperado —. Solo somos vecinos. Nos llevamos bien, a ratos.

El teléfono del defensa sonó, dándonos un respiro. Se disculpó y se apartó para atender la llamada. Y entonces aproveché mi oportunidad.

—Te olvidas de algo, Seattle —le susurré, inclinándome hacia ella. Mis dedos rozaron su muslo bajo la mesa, deslizando una caricia lenta que hizo que se tensara de inmediato—. Como que te metiste en mi cama en Chicago, que nos besamos dos veces, que dormiste ayer entre mis brazos y que tratas mi lesión en secreto. Y,

lo más importante, que no hacemos más que saltarnos las reglas juntos.

Ella tragó saliva, sus ojos destellaban deseo. Su respiración se aceleró justo antes de que Caden volviera, y en ese momento se levantó de golpe evitando mi mirada.

—Voy a traer el postre y unos cafés.

—Yo no quiero café, prefiero disfrutar de un buen postre. —Sonreí de manera provocadora.

—Hoy lo tomas igual —contraatacó, nerviosa.

—¿Quieres que te eche una mano? —la tenté, disfrutando de su incomodidad.

—Ni te muevas de ahí, Minnesota —me advirtió, lanzándome una última mirada antes de desaparecer hacia la cocina.

Caden volvió justo a tiempo para verme aguantando la risa, totalmente encantado con lo fácil que era provocarla.

—Prescott, ahora que estamos solos, ¿me vas a decir qué pasa entre Jordan y tú?

—Hughes, no hay nada que contar. Tenemos una buena relación, igual que la que tiene con Liam o Conor.

—Ellos no me preocupan, pero tú sí. No te lo tomes a mal, me caes bien, de verdad. Eres un tío cojonudo, aunque ambos sabemos perfectamente que tú no te involucras con nadie. Lo tuyo no va más allá del sexo, y eso no me importa… siempre que no sea con Jordan.

No dije nada, porque sabía que lo que venía a continuación iba a ser peor.

—Ella no puede permitirse ser «una más», tío. Jordan se implica de verdad. Su amor es…puro, generoso. Y también frágil. La única vez que se entregó a alguien por completo, la destrozaron. Pasó meses en terapia, reconstruyéndose poco a poco. Desde entonces, se ha blindado. Y ahora te veo a ti. A ti, Nathan Prescott, un tío con un historial que da miedo. Y lo peor es que soy consciente de cómo te mira. Pero también de cómo la miras tú.

»Durante la cena, la tensión entre vosotros dos era casi palpable. No soy idiota. Esa complicidad, esas miradas…, está claro que hay algo. Y eso me asusta, porque ella es como mi hermana. No quiero que vuelva a sufrir. Así que, si lo único que pretendes es llevártela a

la cama, déjala en paz. Y si sientes algo por ella, entonces déjala también.

Lo miré, confundido, y él suspiró como si le costara decir lo siguiente.

—No eres el hombre para ella. Sabes tan bien como yo cómo es este mundo, Nathan. Permítele terminar sus prácticas, que vuelva a casa, que esté con gente que la cuide de verdad.

Sus palabras cayeron como una dosis de realidad. Tenía razón. ¿Qué demonios estaba haciendo? Había sido tan egoísta que permití que ella se jugara su carrera por mí. Yo no era bueno para nadie, y mucho menos para alguien como Jordan. No quería ser una de esas personas que le jodieran la vida.

—Hughes, no la he utilizado. Me importa. Estoy hecho un lío con lo que siento por ella. Tienes razón, seguramente acabaría lastimándola, y eso es lo último que deseo. Intentaré… desligarme de ella.

Caden me palmeó la espalda con fuerza, como si quisiera aliviar la culpa que me estaba comiendo vivo.

—Eres mejor de lo que crees, Prescott.

Justo en ese momento, Jordan apareció con una bandeja, iluminando el ambiente con su sonrisa.

—Aquí está el postre.

—Bueno, chicos, estoy cansado. Os dejo para que os pongáis al día, ya os he robado suficiente tiempo. Gracias por invitarme. —Intenté sonar relajado, sin embargo, mi voz me traicionó.

—¿Seguro que no quieres quedarte un rato más? —preguntó el defensa, claramente incómodo con la conversación anterior.

—*Nah*, prefiero descansar. Mañana quiero estar bien despierto para disfrutar de vuestra derrota en el hielo.

—Yo solo tengo un objetivo y pienso cumplirlo —respondió con un tono enigmático que no supe interpretar.

—Gracias, Seattle.

—Te acompaño.

Salimos juntos, cruzando los arbustos como si fueran una puerta. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos de Caden, Jordan me miró con preocupación.

—Si quieres, más tarde me paso por tu casa y revisamos lo de tu pierna —musitó en tono confidencial.

Era tan dulce… ¿Cómo se suponía que iba a mantenerme alejado de ella?

—No es necesario. Le pondré hielo y me echaré la crema. Vuelve con Hughes, seguro que tenéis mucho de que hablar.

Jordan frunció el ceño, notando mi cambio de humor.

Capítulo 13

JORDAN

Seis años antes…

El aire frío del exterior chocaba contra los cristales del coche, empañándolos con una fina pátina de humedad. Dentro del vehículo, Tyson estaba sentado en el asiento trasero, conmigo acurrucada en su regazo. Los movimientos de sus manos eran suaves y pausados, como si quisiera asegurarse de que cada caricia me transmitiera calma. Desde la barriga hasta mi pecho, sus labios depositaban besos que hacían que de mi boca brotaran pequeños gemidos de placer. Sus manos, grandes y cálidas, recorrían mis senos, deteniéndose en los pezones. Al notar cómo los apretaba, se endurecieron ligeramente, y por un momento me puse en alerta, aunque pronto me relajé, disfrutando de aquel momento placentero.

Tyson sonrió satisfecho y, jugando con mi cuello, comenzó a desabrochar mis pantalones. Me tensé de nuevo, pero me susurró con voz serena:

—Tranquila, preciosa. No te voy a hacer nada malo. Al contrario, quiero hacerte sentir muy bien y que sepas que conmigo estás segura.

Las palabras parecieron calmarme. Poco a poco, retiró mi braguita, asegurándose de no incomodarme. Una vez libre, sus dedos se abrieron paso entre mis pliegues, un gesto delicado que me estremeció por completo. Movimientos circulares y una leve presión transformaron las caricias en un delicioso masaje que hizo que gimoteara con más intensidad. Él fue más allá; deslizando un dedo en mi interior, arrancando una pequeña protesta de mis labios. Sin embargo, su atención regresó rápidamente a mi clítoris, jugueteando con él con suma devoción. Mientras tanto, los sonidos de mi boca se volvieron más intensos, como una advertencia de lo que estaba por suceder.

Mi cuerpo parecía contraerse, como si estuviera en el preludio de un clímax inevitable, hasta que finalmente explotó en un

sorprendente orgasmo. Sus besos me desbordaron, arrastrándome más hacia su cuerpo. Estaba perdida, rendida por completo, en un momento de pura felicidad.

—Tyson, ha sido realmente increíble. Me gustó lo que sentí.

—Muñeca sé que quieres ir poco a poco. No busco presionarte, pero tienes que entender que yo no soy de piedra. Y tú ya no eres una niña; eres una mujer, y como tal, debes comportarte. Para mí ha sido un placer ver cómo he sido el primero en hacer que te corrieras, aunque te aseguro que esto podría ser mucho mejor si quisieras. Sin embargo… —bajó con cuidado sus pantalones para mostrar su erección—, mira mi polla. Estoy que reviento. Esto no es fácil para mí; salir siempre empalmado y matarme a pajas.

—Me gustaría ayudarte, aunque no sé cómo. Créeme, me duele no estar lista para hacerlo. Tengo miedo.

—Si quieres colaborar, hay una opción. Pero debes dejar de comportarte como una cría. ¿Te atreves a intentarlo? ¿Dar un paso más allá? Somos pareja y estamos juntos en esto.

Vacilé, aunque finalmente asentí. Mi mirada seguía fija en su miembro, concretamente en su glande, que brillaba a causa de un ligero rastro de humedad.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté, temblorosa.

—Envuelve mi polla con tu mano.

Suspiré, con el corazón acelerado, y rodeé su dureza. Él sonrió y, al ver que no hacía nada más, encerró su mano con la mía, guiándola con un movimiento suave a lo largo de su bulto.

—Lo estás haciendo muy bien. —Su voz salió casi ronca—. Sigue así, pero ahora tú sola.

Algo más segura, continué masturbándolo. Poco a poco, mis movimientos se hicieron más fluidos, acompasados por sus jadeos. Él se giró hacia mí, levantó mi camiseta y restregó su miembro contra mi pecho. Me quedé paralizada, así que él tomó el relevo de mis manos y continuó con más fuerza, hasta que derramó todo su semen por mi cuerpo.

—¡Por fin! —gruñó como un animal—. Ahora te he marcado, y muy pronto serás mía.

Mientras asimilaba el contenido de sus palabras, un sentimiento de molestia comenzó a invadirme. Con un gesto brusco, me saqué la camiseta y me limpié, frustrada. No sabía si estaba más enfadada con él o conmigo misma. En los últimos dos meses había estado haciendo cosas que jamás creí que sería capaz de hacer. Era como si me estuviera traicionando una y otra vez, cediendo ante una versión de mí que no reconocía. Y todo, ¿por qué? Porque estaba enamorada. Como una idiota.

***

—¿Piensas dejarme alguna galleta? —Liam se dejó caer a mi lado en la cama, robándome una de la mano.

—Ni de broma, estas son mías. Dale las gracias a tu madre. —Le di un codazo mientras me metía otra en la boca—. Hablando de favores…, ¿me dejas los apuntes de Mates? Y ya que estamos, los de Física también.

—Claro, cómo no. Pero antes dime una cosa, JoJo: ¿crees que esta aventura tuya con el imbécil de Tyson no se te está yendo un poco de las manos?

Me tensé al instante. Odiaba cuando Liam adoptaba ese tono de hermano mayor. Y, si era sincera conmigo misma, empezaba a arrepentirme de haberle contado que estaba saliendo con él. Nadie más lo sabía. Era nuestro secreto.

Si mi novio se enteraba de que había compartido algo con alguien, probablemente no le haría ninguna gracia. Sin embargo, Liam era mi amigo, la única persona en la que podía confiar aquí. Claro, tenía a mis amigos en Seattle, aunque la distancia se hacía cada vez más presente entre nosotros. Y luego estaba Caden…

Caden siempre había estado ahí. Siempre. Pero contarle esto no era una opción. Ya podía imaginar su respuesta: «Enana, si tienes que esconderlo es porque no está bien». Y lo peor de todo es que tenía razón.

Todo había cambiado desde que empecé a salir con Tyson. Había faltado a clase más veces de las que me gustaría admitir, algo que jamás habría hecho en Seattle. Y varias veces llamaron a mis padres desde el instituto, preocupándolos por mis ausencias. Hasta ahora, las consecuencias fueron unas calificaciones más bajas. La causa de

esta situación, sus horarios. Entre sus entrenamientos, las clases y las reuniones con sus amigos —que también incluían a mi prima para evitar sospechas—, la única forma de encajar nuestras citas era saltarme clases. Todo aquello era una locura que empezaba a desbordarme, aunque no sabía cómo pararlo sin perderlo a él.

—¿Otra vez con lo mismo, Liam?

—JoJo, sé que eres lista, sin embargo, no puedes negar que esto huele mal por todos lados. Escondiéndote para verlo, faltando a clase… ¿De verdad esto te hace feliz?

—¿Sabes qué me fastidia? Que me hables como si tuviera cinco años. Sé lo que estoy haciendo.

—¿Lo sabes? Porque a mí me parece que estás jugando con fuego. Mientras tú estás aquí defendiendo a ese gilipollas, él sigue con su vida como si nada. Además, se pasea con tu prima mientras que contigo lo hace en secreto. Abre los ojos de una puñetera vez.

—¡No eres justo! —Levanté la voz, sintiendo un nudo en el pecho —. No es su culpa. La situación es complicada. ¡Ashley no puede enterarse! Esto es solo temporal, ya te lo he dicho.

—¿Temporal? Por favor. ¿De verdad crees que ese tipo va a plantarle cara a Ashley por ti? Sigue soñando. Lo único que está haciendo es manejarte como quiere.

—¡No es así! Él me respeta. No hemos…, ya sabes, no hemos hecho nada y aun así está conmigo. Eso significa que le importo. — Quise defenderlo, aunque la realidad era que cada día se volvía más insistente en ese tema.

Cuando estábamos juntos, siempre encontraba la manera de presionarme, de llevar las cosas un paso más allá. Desde aquella primera vez que nos tocamos, todo había ido escalando de forma inevitable, hasta el punto de que mis labios pasaban más tiempo en su miembro que en otro lado. A pesar de las dudas que me asaltaban, una parte de mí quería que, si sucedía, fuera con él. Aunque otra parte no podía ignorar la inseguridad que me carcomía por dentro.

—JoJo, ese tío no respeta ni a su reflejo en el espejo. ¿Cuánto piensas que va a tardar en obtener lo que quiere? Poco a poco está minando tu cabeza.

—¿Sabes lo que creo? —Buscaba algo para atacarlo—. Que desde que lo dejaste con ese rollo tuyo, estás amargado y no soportas verme feliz.

—¡Por supuesto que quiero verte feliz! Pero con alguien que valga la pena. Déjame confesarte algo, cielo: romper esa relación fue lo mejor que hice. Porque esa persona no me valoraba ni me respetaba. Igual que te está pasando a ti ahora.

—¡Basta! —Me puse de pie, recogiendo mis cosas—. Confío en Tyson, ¿vale? Lo amo. Y si no puedes soportarlo, quizás deberíamos dejar de vernos.

—Está bien, JoJo. No opinaré más sobre el tema. Pero hazme un favor: ven al partido esta noche. Y después, a la fiesta.

—¿Qué? ¿Por qué haría eso? Tyson no quiere que me acerque.

—¡Exacto! —exclamó con una chispa en los ojos—. Quiere tenerte lejos porque no desea que veas lo que hace cuando tú no estás. No te estoy pidiendo que vayas con él. Ven conmigo. Mira cómo se comporta cuando no tiene que fingir.

No le respondí. Maldita sea, ahora la duda estaba ahí, ahondando por dentro. Y aunque odiaba admitirlo, tal vez Liam tenía razón. Y esta era mi oportunidad para averiguarlo.

***

Me acomodé en las gradas, con la capucha del abrigo medio subida, intentando pasar desapercibida mientras el hielo brillaba bajo las luces del pabellón. Sin embargo, no podía engañarme: no estaba cómoda con la situación. Quería ver a Tyson, sí. Sentirme cerca de él, también. Pero no así, a escondidas, con las dudas acechándome cada vez más.

El marcador mostraba un 3-2 a favor de los Northern Thunder y el tiempo se agotaba. En el hielo, mi amigo Liam, el mejor defensa de los Toronto Stormbreakers, jugaba como si le fuera la vida en ello. Se lanzó al suelo para bloquear un disparo con el cuerpo, se levantó en un segundo y volvió a pelear por el disco. Sonreí sin darme cuenta, y en cuanto miré a Tyson, mi estómago se encogió.

Patinaba con esa chulería tan suya, el *stick* se movía como una extensión de su brazo, controlando el disco con una facilidad que hacía parecer que todo el juego giraba a su alrededor. En un

contragolpe veloz, burló a dos defensas y disparó con fuerza, aunque el portero atrapó el disco. Un suspiro colectivo recorrió el pabellón y, por un instante, sentí ganas de aplaudirle. Sin embargo, nadie debía saber que estaba allí.

Lo peor era ver a Ashley en la esquina de las gradas, levantándose con cada jugada de Tyson. Gritaba, animaba, reía…, como si fuera la presidenta de su club de fans.

Entonces, la culpa me alcanzó de lleno. Los gritos de mis padres todavía resonaban en mi cabeza: «Jordan, no entendemos qué te pasa. Estás faltando a clases, mintiéndonos… ¿En qué estabas pensando? Esta no eres tú». Y tenían razón. Mi vida en Toronto se había convertido en una serie de malas decisiones que ni siquiera podía explicar. O quizás sí. Lo llamaría el primer amor.

Un estruendo me sacó de mis pensamientos. Tyson avanzaba en un último contragolpe, deslizándose a toda velocidad. Esquivó a un defensa. Posteriormente a otro. Y cuando lanzó el disco, el tiempo pareció detenerse. Lo vi cruzar el tiro ante el portero justo cuando sonaba la bocina. Gol. Empate.

Ashley y sus amigas estaban al borde del colapso, abrazándose y gritando como si acabaran de ganar la lotería. Mientras las miraba, algo dentro de mí se rompió. Tyson estaba allí, celebrando en el hielo, ni siquiera era consciente de que yo lo observaba. Y yo, sentada entre la multitud, me sentí más sola que nunca. Había desobedecido a mis padres, decepcionado a todos los que creían en mí, y todo por alguien que ni siquiera sabía que estaba allí.

Oculta entre las sombras del aparcamiento, esperaba a que Liam saliera de los vestuarios. El frío de la noche se colaba por mi abrigo, pero no me importaba. Mis ojos estaban fijos en la puerta. Mientras tanto, vi salir a las amigas de mi prima, riendo y hablando a gritos, seguidas de algunos jugadores del equipo. Me hice más pequeña contra la pared.

En ese instante vi a Tyson. Llevaba a Ashley a caballito, como si fueran la pareja más feliz del mundo. Se reían y él parecía relajado, cómodo, como si todo fuera perfecto. Mi pecho se comprimió, dejándome helada mientras los observaba alejarse como si yo no existiera.

Cuando desaparecieron de mi vista, me giré con intención de marcharme. Había sido un error ir. Eso era demasiado, una humillación más. Y entonces unos brazos me detuvieron.

—JoJo. —Liam me miró a los ojos y sé que percibió el dolor en ellos—. Esta noche te pedí que vinieras para que veas la realidad. Mejor un golpe ahora que una gran hostia después.

Quise decirle que no necesitaba nada más, que ya había sido suficiente, sin embargo, no me salieron las palabras.

—Vamos a esa fiesta. Si no lo haces, ese imbécil intentará llenarte la cabeza con alguna mentira, y lo peor es que le creerás.

La casa donde se celebraba el evento estaba abarrotada. Música alta, risas, gritos y el inconfundible olor a alcohol flotaban en el aire. Liam se detuvo a hablar con algunos de sus compañeros, mientras yo avanzaba sola hacia el centro de la sala, evitando mirar demasiado a mi alrededor.

Aun así, mis ojos fueron directos a él.

Tyson estaba en un sofá, como si fuera el rey del lugar. Ashley estaba sentada entre sus piernas, jugando a algún estúpido juego de beber con los demás. Las risas lo llenaban todo mientras su mano descansaba sobre la cintura de ella, parecía que eso fuera lo más natural del mundo.

Mis piernas se quedaron ancladas al suelo. Sentí como si alguien me hubiera arrancado el aire de golpe. Intenté moverme, sin embargo, no pude. Era una idiota. Una completa y absoluta idiota.

Ashley me vio primero. Apartó la mano de Tyson, se levantó y caminó hacia mí con esa absurda mirada de superioridad.

—¿Tú qué haces aquí? —escupió con desprecio—. No eres bienvenida. No aceptamos perdedoras.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. No por sus palabras, sino por el daño que me había hecho mi novio.

Él se levantó del sofá, dejando de reír, y me miró con enfado. Se acercó a mi prima y se quedó a su lado, como si estuvieran en el mismo equipo.

—¿Cómo has llegado aquí? —indagó Tyson, seco. Y Ashley aprovechó para arremeter de nuevo.

—Eso mismo le dije yo. Pero mírala, si hasta se puso un vestido y trató de maquillarse. Es ridícula.

—Puedes responderme, ¿qué puñetas haces aquí? —me gritó mi novio.

Sentí cómo mi rostro se encendía de vergüenza y me di cuenta de que nunca había sido suficiente para él.

Y justo ahí, Liam apareció detrás de mí y colocó un brazo protector sobre mis hombros.

—Ella vino conmigo —manifestó con voz firme.

—¿En serio, Liam? ¿Dejaste a Brianna para enredarte con esta? —Ashley lo fulminó con la mirada.

—Con quién estoy o dejo de estar no es asunto tuyo —contraatacó él, clavándole una mirada gélida—. Aunque tal vez deberías preguntarle a Tyson. Según parece, Jordan no le desagrada tanto como a ti.

—Por favor, ¿crees que Tyson me cambiaría a mí por esta rata americana? Si estuvo con ella fue porque yo se lo pedí. Quería que la enamorara y que quebrara su corazoncito.

Mi mundo se hizo añicos al darme cuenta de que me habían engañado, de que solo habían jugado conmigo por diversión. Sentí las piernas temblorosas y, por un segundo, creí que me desplomaría.

—Eres un pedazo de mierda, Ashley. Y tú también, Tyson —espetó Liam, llevándome hacia la puerta—. Vámonos, JoJo. Esto ya es suficiente.

Estaba tan en *shock* que el trayecto hasta el coche se esfumó de mi mente. No fui consciente de nada hasta que la voz de Liam me sacó de mi aturdimiento.

—Lo siento, no sabía que llegarían tan lejos. De haberlo sabido, nunca te habría traído.

Le resté importancia, más por cansancio que por otra cosa. Me dejé abrazar. Y entonces escuché la voz de Tyson detrás de nosotros.

—¡Jordan! ¡Espera!

Liam giró sobre sus talones.

—Lárgate, gilipollas, antes de que te rompa la cara.

—Quiero hablar con ella.

—No tienes nada que decirle. Todo ha quedado muy claro.

—Liam, espérame en el coche —le solicité. Él dudó, sin embargo, al final obedeció.

—Preciosa, escúchame. Lo que dijo Ashley pasó al principio, justo cuando llegaste. En cuanto me di cuenta de lo que sentía por ti, de lo mucho que te amo, dejé de seguirle el juego.

—Guau. No sé ni qué decir. Quizás… gracias. Has sido realmente generoso. Tus acciones hablan por sí solas.

—Jordan, no exageres. Ella y yo solo somos amigos. Entiendo que estés molesta, pero, por favor, no hagas un drama de esto. Me agota.

Esas palabras fueron el clic que despertó mi mente. Como si, después de meses de ceguera, por fin volviera a ver con claridad. Como si algo dentro de mí me devolviera la confianza y la fuerza para respetarme.

—No, Tyson. No estoy molesta, estoy decepcionada. Y lo peor es que no es contigo, es conmigo. Porque fui yo la idiota que creyó en ti todo este tiempo. Porque no quise ver lo obvio. Porque preferí engañarme… Todo porque te quería. Ya no más. Se acabó. No quiero volver a saber nada de ti.

—¿Me estás vacilando? ¿Tú me dejas a mí? ¿Se te ha ido la olla?

—Ay, no seas exagerado y no montes un drama, no es para tanto —le solté con una sonrisa punzante, repitiendo sus propias palabras con la misma frialdad—. Supéralo. Adiós.

—¡Me cago en la puta! ¡Jordan! ¡Joder, Jordan!

No me detuve. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que recuperaba el control de mi vida. Aunque el precio fuera dejar atrás mi corazón roto en mil pedazos.

Capítulo 14

JORDAN

Estaba terminando de guardar todo el material que debía llevar a la pista. River me había llamado hacía unos minutos para encargarme unas cincuenta mil cosas y, sinceramente, no sabía si sería capaz de recordarlas todas. Iba a estar sola esa noche.

Ella había sufrido otra pérdida tras su último intento de quedarse embarazada. Una nueva transferencia embrionaria fallida. Aunque insistió en que vendría a trabajar, me negué rotundamente. No estaba en condiciones. Mentalmente, se encontraba destrozada. Había pasado ya por demasiados intentos fallidos, y no iba a permitir que se forzara una vez más.

Además, no pasaba nada. Era solo un partido amistoso. Al día siguiente estaría allí como siempre, lista para tratar cualquier problema que se presentase.

Aun así, quería que todo saliera bien. Iba enumerando mentalmente cada artículo que pudiera hacer falta, intentando no olvidar nada, cuando la puerta de la sala de fisioterapia se abrió.

Supuse que sería alguno de los técnicos, viniendo a avisarme de que ya era hora de salir a la pista.

—Ya casi he terminado, aunque me alegro de que estés aquí —aseguré sin levantar la vista—. Dos manos no van a ser suficientes para llevar todo esto.

No obtuve respuesta, solo escuché el ruido seco de la puerta cerrándose. Me giré, y ahí estaba. Tyson.

Sentí cómo la rabia subía por mi pecho como una oleada de calor que arrasaba con todo a su paso.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar cambiándote?

—No he podido hablar contigo desde que llegaste. Te las has arreglado muy bien para no estar sola. Si no es la doctora Crawford, es Liam, Conor, el idiota de Prescott o cualquier jugador del equipo. Incluso fui a tu casa, y cuando le pedí al portero que me dejara subir, comentó que tenía órdenes tuyas de no permitir mi acceso.

—Primero, no tengo necesidad de esconderme de ti. Segundo, si no te dejo entrar en mi casa, será porque no eres bienvenido. ¿Lo pillas? ¿O es que tu inteligencia ha disminuido aún más con los años?

Su presencia me enfermaba. Era como un recordatorio constante del peor momento de mi vida. Ese rostro perfectamente cincelado, esos ojos rasgados y oscuros que un día me habían parecido irresistibles… Todo eso era una máscara. Detrás se escondía alguien miserable, como una planta venenosa: hermosa por fuera, letal por dentro.

—Jordan, no he venido a discutir. Solo quiero que me escuches un momento. Me arrepiento de lo que pasó aquella noche. Fue horrible y me siento fatal por haber formado parte de ello.

—Eres un cobarde. Estás asustado, ¿verdad? Tienes miedo de que la mierda del pasado salga a flote. Porque ahora ya no soy una cría ni estoy enamorada de ti. Y lo que es peor, sabes que esta vez puede ser diferente con mi abuelo.

Se quedó callado, con el rostro tenso, delatando que no iba mal encaminada.

—Si todo sale a la luz, ¿qué pasaría? —proseguí, avanzando un paso hacia él—. Antes no jugabas en la NHL, ahora sí. Seguro que te costó mucho llegar hasta aquí, y sabes que, si mi presencia remueve el pasado, tu carrera podría venirse abajo.

—Esto no es un juego, Jordan —gruñó, acercándose. Me agarró por las muñecas, apretando más de lo necesario—. No estamos en el instituto.

Me solté de un tirón, y de la rabia le lancé una bofetada directa a su cara.

—Para mí tampoco fue un juego entonces. Sin embargo, eso no te importó.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe. Caden entró y su expresión cambió al instante al verlo cerca de mí. La sangre le hervía. No le dio ni un segundo: lo agarró por el cuello y lo empujó contra la pared.

—No vuelvas a acercarte a ella —bramó entre dientes, apretando más fuerte—. Aunque no viva aquí, no está sola. Y te advierto que,

si hace falta, acabaré con tu carrera, aunque eso signifique terminar con la mía también. Ella es mi familia, y nadie lastima a mi familia.

—Caden, por favor, no merece la pena. —Pretendí tirar de él, aunque era inútil. Estaba fuera de sí—. Tienes un futuro prometedor, no lo arruines por este imbécil.

La puerta volvió a abrirse, y esta vez entraron Conor y Nathan. Este último corrió a separarlos, mientras que el irlandés me miraba rápidamente para asegurarse de que estaba bien.

—¡Déjame acabar con este cabrón! —rugió Caden.

—Ni lo sueñes. Mírame —le ordenó Nate, sujetándole el rostro—. No sé qué ha pasado aquí, pero esto no es forma de solucionar nada, y menos antes de un partido.

Se giró hacia Tyson, quien estaba tosiendo mientras se sujetaba el cuello.

—Lárgate, Caldwell, antes de que no pueda detenerlo más.

Tyson salió de la sala sin mirar atrás, todavía intentando recuperar el aliento. Conor, sin mediar palabra, tomó a Caden del brazo y lo condujo hacia la puerta.

—Ahora os alcanzo, dadme un minuto con Jordan —les pidió Nathan sin apartar la vista de mí. Esperó a que se fueran y después se acercó con paso decidido. Me rodeó el rostro con ambas manos y, con sus ojos llenos de preocupación, preguntó:

—Seattle, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado con Tyson? Si te ha hecho daño, te juro que lo mato.

Sin decir nada, llevé mis manos a su cintura y dejé que mi frente se apoyara contra su pecho. Aún temblaba. Él me envolvió sin dudarlo, abrazándome con fuerza mientras dejaba pequeños besos en mi cabeza.

—Estoy bien —murmuré—. No te preocupes…, pero ¿te puedes quedar abrazándome un rato más?

—Claro, Seattle. Me quedo hasta que tú me digas.

***

El partido entre los Rift y los Wolves estaba siendo una locura. Para ser un equipo más nuevo, los Rift estaban demostrando que tenían garra. Iban a por todas, aunque los Wolves, con su experiencia y un poco más de cohesión, llevaban ventaja en el marcador.

Caden no se separaba de Tyson ni un segundo. Cada vez que el *puck* estaba cerca, era como si no existiera nadie más en el hielo. Lo bloqueaba, lo empujaba contra las vallas, incluso en ocasiones que podrían haber pasado como limpias, aunque yo sabía que no lo eran. Y lo más sorprendente era ver cómo sus compañeros de equipo parecían estar perfectamente coordinados con él, como si supieran que lo que estaba haciendo era algo más que parte del juego.

El golpe definitivo llegó en el tercer periodo. Caden atrapó a Tyson contra la pared con un bloqueo que hizo temblar el hielo y, aunque parecía suficiente, no paró ahí: Tyson apenas logró recuperar el *puck* cuando Caden lo embistió de nuevo, esta vez con tanta fuerza que salió volando sobre el hielo y cayó mal, con la pierna doblada en un ángulo que no parecía natural. Tyson intentó levantarse, pero inmediatamente se desplomó, y su expresión de dolor dejó claro que no iba a volver al partido.

La sirena sonó, señalando una penalización mayor para mi amigo. El árbitro lo envió directo al banquillo de castigo, aunque no antes de que Tyson, furioso y con una expresión de dolor, arropado por la adrenalina, intentara lanzarse sobre él. Se desató el caos. Ambos se quitaron los cascos y comenzaron a golpearse con los puños, mientras los árbitros y jugadores trataban de separarlos. Al final, la pelea dejó a Caden fuera del partido con una expulsión; sin embargo, estaba claro que no le importaba. Había cumplido su venganza.

Desde mi posición, podía ver como el equipo médico entraba a la pista para atender a Tyson, que se había desplomado de nuevo por el esfuerzo. Me quedé paralizada, temiendo que esto complicara las cosas para Nate. Si Tyson tenía algo serio, eso obligaría a Nathan a volver antes de tiempo como delantero estrella, algo que no podía permitirse todavía en plena rehabilitación.

Cuando el partido terminó, los Wolves celebraron su victoria. En el pasillo de los vestuarios, me crucé con Ashley justo cuando salía de hablar con el médico sobre el caso de Tyson. Lo habían enviado a hacerse una resonancia magnética para descartar posibles lesiones.

—Esto es culpa tuya —me acusó, señalándome—. Si no hubieras vuelto, esto no le habría pasado a Tyson.

Quería responder, pero, justo en ese momento, Nathan apareció y se interpuso entre nosotras, bloqueando la vista como una muralla.

—Ashley, basta. No culpes a Jordan por lo que ha pasado en el hielo. Si no quieres que tu novio termine lesionado, tal vez deberías decirle que juegue mejor.

Mi prima, sorprendida, se quedó en silencio, bajando ligeramente la cabeza. La actitud altanera desapareció de inmediato. Sin embargo, lo que realmente me dejó inquieta fue la forma en que lo miraba. Ese brillo en sus ojos… sabía lo que significaba. Nate le gustaba. Y sin quererlo, una punzada de celos me recorrió el estómago.

—Nathan, ¿tienes un minuto? Quiero hablar contigo —solicitó ella con un tono más suave, casi insistente.

—No, no lo tengo. Estoy ocupado.

—Quizás esta noche, si vas por el local, podríamos vernos.

—Ya te he dicho lo que opino. Si sigues insistiendo, no me quedará otra opción que alejarte yo mismo.

A continuación, sin dar más explicaciones, tiró de mí.

—Vamos, Seattle. Seguro que quieres ver a Caden, ¿no?

Lo seguí sin pensarlo, sin embargo, mi mente estaba en otra parte. ¿Qué había entre Nathan y Ashley? Ese brillo en sus ojos no podía significar nada bueno. Aunque mi prima estaba comprometida con Tyson, no podía ser…, ¿o sí?

Sacudí la cabeza, intentando despejar esos pensamientos. No era el momento de especular con eso. Mi amigo necesitaba mi atención ahora.

***

Tras el partido, los jugadores de Seattle habían reservado un local exclusivo en Toronto para celebrar su última noche en la ciudad. Me sentía un poco fuera de lugar al principio; después de todo, trabajaba para el equipo contrario y el incidente con Tyson seguía fresco.

A pesar de todo, no podía decirle que no a Caden. Era mi mejor amigo y su familia era como la mía. Quería pasar hasta el último minuto con él antes de que volara de regreso a Seattle. Así que me

encontré cruzando las puertas de cristal de un lugar llamado Skyline Lounge, en lo alto de un rascacielos en el centro de la ciudad.

El local era espectacular: paredes de vidrio que regalaban una vista panorámica de la ciudad iluminada, una pista de baile donde un *DJ* mezclaba música *house* y una barra enorme que parecía salida de una revista de diseño. Al abrir la boca, Caden se rio.

—¿Nunca habías estado en un sitio así?

—Es increíble.

—Puedes venir cuando quieras —señaló hacia la barra—, conoces al dueño.

Seguí la dirección de su mirada y me sorprendí al ver a Nathan, relajado, hablando con algunos jugadores del Seattle. Estaba guapísimo. Había cambiado el uniforme por una camisa blanca remangada, y el contraste entre su ropa sencilla y su presencia imponente me dejó sin aliento. Los abalorios que llevaba en las muñecas le daban un toque casual y seductor, y por alguna razón, esa noche sus músculos parecían aún más marcados.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, sonrió, y juro que sentí que el corazón se me paraba. Fue en ese instante cuando lo supe: estaba empezando a pillarme por él. Lo cual, claro, no era nada bueno. No con mi historial, y menos aún sabiendo que mi vecino no se involucraba sentimentalmente.

—¿Esto es de Nathan?

—Sí, tiene varios negocios en la ciudad. Supongo que está invirtiendo para la jubilación —bromeó, encogiéndose de hombros mientras me pasaba una copa.

—Vaya, mi vecinito es un portento de hombre.

—Oye, cielo, he notado cómo lo miras. Prescott te gusta, y no me lo niegues, que nos conocemos. Nunca te he visto con esa cara de boba por nadie. Aunque, siendo justos, con los frikis con los que estabas antes, era más normal tener cara de susto.

—Cállate, no seas idiota. —Le di un codazo mientras me reía.

—Cariño, es un buen tipo —continuó—, sin embargo, él no es para ti. Está muy metido en esta vida y, siendo honestos, tú no estás hecha para ser la pareja de un jugador de hockey. Siempre tendrás

que vivir a su sombra, aparcando tu carrera, tu vida, todo lo que has construido.

Me quedé callada, procesando sus palabras, hasta que solté algo que ni yo misma esperaba.

—¿Y si lo que busco es sexo?

Caden estalló en carcajadas como si hubiera contado el chiste del año.

—No te veo yo desatándote la melena —se burló.

Esa frase me molestó más de lo que esperaba. ¿Tan frágil y controlada me veía? Sí, mi pasado me había marcado, pero ¿tan difícil era imaginarme disfrutando de algo por puro deseo?

Me propuse alejar esos pensamientos y caminé por la sala. Me crucé con algunos compañeros de Caden, que bromeaban sobre lo ocurrido con Tyson, y mi incomodidad aumentó. Esperaba que mi amigo no tuviera problemas por lo que hizo sobre el hielo.

De repente, descubrí una pequeña terraza al final del salón. Salí al aire fresco, dejando atrás el ruido del *DJ* y las risas, y me quedé sin aliento. La vista era realmente increíble. Las luces de Toronto se extendían hasta el infinito frente a mí, y en ese momento, entendí la belleza de la ciudad de una forma que no había notado antes.

—¿Te estás escapando, Seattle? ¿Demasiada testosterona junta? —se cachondeó Nathan al acercarse, apoyándose junto a mí en la barandilla.

—Digamos que ha sido un día difícil, pero no quiero hablar de eso ahora. —Respiré hondo, contemplando la ciudad hasta donde alcanzaba la vista—. ¿Sabes? Nunca me había dado cuenta de lo bonita que es hasta ahora. Esta terraza, la noche, las luces…, parece un escenario sacado de una película romántica. Solo falta una pareja bailando.

—Bueno, si no hay pareja, podríamos ser nosotros. Así, tu imagen del lugar será idílica. —Sus ojos brillaron con esa chispa traviesa que siempre me ponía nerviosa.

—Por favor, lo que me faltaba, bailar contigo.

—¿Y por qué no? —replicó, inclinándose hacia mí con un deje de desafío en su sonrisa—. Solo sería otro punto más para añadir a nuestra lista de cosas juntos.

Esa palabra, «juntos», sonó demasiado bien en sus labios. Mi corazón dio un vuelco y, antes de poder recuperarme, sentí su mano deslizarse suavemente por mi cintura. Me quedé inmóvil, con los brazos colgando a los lados, y mi mente dejó de coordinar. ¿De verdad iba a hacer esto? ¿Quería que lo hiciera? Oh, sí.

Con una calma exasperante, tomó mi mano, llevándola a sus labios, y la besó antes de colocarla en su cuello. Inmediatamente hizo lo mismo con la otra, hasta que mis brazos terminaron rodeando su nuca casi por inercia. Sus manos firmes en mi cintura nos balancearon suavemente, siguiendo el ritmo inexistente de una música que no invitaba en absoluto a bailar, aunque en ese momento daba igual.

Me miró a los ojos, y por un segundo olvidé cómo respirar.

—No sé qué está pasando con Tyson, sin embargo, cuando quieras hablar de ello, estoy aquí. —Su voz era grave, sincera, y me hizo sentir una calidez que no había experimentado en mucho tiempo—. Aunque Caden se marche, no voy a dejar que te lastimen.

No confiaba en mis palabras, así que simplemente asentí y apoyé la cabeza en su pecho. Su mejilla rozó mi cabello, su aliento cálido se deslizó sobre mi piel. Casi como si estuviera buscándome, como si quisiera grabarse mi olor. Ese gesto tan íntimo me arrancó una sonrisa inesperada.

Mis dedos se aventuraron hasta su nuca, enredándose en su cabello. Noté cómo se estremecía, cómo cerraba los ojos un instante antes de soltar un suspiro que me hizo temblar. Mi corazón latía con fuerza, como si tratara de marcar el ritmo entre nosotros. Me acerqué más, queriendo sentirlo aún más cerca, perdiéndome en la calidez de su cuerpo.

Lo vi humedecerse los labios y el deseo estalló dentro de mí. Y entonces, Nathan se detuvo.

Su mirada descendió hasta encontrarse con la mía, intensa, como si librara una batalla interna. Las manos que habían descansado en mi cintura se deslizaron hacia mi rostro, atrapándolo con una delicadeza que me dejó sin aire. El pulgar rozó mi mejilla en una caricia pausada mientras su respiración se volvía más lenta, más

profunda. La cercanía era abrumadora; podía sentir el calor que emanaba de su piel, envolviéndome por completo.

Pensé que iba a besarme. No, lo supe.

Sin embargo, en el último instante, inclinó la cabeza y dejó un beso suave en mi frente.

Fue dulce. Fue frustrante.

Carraspeó, dando un paso atrás, y antes de procesar lo que acababa de pasar, me dio un leve toque en la nariz, restándole peso al momento. Como si no acabara de dejarme al borde de algo que jamás había sentido con tanta intensidad.

—Hace frío. Será mejor que entremos. —Su voz sonaba tensa, contenida, y evitaba mirarme directamente.

—Espera. —Lo detuve, sujetando su muñeca. No podía dejar que se marchara sin decirle esto—. Nate, sé que lo de Tyson te va a afectar, pero quiero que sepas que estoy aquí. No estás solo en esto. Vamos a hacer todo lo posible para que puedas jugar y recuperarte.

Sus ojos finalmente se encontraron con los míos, y por un momento, vi algo ceder en su expresión.

—Seattle… —musitó, con una media sonrisa que no llegó a su mirada—. ¿Qué voy a hacer contigo? ¿De dónde has salido?

Su mano rozó mi mejilla con una ternura que me hizo estremecer, y con la otra apartó un mechón de mi rostro, como si no pudiera evitar tocarme. Y justo en ese instante, su mirada se ensombreció.

—He tomado una decisión. No pienso arruinar tu carrera. Voy a contar la verdad. Hablaré con Jerry.

—¿Qué? ¡Estás loco! —exclamé, entrando en pánico—. Si descubren que ocultaste una lesión, ahora que Tyson está fuera, podrías perderlo todo.

—Lo sé. Sin embargo, tengo que hacerme responsable de mis actos. No voy a arrastrarte conmigo.

—¿Por qué? ¿Por qué harías algo así?

—¡Joder! Porque me im… —Se interrumpió de golpe, su mandíbula se tensó y dio un paso atrás, como si acabara de decir más de la cuenta—. Porque eres una buena persona. Y no te mereces esto.

Mi corazón martilleaba contra el pecho, sin embargo, mientras intentaba encontrar las palabras, él ya había girado sobre sus talones y desaparecido en el interior del local.

Me quedé allí, en la terraza, con su confesión aún retumbando en mi cabeza. De repente, las luces de la ciudad parecían más frías y el viento calaba más hondo. Nathan Prescott era un enigma, y ahora más que nunca, sabía que alejarme de él no iba a ser fácil. Y tampoco iba a rendirme.

Capítulo 15

NATHAN

Con la cuarta taza de café entre las manos, salí a la terraza. El aire frío que se colaba por una de las ventanas me despertó un poco más, sin embargo, no despejó la inquietud que tenía por dentro. Jordan no había regresado de acompañar a Caden, quien partía esa mañana rumbo a Seattle. Antes de irse, el defensa de los Rift se había despedido de mí con un gesto que no esperaba: serio, directo, casi solemne.

—Liam y tú debéis cuidar de la enana. Tyson y Ashley ya le hicieron suficiente daño en el pasado, y no me cabe duda de que, si tienen la oportunidad, lo volverán a hacer. Está claro que nunca ha contado con el apoyo de su familia, y eso no cambiará ahora. Por favor, cualquier cosa, avísame. Tío, confío en ti.

Sus palabras seguían dando vueltas en mi cabeza. Había algo que todos callaban, un secreto enterrado entre miradas esquivas y frases a medias. No solo me desconcertaba, también me inquietaba.

Sin embargo, tenía algo aún más claro: no necesitaba que Caden me lo pidiera. No iba a permitir que nadie la lastimara. Seattle significaba más para mí de lo que estaba dispuesto a admitir, y esa certeza me perturbaba más de lo que quería reconocer.

Esa sensación fue la que me llevó a levantarme temprano y afrontar lo que había estado evitando. Llamé a Jerry y le pedí que viniera a mi apartamento. Tenía que resolver esto antes de que Jordan regresara del aeropuerto, antes de que su mirada —esa que siempre ponía en duda mis decisiones— me hiciera flaquear. Si no lo hacía ahora, tal vez nunca encontraría el coraje para hacerlo.

El siguiente paso sería aún más difícil. Llamar a mi padre nunca era sencillo, sin embargo, tenía que hacerlo. Debía informarle sobre lo que había decidido, aunque odiara cada una de sus palabras.

Apenas había descolgado cuando su voz, fría y cortante como siempre, me llegó del otro lado.

«Estás mandando a la mierda toda tu prometedora carrera. Nunca tuviste madera. No eres como tu hermano».

Hubo un tiempo en que esas palabras dolían. La comparación constante, ese recordatorio de que nunca era suficiente, me había dejado cicatrices profundas. Con los años aprendí a dejarlas resbalar. Como en el hockey: después de tantos golpes, terminas endureciéndote.

El timbre de la puerta me sacó de mis pensamientos. Jerry había llegado.

Respiré hondo, dejando la taza en la isla de la cocina. Desde el móvil, abrí la puerta principal. Los segundos que tardó en entrar fueron interminables.

Apreté los puños y avancé hacia él. No había vuelta atrás.

—Bienvenido, pase, señor. ¿Le apetece beber algo? —Señalé el sofá para que tomara asiento, intentando mantener la calma.

—No, gracias. No tengo mucho tiempo —aclaró Jerry mientras se acomodaba evaluándome—. No te voy a negar que tu llamada me sorprendió y, sinceramente, conociéndote, debe ser algo importante. Aunque me imagino por dónde van los tiros.

—Ah, ¿sí? —Intenté sonar indiferente, aunque mi corazón estaba acelerado.

—Claro. Esto es por lo que pasó ayer en la pista. Como capitán, estás preocupado por la lesión de Caldwell. Te obliga a tomar decisiones difíciles, ¿verdad? Volver antes de tiempo y reorganizarlo todo.

—Pare, por favor. Déjeme hablar —lo interrumpí, quizás un poco más brusco de lo que debía, pero no podía dejar que desviara la conversación hacia el equipo. Tenía que hacerlo ahora o nunca. Respiré hondo—. Hay algo que le he estado ocultando. Algo que debí haberle contado desde el principio, sin embargo, fui un cobarde.

—Muchacho, ¿de qué estás hablando? —Su ceño se frunció mientras se inclinaba ligeramente hacia adelante.

—Yo… yo estoy…

—¡Saliendo conmigo! —La voz de Jordan irrumpió desde la puerta de la terraza. Me quedé helado. ¿Qué estaba haciendo?

Con una seguridad que no esperaba, caminó por la sala como si todo estuviera bajo control. Me tomó por sorpresa: se sentó a mi lado, me dio un beso ligero en los labios y entrelazó su mano con la mía.

—¿Qué significa esto? —preguntó Jerry, visiblemente confundido.

—Esto significa que estamos juntos —aclaró Seattle sin dudar, tomando la delantera—. Fue amor a primera vista y, desde entonces, no hemos podido evitar lo que sentimos.

«Amor a primera vista, claro», pensé, reprimiendo una risa sarcástica. ¿Qué cuento estaba narrando? Cualquiera que me conociera sabía que «involucrarme sentimentalmente» no estaba en mi vocabulario. Lo que sí era verdad: me atraía, me sentía cómodo con ella y, sí, había estado a punto de besarla en mi local. Pero de ahí a esto…

—Nate quería contártelo —prosiguió ella, mirando directamente a su abuelo—. Sentía que estaba traicionando tu confianza, aunque yo no estaba de acuerdo. Sinceramente, considero que no tengo por qué darte explicaciones. Nunca te has ganado ese derecho.

El golpe en sus palabras fue directo, como un dardo que impactó de lleno. Algo no estaba bien entre ellos. Jerry intentaba acercarse, sin embargo, ella mantenía las distancias, fría y cortante. Era extraño verlo así, más vulnerable de lo que nunca había sido con nadie. Por otro lado, Jordan no era alguien que tratara mal a las personas gratuitamente. Yo mismo había experimentado su generosidad de primera mano.

—Hija, aunque sé que no te importa mi opinión, no voy a negar que me alegra verte con Prescott, es un gran muchacho. No obstante, debo admitirlo: esto me toma por sorpresa.

—A mí también… —murmuré, más para mí mismo que para ellos. Y justo entonces sentí las uñas de Seattle clavándose en mi mano. Una clara advertencia.

»Pero supongo que así es el amor, ¿no? —proseguí, buscando mi mejor tono casual para sonar sincero—. Es imposible escapar de él, sobre todo cuando vive al lado. ¿Verdad, conejita? —Toqué su nariz con un gesto juguetón, disfrutando de la furia que vi pasar por su rostro.

—Bueno, chicos —anunció Jerry poniéndose de pie—, me tengo que ir, os veo en la pista. Necesitamos comprobar cómo sigue tu lesión. Aunque, claro, estoy seguro de que mi nieta se encargará bien de ti.

Intentó bromear, sin embargo, Jordan ni siquiera esbozó una sonrisa. Lo acompañé hasta la puerta, pero, antes de abrirla, Jerry se giró como si hubiera recordado algo.

—Este fin de semana es la fiesta del equipo. Prescott, supongo que llevarás a mi nieta como tu acompañante, ¿no?

—Por supuesto, señor. Será nuestro primer evento como pareja —enfaticé en la última palabra, disfrutando al ver cómo el rostro de Jordan se tensaba aún más.

Cuando la puerta finalmente se cerró tras él, me giré hacia mi vecina. Ella daba pasos pequeños hacia atrás, como si quisiera poner distancia, hasta que tropezó y cayó de culo en el sofá.

Aproveché el momento. Me incliné, colocando mis manos a ambos lados de su rostro, apoyándolas en el respaldo del asiento. Mi cara quedó peligrosamente cerca de la suya.

—«Amor a primera vista», ¿eh? —susurré, notando cómo su respiración se aceleraba—. Conejita, creo que me debes una explicación.

—¿Podrías apartarte? Me siento como si una roca estuviera a punto de aplastarme.

Chasqueé la lengua mientras negaba con la cabeza, divertido por su intento de huir.

—Hasta que me expliques por qué has hecho semejante estupidez, no me muevo ni un centímetro. ¡Habla, Seattle!

—¡Lo hice por ti! —arremetió con irritación, acercando su rostro aún más al mío. Estaba increíblemente guapa enfadada, y fue un milagro que lograra reprimir la sonrisa que pugnaba por salir—. Ibas a hacer una locura. Antes de tomar una decisión de ese calibre habría que ver cómo está tu lesión. Además, te salvé el culo por partida doble. Ahora la prensa dejará de hablar del malentendido que creó Liam. Así que, sí, un «gracias» no estaría de más.

—¿Un gracias? —Alcé una ceja, divertido—. Eso sí que es chistoso.

—¡Apártate! —me advirtió, y empujó mi brazo con fuerza, incorporándose con rapidez. Sin embargo, no llegó lejos.

En un movimiento rápido, la arrastré de vuelta al sofá, atrapándola bajo mi peso. Mi cuerpo cubría el suyo, encajando perfectamente. Su respiración, entrecortada y nerviosa, delataba que estaba tan alterada como yo. Mordiendo su labio inferior, ese gesto inconsciente que hacía y que siempre me volvía loco. Dios, era preciosa.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —Mi voz salió baja, grave, mientras mi mirada seguía cada línea de su rostro—. ¿Ni del caos al que nos acabas de condenar? —añadí, y mi mano se movió sola, rozando su mejilla con suavidad, delineando cada curva—. Déjame explicártelo.

Se quedó quieta bajo mi toque, su pecho subía y bajaba rápidamente. No se apartó ni desvió la mirada cuando continué:

—A partir de ahora, serás el centro de atención. La prensa estará encima de ti, de nosotros, sin descanso. Tendrás que acompañarme a eventos, sonreír para las cámaras y lo peor… —Mi pulgar rozó sus labios, un toque tan ligero que ella reaccionó de inmediato, abriendo la boca sin darse cuenta—. Lo peor es que, con mi historial, vamos a tener que esforzarnos mucho para que esto parezca real.

Ella parpadeó, sus ojos se movieron nerviosos hacia los míos y a continuación hacia mi boca.

—¿Qué… qué quieres decir con eso?

—Conejita, lo que trato de explicarte es que, para que alguien crea esta mentira, tú y yo vamos a tener que fingir ser una pareja enamorada. Muy enamorada.

Tomé sus manos con firmeza, llevándolas por encima de su cabeza mientras ella se revolvía, protestando con movimientos inútiles que solo nos acercaban más. Mi miembro rozó su sexo, nuestros cuerpos estaban ahora peligrosamente juntos. Abrió exageradamente los ojos, su respiración era un reflejo de la agitación que sentía por dentro.

—Seattle. Esta poca distancia que hay ahora entre nosotros, fuera de estas paredes, dejará de existir. ¿Estás preparada para eso?

El silencio se extendió entre nosotros. La tensión crecía, haciendo casi imposible respirar. Nos mirábamos fijamente, con nuestros rostros apenas a centímetros de distancia. Mi polla palpitaba con fuerza, y sabía que ella podía sentirla.

De repente, para mi sorpresa, entreabrió todavía más los muslos, provocando que el contacto fuera mayor. Ese pequeño gesto, esa rendición, fue mi perdición.

Lentamente, apoyé mi frente contra la suya. Nuestras narices se rozaron en un gesto instintivo, casi inocente, pero mis labios no buscaron los suyos. No. Ese perfume, ese maldito aroma embriagador en su cuello, me llamó con más fuerza. Bajé el rostro y dejé que mi boca apenas rozara su piel, justo donde la fragancia era más intensa.

Ella permaneció inmóvil, con las manos aún atrapadas entre las mías. Apenas podía controlar mi respiración; cada fibra de mi cuerpo vibraba con la necesidad de más.

—Minnesota… —susurró. Y justo cuando el momento alcanzaba su punto álgido, el timbre sonó, bajando el calentón de un plumazo.

Dejé caer la cabeza contra su cuello, maldiciendo entre los dientes. Respiré hondo, tratando de recomponerme, mientras ella deslizaba lentamente los brazos. Cuando finalmente la miré, vi en sus ojos lo mismo que sentía yo: decepción.

Con un esfuerzo sobrehumano, me aparté de ella. Me puse de pie, buscando disimular mi erección, tratando de aparentar calma cuando por dentro estaba en llamas.

Me dirigí hacia la puerta, agradecido por la distancia, aunque al mismo tiempo sabiendo que nada, ni un solo paso lejos de ella, me iba a salvar de este desastre.

Apreté la manilla y, con un leve clic, la puerta se abrió. Mi padre irrumpió como un huracán, empujándome a un lado al pasar. Su mirada se clavó en Jordan, que estaba petrificada en medio de la sala.

—Saca a esta distracción de tu casa. Tenemos temas importantes que tratar.

La rabia arrasó con todo mi cuerpo. Caminé hacia ella con pasos firmes, pasando un brazo alrededor de su cintura y atrayéndola

hacia mí.

—Esta distracción, como la llamas, es Jordan Callahan. —Mi voz era dura mientras veía cómo sus ojos se abrían al escuchar el apellido—. Sí, papá, la nieta de Jerry. Sin embargo, eso no es significativo. Lo importante es que no tienes derecho a irrumpir en mi casa ni a tratar a nadie de esa manera.

Mi padre desvió la mirada hacia ella con una falsa compostura.

—Disculpa, no era mi intención sonar grosero. Solo estoy un poco alterado y necesito hablar con mi hijo en privado. Te agradecería que nos dejaras a solas.

Jordan no respondió de inmediato. En cambio, deslizó su mano sobre la mía con suavidad, transmitiéndome una calma inesperada. Me giré hacia ella y, en ese instante, supe que no quería enfrentarme a esto sin tenerla a mi lado.

—Ella se queda. No tengo secretos con mi pareja.

—No me digas que… No fastidies, Nathan. ¿Ella es la persona que se suponía que te estaba ayudando con tu lesión? —Resopló, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿Eres idiota? Si este «romance» tuyo se va al traste, porque créeme, lo hará, ¿qué crees que pasará? Te lo diré yo: irá corriendo a contárselo todo a su abuelo, y entonces cavarás tu tumba.

—Eso no va a pasar —replicó Jordan con la cabeza bien alta—, porque jamás jugaría tan sucio. Además, sería estúpido por mi parte exponerlo cuando eso también me implica a mí.

—Jordan, no le des explicaciones. Esto no es asunto suyo.

—¿No es asunto mío? —gruñó mi padre, dando un paso hacia mí —. Soy tu representante, el que te llevó a lo más alto, el que te convirtió en la estrella que eres ahora. Y por un capricho vas a tirarlo todo a la basura. Error tras error, Nathan. Nunca vas a estar a la altura de tu hermano.

El golpe fue directo. Jordan se tensó en mis brazos y, en un abrir y cerrar de ojos, se apartó y se colocó entre nosotros.

—¡Basta! —lo cortó con una fuerza que nunca le había visto—. ¿No te cansas de machacar a tu hijo? Comparándolo constantemente con su hermano, como si nunca fuera suficiente. Eso no es solo cruel, es inhumano. ¿Alguna vez te has molestado en

preguntarle lo que quiere? ¿Lo que siente? Claro que no. Para ti, Nathan no es más que un medio para cumplir tu sueño.

—¡Cállate, mocosa! —vociferó mi padre perdiendo el control—. ¿Tú qué coño sabes?

—Sé lo suficiente. Por ejemplo, que lo manipulas cargándole con un peso que no le corresponde. Era solo un niño cuando todo ocurrió. La tragedia de su hermano no fue su culpa, pero tú usas ese dolor para controlarlo. Si buscas a alguien a quien culpar, mírate al espejo. Y deja de llevarlo al límite.

Mi padre dio un paso hacia ella y, antes de que pudiera detenerlo, la agarró por los brazos.

—¡Cállate, pequeña furcia! —exclamó, empujándola hacia el sofá.

—¡No la vuelvas a tocar! —Avancé hasta él. Mi mano se cerró alrededor de su cuello y lo lancé contra la pared—. Sal de mi casa. Y no vuelvas. A partir de ahora, ya no eres mi representante.

—No puedes hacer eso —bramó, con su rostro rojo de furia—. No eres nadie sin mí, Nathan. Estás echando a perder el trabajo de años.

—Eso ya lo veremos. —Lo solté de golpe y señalé hacia la puerta —. Fuera.

Se tambaleó hasta la salida, sin embargo, antes de cruzarla, se giró con una sonrisa oscura.

—Si me sacas de tu vida, haré público lo de tu lesión. Y no solo eso: también revelaré que la nieta de Gerald Callahan fue tu cómplice. Hundiré tu carrera.

Respiré hondo y di un paso hacia él.

—Hazlo. No me importa perderlo todo. Pero si la dañas a ella… —señalé a Jordan, que estaba sentada en el sofá, en estado de *shock* —, te juro que hablaré. Le contaré a la prensa cómo murió mi hermano en realidad. No fue por abuso de calmantes, como todos creen. Fue porque preparó un cóctel mortal para quitarse la vida. ¿Quieres que todos especulen por qué lo hizo, papá? Porque yo estoy dispuesto a relatarlo todo.

Su rostro se descompuso.

—No serás capaz…

—Pruébame. —Abrí la puerta de par en par y señalé el exterior con la mano—. Y ahora lárgate de una vez.

Se quedó un segundo más, mirándome con odio, antes de salir. Di un portazo y me giré hacia Jordan, que seguía sentada donde había caído. Me arrodillé frente a ella, tomé su rostro entre mis manos y la miré a los ojos.

—¿Nena, estás bien? —indagué con preocupación.

—Sí, ¿y tú?

—Más liviano que nunca.

Solté el aire retenido y la abracé. Ella correspondió al gesto, apretándome con fuerza, y por un momento, todo pareció encajar. No podía creer que esa mujer, pequeña y aparentemente frágil, tuviera tanta garra, tanta fuerza para defenderme como lo había hecho. Me aparté un poco, lo suficiente para mirar sus ojos, que ahora estaban fijos en los míos. Y entonces lo sentí: esa tensión, ese calor que crecía entre nosotros.

—Eres increíble —murmuré, y antes de pensar demasiado, hice lo que llevaba rato queriendo hacer: la besé.

El beso fue intenso, urgente, lleno de adrenalina. Mi boca buscó la suya con una necesidad que no podía controlar, y ella respondió con el mismo fuego, como si hubiera estado esperando ese momento tanto como yo. Sus labios se movían con los míos, perfectos, sincronizados, como si estuviéramos hechos para esto. Cada roce, cada caricia de nuestras lenguas era pura magia, una conexión que nunca había sentido antes.

Con ella, todo era diferente. Especial. Como si hubiera descubierto un rincón del mundo que nadie más conocía, uno del que no querría salir jamás. Y mientras el beso se alargaba, me di cuenta de algo: podría acostumbrarme a esto, a ella.

Finalmente, el beso terminó, dejándonos a ambos jadeando, con nuestras frentes apoyadas la una contra la otra. Nos miramos a los ojos, y lo vi reflejado en los suyos: el mismo «¿qué diablos acabamos de hacer?» que pasaba por mi mente. Ella carraspeó, moviéndose hacia atrás para recuperar algo de distancia.

—Seattle…, lo siento. Me he dejado llevar por la adrenalina.

—Minnesota, olvidémoslo, esto no fue nada.

Mentiras. Los dos sabíamos que aquello había significado demasiado. Aunque en ese momento, fingir era más fácil.

—¿Crees que tu padre dirá algo? —buscó cambiar de tema.

—No. Aunque debo conseguir un representante cuanto antes. Iré a casa de Liam y Conor y les pediré que me concierten una reunión con el suyo.

—Espera, te acompaño. Me perdieron el equipaje así que necesito comprar algo de ropa, y ya que estamos, buscaré algo para la fiesta del equipo.

Presioné el botón del ascensor y la miré con una ceja alzada.

—¿Y para eso necesitas a los chicos?

—Sí, no sé qué debo ponerme para el evento, y Liam puede orientarme para conseguir algo bonito y que no sea muy caro.

Rebusqué en mi cartera y saqué una tarjeta, entregándosela.

—Aquí tienes. Pediré que extienda el banco otra para ti.

—¿Qué mierda significa esto, Prescott?

Oh, estaba enfadada. Lo supe porque me llamó por mi apellido, y eso solo pasaba cuando quería matarme.

—Estamos juntos en esta mentira, ¿no? No quiero que te sientas obligada a gastar tu dinero. Esto es mi aporte.

—No, gracias. —Se cruzó de brazos con una firmeza que me hizo sonreír internamente—. Yo me compro mis cosas. Y lamento no ser como tus modelitos vestidas de marca que desfilan por tu vida, pero yo soy así. No voy a cambiar. La ropa que lleve será la que me pueda permitir.

—No te enfades. —Me acerqué hasta que mi boca estuvo a milímetros de su oído. Inhalé su aroma, ese que me volvía loco, y susurré—: Nena, tú eres única.

El sonido del ascensor interrumpió el momento y vi cómo se quedaba quieta, con los ojos abiertos como platos.

—¿Vamos? —pregunté, intentando ocultar una sonrisa.

—Sí…, espera. —Se giró hacia mí, mordiéndose el labio, como si estuviera debatiendo algo—. ¿Qué vamos a hacer con ellos y con nuestra mentira?

—Nadie debe saberlo, ¿vale? Aunque confíe en Liam y Conor, no hay forma de justificar lo que estamos haciendo sin contarles toda la

verdad.

—Liam no va a tragarse esto.

—Entonces tendremos que ser más convincentes, conejita.

Extendí mi mano hacia ella. Dudó un segundo antes de tomarla, aferrándose con fuerza.

—¡No me llames así! —protestó, indignada—. Si lo haces otra vez, te juro que empezaré a llamarte «osito» delante de todos. Imagínate las bromas en el hielo.

—Está bien, prometo no más «conejita». —Sonreí, disfrutando del juego, y ella me correspondió justo antes de tocar el timbre de la casa de mis compañeros.

Y ahí estábamos, listos para afrontar la primera prueba. Aunque, siendo sinceros, la verdadera ya había comenzado entre nosotros.

Capítulo 16

JORDAN

Seis años antes…

El timbre sonó y el aula se convirtió en una fiesta. Todos recogían sus cosas con una prisa desmedida, ansiosos por escapar y disfrutar de las vacaciones de primavera. Yo también quería que llegaran, lo deseaba con toda el alma. No por emoción o entusiasmo, sino porque, durante esos días, mi prima se iría con su madre y su nueva pareja. No verla sería un alivio, un respiro que llevaba meses necesitando.

Ashley era una ilusión bien construida: ante los demás, era la nieta ejemplar, la hija perfecta. Pero en cuanto las miradas se desviaban, su máscara se desmoronaba y dejaba al descubierto a alguien muy distinto. En la sombra, se dedicaba a aplastarme sin piedad, siempre hallando la forma de hacerme quedar mal, de exponerme, de reducirme hasta hacerme sentir insignificante. Lo más cruel no era solo lo que hacía, sino cómo lograba torcer la realidad a su favor, fingiendo que yo era la envidiosa, la mala. Y lo peor de todo… es que todos la creían.

Mis calificaciones fueron la excusa perfecta, aunque lo que nadie sabía era el terror al que me enfrentaba cada vez que cruzaba la cerca de la salida de la mansión. Me pasaba el día imaginando qué me esperaba: ¿una encerrona en los baños donde más de una vez habían metido mi cabeza en el retrete? Por eso me aguantaba las ganas de mear hasta que no podía más. O tal vez sería una de sus «bromas», agarrándome entre varias para pintarme la cara mientras me frotaban el rostro con fuerza. A la hora del almuerzo, la diversión consistía en lanzarme bolas de papel húmedo o comida, obligándome a huir a la biblioteca. Al mediodía casi nadie estaba allí, así que aprovechaba para comer a escondidas una barrita. Día tras día, la misma tortura. A veces innovaban, otras repetían las mismas humillaciones.

Y, por supuesto, no estaban solas. Sus novios, los jugadores de hockey, las secundaban sin cuestionar nada. Tyson incluido. Aunque Liam no…, él ya no estaba con ellos. Ni conmigo. Por razones que desconocía, se había alejado de mí sin explicaciones. Así que me quedé completamente sola. Mi prima había ganado. Y, por alguna razón, eso nunca parecía suficiente para ella ni para su grupo.

Lo más duro de todo no eran los insultos ni las risas ahogadas cuando pasaba por los pasillos. Mi verdadero tormento llegaba por las noches, cuando me quedaba sola en mi habitación, en la oscuridad. Todo comenzaba con un hormigueo en los pies, que subía por mi cuerpo hasta instalarse en mi estómago, oprimiéndome el pecho hasta dejarme sin aliento. A veces, juraría que me olvidaba de respirar por segundos eternos. Meterme en la cama era como entrar en un campo de batalla, esperando el ataque de un enemigo invisible. Intenté dejar la luz encendida, poner alguna serie en el portátil, sin embargo, nada funcionó. Los ataques de pánico se hicieron más intensos, apareciendo no solo en la noche, sino también en clase, en los baños, en cualquier parte. No podía más.

Hasta que, un día, tomé la peor decisión de todas.

Estaban empacando las cosas de la madre de Ashley para enviarlas a París cuando una de las empleadas sacó una bolsa llena de pastillas.

—¡Vaya arsenal! —bromeó con una risita burlona—. Parece que las colecciona como si fueran bolsos de diseño.

—Esa mujer está loca —respondió otra—. ¿Quién guarda medicamentos caducados?

No sé qué me pasó por la cabeza, pero las recogí. Quizás un par de esas pastillas serían mi salvación. Busqué en internet para saber qué eran y cómo se tomaban. La mayoría eran ansiolíticos, algunas incluso para la esquizofrenia. Había varias caducadas, aunque según lo que leí, eso solo las hacía menos efectivas, no peligrosas.

Esa noche ingerí una. Fue como apagar un interruptor. Por primera vez en meses, mi mente dejó de girar en espiral y dormí. Dormí de verdad. Al día siguiente, me sentí más ligera, menos rota. Así que seguí tomándolas. Al principio, solo por la noche. Luego,

también durante el día. Se convirtió en mi secreto, mi única forma de resistir mientras contaba los días para escapar de allí.

Pensé que podría hacerlo cuando me fuera en esas vacaciones a Seattle con mi madre. Ella tenía que volver para arreglar unos papeles de la casa, y Caden también regresaría de la universidad. Por fin me reuniría con mi mejor amigo y le contaría todo sin miedo a que me juzgara. Él nunca lo haría. Nunca vería la decepción en sus ojos como en la de mis padres. Él me ayudaría.

Sin embargo, mis planes se vinieron abajo cuando llegaron mis calificaciones. Mis padres, furiosos, decidieron castigarme, y no me quedó otra que permanecer en Toronto, atrapada en esa casa con mi padre, mi abuelo y mi tío Rick. El humor de este último era cada vez peor, como si nuestra sola presencia lo irritara, o más concretamente, la de su hermano.

Cuando finalmente crucé la salida del instituto aquel día, sentí que podía respirar por primera vez en horas. El aire fresco golpeó mi rostro como una bofetada, un intento cruel de despertarme de la pesadilla en la que vivía. A mi alrededor, los demás se despedían con risas y abrazos, emocionados por las vacaciones. Me pregunté si yo también habría tenido algo así si estuviera en Seattle. Si mi vida hubiera sido diferente. Pero desechar ese pensamiento fue casi instintivo. No tenía sentido imaginar lo que no podía ser.

Seguí caminando, rebuscando en mi mochila hasta dar con un par de blísteres vacíos de pastillas. Lo que hacía no estaba bien, lo sabía. Por eso siempre tenía cuidado de no deshacerme de ellos en casa. Los tiraba en cualquier contenedor fuera, lejos de miradas curiosas. Aunque ya no importaba. No me quedaba ni una sola pastilla, y solo de pensarlo me revolvía el estómago. No tanto por el síndrome de abstinencia, que tarde o temprano llegaría, sino por la ansiedad de no tener nada a que aferrarme cuando el pánico volviera a acecharme.

Un escalofrío me recorrió al no encontrar los envoltorios de las pastillas. ¿Y si mi madre los había descubierto? La idea me sacudió por dentro, haciéndome vaciar la mochila con desesperación junto al cubo de basura. Mi respiración era errática, mis manos temblaban mientras revisaba cada rincón. Entonces, los vi. Suspiré con alivio y

me incliné para recogerlos. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzarlos, un pie se posó sobre ellos. Mi corazón se detuvo.

Levanté la vista con el estómago encogido y mi mirada se cruzó con la de Tyson.

El miedo me paralizó. Cerré los ojos por reflejo, como si así pudiera desaparecer. Pero era demasiado tarde. Mi expresión me había delatado.

—¿Qué estás ocultando, muñeca?

Tyson se agachó a mi altura y cogió los blísteres antes que yo. Los giró entre sus dedos con una ceja enarcada, inspeccionándolos como si fuera un experto en medicina.

—Uf, vas fuerte. A mi abuela le daban estas pastillas y te aseguro que sedaban a un puto caballo. Pasaba de un estado de excitación completo a ser Blancanieves. ¡Plaf! —Chasqueó los dedos—. Así que… ¿qué te pasa en esa cabecita? Vamos, cuéntale a papi.

Me tocó la sien con el dedo, mofándose, y me aparté bruscamente, sintiendo la sangre hervir en mis venas.

—Vete. A. La. Mierda. ¿Lo pillas? —gruñí, recogiendo rápidamente mis cosas.

—No, preciosa, así no se trata a un amigo. Sobre todo, ahora que sé tu pequeño secreto. Deberías ser más amable.

—No sabes nada. —Lo fulminé con la mirada—. Si tu gran plan es burlarte porque encontraste unos blísteres vacíos, adelante. Haz el ridículo.

—¡Oh, oh, oh! —exclamó antes de soltar una carcajada—. ¡Joder, qué fuerte! Consumes estas mierdas.

No. Me había delatado sola. Casi hubiera sido mejor seguir con la excusa de un tratamiento médico. Ahora estaba bien fastidiada.

—No es droga. Son medicamentos. Calman, no excitan. ¿Lo pillas?

—Perfectamente. Estás consumiendo droga que necesita receta. —Su sonrisa burlona me hizo querer lanzarle algo a la cara—. Aunque tranquila, muñeca, si quieres que esto quede entre nosotros, dime la verdad. No tienes muchas opciones.

«No, no, no…». Mi cabeza iba a mil. No podía confiar en él. Nunca.

—Te doy tres segundos. O hablas o me voy.

Uno…

Dos…

—¡Vale! ¡Tú ganas! Las tomé porque necesitaba dormir. Lo he pasado fatal por vuestra culpa y ya no rindo en clase. Nadie me las recetó, las encontré por casa. Y si piensas usar esto en mi contra, olvídalo. Ya no tengo más.

Tyson me miró en silencio. No había burla en su expresión, lo cual me inquietó aún más.

—Sé que Ashley se pasó de la raya. A decir verdad, se le fue la pinza. Tiene una puta obsesión enfermiza contigo.

«Tú tampoco fuiste un angelito, capullo», quise gritarle. Sin embargo, me contuve. No quería despertar su lado vengativo.

—Comprendo que necesitaras una ayudita externa —continuó con un tono más suave—. Ahora vendrá la abstinencia y lo pasarás mal, pero…

—¿Pero qué? —pregunté con recelo.

—Yo puedo ayudarte con eso.

Mis alarmas se dispararon.

—¿Cómo? ¿Es que tú pasas…?

—Nooo, no soy un distribuidor de sustancias ilegales —se rio—. Digamos que a veces también necesito un empujoncito. No puedo conseguir lo que tomabas, aunque sí otras cosas que te ayudarán a sentirte mejor. Si lo necesitas, llámame. Yo me encargo de todo. No me voy a ningún lado estas vacaciones.

Sacó las llaves del coche y se dio la vuelta como si acabara de ofrecerme un chicle.

—¡Tyson! —lo llamé antes de pensarlo demasiado—. ¿Cuál es el precio? Y no me refiero al dinero.

Se detuvo. Luego, sonriendo con arrogancia, se volvió hacia mí. Agarró mi mentón y alzó mi rostro hasta que nuestros ojos quedaron alineados.

—Tiempo. Eso es lo que quiero.

—¿Tiempo?

—Sí. Tú y yo, a solas.

—Eso no va a pasar —aseguré, apartando bruscamente la cara.

—Oh, muñeca, ya está pasando… —me guiñó un ojo y se alejó tranquilamente.

Mi cabeza era un caos.

«No, Jordan, esto tiene que parar. Has ido demasiado lejos».

«No confíes en él. Siempre te la juega».

«Tú puedes. Cree en ti».

«Mierda. Este es el fin».

***

Dos días. Solo dos malditos días aguanté antes de llamarlo. En ese tiempo, pensé que me estaba muriendo. Cada ataque de ansiedad me hacía sentir como si algo dentro de mí se rompiera un poco más. Mi cuerpo se desmoronaba: mareos constantes, náuseas que no cesaban, la sensación de que todo a mi alrededor estaba fuera de control. Incluso caminar dos pasos me agotaba, como si mis piernas fueran de plomo. Fue ahí cuando lo supe. Había cruzado una línea peligrosa. Estaba enganchada.

¿Y ahora qué hacía? No podía recurrir a mis padres. No después de todo lo que habían confiado en mí. Ellos me veían como su hija perfecta, y yo no podía enfrentarme a sus caras de decepción otra vez. Así que me mentí. Me dije que sería temporal. Solo conseguiría unas cuantas pastillas más, lo justo para sentirme mejor mientras encontraba una salida. Una solución. Algo.

Pero lo temporal se alargó. Lo que empezó como una «quedada» de un día con Tyson se convirtió en algo más. Él traía las pastillas y, poco a poco, se volvió mi proveedor y mi confidente. Me dosificaba los medicamentos como si estuviera cuidándome. Tal vez era su manera de volver a estar cerca de mí, y lo peor es que no me molestaba. Me hacía sentir bien. Me sentí viva. Enérgica. Todo parecía más fácil. Mi cabeza iba rápido, mi cuerpo respondía. De repente, estaba estudiando más, cumpliendo con todo, y mi padre se sentía realmente orgulloso de mí.

Tyson me advirtió que conseguir ansiolíticos era complicado. «Prueba con esto en su lugar», me dijo mientras me pasaba una nueva caja. Pastillas para el TDAH. No necesitó convencerme mucho. Y tenía razón. Era increíble. Apenas dormía, sin embargo, no me importaba. No lo necesitaba. Tampoco tenía hambre, pero eso me

daba igual. Los efectos secundarios eran mínimos comparados con cómo me sentía: imparable.

Esa noche había un partido importante de los Toronto Wolves. Estaba sola en casa, aparte de los empleados, y sabía que podía manejar la situación para meter a Tyson en la mansión sin ser descubierto. El riesgo solo hacía que todo pareciera más emocionante.

Esperé en los jardines, con la puerta de servicio abierta. Era la que usaban los jardineros y nadie la vigilaba. Cuando Tyson llegó, apareció entre risas. Antes de que pudiera decir nada, me levantó en volandas y corrimos juntos hacia la casa, moviéndonos entre las sombras para no ser vistos. Sentía la adrenalina recorriéndome el cuerpo, una chispa que hacía que todo pareciera irreal y perfecto.

Cuando llegamos a mi cuarto, cerró la puerta tras nosotros con el pasador. Sacó una pastilla de su bolsillo, pero en lugar de dármela, se la metió en la boca y me miró con esa intensidad suya, como si me estuviera retando.

—Ven aquí —murmuró.

No fue necesario más. Me acerqué y me besó, y en ese beso lo sentí todo: el calor, la electricidad, el peligro. Sus labios se movían sobre los míos, y entonces la pastilla pasó de su boca a la mía. Fue extraño, aunque excitante, como un secreto que solo él y yo compartíamos. Sus manos estaban en mi cintura, atrayéndome hacia él, y por un momento me dejé llevar, olvidándome de todo. No existían los problemas, ni las expectativas, ni el miedo. Solo estábamos nosotros, enredados en un beso que quemaba, que prometía.

Me alejé un poco, buscando aire, con su mirada fija en mí, intensa y seria.

—Eres adictiva, muñeca —declaró con una media sonrisa—. Pero eso ya lo sabes.

No respondí. No tenía que hacerlo. En ese momento, ni siquiera quería pensar. Estaba atrapada en ese huracán que era Tyson, las pastillas, la falsa sensación de control. Y me dejé llevar, una vez más, sin saber si podría parar.

Lo empujé sobre la cama y me senté a horcajadas sobre su cuerpo, estaba nerviosa, muy nerviosa. Tyson, al sentir mi cercanía, tragó saliva y con un gesto firme apretó con fuerza mis nalgas y me recolocó sobre su miembro. Mis manos recorrían su cabello, anhelando tocar todo su cuerpo, sin embargo, algo me detenía: quizás la vergüenza o el miedo. Con un gesto urgente, se deshizo de su camiseta, dejando su torso al descubierto. Mis dedos se sintieron irresistiblemente atraídos, deseosos de explorar esa piel. Comenzaron su travesía recorriendo su pecho, descendiendo lentamente hacia el borde de su pantalón. Tyson retuvo la respiración, clavándome la mirada, pero luego ascendieron por sus brazos, hasta detenerse en su cuello.

Sus negros ojos se perdieron en los míos, en el mismo instante en que nuestros labios se unieron. El simple contacto fue tan poderoso que ambos nos estremecimos, perdiendo el control. Una mano subió hasta mi nuca, acoplando más nuestras bocas, para dar paso a un beso más salvaje, más exigente, donde nuestras lenguas se enredaban en un baile poderoso.

—Joder, muñeca, estoy muy cachondo, me va a explotar la polla —susurró pegado a mi boca, mientras se revolvía debajo de mis caderas. Su erección palpitaba con más fuerza dentro de sus pantalones y comprendí lo que esperaba de mí.

—Tyson, no estoy del todo segura —confesé, deteniéndome en seco.

—¿Qué mierda dices, Jordan? —espetó con frustración, con la voz cargada de reproche—. Eres una maldita cría. Me calientas el rabo y luego te echas atrás. Como si eso no fuera suficiente, me pides que me enfrente a todos por ti, que me gane a Ashley como enemiga. Y te juro que lo haré. Aunque necesito saber que esto también significa algo para ti, que de verdad te importo. Y solo hay una manera de que me lo demuestres.

—Está bien… Sigue —acepté con un hilo de voz, bajando la mirada, nerviosa. Antes de que mi mentón tocara mi pecho, alcancé a ver la sonrisa de satisfacción que se dibujó en su rostro.

No hizo comentario alguno. Me puso en pie, sujetó el bajo de mi camiseta y me la quitó por la cabeza. Posteriormente, llevó sus

manos a mis pantalones y, de manera acelerada, manoseando mis muslos se deshizo de ellos y de la ropa interior. Cuando quedé completamente desnuda, mi primer acto reflejo fue cubrirme, aunque antes de poder alcanzar mi propósito, él me detuvo. Fijando su vista en mí, recorrió cada centímetro de mi piel, como si fuera un maldito trofeo.

Tyson se puso de pie, aproximándose peligrosamente. Sus manos envolvieron mi trasero para alzarme con gesto firme y recostarme sobre la cama. Bajo mi atenta mirada, se despojó del resto de las prendas que le quedaban. Fue todo muy rápido, envolvió su miembro con el preservativo y se colocó de rodillas entre mis muslos que se iban abriendo a su paso. Coló su miembro entre mis pliegues y, rozando mi clítoris un par de veces, llevó su glande hasta mi entrada. Empujó lentamente, pero sin detenerse en ningún momento a pesar de que mis músculos se tensaron con su invasión. Aquello era molesto y bastante incómodo, por un momento tuve que cerrar los ojos y aguantar la respiración. Cuando se hundió por completo, se detuvo.

—Preciosa, esto es el cielo, estás tan cerrada que creo que me voy a correr ahora mismo —bramó de manera egoísta, sin reparar en mi estado en ningún momento.

Y así, sin el menor tacto, salió y volvió a entrar de nuevo, esta vez más rápido, con más fuerza.

Un quejido brotó de mi garganta y, por extraño que parezca, eso lo alentó a seguir embistiendo de una manera rítmica. Sus labios inquietos me besaban con desesperación, descendiendo por mi cuello hasta detenerse en mis senos, creando un ciclo interminable de sensaciones que no sabría describir, pero que estaban lejos de ser placenteras. Solo quería escapar. Finalmente, me rendí, entregándome por completo y dejando que hiciera lo que quisiera, con la esperanza de que terminara pronto, antes de que las lágrimas comenzaran a brotar y pensara que era una cría. Fuertes jadeos salieron de su garganta, mientras me embestía una y otra vez de una manera más salvaje e intensa, hasta que alcanzó el clímax.

Apartó mi cuerpo del suyo, acomodándose en la cama, y susurró:

—¡Estuvo increíble, muñeca! Con práctica te irás soltando, ya verás.

Aquellas palabras cayeron como un balde de agua fría, un brutal golpe de realidad. Todo lo que había estado ignorando se derrumbó sobre mí al mismo tiempo: estaba destrozando mi vida, sumida en una montaña de errores que no dejaban de acumularse. Y estar con Tyson había sido, sin duda, el peor de todos.

No quería seguir así. Por primera vez, comprendí que necesitaba ayuda. No podía enfrentarme a esta situación sola.

***

Cuando mi padre llegó del partido, su rostro reflejaba esa alegría que siempre tenía después de una victoria. Sin embargo, en cuanto cruzó la puerta de mi cuarto, su sonrisa se desvaneció. Estaba hecha un ovillo en la cama, con los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar. Se acercó de inmediato, preocupado.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó con suavidad, sentándose a mi lado.

No supe cómo explicarlo todo, así que simplemente solté:

—No soy feliz aquí, papá. Extraño mi hogar…, extraño mi antigua vida.

Él no dudó ni un segundo. Me miró con ese amor que solo un padre puede tener y propuso:

—Hagamos una escapada. Vayamos a ver a tu madre, y también a Caden, antes de que empiecen las clases otra vez.

Aquellas palabras fueron como un bálsamo para mi alma. Al día siguiente estábamos en un avión rumbo a Seattle. Aunque cada vez me sentía peor por la abstinencia, la emoción de volver a casa me daba fuerzas. Cuando finalmente llegamos y vi mi hogar frente a mí, rompí a llorar como una niña. Todo era tan familiar, tan mío, que me costaba creerlo.

Lo que no esperaba era la sorpresa que me tenían preparada. De repente, aparecieron los Hughes, mis amigos y, entre ellos, Caden. En cuanto lo vi, corrí hacia él y me lancé a sus brazos. Su abrazo era todo lo que necesitaba, cálido y reconfortante.

—Enana, te he extrañado mucho —susurró cerca de mi oído, y esas palabras me llenaron de fuerza.

Más tarde, ya en mi cuarto, Caden no tardó en darse cuenta de que algo estaba mal. Siempre había sido bueno leyéndome y no dejó de insistir hasta que me derrumbé. No mencioné nombres, aunque le hablé de lo que estaba viviendo en el instituto, del chico que me gustaba y, finalmente, de las pastillas. Al principio se quedó en silencio, procesando todo lo que le había dicho, y después me tomó de las manos y dijo con comprensión:

—Jordan, necesitas ayuda. Tus padres deben saberlo.

Negué con la cabeza, asustada.

—No puedo, Caden. No tengo valor. Los voy a decepcionar.

Sin embargo, él no aceptó esa respuesta. Esa misma noche, fue directamente a hablar con ellos. Yo estaba aterrada, esperando lo peor, pero en cuanto subieron a mi cuarto, lo único que hicieron fue abrazarme con fuerza.

—Mi preciosa niña, te queremos más de lo que puedas imaginar —señaló mi madre entre lágrimas—. No estás sola. Todo va a estar bien, cariño.

—Jamás podrías ser una decepción para nosotros —añadió mi padre—. Eres lo mejor que tenemos. Y sentimos mucho haberte llevado a Canadá, irrumpiendo en tu último año. Fue un error, aunque vamos a arreglar esto juntos.

Al día siguiente, me llevaron a un especialista en salud mental. Al principio me sentí incómoda al contarlo todo, pero poco a poco me fui abriendo. Con él, logré desahogarme de un modo en que no había sido capaz ni siquiera con Caden. Me diagnosticaron un síndrome de ansiedad debido al acoso y al estrés al que estaba sometida a diario. Y me recetaron un tratamiento para sobrellevarlo, además de sesiones semanales en línea.

Mi padre tuvo que regresar antes que nosotras, sin embargo, mi madre insistió en que empezara el instituto unos días más tarde. Me dijo que, por ahora, lo único que importaba era yo. Esos días en Seattle fueron un soplo de vida. Reconecté con mis amigos, con mi ciudad, conmigo misma.

Cuando finalmente volvimos, descubrí que mi padre había alquilado un apartamento para que tuviéramos más privacidad. Al principio pensé que se avergonzaba de lo que me pasaba y no

quería que nadie se enterara. Aunque más tarde conocí la verdad. Un día, Liam fue a buscarme y acabó hablando con él. Solo le desveló una cosa: «No puedo entrar en detalles porque yo también tengo miedo, pero aléjala de su prima y de Tyson».

Eso bastó para que mi padre tomara cartas en el asunto. En el instituto, el profesorado prometió estar más atento, aunque hasta entonces no habían hecho mucho. Mis compañeros dejaron de meterse conmigo directamente, aunque siguieron riéndose y cuchicheando a mis espaldas.

Seguía siendo una pesadilla. Cada día lo tachaba en un calendario, contando los días que faltaban para regresar a mi verdadero hogar. La diferencia era que ahora sabía que no estaba sola, que tenía un plan para salir adelante. Y eso, aunque no eliminaba el dolor, al menos me daba esperanza.

Una tarde, sonó el timbre y, para mi sorpresa, era Liam. Lo miré desde la puerta sin entender qué hacía allí. Aunque había intentado ayudarme en su momento, en el instituto me ignoraba como si no existiera. Su actitud estaba siendo una incógnita para mí.

—¿Qué haces aquí? —lo increpé secamente—. Quiero que te marches.

Liam no retrocedió, aunque su postura tensa revelaba que esperaba exactamente esa reacción.

—JoJo, por favor. Déjame hablar contigo. Necesito contártelo todo. Si me alejé de ti fue porque… porque estoy perdido. Ashley me amenazó para que lo hiciera.

Fruncí el ceño. Por un lado, quería saber de qué estaba hablando, sin embargo, por otro, ya todo me daba igual.

—No me interesa.

—JoJo, escúchame —insistió, con un tono de súplica—. Estoy aquí porque te quiero. Eres mi mejor amiga. Y por eso voy a contarte toda la verdad.

Algo en su mirada me detuvo. Era miedo, el mismo que yo había sentido tantas veces. Con un suspiro, abrí más la puerta y le hice un gesto para que entrara.

Se sentó en el sofá, nervioso, moviendo las manos como si no supiera dónde ponerlas. Finalmente, habló:

—Siento muchísimo haberme alejado de ti. También siento todo lo que te ha pasado y sé que he sido una mierda de amigo. No estuve ahí cuando más me necesitabas.

—Sí, lo fuiste. Una porquería de amigo y de persona. Pensé que eras mejor que el resto, pero estaba equivocada.

Liam agachó la cabeza, tragando saliva antes de responder.

—Ashley descubrió algo muy gordo sobre mí. Me amenazó con hacerlo público si no me alejaba de ti.

—¿Qué tan gordo puede ser para que dejes que te manipule? —repliqué, cruzándome de brazos—. ¿Que eres gay? ¿Es eso?

Él negó con la cabeza, aunque después de un segundo de duda, me miró a los ojos.

—Es peor. ¿Recuerdas aquella vez que me viste en el coche con un hombre?

Asentí. Fue la vez que nos conocimos.

—Era el entrenador Caldwell.

—¿El padre de Tyson? —Mi voz subió un tono, incrédula—. ¡Dios mío, Liam! Es mucho mayor que tú. Además de ser su alumno, juegas en su equipo.

Me llevé la mano a la boca, asqueada.

—Cuando regresé al instituto tras el accidente de coche que tuve hace un año, Caldwell me ayudó mucho en la recuperación. Empezó a dedicarme tiempo extra y yo…, bueno, ya sabía que me gustaban los chicos, sin embargo, nunca había intimado con ninguno. Al principio, pensé que sus intenciones eran genuinas porque yo le importaba, pero luego… —Se detuvo, pasando una mano por su rostro—. Luego me di cuenta de lo que realmente buscaba y tuvimos una aventura.

Se quedó en silencio unos segundos antes de continuar.

—Al final, todo se fue a la mierda. Descubrí que estaba haciendo lo mismo con un chico de segundo año. Sí, no me mires así, de segundo. ¿Entiendes la gravedad del asunto? Ahí fue cuando comprendí qué tipo de persona era. Intenté cortar con todo y, al principio, me castigó en la pista, aunque lo enfrenté. Le advertí que, si no paraba y se alejaba de mí, lo contaría todo.

—¿Y qué pasó?

—Se asustó. Me dejó en paz. Pensé que todo estaba bajo control hasta que Ashley me confesó que sabía mi secreto y el de Caldwell. Me dio un ultimátum: o cortaba mi relación contigo o lo haría público. JoJo, no es solo salir del armario. Es todo lo que eso implica. Mi carrera, mis logros…, todo quedaría manchado por esto. ¿Qué equipo querría a alguien con un escándalo así? Y mis padres… son conservadores, religiosos. Si esto sale a la luz, lo pierdo todo.

Se calló, esperando mi respuesta.

—Liam… No seré yo quien te ponga en un aprieto, pero si quieres un consejo, habla con tus padres. Cuéntales todo, no solo quién eres sino lo del entrenador, ese hombre no puede continuar en su puesto de trabajo, lo que está haciendo es terrible.

—Cielo, no puedo. Aún no estoy preparado para enfrentarme a algo así. Solo necesito sobrevivir a este último año, salir de aquí y olvidar esta maldita pesadilla. Por favor, no me dejes. Te necesito en mi vida. Estoy acojonado, de verdad. Sigamos viéndonos, pero fuera del instituto.

—No lo sé. Ahora mismo no puedo pensar con claridad. Estoy tratando de gestionar esto que me pasa.

—Lo entiendo. Y, por favor, recuerda que sigo aquí para ti. Te quiero, JoJo.

Liam se levantó lentamente, caminó hacia la puerta y se detuvo un momento antes de salir. Me quedé sola con mis pensamientos y una sensación amarga en el pecho.

Capítulo 17

JORDAN

El vehículo negro se detuvo frente al imponente edificio, resplandeciente bajo la luz de las farolas como una joya tallada en la noche. El mármol pulido reflejaba los destellos dorados que marcaban el camino a la entrada principal, y la elegancia del lugar solo parecía engrandecer la figura de Nathan cuando salió del coche.

Se movía con esa confianza natural que hacía parecer que el mundo entero giraba a su compás. Entregó las llaves al joven aparcacoches con un gesto despreocupado, y yo no pude evitar fijarme en lo increíblemente guapo que estaba.

El traje azul medianoche se ajustaba a su cuerpo, resaltando la amplitud de sus hombros y la firmeza de su postura. La camisa blanca, con los primeros botones desabrochados, le daba un aire de descuido. Y esa maldita sonrisa suya… Siempre ahí, desenfadada, como si supiera exactamente el efecto que tenía sobre mí.

Por más que lo intentara, ignorarlo se volvía imposible. Algo dentro de mí se encendía cada vez que estaba cerca. Durante años, había protegido mi corazón tras muros infranqueables, aunque con él… con él todo se tambaleaba.

¿Debería huir? Probablemente.

¿Podría hacerlo? No.

Y lo peor de todo es que tampoco quería.

Nathan rodeó el coche y abrió la puerta del copiloto con un gesto fluido. Me ofreció su mano, aunque más que un simple acto de cortesía, sentí que era una invitación silenciosa a algo más.

Cuando la tomé, sus ojos se deslizaron por mi figura sin disimulo.

Llevaba un vestido negro de líneas rectas, sin embargo, cada detalle estaba diseñado para crear impacto. El escote en la espalda sugería más de lo que mostraba, la tela abrazaba mis curvas con una fluidez casi malintencionada, y la abertura lateral de la falda revelaba mi pierna al caminar, como una provocación encubierta.

Nathan se rascó el mentón y murmuró con una sonrisa traviesa:

—Esta noche estás preciosa, Seattle.

—Tú tampoco estás mal, Minnesota.

Cruzamos juntos el umbral y el lujo del interior nos rodeó de inmediato. Grandes arañas de cristal pendían del techo, reflejando una luz dorada que bañaba el amplio salón. La alfombra roja absorbía el sonido de nuestros pasos y las paredes exhibían arte moderno junto a fotografías del equipo de los Toronto Wolves.

—Esto es un error —murmuré, inclinándome ligeramente hacia él —. Nadie va a creernos. No tenemos nada en común.

Nathan dejó escapar una risa baja, como si mi inseguridad le divirtiera. Sin decir nada, se acercó a un centro floral sobre una de las mesas y escogió una sencilla flor blanca. Con movimientos deliberadamente pausados, la deslizó entre los mechones de mi recogido, y sus dedos rozaron mi piel con una suavidad que me hizo contener el aliento. A continuación, tomó otra y la colocó en el ojal de su solapa.

—Listo. Ahora ya tenemos algo en común.

No pude evitar soltar una carcajada, percibiendo cómo la tensión en mi pecho se deshacía por un instante. Tomé su mano, más relajada, y juntos avanzamos hacia la multitud.

Y por un momento, me sentí fuerte. Segura. Dueña de la situación.

No obstante, aquella sensación se desvaneció tan rápido como había llegado en cuanto las primeras miradas inquisitivas se posaron sobre nosotros.

Ashley estaba cerca de su pareja, con la espalda recta y los labios ligeramente fruncidos en una expresión de indiferencia. Sin embargo, sus ojos hablaban por sí solos. En cuanto nos vio entrar, se le tensó la mandíbula, y sin apartar la vista de nosotros, le dio un codazo a Tyson. Él, que estaba a punto de beber, se detuvo en seco, con la copa a medio camino de la boca y una expresión de sorpresa mal disimulada.

El primero en acercarse fue mi abuelo. Como si esta fuera una ocasión perfecta para fingir una relación inexistente, me besó en la mejilla, un gesto que me hizo ponerme rígida de inmediato. No dije nada, solo sonreí por pura inercia. Inmediatamente, estrechó la

mano de Nathan, con la seriedad de un hombre acostumbrado a cerrar tratos importantes, e intercambiaron unas breves palabras que no alcancé a escuchar, aunque por la forma en que mi abuelo asintió, parecía satisfecho con su respuesta.

Nos movimos entre la multitud y, en cuanto llegamos a una de las mesas, las bromas de sus compañeros no se hicieron esperar. Nathan los frenó enseguida con un comentario seco que arrancó algunas risas. Me presentó a varias parejas y esposas de jugadores. Conocí a la mujer de Volkov, el otro portero; a la novia de Sokolov, un defensa en rehabilitación; y a la mujer de Dupuis, un centrocampista con un sentido del humor contagioso. Algunas comenzaron a hablarme de sus hijos y de la vida que compartían con los jugadores, como si, de alguna forma, yo también estuviera destinada a formar parte de aquel mundo.

Como esperaba, las preguntas sobre nuestra relación no tardaron en llegar. La insistencia. Las miradas expectantes. Las risitas cómplices. Y también la forma en que parecían analizar cada palabra, cada gesto, como si intentaran descubrir cada detalle de nuestra vida íntima.

El aire se volvió asfixiante. Entonces, al otro lado del salón, mi mirada se cruzó con la de River. Y ahí vi una salida.

—Disculpad un momento —me excusé apresuradamente, sin esperar respuesta, y me dirigí hacia ella con una sonrisa de alivio.

—Jordan, estás increíble esta noche. —Me abrazó con esa calidez suya.

—Gracias. Tú tampoco te quedas atrás.

River me miró con picardía, dándole un trago a su bebida.

—Así que Prescott y tú, ¿eh? Vaya, vaya… Ahora entiendo esas miraditas entre vosotros dos. Y pensar que me decías que solo eran imaginaciones mías. Ya veo qué bien calladito te lo tenías.

—No empieces.

—Oh, por favor. —Se inclinó hacia mí, bajando un poco el tono—. Te lo digo en serio, hacéis muy buena pareja. A él le vendrá bien pensar en algo más que el hockey, y tú, mi querida Jordan, acabas de convertirte en la envidia de medio Toronto. ¿Sabes cuántas te están fulminando con la mirada ahora mismo?

—¿Ah, sí?

River hizo un gesto con la cabeza hacia el otro lado de la sala.

—Por ejemplo, esa de ahí.

Seguí sus ojos y sentí un nudo en el estómago.

—¿Ashley?

—Ajá. ¿Por qué crees que te mira como si quisiera prenderte fuego?

—No lo entiendo…

Ella suspiró, como si estuviera a punto de contarme el chisme más jugoso de la noche.

—Tu prima y Caldwell han tenido sus idas y venidas, aunque con Prescott…, bueno, digamos que nunca dejó de intentarlo. Antes solía aparecerse por el estadio como si fuera la dueña del lugar, esperando a que él le prestara atención. Y cuando no funcionó, empezó a coincidir «casualmente» en los sitios a los que él iba.

Mi estómago se revolvió. La idea de que Nathan y Ashley pudieran haber tenido algo me hizo apretar los dientes. No es que no lo hubiera pensado antes, pero ahora parecía más real.

—¿Crees que pasó algo entre ellos?

—No lo sé con certeza. Lo único que te puedo decir es que en algún momento Prescott empezó a cortarla en seco. No como suele hacer con las chicas que solo quieren presumir de que estuvieron con él, sino de una manera diferente.

Me tensé. Y obviamente ella lo notó y me dio un leve apretón en el brazo.

—Ey, no te preocupes. Él no es de los que se meten en algo sin pensarlo bien. Si está contigo es porque le importas. Ni Ashley ni nadie más tienen cabida aquí.

Asentí, intentando creerlo, aunque había algo que ella no sabía: Nathan no me había elegido. Nada de eso era real. Todo era una mentira que yo misma había construido.

De pronto, unos brazos me rodearon por la espalda, levantándome apenas del suelo, y una voz familiar estalló en mi oído.

—¡Diosa! —Liam soltó una carcajada mientras me abrazaba y dejaba un beso sonoro en mi mejilla.

River se despidió con una sonrisa cómplice y me dio un último apretón en el brazo antes de alejarse hacia su pareja, que la llamaba desde una mesa cercana. Aproveché el momento para ir directa al grano.

—Liam, necesito que seas sincero conmigo. —Lo miré fijamente, cortando cualquier intento suyo de salirse por la tangente con una de sus ocurrencias—. ¿Qué hubo entre mi prima y Nathan?

Su expresión cambió al instante. Primero, sorpresa; después, diversión.

—¿Estás celosa? —Soltó una risa burlona, inclinándose un poco hacia mí—. Mira, cielo, te lo digo en serio: cuando me contaste que Prescott y tú estabais juntos, no me lo creí ni por un segundo. Pensé que era algún tipo de broma o algo así. De hecho, hice una apuesta con Conor. Él, en cambio, estaba convencido de que lo vuestro era real.

—¿Y? —Crucé los brazos, impaciente.

—Bueno…, ahora no sé qué pensar. —Se encogió de hombros—. Tú con esos celos que te brotan por cada poro, y él, que no te quita los ojos de encima. Parecéis dos tontos enamorados. Digamos que estoy empezando a asumir que perderé la apuesta.

—No seas bobo. ¿Puedes no irte por las ramas y responder a mi pregunta? ¿Estuvo con ella o no?

—JoJo, de verdad… ¿Te crees que duermo en la misma cama que Prescott? Si quieres saberlo, se lo tendrás que preguntar a él directamente.

—¿Qué te pasa hoy? —lo presioné, notando que su humor estaba más agrio de lo habitual—. Nos conocemos, Liam. Suelta la verdad.

—Nada… Bueno, sí. —Suspiró y se frotó la nuca, incómodo—. Conor se va a mudar. Últimamente solo discutimos y siento que ya no nos entendemos.

—Ya veo. No quieres que se vaya, sin embargo, tampoco eres capaz de decírselo. Y déjame adivinar: las peleas son porque ninguno de los dos expresa lo que realmente siente.

—Te crees muy lista, y no tienes ni idea.

—Puede que no, pero tampoco estoy ciega, Liam. Veo cómo os miráis. Cada vez que uno de vosotros tiene una cita, el otro se

derrumba. ¿Quieres un consejo? Sé sincero. Este jueguito de «mejores amigos» no va a aguantar mucho más.

Él frunció los labios, procesando mis palabras en silencio. Y antes de que pudiera responder, sentí unos brazos rodeándome por la cintura.

Una sonrisa tonta apareció en mi rostro cuando la boca de Nathan rozó mi cuello, dejando un par de besos suaves sobre mi piel.

—Cómo te echaba de menos…

—¡Puaj! Prescott enamorado es un espectáculo lamentable —bufó Liam, meneando la cabeza con fingida repulsión—. Me largo antes de que empiece a recitar poesía.

—Eso, vete —respondió Nathan con una sonrisa socarrona—. Y ya que estás, habla con Conor. Lo tienes bastante cabreado.

Liam le lanzó una mirada de advertencia antes de desaparecer entre la multitud, murmurando algo que no alcancé a oír.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Nathan me giró con suavidad, atrapándome contra su pecho.

—Seattle, Seattle. Estás siendo una chica muy mala. Creaste toda esta mentira y, a la mínima que alguien pregunta por nuestra relación, sales corriendo y me dejas solo ante el peligro. Así no hay quien se lo crea.

—¿Ah, sí? ¿Insinúas que no sé fingir?

—Aseguro que eres terriblemente mala en ello.

Le sostuve la mirada, desafiándolo. No era de las que demostraban afecto en público, aunque esta vez podría hacer una excepción.

Deslicé mis manos alrededor de su cuello para acercarlo a mí, con un movimiento lento y deliberado. Mis uñas recorrieron su barba con suavidad, sintiendo el ligero cosquilleo bajo mis dedos.

Posteriormente me incliné y dejé que mis labios rozaran los suyos. Mi mano descendió hasta su pecho, sintiendo el latido firme bajo la tela de su camisa. Finalmente, con un ligero tirón juguetón, atrapé su labio inferior entre los míos y pude saborear su respuesta cuando me clavó contra sus caderas.

Y entonces…

—¿Me permites, primita? —La voz de Ashley cortó todo el momento. Ante mis ojos, su mano se cerró sobre el brazo de Nathan con descaro, reclamándolo sin vergüenza alguna.

Él se tensó. Lo noté en la rigidez de su mandíbula, en la sombra de molestia en su expresión. Pero, en lugar de rechazarla, aceptó su invitación a bailar. Quizás por educación, quizás para evitar un escándalo. No importaba el motivo. Lo único que sentí fue el ardor de los celos trepando por todo mi cuerpo.

Justo en ese momento, sucedió algo peor.

Un roce en mis brazos. Un perfume demasiado familiar. Tyson.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —espeté con dureza, apartándome de inmediato.

Aunque mi atención seguía clavada en Nathan. Vi cómo sus puños se cerraban, cómo sus nudillos se volvían blancos mientras nos observaba. La rabia le tensaba la mandíbula y, por un instante, pensé que cruzaría la sala y lo golpearía.

No podía soportarlo más. El contacto de Tyson me revolvía el estómago, despertando recuerdos que no quería volver a sentir. Con un disimulo tenso, lo empujé ligeramente y me alejé, buscando aire, intentando que nadie notara cuánto me afectaba.

Nathan no tardó en alcanzarme y tomó mi rostro entre sus manos con delicadeza.

—¿Estás bien, nena?

—Sí… sí —mentí, intentando sonar convincente.

—Te juro que si ese imbécil vuelve a tocarte, le parto la cara.

—Oh, ¿sí? Entonces supongo que yo debería hacer lo mismo con mi prima, ¿no? Porque, al parecer, vosotros tenéis un pasado juntos.

—¿Qué? ¿De dónde sacas esa estupidez?

—Mira, Nathan Prescott, si te tiraste a Ashley, tengo derecho a saberlo. —Lo señalé con el dedo en el pecho, sin rodeos.

Él no dijo nada, solo se acercó. Me envolvió con sus brazos y me atrajo contra su pecho.

—Seattle… —murmuró contra mi oído, con una voz tan baja y rasposa que me erizó la piel—, este no es el momento. Nos están mirando todos.

Mientras hablaba, apartó mi cabello y dejó un beso lento en la curva de mi cuello.

Mi cuerpo se tensó.

No por incomodidad.

Sino porque el calor de su boca me hacía estremecer.

—Responde, Minnesota. —Me separé apenas para mirarlo a los ojos y su expresión se endureció.

—No. Joder, no. Es cierto que insiste, sin embargo, no me interesa. Tu prima es arrogante, insufrible, y ese jueguito tóxico que se trae con Tyson no me gusta en absoluto. Además, no olvidemos que es la nieta de mi jefe.

—Te recuerdo que yo también soy su nieta.

Nathan arqueó una ceja y su sonrisa se ensanchó peligrosamente.

—Sí, aunque contigo no me importa. Por ti desafiaría todas las reglas.

Su tono se volvió más bajo. Más íntimo. Sus ojos descendieron lentamente hasta mis labios, haciendo que mi estómago diera un vuelco.

—Creo que le estoy cogiendo el gusto a esto. —Se humedeció los labios con la lengua y su mirada me atrapó por completo—. Por ejemplo, nunca he besado a nadie en público. Y resulta que ahora mismo me muero de ganas por hacerlo. Seattle… —su frente rozó la mía—, ¿qué coño me estás haciendo?

No hubo ni un segundo para pensarlo. Nathan se acercó sin aviso, y sus manos rodearon mi cintura con fuerza, tirando de mí hacia él.

El beso fue casi abrasador, un choque instantáneo, como si todo lo que había entre nosotros se condensara en ese instante, un combate de fuerzas que me hizo olvidarme hasta de respirar. Su boca se apoderó de la mía sin suavidad, firme, demandante, como si ya no pudiera esperar más. Y yo no era capaz de apartarme, mis manos buscaban un agarre en su camisa, acercándome más a él, sintiendo cómo su cuerpo se pegaba al mío, arrinconándome en ese espacio pequeño, donde solo existíamos los dos.

El bullicio de alrededor desapareció en un segundo. Solo había calor, piel y esa tensión creciente que nos envolvía. Sentí el roce de su lengua, y mi cuerpo respondió antes que mi mente, como si supiera que no había vuelta atrás. No era solo el beso, era todo lo que estábamos callando, todo lo que estábamos evitando, todo lo que no podíamos contener. Su mano subió por mi espalda, apretándome contra él, y el calor se volvió más insoportable, como si estuviéramos incendiándonos sin quererlo.

Me quedé sin aire, perdida en el roce de su cuerpo y su beso, deseando no tener que salir de allí, de esa burbuja, de ese lugar donde solo existíamos nosotros. Sin embargo, el mundo no esperaba, y la realidad, aunque presente, nos golpeó de vuelta. La intensidad del beso disminuyó, pero lo que sentíamos seguía ardiendo con la misma fuerza, la misma necesidad. Nos separamos lentamente, con una respiración entrecortada y una mirada encendida de deseo.

—¡Oye, Prescott! ¡Deja de monopolizar a la chica y venid a bailar con el equipo! —gritó Dupuis, levantando su copa.

Nathan me lanzó una mirada cómplice y entrelazó su mano con la mía.

—¿Lista para enfrentarte a este grupo de locos?

—Nunca he estado más lista. —Sonreí, dejando que me llevara hacia ellos.

La pista de baile estaba abarrotada de jugadores y sus parejas, todos se reían y disfrutaban de la noche. Liam y Conor se unieron a nuestro lado, con un pique que solo ellos entendían. River apareció también, tirando de mí para hacerme girar al ritmo de una canción.

Nathan no me dejó sola en ningún momento. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, su sonrisa hacía que mis nervios desaparecieran por completo. Me sentí bien, segura, como si por una noche todo encajara.

Allí, rodeada de un grupo que parecía haberme acogido con cariño, entendí algo: esto no era todo una mentira. Por más que quisiera negarlo, lo que sentía por Nathan Prescott era tan real como el calor que aún vibraba en mis labios después de ese beso.

***

—Voy a buscar al aparcacoches. No sé dónde se ha metido ese tío. Estás helada. —Nathan me frotó los brazos con energía, intentando devolverme el calor, antes de alejarse. No tenía ni idea de que mi temblor no era solo por el frío, sino por él. Por todo lo que había pasado esa noche. Por todo lo que sentía.

Intenté sonreír, aunque la incomodidad de los tacones me delataba. No estaba acostumbrada a ellos, y después de tantas horas, mis pies eran un campo de batalla: entumecidos, resentidos, completamente ajenos a mí. Bajé la vista y vi la alfombra roja extendiéndose bajo mis pies.

Esa era mi oportunidad.

Sí, sería vergonzoso que me vieran descalza, aunque en ese momento, la necesidad pesaba más que cualquier atisbo de orgullo.

Sin pensarlo más, me incliné, me deshice de los tacones con un suspiro de pura satisfacción y solté:

—Oh, Dios mío…

—Muñeca, solo de oírte me pongo cachondo.

El alivio que había sentido un segundo antes desapareció como un chasquido. Esa voz. Esa maldita voz. El cuerpo se me tensó, como si me hubieran arrastrado de golpe al pasado. No lo pensé. Levanté un poco el vestido y bajé las escaleras tan rápido como me lo permitieron los pies descalzos.

Escuché sus pasos apresurados detrás de mí y, en un instante, sus manos se cerraron alrededor de mis brazos. El agarre era firme, doloroso, y su aliento me irritó la piel.

—¿Qué haces con ese cabrón de Prescott? —gruñó Tyson, apretando aún más—. ¿Esto es una venganza? ¿Estás intentando castigarme?

—¡Vete a la mierda! —lancé, forcejeando—. Mi vida no gira en torno a ti. Así que suéltame, porque no te debo ninguna explicación.

—Sigues siendo igual de estúpida que en el instituto. Prescott no siente nada por ti, ¿lo pillas? Está contigo porque eres la nieta de Jerry. Le conviene. Punto. Solo quiere meterte en la cama, como hace con todas. Te endulza el oído y ya estás lista para abrirte de piernas.

—¿Hablas de él… o estás describiéndote a ti mismo? Porque el retrato es clavadito a Tyson Caldwell. —Mi voz temblaba de rabia, sin embargo, no bajé la mirada ni un segundo—. Nate no necesita usar a nadie para brillar. Él lo hace solo. ¿Puedes decir tú lo mismo?

—¿Nate? ¿Nate? —repitió con burla, imitando mi tono como un niño de patio de colegio—. ¿Tu perfecto Nathan sabe que estuviste conmigo? ¿Que eras una yonqui de pastillas? ¿Que te pasaste años en terapia? ¿Quieres ver cuánto tarda en huir cuando se entere?

—Eres despreciable. Tú, mi prima y tu patética pandilla me empujasteis al límite. Si tomaba pastillas era para sobrevivir a lo que me hicisteis. Y si vamos a hablar del pasado, recordemos bien: tú las distribuías. Y lo de la noche antes de la graduación…, eso no se me olvida.

—¡Cállate! —bramó, zarandeándome como un loco—. No tienes pruebas. No puedes hacer nada. Todo está en tu cabecita enferma, en tu versión distorsionada de la realidad.

—¡Suéltame, me estás haciendo daño, maldito psicópata!

—¡Que la sueltes, joder! —ordenó Nathan.

En un segundo, lo tuve detrás. Me apartó con cuidado y se lanzó contra Tyson. El primer golpe fue seco, directo al rostro, haciéndolo caer de espaldas. Pero él no se detuvo.

—¿Qué le hicisteis en el instituto? —rugió entre golpes, completamente fuera de sí—. ¿Le diste pastillas? ¡¿La drogaste, cabrón?!

Los golpes no cesaban. Tyson apenas podía defenderse, pero Nathan no se detenía. Yo estaba paralizada, temblando, con el corazón a punto de estallar.

—¡Nate, basta! ¡Por favor! —Me abalancé sobre él, tomándole la cara entre mis manos—. Ya está. No merece la pena que te metas en problemas por él. Llévame a casa.

Se detuvo. Respiraba agitado, pero en cuanto me vio, su rabia se desinfló. Soltó a Tyson y, sin decir palabra, me abrazó. Fuerte. Como si quisiera protegerme.

—¡Qué bonito! —se burló Tyson desde el suelo, con su voz cargada de odio—. La tía que tienes entre tus brazos fue mía. Yo le

enseñé cómo hacerlo. Ahora, cada vez que se la metas, te acordarás de mí.

Nathan dio un paso hacia él, sin embargo, el segundo entrenador, Mark y River lo detuvieron.

—Prescott, sácala de aquí —le pidió River—. Nosotros nos ocupamos de esto.

Él no dijo nada. Se limitó a tomar mis zapatos del suelo, envolverme con su chaqueta y guiarme hacia el coche.

Cuando me acomodé en el asiento, sentí su mirada fija en mí. Esa mirada llena de compasión que odiaba.

No quería que me viera así, rota. Como si mi pasado me persiguiera sin descanso, como si estuviera atrapada en una pesadilla de la que no podía escapar. Era consciente de que, después de esta noche, Nathan había visto algo que no podría olvidar. Y, por mucho que me doliera, sabía que eso lo alejaría de mí.

Capítulo 18

NATHAN

No podía dejar de pensar en ella, en cómo estaría y en cuánto deseaba estar ahí, abrazándola. Sus palabras al llegar al apartamento fueron claras: «Necesito estar sola, perdona por arruinarte la noche». Eso fue lo último que dijo antes de desaparecer tras la puerta de su piso. Y yo me quedé allí, parado como un tonto, sin saber qué hacer con ese vacío que dejaba su ausencia.

Al entrar en mi piso, me di una ducha más larga de lo habitual, buscando calmarme, aunque fue inútil. El agua no arrastraba las preguntas ni la impotencia. Me serví un vaso de *bourbon*. En una mano sostenía un poco de hielo contra los nudillos; con la otra jugueteaba con la flor que había retirado de mi solapa. Mirarla era como ver la pureza y la frescura de Seattle, un recuerdo bonito de esa noche de mierda.

No podía seguir así. Necesitaba saber qué le habían hecho, qué estaba pasando con ella. Mi única opción era recurrir a alguien que pudiera darme respuestas: Liam.

Guardé la flor en un libro y bajé a su piso. Con suerte, alguno estaría en casa. Liam había salido de la fiesta poco después de que Conor se fuera con una chica, una hora antes que nosotros. Efectivamente, la puerta se abrió y entré sin esperar invitación. Estaba bebiendo. Una parte de mí se alegraba, aunque sonara miserable. Liam con unas copas de más largaría la información que necesitaba.

Me senté y él, con un gesto, me cedió su vaso, bebiendo directamente de la botella. Le conté lo que había pasado en la fiesta. La mala leche lo desbordó y lanzó la botella contra la pared. El cristal se hizo añicos mientras él mascullaba con rabia:

—Hijo de puta, lo voy a matar. No se cansa, tiene una maldita obsesión enfermiza con ella.

—Cuéntamelo todo —le pedí.

—¿Por qué haría eso? —me respondió con un tono desafiante.

—Porque me importa. Mucho. Quiero protegerla, y no sé a qué me enfrento. Me gustaría que me lo revelara ella, pero la veo paralizada cada vez que su pasado sale a flote. Estoy desesperado, tío.

Algo en mi sinceridad lo tocó. Su expresión se suavizó y, al fin, habló. Me lo relató todo: lo que le hicieron en el instituto, su relación enfermiza con Tyson, cómo empezó a consumir pastillas y por último el trágico accidente de sus padres. Cuando terminó, me miró serio y añadió:

—Tío, ella no es como las demás. No la uses, no es una más para llevarte a la cama. Hay millones de mujeres que disfrutan de tu mismo juego. Se ha pasado años con el corazón blindado y ahora está bajando la guardia contigo, no la cagues.

La puerta se abrió, interrumpiendo nuestra conversación.

Conor entró tambaleándose, con el mismo aire derrotado. Me puse de pie de inmediato. Aquel no era mi momento. Era el suyo.

—Si de verdad queréis conservar lo que tenéis, dejad de hacer el gilipollas y enfrentaos a lo que sentís —dije con firmeza, deteniéndome un segundo en el umbral—. Esconder lo que lleváis dentro solo os está destrozando y alejándoos más.

Sin esperar respuesta, salí y cerré la puerta tras de mí. Mientras subía en el ascensor, no pude dejar de pensar en Jordan. Su adolescencia debió de haber sido un infierno: el acoso, el maltrato, los abusos. Y, para colmo, se enamoró del imbécil de turno. Era lógico que se hubiera aferrado a cualquier cosa que la mantuviera en pie, como los ansiolíticos.

Ya de vuelta en mi apartamento, salí a la terraza, decidido a descargar la rabia corriendo en la cinta. Entonces lo escuché: un sollozo. Me acerqué a los arbustos sin hacer ruido. Y lo volví a oír, esta vez más claro.

Recordé la promesa que le hice a River cuando me llamó antes para preguntar por ella: darle espacio, esperar a que estuviera lista para venir a mí.

Sin embargo, en cuanto la vi así, supe que no podía cumplirlo. ¿Cómo hacerlo cuando tenía delante a alguien roto, atrapado en su

propio dolor? Ignorarla no era una opción.

Atravesé los setos, haciendo que se tambalearan tras mi paso, y me acerqué.

—Seattle —susurré.

No respondió. Ni siquiera se movió. Me aproximé más y le aparté el cabello del rostro. Al sostenerla por los brazos, vi los moratones que le había provocado Tyson con su agarre. Tuve que apretar los dientes para no soltar una maldición. Necesitaba mantener la calma. Me interpuse entre ella y el gran ventanal de la terraza, obligándola a mirarme. Sus ojos estaban rojos, hinchados, pero lo que más dolía era la falta de luz en ellos.

—Pensarás que soy patética, y, sí, lo soy. —Su voz temblaba como si cada palabra la desgarrara—. Una idiota que se enamoró y la cagó. Una estúpida que se dejó vapulear y ser objeto de burla de todos. Una débil que encontró refugio en unas pastillas.

Se estaba castigando. ¿No podía ver que no era culpable de nada, que solo había sido una víctima? Quería detenerla, abrazarla, decirle que no siguiera, que no se hablara así. Sin embargo, sabía que necesitaba sacar todo ese dolor, expulsarlo. Mi turno llegaría más tarde.

—Y, sí, también estuve en terapia. Primero por los ataques de pánico y después por… por… —Su voz se quebró y bajó la mirada. Algo más estaba enterrado ahí.

—¿Por qué, Jordan? —pregunté con cuidado, como si un tono demasiado brusco pudiera alejarla.

—Por la muerte de mis padres. —Su respuesta fue rápida, demasiado precisa. Una barrera.

—Sé que me estás ocultando algo. No voy a presionarte, hablarás cuando estés preparada. Solo quiero que tengas algo claro —me incliné ligeramente hacia ella, asegurándome de que viera la sinceridad en mis palabras—, no cargues con una culpa que no te pertenece. Escúchame bien: hay situaciones que pueden empujarnos al límite, lo sé mejor que nadie. Pero tú tuviste el coraje de pedir ayuda cuando supiste que no podías sola. Eso no es debilidad. Eso es verdadera fortaleza.

—¿Valiente? ¿De verdad lo crees? —Su mirada se clavó en la mía, cargada de incredulidad—. Si piensas eso, estás muy equivocado. Guardé mi pasado bajo llave y levanté un muro tan alto que nadie podía alcanzarme. En la universidad apenas me relacionaba. Salí con un tipo que trabajaba en un laboratorio, un futuro farmacéutico más obsesionado con conseguir un puesto en una multinacional europea que en mirarme a mí. Sabía que esa relación no tenía futuro. Justo por eso la elegí. Era segura. No había amor, ni por mi parte ni por la suya. No había forma de salir herida. Creo que las veces que tuvimos sexo se pueden contar con los dedos de una mano… y él era tan escrupuloso con los fluidos que parecía más un experimento que una conexión real. —Soltó una risa áspera, vacía—. Aunque no me importaba. Era perfecto: sin riesgos, sin emociones. Incluso me servía para que mi psicóloga pensara que estaba avanzando. Todo era una mentira. Como esto. Como lo nuestro. Igual.

¿Qué narices estaba diciendo? Podíamos llamarlo pacto, juego, autoengaño…, lo que quisiéramos. Sin embargo, lo que había entre nosotros era jodidamente real. Dolorosamente real. Cada beso, cada caricia, cada segundo juntos, las risas, las discusiones, el calor… Todo eso era verdad.

Y, sí, era más sencillo esconderse tras un acuerdo que afrontar lo que realmente estaba pasando entre nosotros. Aun así, no iba a seguirle el juego. No iba a permitir que se apartara, que se hiciera pedazos solo porque alguien, años atrás, se encargó de hacerla sentir insignificante.

Yo había visto más. Más de lo que ella misma parecía capaz de reconocer. Descubrí su empatía, su generosidad, su ternura escondida bajo capas de ironía y esa fuerza brutal con la que se plantó frente a mi padre por mí.

Así que no. Si su plan era distanciarse para protegerse, acababa de conseguir lo contrario. Porque cuanto más se alejaba, más ganas tenía yo de agarrarla y no soltarla jamás.

Sin darle tiempo para que siguiera con su verborrea destructora, me moví. Tiré de su cintura, acercándola a mí, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba por la sorpresa. Con mi otra mano acaricié su cabello, enredando los dedos en esos mechones que siempre me

parecieron demasiado suaves, demasiado perfectos. Sus ojos se abrieron de golpe, y durante un segundo pensé que estaba cometiendo un error. Pero entonces, cuando mis labios rozaron los suyos, me correspondió.

El beso comenzó como un fuego lento, intenso, que fue creciendo hasta quemar todo lo que nos rodeaba. Había desesperación en el movimiento de sus labios, en cómo sus dedos se aferraron a mi camiseta, como si temiera que me desvaneciera. Yo también tenía miedo, miedo de que ella se apartara, de que todo esto fuera un sueño.

No deseaba que ese momento terminara nunca. Quería que entendiera, sin palabras, que lo que había entre nosotros era verdad, más real que cualquier cosa que hubiéramos tenido antes.

Cuando al fin nos separamos, ambos jadeábamos, buscando aire como si hubiéramos estado sumergidos bajo el agua demasiado tiempo. Ella retrocedió un paso, desconcertada, con las mejillas encendidas y los ojos llenos de preguntas.

Antes de que tuviera oportunidad de hablar, coloqué un dedo sobre sus labios para detenerla.

—Seattle, no te atrevas a soltar una gilipollez. Lo que hay entre nosotros es muy real. Y lo sabes. No quiero engañarte con promesas vacías que no sé si podré cumplir —dije, buscando las palabras adecuadas mientras el corazón me martilleaba a mil por hora—. Esto… esto para mí es nuevo. No sé qué pensar ni cómo actuar. Lo único que tengo claro es que no dejo de buscar formas para verte, porque contigo todo es diferente. Me encanta cada segundo que pasamos juntos, joder, podría estar besándote todo el día. Adoro cuando sonríes, cuando me llamas Minnesota. Y, uf…, me pone a mil cuando me defiendes así, con tanta intensidad. Como si de verdad te importara.

«Mierda —pensé—, quizás eso último sobraba». Sin embargo, cuando vi que una sonrisa iluminaba su rostro, todo en mí se relajó.

—Sé que debería alejarme de ti —continué—, aunque no puedo. Te has metido en mi vida como un maldito huracán que pone todo patas arriba. Y ahora no quiero dejar de vivir en este caos que hemos creado juntos.

Ella me miró, y en sus ojos había algo que hizo que el aire entre nosotros se cargara de electricidad.

—Minnesota. Debería salir corriendo, porque contigo me saltan todas las alarmas de peligro. Sin embargo, por primera vez en mi vida no tengo miedo. Puede que acabe con el corazón roto, aunque creo que valdrá la pena, porque lo que siento estando contigo… nunca lo sentí antes.

»Me haces sentir más fuerte, me haces reír, me devuelves la ilusión. Me provocas mariposas por todo el cuerpo, y cuando me tocas, cuando me besas, siento que no quiero parar. Tú haces que mi cuerpo arda en deseo, y eso es algo completamente desconocido para mí.

—Joder, Seattle, ¿quieres matarme? —murmuré, pasando las manos por mi cabello y tratando de mantener el control. Todo lo que decía, lo que hacía, era un golpe directo a mi entrepierna—. ¿Qué vamos a hacer con esto que nos pasa?

—Vivirlo —ronroneó dando un paso hacia mí, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo contra mi piel—. Sin etiquetas. Sin reglas. Sin expectativas.

Su mano rozó la mía antes de subir hasta mi rostro. Sus dedos dibujaron líneas sobre mi piel, mientras sus ojos se clavaban en los míos.

—Quiero que me hagas sentir viva. Deseo que borres las marcas de mi pasado.

No me dio tiempo a reaccionar. Ella fue quien me besó primero, y lo hizo con una pasión tan desbordante que toda mi resistencia se evaporó. Mi cuerpo respondió instintivamente, envolviendo sus caderas con mis brazos, levantándola del suelo. Sus piernas se enroscaron alrededor de mi cintura mientras nuestras lenguas se buscaban con urgencia, con hambre, con una necesidad que no habíamos sentido jamás.

El beso era fuego y redención, una mezcla perfecta de deseo y vulnerabilidad. Mis manos trazaron el contorno de su espalda, sosteniéndola como si fuera lo más preciado que había tocado en mi vida. Su cabello se enredaba entre mis dedos mientras sus labios se movían contra los míos con una sincronización perfecta.

—Pretendo demostrarte lo especial que eres, nena —murmuré contra su boca, con la voz colmada de deseo—. Quiero adorarte. Esta noche y todas las noches que vengan después. Me gustaría que durmieras en mi cama, pegada a mí. ¿Qué dices?

Ella se apartó ligeramente, lo justo para que nuestras miradas se cruzaran. Su pecho subía y bajaba rápidamente, con la respiración desbocada al igual que la mía.

—Sí. Oh, sí. Pero no dejes de besarme, por favor…

Y no lo hice. Mis labios volvieron a atrapar los suyos mientras la llevaba hacia mi cuarto, decidido a cumplir cada promesa que acababa de hacerle.

Sin dejar de besarla, la acerqué hasta el borde de la cama, hasta que quedó sentada frente a mí. Me aparté ligeramente y, bajo su mirada expectante y cargada de deseo, me deshice de mi camiseta, dejándola deslizarse hasta el suelo. Ahora solo llevaba los pantalones cortos, y la intensidad de sus ojos sobre mí me hizo sonreír con un toque de arrogancia.

Sin perder tiempo, cogí un par de cojines y me arrodillé entre sus piernas. Podía notar como su respiración se aceleraba, una mezcla de nervios y anticipación que se hacía palpable con sus ligeros temblores. Esa timidez la hacía aún más irresistible.

Incliné mi rostro hacia el suyo, atrapando su labio inferior entre mis dientes, jugueteando con suavidad y posesión. Mi mano encontró el borde de su camiseta y, con un movimiento decidido, se la quité, dejando al descubierto su piel. Mi mirada se deslizó por sus curvas, deteniéndose en sus pechos firmes y generosos, donde dos endurecidos pezones parecían reclamar mi atención, irresistibles como un imán.

Sus ojos me miraban con esa mezcla de fragilidad y fortaleza que me fascinaba, haciéndome perder la cabeza.

—¿Confías en mí? —Dejé que mi mano rozara su mejilla, sosteniéndola con ternura.

—Sí, confío —respondió al fin.

Una sonrisa traviesa se dibujó en mi rostro, y mis dedos rozaron sus senos con una delicadeza que la hizo estremecer.

—Perfecto. Entonces prepárate, porque esta noche voy a dedicarme a ti. Quiero que toques el cielo una y otra vez, Seattle.

Mis labios volvieron a buscar los suyos, aunque esta vez con más intensidad, mientras mis manos exploraban su piel. Todo en ella parecía responder a mi toque.

Deslicé mi boca lentamente por la curva de su cuello, marcando bien cada milímetro de su cuerpo. Mi lengua descendía con fluidez, dejando un rastro caliente. Con la otra mano, tanteé en el interior de su pantalón corto. Mis dedos se encontraron con su húmedo sexo: sus bragas estaban completamente empapadas. Fue entonces cuando noté la tensión en Jordan. Su gemido ahogado contra mi hombro me lo confirmó: estaba reprimiendo su placer, como si luchara por mantener la compostura.

Mis besos continuaron deslizándose hasta llegar a sus pechos. Ahí, con suavidad y delicadeza, los acaricié con mi boca, buscando no pasarme, no cometer errores. No quería darle motivos para que dejara de confiar. Succioné uno de los pezones, concentrándome en delinearlo con mi lengua, y oí como contenía otro gemido, cubriéndose la boca con su antebrazo. Eso no me gustó, esa represión no era lo que yo quería.

—Seattle, no tienes que moderarte. Déjate fluir libremente. Quiero escucharte, necesito saber que te gusta lo que hago. No tengas vergüenza, conmigo no.

Ella apartó el antebrazo de su boca, liberando un suspiro. Esa era mi chica: sin filtros, auténtica.

Retomé mi tarea y mi boca descendió por su bajo vientre, deleitándome con el sabor de su piel. Cuando llegué a la cinturilla de su pantalón, arrastré su ropa con cuidado. Sentí su mirada expectante, como si buscara su propia seguridad en mis gestos. Al tenerla completamente desnuda, pensé: «Esto va a ser una tortura. Mis pelotas pagarán con creces la abstinencia de esta noche, aunque valdrá la pena».

Abrí sus piernas lentamente, dejando que su sexo apareciera ante mí. Acerqué mi boca a sus pliegues y con movimientos circulares, suaves y firmes a la vez, jugué con su clítoris. Jordan comenzó a jadear, arqueando su espalda. Lo único que sabía era que

estaba completamente absorta, como si mi boca hubiera hipnotizado su atención.

Levanté sus caderas un poco más, apoyando sus muslos en mis hombros para acceder mejor a su interior. Dibujé líneas perfectas, adentrándome justo en su pequeña cavidad. Sus paredes se contraían abrazando mi lengua. Sabía que necesitaba más y yo se lo iba a dar. Uno de mis dedos se unió con delicadeza, introduciéndose lánguidamente en su interior. Fue entonces cuando escuché un gemido, un sonido tan natural que me hizo sonreír. Estaba disfrutando, su cuerpo, su respiración y hasta su boca me lo decían.

Y a continuación sucedió algo inesperado. Comenzó a imitar con su cadera el ritmo de mis movimientos, desafiándome. Su entrega era contagiosa, tanto que sentí como mi polla se tensaba, empujando la tela de mis pantalones con la presión. «Esto es demasiado», rumié. Sin embargo, no podía detenerme. Quería que se corriera en mi boca y sentir la satisfacción de haberla llevado a alcanzar un buen orgasmo.

Añadí otro dedo más, elevando el ritmo a un nivel superior. Y de repente, todo encajó. Sus paredes estrujaron con fuerza mis dedos, su clítoris palpitaba y sus talones se clavaron con fuerza en mi espalda mientras se retorcía de placer sobre la cama.

—Minnesota… —alcanzó a decir con la respiración entrecortada. Dejando que su cuerpo se desplomara, exhausto pero satisfecho. Me acerqué a ella, tirando de su cuerpo suavemente hasta que ambos quedamos recostados cómodamente sobre la cama. Y la besé, compartiendo el sabor que emanaba de su cuerpo.

—Fue increíble, ha sido el mejor orgasmo de mi vida —murmuró con una sonrisa.

Esa confesión me complació. Sí, ya sé, suena ridículo. Aunque había algo en ella que me hacía querer ser el único capaz de hacerla sentir así, el único que conociera ese lado suyo, que viera cómo se entregaba sin miedo ni reservas. Y mientras más pensaba en ello, más claro lo tenía: si lograba dejar atrás sus miedos, sus inseguridades, todo lo que la había frenado durante años, sería perfecta. Perfecta para mí.

Sus dedos temblorosos sobre mi piel me sacaron de golpe de mis cavilaciones. Noté cómo su mano descendía lentamente por mi pecho, insegura, hasta que llegó al borde de mis pantalones. Sus ojos buscaron los míos mientras sus dedos tanteaban mi polla, intentando liberarla.

Tragué saliva. ¿De verdad iba a hacer lo que estaba pensando? Mi cuerpo quería dejarla continuar, aunque mi mente sabía que no podía permitirlo. No así. Sujeté su mano antes de que terminara, cerré los ojos y tomé aire, tratando de recuperar el control. Nada me hubiera gustado más que concluyera lo que todavía no había comenzado, sin embargo, no podía ser. No si lo hacía por las razones equivocadas.

Abrí los ojos y la miré. Parecía confundida, casi avergonzada. Llevé su mano a mis labios y deposité un beso suave en ella.

—No tienes que hacerlo, Seattle. Esto no es un intercambio, no se trata de equilibrar la balanza. —Aparté un mechón de cabello de su rostro, dejando que mis dedos rozaran su mejilla—. Conmigo no hay reglas ni obligaciones. Quiero que te sientas libre, en todo momento.

Ella bajó la mirada y le hice levantarla de nuevo sujetando su barbilla con suavidad. Acerqué mi rostro al suyo y le robé un beso, uno lento, profundo. Sus labios eran cálidos, suaves, y cada segundo que pasaba me hundía más en ella. Sentí cómo su cuerpo se relajaba contra el mío, como si por fin estuviera soltando todo lo que la retenía.

—Esta noche es para ti —susurré contra su boca—. Quiero cuidarte, besarte, acariciarte…, hacerte feliz.

—Pero tú… —empezó a decir con un leve rubor en sus mejillas.

—Yo estoy disfrutando esto más de lo que te imaginas, Seattle. —Llevé mi mano a su sexo, jugando con mis dedos mientras hablaba —. Verte así, sentirte así, es todo lo que quiero. Y no voy a parar hasta que toda tu timidez y vergüenza se desvanezcan conmigo.

Ella suspiró, sus ojos se entrecerraron, como si ya no pudiera procesar lo que estaba escuchando.

—Algún día serás tú quien me pida que te toque, quien me arrastre a una esquina y me diga que te folle.

—No sé yo si eso pasará… —murmuró con una sonrisa retraída.

—Ya te digo yo que sí —aseguré mientras deslizaba mis dedos en su interior.

Ella soltó otro suspiro, uno que me hizo sentir que íbamos en la dirección correcta, que con el tiempo, mis predicciones se cumplirían. Y cuando eso pasara, yo estaría allí, esperándola, dispuesto a cumplir todas sus fantasías.

Capítulo 19

TYSON

Seis años antes…

Estaba oculto tras el muro del gimnasio, con la vista clavada en la puerta de los vestuarios femeninos. Sabía que Jordan saldría pronto: última clase del día, Educación Física. Era la primera en irse y siempre sola.

Desde aquella noche en que perdió la virginidad conmigo, no habíamos vuelto a cruzar palabra. Se largó a Seattle sin despedirse, sin una jodida explicación. Ignoró cada una de mis llamadas. A mí. ¿Qué demonios le pasaba? No dejaba de comerme la cabeza. ¿Se arrepentía? Tal vez. Aunque si soy honesto, yo estaba completamente colgado por ella.

Y justo entonces volvió Ashley de París. Con esa belleza suya, su actitud arrolladora, segura, seductora. Ella siempre conseguía lo que quería. Y yo… yo estaba cabreado, dolido por cómo Jordan me había dejado colgado. No pensé, solamente reaccioné acostándome con su prima en su maldita cama.

Y por si eso no fuera ya una cagada monumental, Ashley nos grabó. Y después, como si no tuviera alma, le envió el vídeo a su prima.

Desde entonces, todo se fue a la mierda. Ella no me miró más, y con razón. No iba a perdonarme jamás.

Y eso… eso me destrozaba. Porque, joder, me había enamorado de ella. Hasta los huesos. Hasta la hostia de hondo.

Todavía recordaba el momento en que saltaron todas mis alarmas, el instante en que supe que algo no iba bien. Fue el día que me crucé con su padre en los pasillos. Me acerqué con mi mejor sonrisa para preguntarle por ella, sin embargo, él me fulminó con la mirada.

—No quiero verte junto a mi hija. Si te acercas, me encargaré de que tu carrera en el hielo termine antes de empezar.

Intenté justificarme, balbuceando algo sobre que no tenía idea de qué hablaba, que debía haber un malentendido. Aunque fue en vano, él no se tragó ni una palabra.

—Jordan no delató a nadie y ojalá lo hiciera. Preferiría enterarme por ella y no por terceros. Así, al menos, podría tomar las medidas necesarias contra quienes la están lastimando cada día. Te diré algo más: no voy a parar hasta encontrar a los culpables.

Me quedé helado. Su amenaza no era vacía. No me convenía tener a los Callahan en mi contra. Ese hombre no solo era un buen padre: era un depredador cuando se trataba de proteger a su hija. Desde entonces, me mantuve al margen, igual que casi toda mi pandilla. Nadie quería problemas y los profesores no nos quitaban los ojos de encima.

Esperé con paciencia a que las aguas se calmaran, aunque no voy a mentir: me destrozaba verla cada día y no poder acercarme. Así que empecé a observarla, a seguir cada uno de sus movimientos. Y eso me había llevado hasta aquí. ¿Una locura? Tal vez. Aunque estaba dispuesto a hacer lo que fuera por recuperarla.

La puerta de los vestuarios se abrió y mi corazón se aceleró. Esperé el momento justo, hasta que pasó junto al cuarto de materiales. Entonces actué. Tiré de ella antes de que pudiera reaccionar, arrastrándola conmigo al reducido espacio y cerrando la puerta tras nosotros con un golpe seco.

—¡Muñeca, silencio! —exclamé, tapándole la boca con una mano para que no gritara.

Sus ojos se abrieron de par en par, llenos de dolor y algo de miedo.

—Solo escucha, ¿vale? No voy a hacerte daño, lo juro. —La solté lentamente, sin apartar la mirada.

—¿Qué quieres, Tyson? —Dio un paso atrás, respirando con fuerza.

—Hablar. —Humedecí mis labios, buscando las palabras—. Desde que te fuiste, no dejo de pensar en ti. En nosotros. Lo que pasó con Ashley fue una cagada monumental, pero no significó nada. Solo te amo a ti.

—¿Crees que puedes arreglarlo todo con un «lo siento»? —Su voz temblaba—. ¿Tienes idea del dolor que me causaste? Y no, no hablo de ese vídeo, porque al final, eso es lo de menos. Me refiero a cómo me hiciste sentir aquel día. Humillada. Como si no valiera nada. Tu falta de tacto, tus manipulaciones…

—¡Hostia, no hables como si esto no tuviera solución! —vociferé, perdiendo el control por un segundo—. Si pudiera volver atrás…

—No puedes —me interrumpió—. Tyson, si tuviera la opción de retroceder en el tiempo, borraría todo lo que viví contigo.

—Por favor, preciosa. Dame una oportunidad.

—¡Déjame en paz! No quiero tener nada que ver contigo.

No me dio tiempo a decir nada más; abrió la puerta y salió, dejándome allí con el corazón hecho trizas.

***

A medida que me acercaba al aparcamiento, las voces de Liam y Ashley se volvieron más nítidas. Estaban discutiendo, eso era evidente. Sin embargo, lo que realmente captó mi atención fue ver a mi compañero completamente fuera de sí. Él no era de los que montaban follones por cualquier cosa; normalmente era el que nos calmaba cuando la tensión subía en la pista de hielo. Así que aquello no era ninguna tontería.

—Puedes meterte tus amenazas por ahí abajo. Ya me da igual, dilo, adelante. —Su voz sonaba desafiante—. Ya se lo conté a mis padres y, ¿sabes qué?, no pueden estar más decepcionados conmigo. ¿Quieres que todo el instituto lo sepa? No te cortes. ¿Hablarán de mí? Sin duda eso sucederá. ¿Que mi carrera en el hockey podría verse afectada? Probablemente. Pero, ¿te soy sincero?, me sentiré tan jodidamente bien librándome de una zorra arrogante como tú, que todo valdrá la pena.

—Te veo muy valiente, Liam, pero sabes que, si hablo, será tu fin.

Mi compañero avanzó un paso y la acorraló contra su coche.

—No lo harás. Porque para hacerlo tendrías que mostrar esa grabación, y eso es un delito. Y si la caja de Pandora se abre salpicaría a más personas. Incluyendo a tu querido novio y a su papá.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —intervine al ver cómo salía el nombre de mi padre y el mío.

—Te dejo con tu novia para que te lo explique todo. —Palmeó mi espalda con sorna antes de lanzar una última mirada de desprecio a Ashley—. Yo tengo cosas más importantes que hacer, como intentar recuperar a mi mejor amiga, si es que no es demasiado tarde.

Su mirada se desvió hacia la salida, y cuando la seguí con los ojos, ahí estaba Jordan acompañada de Kaleb, uno de los frikis de mi curso. Y para colmo, estaba sonriendo.

¡Hostia! ¿Qué mierda podía estar diciéndole ese idiota para hacerla sonreír así?

Entonces vi como ella sacaba un papel de su mochila y se lo mostraba a Kaleb. Él asintió con una sonrisa y, por la forma en que ella reaccionó, entendí que… No, no podía ser. ¡Puta mierda! Jordan iba a hacer el trabajo con él.

La sangre me hervía en las venas. «Maldita sea, ¿por qué no fui a clase de Química?». Me quedé sin elegir compañero para el trabajo final y me emparejaron con Turner, el portero del equipo. Todo músculo y cero neuronas. Estaba condenado al suspenso. Sin embargo, eso no era lo peor. La putada era que ahora ella pasaría tiempo con ese friki, como lo había hecho conmigo. Estarían juntos, compartiendo miradas, risas, tiempo… ¿Y si llegaban a algo más? ¿Y si se enrollaban? No, eso sí que no. Ella era mía. Y no iba a permitir que nadie más se le acercara.

—Tyson, ¿vamos a tu casa? Podríamos pasar un buen rato. —No sé si fue la voz melosa de Ashley o su mano deslizándose por mi polla lo que me sacó de mi ensimismamiento. Me aparté de golpe, con desagrado.

—No me voy a ningún lado hasta que me digas qué cojones estaba pasando con Liam. Y no intentes mentirme, Ashley, porque escuché perfectamente cómo nos mencionaba.

—¡Maldito Liam! —gruñó al verse atrapada—. Mira, tengo información que utilicé para que rompiera su amistad con mi prima. Antes de enseñártela, quiero dejar dos cosas claras. Primero, no tenía intención de cumplir mi amenaza. Y segundo, te lo oculté por ti, mi amor, intenté protegerte.

—No me vengas con esa mierda. Nos conocemos demasiado bien. No eres ninguna heroína ni te preocupas por nadie que no seas tú misma. Y cuando te interesa cumples tus amenazas, caiga quien caiga. Así que no me hagas perder el tiempo y dime de una puta vez qué estás ocultando.

Sacó el móvil y reprodujo un vídeo. La imagen me aporreó como un *stick* en toda la cara. Liam estaba en el despacho de mi padre… y, joder, ellos dos… ¡No, no, no! No podía ser.

Me giré y vomité en seco.

—Por eso no quería mostrártelo —musitó Ashley con falsa compasión—. Cariño, siento decirte que Liam no es el único. Hay más. Más jugadores que…, bueno, ya sabes.

El asco y la rabia se mezclaron en mi interior como un veneno. Con un grito ahogado, descargué un puñetazo contra su coche. Me importaba una mierda. Tenía que escucharlo de su boca.

Salí corriendo hacia el pabellón. Al llegar, agarré el pomo con fuerza, sin embargo, la puerta estaba cerrada. Se escuchaban voces dentro. Mierda. Había alguien con él.

La aporreé sin control hasta que se abrió y uno de mis compañeros de segundo curso salió de allí. El mundo se me nubló. Sin pensarlo, me abalancé sobre mi padre y le solté una hostia directa a la mandíbula. La primera lo alcanzó de lleno, aunque antes de que pudiera seguir golpeándolo, me sujetó y me detuvo a la fuerza.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —escupí entre sollozos—. ¡Son mis putos compañeros, joder! Me has jodido la vida. Si esto sale a la luz, mi futuro está acabado por tu culpa. Por ser un puto degenerado. ¿Cómo coño no te diste cuenta de que te estaban grabando? Ashley te filmó con Liam aquí mismo y lo tuvo amenazado todo este tiempo. Esa puta loca no es de fiar, papá. La has cagado. No solo arruinaste tu carrera, sino la mía antes de que ni siquiera arrancara.

Él se giró de golpe, con los ojos encendidos de furia, su mano se cerró alrededor de mi cuello y me estampó contra la puerta.

—No tienes nada que reprocharme. Si has llegado hasta aquí, es gracias a mí. No eres más que un jugador del montón, Tyson. Si

sobresales en la pista, es porque yo me encargo de que tus compañeros jueguen para ti. Armo las líneas, ajusto las estrategias y sacrifico partidos cuando es necesario para que te luzcas.

Apretó un poco más antes de soltarme de golpe. Me doblé sobre mis rodillas, intentando recuperar el aire.

—¿Quieres un futuro en la NHL? —continuó con su tono hiriente —. Pues más te vale cerrarle la boca a la zorra de tu noviecita. La complaces en todo y punto. Hasta que llegues a lo más alto. Liam nunca hablará, no soportaría ser la vergüenza de sus padres. Pero tú ocúpate de esa maldita niña rica de una vez y olvídate de la prima. ¿Crees que no sé que te la tirabas también, imbécil?

Dio un paso atrás y me miró con desprecio.

—Si quieres llegar lejos, tendrás que aprender a sacrificar peones en el camino… hasta que la reina sea la pieza con la que hagas jaque mate.

Cuando la puerta se cerró tras él, me desplomé contra el suelo, abrazándome las piernas. El retintín de sus palabras aún retumbaba en mi cabeza. Hundirme o sobrevivir. Esas eran mis únicas opciones.

Y si quería sobrevivir, Jordan tenía que ser uno de los peones que sacrificara.

La idea me revolvió el estómago, pero no había vuelta atrás. Renunciaría a ella. Sin embargo, eso no significaba que fuera a dejar que otro se le acercara. Ni de puta coña. Jordan era mía. Y cualquiera que intentara meterse en medio acabaría jodido. Kaleb sería el primero.

Solo pensar en él, en su cara de pringado sonriéndole, en cómo la miraba, hizo que la rabia me recorriera todo el cuerpo. Necesitaba soltar esta mierda de alguna manera, desquitarme, descargar toda esta ira. Y Kaleb…, bueno, él era la opción perfecta.

Capítulo 20

JORDAN

Percibía el calor de Nathan pegado a mí, con su brazo encerrándome en un gesto protector y mi cabeza descansando sobre su pecho. Me había acostumbrado demasiado rápido a esto de dormir con él. Bueno, a todo con él: desayunar, cenar, la fisioterapia…, a tenerlo cerca casi en todo momento, ya fuera en el trabajo o en casa.

Todo fluía con naturalidad. Unas noches dormíamos en mi cama, otras en la suya. Mi ropa quedaba esparcida por aquí, la suya por allá. Y nuestras neveras…, un desastre total. Proteína animal en una esquina, tofu y verduras en la otra, el resultado: caos absoluto. Pero era nuestro caos. Y nos hacía felices.

Para el resto del mundo, éramos una pareja. Besos furtivos en la pista, sonrisas cómplices, irnos juntos a todas partes. Nadie dudaba de que lo nuestro era real. Ni siquiera los medios, que no paraban de sacar titulares sobre «Nathan Prescott y su nueva novia misteriosa». Esa parte no la llevaba tan bien. No estaba familiarizada con ese tipo de hostigamiento, y el hecho de que mi nombre solo existiera por ser «la novia de Prescott» o «la nieta de Callahan» me resultaba patético.

Sin embargo, lo que el mundo veía, en realidad, no existía. Lo nuestro no tenía nombre. No había promesas. No había expectativas. Y, si lo pensaba demasiado, me aterraba. Porque, ¿qué pasaría cuando mis prácticas se acabaran? ¿Qué iba a ser de esto… lo que fuera que teníamos? No tenía ni idea. Lo único que sabía es que el tiempo volaba y que el primer partido de liga era esa misma noche.

Nathan jugaría sin saber realmente cuál era el estado de su rodilla, y eso me preocupaba. Por ese motivo le conseguí una cita en su clínica de Chicago. Volaríamos esa misma madrugada, harían las pruebas necesarias y después ya veríamos. Porque, si lo pensaba bien, todo en nuestra vida era incertidumbre.

Aunque, para ser sincera, esperaba que ese viaje sirviera para algo más. Que, por fin, nos acostáramos.

Y sí, sé cómo suena. Tantas noches juntos y nada. O, mejor dicho, casi nada. Nathan se dedicaba a darme placer como si fuera su segundo trabajo, y por lo visto, no le molestaba en absoluto. Lo disfrutaba. Aunque cuando intentaba hacer algo por él…, imposible. Sus pantalones se convertían en un muro impenetrable.

A veces me preguntaba si era por lo que sabía de mi pasado. Me aterraba la idea de que me viera diferente al resto. No envidiaba ser una más en su cama, eso estaba claro, pero tampoco quería que me tratara como si fuera de cristal.

Y no es que no le agradeciera que no me presionara, sin embargo, aquello era una tortura. Noche tras noche, anhelando un pasito más.

El suave zumbido de la alarma del móvil rompió el silencio de la habitación. Sentí cómo Nathan se separaba un poco de mí, alejándose apenas unos centímetros mientras estiraba el brazo para apagarlo, y con una sonrisa perezosa, se volvió a mirarme.

Se inclinó hasta que su boca quedó a escasos milímetros de la mía y murmuró contra mis labios:

—Buenos días, Seattle. Me encanta despertar contigo a mi lado.

—Ummm… no sé si puedo decir lo mismo, Minnesota. Estoy acostumbrada a dormir sola y tú ocupas como el ochenta por ciento de la cama. Apenas me dejas espacio.

—Vas a pagar por tu atrevimiento —anunció con una carcajada peligrosa.

De un tirón, nos cubrió hasta arriba con la sábana y su boca comenzó un lento recorrido por mi piel. Beso a beso, descenso tras descenso. Dios mío. Sabía exactamente lo que venía después, lo que siempre lograba con esa tortura deliciosa.

Mi respiración se volvió errática, mi cuerpo se arqueó por inercia. No iba a dejarle todo el control esta vez. Hundí los dedos en su cabello y tiré de él con urgencia, obligándolo a subir hasta mis labios. Nos besamos con hambre, con esa intensidad que llevaba semanas acumulándose entre nosotros. Su lengua acarició la mía en

una danza perfecta, su sabor una mezcla de calor, deseo y algo tan suyo que me volvía loca.

El sonido insistente de mi teléfono quedó en un segundo plano, ignorado por completo mientras nuestras bocas se devoraban. Y entonces, el móvil de Nathan también comenzó a vibrar.

Nos detuvimos al instante. Si alguien llamaba a ambos al mismo tiempo, no podía ser una coincidencia.

Nate exhaló con frustración y, sin separarse demasiado, alargó el brazo para tomar el móvil. Echó un vistazo a la pantalla y me la mostró.

—Es tu abuelo.

«Mierda».

—Buenos días, Prescott. ¿Está mi nieta contigo?

Nathan me miró de reojo. Negué con la cabeza de inmediato. Lo último que quería era hablar con él en ese momento.

—No, señor. Ella está en su apartamento. —Sonó natural—. ¿Quiere que le diga algo?

Hubo un breve silencio antes de que mi abuelo soltara un suspiro pesado.

—Sí, mejor. Seguramente perdería el tiempo intentando hablar con ella ahora mismo. Cuando llegue a la pista, dile que venga directamente a mi despacho.

»River ha tenido un accidente, se cayó por las escaleras y está en el hospital. No es grave, aunque estará fuera de juego durante una temporada. Así que mi nieta se enfrentará sola al reto. Esperemos que esté a la altura.

—Lo estará, señor. No sería la primera vez que afronta un partido. Ya demostró su valía en los amistosos, y quedó claro que tiene talento. Es una gran profesional. Le confiaría cualquier lesión sin dudarlo ni un segundo.

Mi corazón se agitó al escucharlo con la seguridad con la que lo dijo y la confianza absoluta en mí.

—Lo sé —admitió mi abuelo con la voz temblorosa—. Es igual que su padre. Prescott, nos vemos más tarde. Adiós.

—Adiós, señor.

Nathan dejó el móvil en la mesita y me miró. Sabía lo que venía.

—Algún día vas a tener que desvelarme qué está pasando aquí, porque parece que todos estáis guardando un gran secreto. Y, sinceramente, si hay algo que te lastima, me gustaría saberlo. Para apoyarte y estar a tu lado, como tú lo hiciste conmigo con lo de mi hermano y mi padre.

Fruncí los labios. Nathan tomó mi mentón con suavidad y me obligó a mirarlo.

—No me pongas esa carita, quiero llevarme una sonrisa tuya para Chicago.

—Espera… ¿Cómo que quieres «llevarte»? —Me incorporé de golpe—. ¿No pensarás que voy a dejarte ir solo? Ya tengo mi billete.

—Nena, no va a poder ser. Si te quedas sola con el equipo, acabarás agotada después del partido. Y seguro que mañana te tocará atender a algún compañero.

—Mierda.

—Tan dependiente te has vuelto de mí, ¿eh? —bromeó, tocándome la nariz.

Me hizo sonreír. Maldito Prescott y su manía de tentarme con una tontería.

Estábamos enredados otra vez, con nuestras bocas a punto de rozarse, cuando mi móvil volvió a sonar. Solté una protesta y dejé caer la cabeza contra la almohada.

—¿Se han puesto todos de acuerdo o qué? —Estiré el brazo y me fijé en la pantalla. Susan.

Resoplé. Caden me había llamado la noche anterior, sin embargo, no lo atendí. Me excusé en el grupo de WhatsApp de los Hughes diciendo que trabajaba hasta tarde. Bueno, en parte era verdad… Atendí a Nathan. Y entre una cosa y otra, también disfruté de momentos placenteros sobre la mesa de mi despacho.

«Uf, céntrate, Jordan», me regañé a mí misma antes de descolgar el teléfono.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —La dulce voz de Susan se escuchó al otro lado. Y rápidamente, otra voz, más fuerte y menos amable, irrumpió en la llamada.

—Mamá, pásamela. La enana se está escondiendo de mí como una comadreja.

—Mierda —murmuré, dejando caer la frente contra la almohada. Miré de reojo a Nathan, que se había acomodado contra el cabecero de la cama, con los brazos cruzados tras la cabeza, disfrutando del espectáculo.

—Hola a los dos. Caden, me encanta tu buen humor mañanero.

—Mi humor estaría mucho mejor si me cogieras el puñetero teléfono, niña. ¿Qué es eso que dice la prensa de ti y Prescott? Te juro que cuando lo vea, le voy a cortar las pelotas. Le pedí que se mantuviera lejos de ti.

Le lancé una mirada a Nathan, que me observaba con una sonrisa burlona y los ojos chispeantes de diversión. Le di un codazo, pero eso solo pareció divertirlo aún más.

Sus manos comenzaron a levantarme la camiseta —bueno, su camiseta, esa que yo había tomado «prestada»— y deslizó los dedos por mi espalda. «Ah, joder. Cerré los ojos. Esto iba a ser mortal».

—Cariño, a mí me gusta ese chico —declaró Susan, trayéndome de vuelta a la conversación.

—A mí también… —murmuré sin pensar, justo cuando los labios de Nathan tomaron el relevo de sus manos. Su risa contra mi piel me hizo estremecer.

—¿Qué has dicho? —me cuestionó Caden. Parpadeé, tratando de centrarme.

—Digo que es un buen chico. No sé por qué montas tanto drama. Lo conoces, sabes que no me hará daño.

—Oh, claro que te hará daño, enana. Vas a volver con el corazón roto a Seattle. Tenlo por seguro.

Me tensé al instante, temiendo que la predicción de Caden se hiciera realidad. Nathan se levantó con incomodidad, dándome espacio para hablar o tal vez escapando, antes de que la tentación de agarrar mi móvil y enfrentarse a mi mejor amigo lo venciera.

—Hijo, no eres un gurú del amor —intervino Susan, en un intento de calmar la tensión—. No puedes saber qué va a salir bien o mal. Jordan, cariño, ¿tú eres feliz?

—Sí. Mucho.

—Pues eso es lo que importa. Además, hija, es guapísimo. Y qué cuerpo…

—¡Mamá!

—Caden, esa es la verdad.

—¿Sabes qué? Que os den a las dos.

—No le hagas caso, cielo —rio Susan—. Cree que sobreprotegiéndote te está haciendo un favor, pero está equivocado. Tu vida es tuya. Solo tú decides cómo vivirla.

—Gracias, Susan. Ve a hablar con él. No quiero que esté enfadado o decepcionado conmigo.

—Es solo una rabieta, ya se le pasará. Te queremos mucho, cariño. Todos te echamos de menos.

—Gracias por estar siempre para mí. Os quiero. —Colgué con una sonrisa melancólica.

El sonido del agua corriendo me atrajo como un imán. Por inercia, me acerqué hasta la puerta del baño, que estaba entreabierta, y… madre mía.

Mis ojos se quedaron atrapados en el cuerpo de Nathan. El agua se deslizaba por su piel, con cada gota recorriéndolo entero. Por un segundo, envidié al agua.

Cada músculo de su espalda, de sus brazos, de sus piernas y por supuesto, de su trasero era un espectáculo en sí mismo. Nunca me habían llamado la atención los hombres tan grandes, pero él era diferente. Me gustaba esa sensación de sentirme pequeña entre sus brazos, como si eso pudiera protegerme del mundo.

Entonces lo vi. Una de sus manos estaba apoyada contra la pared de la ducha y con la otra… Oh, Dios. Se estaba masturbando.

Acariciaba su grueso miembro con desesperación, tratando de liberarse. Una parte de mí quería consolarlo…, la otra, rendirse al impulso.

Y, por supuesto, me pilló. Alcé la vista justo cuando nuestros ojos se encontraron, y el aire entre nosotros se volvió denso, eléctrico. El calor que hasta ahora había permanecido entre mis piernas, me subió hasta la cara, delatándome. «Mierda».

—¿Disfrutando del espectáculo?

—Yo… Bueno… Eh… —Las palabras se me enredaban en la lengua, como si mi cerebro hubiera decidido apagarse justo en ese

momento. Seguro que pensaba que era tonta o algo así, y con razón.

—¿Quieres ducharte conmigo?

«¿Me lo estaba diciendo en serio?».

—Ven —insistió.

Mis pies se movieron solos. Caminé hasta la ducha, donde el sonido del agua corriendo me sacó de mi trance. Metí el cuerpo bajo el grifo, olvidándome de quitarme la camiseta. El agua me empapó, sin embargo, no reaccioné, no supe si era por la emoción o porque, literalmente, estaba en *shock*.

—Quítate la ropa, quiero verte desnuda.

Lo hice sin pensar, desviando la mirada hacia su miembro. Me hipnotizaba ver cómo se tocaba, sujetándolo con firmeza, con su mano deslizándose con precisión. Mordí mi labio sin darme cuenta. Estaba que ardía.

—Ahora acarícíate los pechos para mí.

Asentí y obedecí en silencio. Mis dedos trabajaron círculos sobre mis pezones, serpenteando sobre la redondez, notando la diferencia entre unas caricias más suaves que otras.

—¿Quieres ir más allá?

—Sí —respondí sin vacilar.

—Lleva la mano a tu sexo y te vas a tocar sin dejar de mirarme.

Sus órdenes me estaban poniendo a mil. Mi clítoris palpitaba con fuerza, estaba empapada y mis piernas temblaban de la excitación. Sin sopesarlo demasiado, me puse a ello. Situé mi dedo en mi entrada y, poco a poco, con movimientos suaves, fui dándome placer. Era increíble lo que sentía. Aunque… no era suficiente.

—Nena, dime lo que deseas. —Su voz ronca me estremeció.

Tragué saliva antes de susurrar:

—Quiero sentir tus dedos dentro de mí. Te necesito, Minnesota.

No tardó en hacerlo. Un par de dedos se hundieron en mi interior, llevándome al límite con cada movimiento. Yo no dejaba de acariciar mi centro del placer. Al mismo tiempo, él controlaba su miembro. Nuestras miradas se encontraron en un destello de complicidad. Sonreímos.

Aceleramos el ritmo, compaginando los movimientos en perfecta sincronía, como si eso lo hubiéramos hecho toda la vida. Y cuando terminamos casi al mismo tiempo, ambos soltamos un fuerte gemido.

Agitados nos miramos y nos besamos. Sus labios se amoldaron a los míos con dulzura, mientras sus manos aún conservaban el calor de nuestros cuerpos.

***

No paraba de revolver la ropa sobre la cama, lanzando prendas a diestro y siniestro. Todo lo que había comprado con Liam era un desastre. No era mi estilo, no me sentía cómoda y, para qué negarlo, me veía ridícula.

Mi amigo había insistido en que no podía seguir vistiendo como una universitaria que iba a clase después de una noche de resaca. Y claro, según él, nadie se creería que era la pareja de Prescott si desentonábamos tanto. Tenía razón.

Nathan siempre iba impecable. Todo en él parecía cuidado al detalle: la ropa adecuada para cada ocasión, los accesorios perfectamente combinados, el peinado siempre en su sitio. Daba la impresión de haber salido directamente de una revista de moda.

Y después estaba yo.

Botas Dr. Martens, sudaderas *oversize*, vaqueros, chándales…, básicamente comodidad ante todo. Liam no paró de repetirme cómo eran las mujeres que rodeaban a Nate, los eventos a los que tendría que ir, la prensa, las fotos… Y aquí estaba yo, hecha un lío, con un montón de ropa con la que me sentía una copia barata de mi prima.

—¡A la mierda! —solté, lanzando otro pantalón al aire.

—¡Eh, cuidado! —Nathan apareció justo a tiempo para esquivar la prenda—. Casi tiras tu té.

Me giré y, joder, estaba guapísimo. ¿Cómo podía lucir tan bien hasta con ropa deportiva?

—Gracias. —Sujeté la taza que me ofrecía.

Su mirada recorrió la habitación con desconcierto y diversión.

—¿Se puede saber qué ha sucedido aquí? Parece que ha pasado un huracán.

—Lo que ha pasado —bufé, depositando la bebida a un lado y cruzándome de brazos— es que ir de compras con Liam fue una pésima decisión. Me siento ridícula con estas nuevas adquisiciones. He gastado dinero para nada.

—¿Y para qué lo compraste si no te gusta?

—Por ti.

«Mierda. Se me ha escapado».

Nathan alzó una ceja con una sonrisa divertida, y rápidamente intenté corregirme:

—Es decir…, se supone que somos pareja y tú no sueles estar con chicas como yo. La mayoría parecen modelos. No quería que la gente dudara de nuestra relación.

—Ahora entiendo por qué llevas toda la semana con ropa que no parece tuya. Ven aquí. —Me tomó por la cintura y, con una calma exasperante, empezó a desvestirme—. Seattle —dijo en un tono más serio mientras me iba quitando las prendas—, si me fijé en ti, fue precisamente porque eres diferente a todas esas mujeres con las que solía estar.

Tragué saliva al notar como sus manos y su aliento dejaban rastros de caricias sobre mi piel.

—Adoro tu sencillez —continuó, ayudándome a ponerme mis vaqueros—. Esa forma tan despreocupada con la que vistes y que, por cierto, es increíblemente *sexy*. Apenas te maquillas, llevas el pelo suelto hasta que te cansas y lo recoges de cualquier manera. No quiero que cambies.

Me colocó la sudadera, y al sacar la cabeza, me robó un beso rápido.

—Porque esta —me señaló— es la mujer que me vuelve loco. La que me ha hecho replantearme muchas cosas en mi vida.

Sentí un vuelco en el pecho. «¿Replantearse el qué?».

No logré hacer la pregunta, ya que abrochó mi chaqueta y me puso el gorro con cuidado. Al instante, con una sonrisa traviesa, me dio una palmada en el trasero.

—Ahora sí. Esta es mi chica. —Entrelazó su mano con la mía y salimos rumbo al garaje.

En el ascensor, justo cuando las puertas se cerraron, me besó. Y yo lo besé. Y nos besamos hasta que llegamos a la planta baja.

Casi parecía un ritual mañanero, igual que el beso que siempre me daba cuando me dejaba en mi despacho. Pequeñas costumbres que me tenían peligrosamente enganchada a él.

Aquella mañana algo era diferente. Durante todo el trayecto permaneció en silencio. Algo poco común en él. No hizo bromas, no puso música, ni siquiera se quejó del tráfico. Estuvo callado.

Cuando el coche se detuvo frente a la entrada, suspiró y, justo cuando iba a bajarme, tiró suavemente de mi brazo para detenerme.

Como si estuviera reuniendo valor, rebuscó en su bolsa y sacó una camiseta. Su camiseta. Con su número diecisiete. Con su apellido.

—Esta noche empieza la liga —habló al fin—. Voy a jugar sin saber cómo responderá mi rodilla y, además, capitaneando al equipo. Para los dos este partido va a ser un reto.

Mi mirada bajó hasta la camiseta entre sus manos.

—Sé que tienes tu propio uniforme como parte del equipo técnico —continuó con una media sonrisa—, pero… me gustaría que te pusieras esta.

Lo miré, aún desconcertada.

—No sé si es muy profesional —añadió encogiéndose de hombros —, aunque por alguna extraña razón, me haría feliz verte con ella. Eres la primera persona a la que se la entrego. No quiero que sientas ninguna presión. Seattle, decidas lo que decidas, nada entre nosotros cambiará.

Y, sin darme tiempo a responder, tiró suavemente de mi mentón y atrapó mis labios con los dientes, mordiéndolos con esa maldita mezcla de ternura y deseo que me volvía loca. Y así, sin más, se fue. Me quedé en el coche, camiseta en mano, completamente descolocada. Y sin tener ni idea de qué hacer con todo lo que acababa de sentir.

***

Salir del despacho de mi abuelo fue como escapar de una tormenta. Mis piernas me llevaron fuera antes de que mi mente pudiera procesarlo todo. Me apoyé contra la puerta y cerré los ojos, tratando

de contener el huracán que se había desatado en mi interior. Aquel hombre tenía una habilidad especial para remover mi pasado con unas pocas palabras.

—Eres como tu padre, no hay nada que no puedas hacer.

El problema era que, cada vez que lo tenía cerca, aquel espantoso día volvía a mí como un golpe directo en el corazón. Quizás si él hubiera hecho las cosas de otra manera, ellos todavía estarían aquí.

Sacudí la cabeza con fuerza y apreté los puños. No podía permitirme perderme en esos pensamientos ahora. Tenía mucho trabajo por delante. Inspiré hondo y me dirigí a la sala de fisioterapia.

Conor ya me esperaba, tumbado en la camilla con una expresión de fastidio.

—A ver, portero estrella, ¿qué te pasa?

—Molestia en la ingle. Nada grave, aunque me siento algo rígido al impulsarme.

Era típico en los porteros de hockey. Pasaban la mayor parte del tiempo en posiciones forzadas, con flexiones extremas de cadera y movimientos bruscos de lado a lado.

—Déjame adivinar…, ¿has estado practicando demasiado el *split save*?

—Tal vez. —Una media sonrisa culpable iluminó su rostro.

El *split save* era esa parada espectacular en la que el portero se abría completamente de piernas para bloquear un disparo.

—Conor, si sigues forzando así, acabarás con una distensión seria.

—Pero puedo jugar, ¿no?

—Sí, pero vas a odiarme por lo que te voy a hacer.

Él soltó una carcajada, pero cuando empecé a masajear la zona afectada y a hacerle estiramientos específicos, su risa se convirtió en una serie de quejidos ahogados.

—JoJo, me cago en todo, el dolor está llegando hasta mis pelotas.

—Ups, lo siento. Este es el precio que tienes que pagar.

Se quejó un poco más, aunque cuando terminé, se incorporó y rodó la cadera.

—Mucho mejor.

—Eso creí. Ahora vete antes de que me entren ganas de apretar más fuerte.

Me guiñó un ojo y salió del despacho.

A continuación, llegó Sokolov. Como defensa, su cuerpo estaba minado de golpes y bloqueos.

—¿Qué te duele?

—Espalda baja —gruñó, moviendo los hombros—. Creo que hice un mal giro ayer en los entrenamientos.

Nada raro. Los defensas pasaban mucho tiempo en posturas bajas, listos para entrar en contacto con el rival o lanzarse al hielo para bloquear un disparo.

Hice que se tumbara boca abajo y pasé mis manos por su espalda. Los músculos estaban tensos como cuerdas de violín.

—Dios, Andrei, pareces hecho de piedra.

—Mucho músculo, poca relajación —bromeó.

—Sí, bueno…, prepárate para sentir cada uno de esos músculos.

Mientras trabajaba en su zona lumbar, él gruñía cada tanto, pero cuando concluí, se enderezó con un movimiento fluido.

—Mejor. Gracias, Jordan.

Y justo cuando pensaba que tendría un descanso para prepararlo todo para el partido, tuve una visita inesperada. Me giré y mi corazón se encogió en cuanto vi quién me esperaba con una sonrisa en el rostro. Tyson. Yo no trataba su lesión. Sin embargo, al no estar River aquí, me tendría que hacer cargo.

—Hola, muñeca. Soy todo tuyo. Disfruta tocándome como en el pasado.

No le respondí. Simplemente abrí su historial en el ordenador y revisé el tratamiento que le estaba aplicando River. Solo tenía clara una cosa: no iba a posar mis manos sobre él. Hoy, con todo lo que debía preparar para el partido, no tenía ni el tiempo ni la paciencia para sus gilipolleces.

—Túmbate —ordené con sequedad mientras acercaba una de las máquinas.

—Eh, para, para… Así no es como funciona esto, muñeca. Si eres mi fisioterapeuta, deberías seguir las pautas de River.

Cada vez que lo escuchaba llamarme «muñeca», como en el pasado, mi sangre hervía.

—Ella no está. Ahora te trato yo, y si no te gusta, ahí tienes la puerta. Puedes ir a quejarte a Dirección.

Señalé la salida con la cabeza, sin embargo, él no se movió. Simplemente resopló, se dejó caer sobre la camilla con un gruñido y se quedó mirando al techo, cabreado.

Encendí la máquina de estimulación muscular y la coloqué sobre su pierna.

—¿Cómo va todo con Prescott? ¿Alguna vez has pensado en mí mientras estás con él? Vamos, preciosa, admite que aún ocupo un rincón en tu corazón. Que no has podido olvidarme.

Respiré hondo, aumentando la intensidad del aparato. Su pierna dio un pequeño espasmo.

—¿Te has vuelto loca?

—Cierra la boca y relájate. En veinte minutos te cambio de máquina.

Me di la vuelta, satisfecha, y justo cuando llegaba a la puerta, escuché de nuevo su voz.

—En el pasado, no dejé que ningún hombre se acercara a ti, y eso no va a cambiar ahora. Siempre serás mía, preciosa. No te hagas ilusiones con este «romance». No tendrá un final feliz.

Un nudo se formó en mi estómago. Apreté los puños, sintiendo cómo la ira comenzaba a consumir cada rincón de mi ser. Sin darle el gusto a responder, di un portazo al salir, tratando de que mi corazón dejara de martillar con fuerza en mi pecho.

Capítulo 21

NATHAN

El aullido del público era un subidón de adrenalina directo a la sangre. Las luces iluminaban el hielo con un brillo plateado, reflejándose en nuestros cascos mientras patinábamos hacia el centro. El logo de los Toronto Wolves brillaba bajo mis patines, y en la otra mitad del hielo, los Halifax Storm esperaban como bestias encadenadas, listas para soltarse.

El primer partido de la temporada. Mi primer reto como capitán.

Respiré hondo, apretando el *stick* entre los guantes. A mi lado, Dupuis, nuestro centro, estaba inclinado sobre la línea, listo para el *face-off*. Nyberg, a mi izquierda, esperaba tenso, preparado para el despegue en cuanto ganáramos el disco. Detrás, Liam y Sokolov, nuestros defensas, mantenían la postura, mientras que Conor, nuestro portero, golpeaba sus postes con el *stick*, su ritual antes de cada partido.

El árbitro soltó el *puck* y todo comenzó.

Los primeros minutos fueron un ataque de desgaste. Halifax jugaba sucio, con golpes al límite del reglamento y empujones tras cada pitido. Eran un equipo físico, más interesados en intimidar que en jugar limpio. Conor permaneció en pie con sus reflejos en alerta, lanzándose de lado a lado, bloqueando cada disparo que lograban filtrar. Liam y Sokolov se encargaban de cerrarles el paso a sus delanteros, golpeándolos contra la valla y dejándoles claro que, si querían entrar a nuestra zona, iban a pagar el precio.

Esperamos nuestra oportunidad y, cuando Halifax bajó la guardia por una fracción de segundo, la tomamos. Intercepté un pase en la zona neutral y patiné con rapidez. Nyberg estaba abierto a mi izquierda, aunque decidí ir solo. Esquivé a un defensa, dejé atrás a otro y cuando el portero rival se lanzó a cubrir el ángulo, crucé el *puck* bajo sus almohadillas.

¡¡¡GOOOOL!!!

El estadio explotó. Me deslicé sobre el hielo con los brazos en alto, sintiendo la electricidad recorriéndome el cuerpo. Primera anotación de la temporada. Primer gol como capitán. Pero la alegría duró poco. Halifax respondió con un disparo al ángulo que Conor no tuvo oportunidad de parar.

«Mierda, empate».

El partido se volvió más agresivo. Choques contra la valla, palos golpeando el hielo, insultos murmurados entre los dientes. Halifax estaba provocándonos, y entonces, llegó el momento que lo cambió todo.

Bowers, uno de sus delanteros, empezó a buscar pelea con Liam. Primero fueron empujones, después vinieron los insultos.

—Vas a irte llorando a los brazos de tu novio, ¿eh, maricón?

Liam no reaccionó de inmediato, pero lo vi tensarse. Todos lo hicimos. Estaba controlando su rabia, tratando de no darle el gusto de estallar. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, Conor ya estaba sobre Bowers.

—¿Qué has dicho, cabrón de mierda?

No hubo más palabras. Nuestro portero lo golpeó primero, un derechazo seco que hizo crujir los labios de Bowers. Intentaron separarlos, aunque ya era tarde. Se agarraron con fuerza, lanzando puñetazos completamente descontrolados. Los árbitros tardaron demasiado en intervenir. Conor le dio otro golpe antes de que lograran apartarlo. Sabíamos lo que venía. Expulsado.

Nos quedamos sin nuestro portero titular. Mientras lo escoltaban fuera, Liam se acercó y le susurró algo. No lo escuché, pero la forma en que lo miraba decía más que cualquier palabra. Conor no había peleado solo por su amigo. Había peleado por el hombre al que amaba.

Entró Volkov en su lugar. Era bueno, aunque perder a Conor en un partido como ese nos ponía en desventaja. Aun así, no podíamos ceder ni un poco.

El empate se mantuvo hasta el último período. Ambos equipos estábamos agotados, sin embargo, yo no iba a dejar que Halifax se saliera con la suya. Aprovechamos un error en su defensa.

Dupuis me pasó el *puck* en el momento justo. Una finta, un recorte a la derecha y solté un disparo demoledor que se coló en la escuadra.

2-1.

El estadio estalló. Sentí los golpes de mis compañeros en el casco, los gritos de victoria. El gol que nos daba el partido. El primer gran paso de la temporada.

«Mierda, la rodilla», gruñí por lo bajo sintiendo una punzada que subió hasta mi muslo. Había forzado demasiado.

Cuando el pitido final sonó y aseguramos la victoria, con la multitud coreando nuestros nombres y mis compañeros celebrando a mi alrededor, supe que con mi lesión esto no iba a ser tan fácil como pensaba.

La ovación aún retumbaba en mis oídos cuando giré la cabeza y la vi.

«Joder».

Seattle estaba ahí, aplaudiendo emocionada, con esa sonrisa que me volvía loco. Sin embargo, lo que realmente me impactó fue lo que llevaba puesto. Mi camiseta. Delante de todo el mundo, con mi nombre y mi número en su cuerpo.

«Dios, ¿qué me pasa con esta mujer? Uf, cómo me gusta». Estaba jodido. Pero de la mejor manera posible.

Sin pensarlo, me deslicé sobre el hielo hasta ella. No me importaba que estuviera trabajando, que todo el mundo nos mirara, que las cámaras estuvieran enfocándonos. Solo quería tocarla.

Al llegar a su altura la alcé en brazos y giré con ella, soltó una pequeña risa sorprendida, aunque no protestó. Y cuando nuestros ojos se encontraron, la besé.

La besé con toda la intensidad del mundo, con la necesidad de quien no podía aguantarse más las ganas de tenerla por completo.

Ella me correspondió. Sus manos se aferraron a mí y sus labios chocaron con los míos con la misma urgencia. El estadio entero podía caerse a pedazos y, aun así, yo solo sentiría su boca sobre la mía, el calor de su piel contra mis guantes fríos, la forma en que se pegó a mí como si nunca quisiera soltarse.

Los silbidos y gritos de mis compañeros apenas fueron un murmullo en el fondo de mi mente. En ese momento, ella era mi mejor recompensa.

Y justo en ese instante, un empujón me hizo dar un paso atrás.

—¡Eh! —exclamé, girándome en el acto. El idiota de Tyson.

Estaba furioso. No solo por no haber jugado, no solo por nuestra victoria, sino sobre todo por Jordan. Lo increpé sin dudar.

—¿Tienes algún problema?

Él se rebotó al instante, con un odio en los ojos de quien lleva demasiado tiempo acumulando mierda. No obstante, antes de que aquello escalara, sentí los dedos de Jordan en mi antebrazo.

—Déjalo. Lo ignoramos. Punto.

Respiré hondo, intentando sacudirme la tensión, y volví mi atención a ella.

—Tengo que volver a mi trabajo —continuó en voz baja—. Pero no creas que no me di cuenta de la cara de dolor que pusiste tras el último disparo. Cuando todo esté más tranquilo aquí, nos ocuparemos de esa rodilla.

—¿Solo de la rodilla? —Y sin poder evitarlo, la volví a besar. Su sonrisa traviesa contra mis labios me arrancó una punzada en la entrepierna—. Ahora me toca hablar con la prensa y con el entrenador.

—Yo debería ir a buscar a los chicos. Temo que lo de hoy en el hielo complique las cosas entre Liam y Conor.

—No, al contrario. Creo que esto era justo lo que necesitaba Conor para darse cuenta de cuánto le importa Liam, más allá de todos esos miedos que lo frenan.

Ella asintió, algo más convencida, aunque su mirada se perdió por un momento, como si pensara en algo más allá de lo que acababa de decir. Desde lejos, su tío me hizo una señal.

—Te veo luego, Seattle. Seguro que Rick tendrá algo más que decir sobre el juego de esta noche, no hay nada que lo satisfaga.

***

Por fin. El agua caliente resbalaba por mi piel, relajando mis músculos después del ajetreo de la noche. Entre hablar con Liam y Conor, atender a la prensa, soportar a Jerry y Rick y celebrar con los

chicos, apenas tenía un respiro. Había sido un gran comienzo de temporada, a pesar de las circunstancias: Tyson lesionado, la pelea en el hielo y las preguntas sobre la ausencia de mi padre. Le pedí a mi nuevo representante que mantuviera el tema en silencio hasta que hablara con Jerry. No era el momento de que la prensa centrara su atención en mi problema personal, y más cuando estaba lo de Chicago y mi maldita rodilla.

Me fastidiaba que Seattle no pudiera acompañarme. Tenía la esperanza de que ese viaje fuera el momento en el que finalmente nos acostáramos. No quise que se sintiera presionada en todo este tiempo, no después de lo que había vivido. Pretendía que fuera ella quien marcara el ritmo, quien me buscara, quien tomara la iniciativa. Y estaba hambrienta de mí tanto como yo de ella. No lo decía solo por la forma en que me miraba o me besaba, sino porque nuestro pequeño encuentro en la ducha me había dejado claro que estaba al borde de romper sus propias barreras, construidas de inseguridades y de miedo. Y yo estaba a punto de explotar.

—Mierda —murmuré, sintiendo cómo mi polla se tensaba bajo el agua.

Cerré el grifo y sacudí la cabeza, obligándome a apartar la imagen de esa mañana de mis pensamientos. No quería presentarme ante Jordan con una erección que no pudiera bajar en toda la noche. Me pasé una toalla por el cuerpo, envolviéndome en ella y caminé hacia el banco donde tenía la ropa, aunque algo me hizo fruncir el ceño.

—¿Qué demonios…? —Sostuve entre mis manos unos pantalones femeninos. Bajé la mirada al suelo y reparé en un par de botas Dr. Martens. Giré la cabeza y entonces la vi.

Seattle estaba apoyada contra el quicio de la puerta, con el cabello suelto cayéndole sobre los hombros y vestida únicamente con mi camiseta de hockey.

«La madre que me parió». Si antes estaba al borde de explotar, ahora directamente estaba perdido.

Tragué saliva, sintiendo que el vestuario se encogía a nuestro alrededor. Mi control pendía de un hilo.

—Nena, no sabes lo que estás haciendo, deja de jugar —advertí con la voz tensa. Ella, con esa expresión inocente, sabía exactamente lo que provocaba.

—Quizás contigo me guste jugar.

Comenzó a caminar descalza, con pasos lentos, dejando que la camiseta se moviera apenas lo suficiente para mostrar más piel. Mis ojos recorrieron cada centímetro de sus piernas largas y torneadas, y la forma en que la tela caía sobre su cuerpo, como si perteneciera a ese lugar, como si estuviera hecha para ella.

Llegó hasta mí sin apartar la mirada, apoyó las manos en mi pecho y descendió lentamente hasta alcanzar el borde de la toalla que permanecía anclada en mi cadera. Sus dedos rozaron mis oblicuos, tiraron suavemente del tejido hasta hacerlo caer al suelo y, con su aliento cálido contra mi oído, murmuró:

—Minnesota, eres una apuesta arriesgada. Aun así, contigo quiero desafiar todas las reglas.

—¡Se acabó! —gruñí antes de atraparla entre mis brazos.

Jordan dejó escapar un jadeo cuando la alcé del suelo y, sin dudarlo, enroscó las piernas alrededor de mi cintura. No le di tiempo a reaccionar antes de que mi boca devorara la suya, besándola necesitado, hambriento. Caminé a ciegas hasta la pared más cercana y la empotré contra ella, sintiendo su cuerpo encajarse perfectamente contra el mío.

Su respuesta fue lujuriosa. Salvaje. Desesperada.

Mis manos recorrieron su piel con desesperación mientras su boca seguía el mismo ritmo, sin miedo, sin frenos. Joder. Habíamos abierto una puerta que ninguno de los dos quería cerrar. Y ya no había vuelta atrás.

Su caliente y húmedo sexo estaba tocando mi polla, recordándome lo cerca que estaba de cruzar la línea. Solo una fina tela me separaba de estar dentro de ella. Dios, eso era demasiado.

Deslicé mi erección por su empapada braguita, buscando la fricción entre nosotros, tratando de aliviarme un poco, de controlar el calor que me recorría el cuerpo.

—Seattle…, tengo que parar. Porque, si no lo hago, te voy a follar aquí mismo, contra la puñetera pared.

—¿Y si es justo lo que quiero? —Ella no dudó.

Joder, yo también. Llevaba días imaginándome ese momento de mil formas distintas, aunque ninguna tan jodidamente perfecta como esta: en el vestuario, después del partido, con ella envuelta en mi camiseta y sin un atisbo de timidez. Pero por mucho que lo deseara, por mucho que mi cuerpo la reclamara, no podía perder el control. No así. No aún.

Pese a eso, una idea traviesa cruzó mi mente. Ese lugar iba a quedar marcado.

Suspirando con resignación, la deposité en el suelo y me tumbé boca arriba en el banco. Retiré sus bragas dejándolas a un lado. Posteriormente sujeté sus piernas y las coloqué a cada lado de mi cabeza. Jordan frunció el ceño, confundida, hasta que me pasé la lengua por mis labios en un gesto claro. Sus ojos se abrieron de par en par cuando entendió lo que quería. El rubor cubrió su rostro, como si su antigua timidez intentara imponerse. Sonreí.

Con movimientos lentos, ella cambió la posición de sus piernas quedando invertida. Ahora, lo único que veía era su culo cubierto por mi camiseta con mi número y mi nombre a su espalda. Apoyó sus rodillas en el banco a ambos lados de mi cabeza, y dejé que colocara su sexo en mi boca. Pasé la lengua por sus húmedos labios y, sin más preámbulos, alcancé lo que buscaba, su clítoris.

Jordan gimió. Y entonces lo hizo.

Se recostó encima de mi cuerpo, dejando su pecho descansar sobre mi abdomen. Mi polla estaba cerca de su rostro, atrapada entre sus manos. Separó sus labios rozando mi glande y llevó mi miembro hacia su interior. Mierda.

Percibí cómo deslizaba su lengua a lo largo de mi longitud para después chuparla con entrega, a la vez que movía sus caderas al ritmo de su boca. Un golpe de calor recorrió mi cuerpo cuando llevó sus manos a mis pelotas y comenzó a acariciarlas, meneando la cabeza con entusiasmo.

—¡Seattle, no pares! —bramé desde debajo de su cuerpo, cubriendo mi boca con su sexo. Joder, cómo me gustaba sentirla así, libre, disfrutando.

Viéndola tan entregada en esa postura, decidí ir más allá. Me moría por demostrarle todo lo que podíamos ser juntos. Así que no solo con mi lengua traté de darle placer, sino que mis dedos entraron en el juego, cubriendo cada cavidad que estaba cerca de mi cara. Jordan se tensó al principio, supongo que por la invasión en su trasero. Sin embargo, después de un gemido se dejó llevar, entonando con más fuerza los movimientos sobre mi miembro. Yo la imité, acelerando y profundizando en cada embestida, sintiendo como el orgasmo se acercaba.

La puerta se abrió de golpe. ¡PUM! Liam y Conor irrumpieron en el vestuario, besándose como si su vida dependiera de ello. Entre jadeos, empujones y pura desesperación.

Nos vieron. Nosotros los vimos. Y en vez de detenernos, subimos la apuesta.

Jordan, lejos de achantarse, continuó succionando con más brío. Y yo, joder, fui con todo. Llevé los movimientos de mi boca a lo más alto, dejando que mis dedos siguieran entrando y saliendo de su cuerpo, sintiendo cómo mi polla vibraba cada vez con más fuerza.

Mis compañeros querían espectáculo, pues iban a tenerlo. Liam y Conor, aún pegados el uno al otro, se tocaban, expectantes, como si estuvieran disfrutando de un *show*.

Y justo cuando pensé que la cosa no podía subir más, Seattle hizo algo que me voló la cabeza.

Introdujo un dedo en mi trasero.

—¡JODER! —rumiaron Liam y Conor al sentir cómo nuestros cuerpos se tensaban a punto de explotar. Entre besos, se desnudaron por completo, agarrando sus miembros con fuerza.

Fue demasiado. Un maldito delirio. Mi polla no aguantó más y me corrí como un animal.

Seattle pegó un fuerte gemido y me acompañó en un orgasmo descomunal, empapándome toda la cara. Liam y Conor se apresuraron a satisfacer las necesidades de sus cuerpos, recostados en medio del suelo de los vestuarios, centrándose solamente en ellos. Nosotros, puf…, ¿qué puedo decir?, intentando volver a la vida.

Aquel lugar se había convertido en un huracán de gemidos, lujuria y mucho placer. Nunca había vivido algo así. O quizás sí…, sin embargo, no lo había sentido de esa manera.

Después de una ducha entre caricias y mimos, con la sinfonía de fondo de los gemidos de nuestros amigos pasándoselo en grande al otro lado de la pared, nos vestimos, dándoles algo de intimidad. Me acerqué al banco para recoger mi bolsa cuando reparé en que Jordan se quedaba quieta, absorta, con la mirada fija en ellos. Estaba claro que todo aquello era nuevo para ella. Su timidez luchaba contra su curiosidad, y por la forma en que mordía ligeramente su labio inferior, tenía clarísimo que ver a Liam y Conor practicando sexo le estaba dando más morbo del que esperaba.

Sonriendo, pegué mi pecho a su espalda y, sin apartar la vista de ellos, le susurré al oído:

—¿Te gusta mirarlos?

Sentí como se estremecía. Ah, sí. Esto iba a ser divertido.

Deslicé mis manos hasta su camiseta, colándome por el bajo de la tela. Jordan se tensó un segundo, suspiró y, tras tragar saliva, mantuvo la vista fija en ellos. Mis dedos jugaron con sus pechos, recorriendo cada pezón, tirando suavemente de uno y del otro, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Con una de las manos aparté su cabello todavía húmedo y rocé su cuello con mis labios. Posteriormente, con la misma lentitud, desabroché su pantalón vaquero y deslicé la mano dentro de su braguita hasta encontrar lo que buscaba: su clítoris.

Ella apenas reaccionó. Residía atrapada entre mis caricias y el espectáculo frente a nosotros.

Conor estaba colocado entre las piernas de su compañero, que permanecía con la espalda pegada al suelo, mientras este primero le sujetaba las caderas y le clavaba la polla. Liam se sentía completamente extasiado, y Conor lo sabía. No solo estaba dentro de él, sino que, en un movimiento rápido, también sujetó con sus manos el miembro de Liam que permanecía levantado entre ambos. Empezó a meneársela, siguiendo el ritmo de sus embestidas. Los fuertes gemidos de ambos resonaban por todo el vestuario.

Besos, acometidas, el roce de sus cuerpos, respiraciones agitadas…, todo era igual al placer en estado puro.

Jordan apretó sus muslos. Su respiración se aceleró. Y entonces giró ligeramente la cabeza, me miró a los ojos con una intensidad que me prendió fuego por dentro y dejó caer las palabras que llevaba demasiado tiempo deseando escuchar.

—Quiero que me folles.

Mis músculos se endurecieron de golpe. Claro que lo deseaba. Dios, sí. Me encantaba verla así, lista, decidida, con esa hambre en la mirada. Pero no ahora. No cuando en unas horas tenía que coger un vuelo y largarme a Chicago.

—No —solté, más brusco de lo que pretendía.

La decepción cruzó su rostro en un instante. Bajó la mirada, se recolocó los pantalones y, sin decir una palabra, salió corriendo del vestuario.

«Mierda. Soy un gilipollas», gruñí, cogí mis cosas a toda prisa y fui tras ella.

Cuando entré en la sala de fisioterapia, la vi de espaldas, limpiándose el rostro con rapidez. Me acerqué y, con suavidad, retiré las manos de su cara.

—Seattle… Déjame explicarte, no es lo que crees.

—Nathan, no hace falta. —Se apartó de mí, dirigiéndose a una de las máquinas—. No quiero hablar ahora, además, es tarde. Mejor ocupémonos de tu rodilla.

No iba a dejar que esto quedara así. Me acerqué y la sujeté suavemente por los hombros, obligándola a mirarme.

—Si no quieres hablar, no lo hagas. Al menos escúchame, porque no pienso irme a Chicago sin decirte lo que tengo que decir.

Vi un ligero asentimiento en su mirada. Eso era suficiente. La guie hasta la camilla y me pasé las manos por la cabeza, buscando cómo ordenar el revoltijo de pensamientos antes de hablar.

—Nena… Nada me gustaría más que follarte aquí mismo, en los vestuarios o en la pista de hielo. Llevo días queriendo oírte decir esas palabras, saber que estás lista y que lo ansías tanto como yo. Sin embargo, no voy a hacerlo. No quiero que nuestra primera vez sea así, apresurada, a medio desvestir. Porque si empiezo, no voy a

poder parar. Y yo anhelo más. Pretendo disfrutarte sin prisas, sin que el tiempo o cualquier otra cosa nos interrumpa. Así que, sí, haré este maldito viaje con la polla hinchada y la cabeza en otra parte, contando las horas para volver y estar contigo. Aunque te juro que cuando regrese, me dará igual dónde estemos porque no pienso detenerme.

Vi su rostro iluminarse, mi mano se deslizó hasta su nuca y enredé mis dedos en su cabello, atrayéndola hacia mí. Besé sus labios y dejé mi frente pegada a la suya, sintiendo su respiración.

—Seattle, me importas. Y no eres un polvo de una noche. No eres alguien a quien vaya a olvidar al día siguiente. Contigo todo es distinto, y, joder, me gusta. Me haces sentir bien. Me haces feliz.

Ella se aferró a mi cintura, apoyó la cabeza en mi pecho y, casi en un susurro, lo soltó:

—Te quiero.

Mi cuerpo se quedó rígido. «No, no…, no ha podido haber dicho eso». Pero lo había dicho. Y yo no supe cómo reaccionar.

Se tensó al instante. Y entonces lo comprendí: confiaba en que le respondiera. Esperaba algo de mí. Sin embargo, no pude. Las palabras se quedaron atascadas en la garganta.

Jordan se apartó poco a poco, sin mirarme, recomponiéndose como pudo. La decepción se le notaba en la cara, y me sentí como una auténtica mierda por ello.

—Nathan, tienes que tomar un vuelo. Y yo necesito descansar, mejor comencemos con la sesión.

Me acomodé en la camilla sin mirarla, mientras un silencio espeso se instalaba entre nosotros. Comenzó a revisar mi rodilla y aquello se volvió insoportable. Tras conectar una de las máquinas, se alejó, dándome la espalda, y fijó la vista en el ordenador.

—Voy a aprovechar para revisar unos expedientes. Mañana hablaré con River, necesito que me oriente —aclaró, buscando una excusa para alejarse de mí.

Yo no contesté nada. ¿Qué cojones iba a decir? Me había confesado que me quería y yo le había respondido con silencio.

Nunca había pronunciado esas palabras. Nunca. Y, sí, me daban miedo, porque significaban algo demasiado grande. Y temía que si lo

decía en voz alta, si lo aceptaba…, fuera real.

¿A quién quería engañar? Lo que me pasaba con Jordan iba mucho más allá. En cuestión de semanas, esa mujer no solo estaba en mi casa y en mi cama…, estaba en cada jodido rincón de mi mente. Estaba en mi corazón. Y eso… eso me aterraba.

Capítulo 22

JORDAN

Seis años antes…

¡¡¡Drrrrrrr!!! Ese fue el sonido de la libertad.

El timbre marcó el final de las clases, de los exámenes, del curso y de mi vida en Toronto. Por fin.

Ahora, las cosas solo podían mejorar. Regresaría a Seattle, volvería a ver a mis amigos, estaría cerca de Caden e iría a la universidad. Y lo más importante: dejaría atrás ese infierno.

No sabía cómo había aguantado tanto. No solo en casa, sino en la escuela y fuera de ella. Ashley se encargó de que mi existencia se convirtiera en una condena. Y Tyson…, bueno, lo suyo fue peor. Me acosó, me persiguió, convirtió mi vida en una pesadilla. Cualquier chico con el que me tocaba hacer un trabajo terminaba recibiendo una paliza de él y sus amigos, ese grupo de imbéciles que creían que ser jugadores de hockey les daba derecho a todo.

Al final, la mitad del instituto me evitaba como si tuviera la peste. Me aislaron de todos. Menos de Liam. Si no hubiera sido por él, no habría podido sobrellevar todo aquello. Pero ya estaba. Se acabó. Era mi último día.

No tenía exámenes de recuperación, aunque sí algunos trabajos extra para subir nota. El romance con Tyson me pasó factura en las calificaciones, aunque no pensaba dejar que eso me impidiera estudiar lo que siempre había querido.

Estaba guardando mis cosas en la taquilla cuando, de repente, dos brazos me rodearon por la cintura y me levantaron en el aire.

—¡Por fin libres, joder! —exclamó Liam, girando conmigo.

Para él también era una liberación. No solo dejar el instituto, sino por tomar distancia de sus padres, que seguían sin aceptar que era gay. Según él, podrían pasar años y eso no cambiaría. Por eso había decidido mudarse a Winnipeg. Más asequible, más oportunidades. Independencia.

Yo, en el fondo, sabía que había tenido suerte con mis padres. Siempre me apoyaron. Siempre fuimos una piña. Mi abuelo le había pedido a mi padre que se quedara como entrenador de los Toronto Wolves. Estaban haciendo una gran temporada, y él era querido por todos. Era imposible no hacerlo. Amaba el hockey. Y mi madre lo habría apoyado sin dudarlo, su amor era así. Inmenso, generoso.

No obstante, papá rechazó la oferta. Se quedaría hasta el final de la temporada, hasta que encontraran un sustituto, después, regresaría con nosotras. Eligió a su familia por encima de todo. Yo sería la primera en partir. Caden me tenía preparada una sorpresa para mi graduación y no podía estar más emocionada.

—Se acabó esta mierda y este puñetero lugar para siempre —prosiguió Liam con entusiasmo, devolviéndome al presente.

—No me lo puedo creer. No volveremos a ver a esta gente nunca más. —Señalé en dirección a Ashley y su séquito, que se quedarían más tiempo en el instituto para hacer las recuperaciones. Liam sonreía entusiasmado con picardía. Y antes de que pudiera preguntarle qué tramaba, levantó su dedo bien alto y gritó con todas sus fuerzas:

—¡QUE OS JODAN, CABRONES DE MIERDA!

No pude evitarlo. Lo imité levantando los dos dedos corazón, en un gesto desafiante, porque con uno no era suficiente. Y entre risas, salimos corriendo de aquel apestoso lugar, dejando atrás todo lo que alguna vez nos hizo daño.

***

El cielo estaba oscurecido y el aparcamiento del instituto parecía un cementerio abarrotado y desierto a la vez. Todos estaban en el pabellón, pendientes del último partido en el que el equipo de hockey se jugaba el primer puesto. Todos menos Liam y yo.

Él me había citado allí sin darme explicaciones. Por más que pregunté, no soltó prenda. Estaba claro que a la pista de hielo no íbamos a ir. Seguía furioso porque el entrenador lo había dejado fuera del partido sin una razón lógica. Para él, Tyson o su padre tenían algo personal contra él. Y si no jugaba, tampoco iba a sentarse en el banquillo como un espectador más.

Salir por la noche no era fácil para mí. Mis padres vigilaban cada uno de mis movimientos, como si tuvieran miedo de que hiciera alguna estupidez o me pasara algo. Desde hacía un tiempo, vivían en estado de alerta constante, y sabía que seguirían así hasta que me marchara a la universidad.

Esa noche, sin embargo, no me costó demasiado. Mi padre y mi tío estaban enfrascados en una discusión monumental. Rick, desesperado por conseguir el puesto de entrenador, había venido a pedirle a mi padre que intercediera con mi abuelo, para que le diera el puesto. Sin embargo, mi padre no tenía ninguna intención de apoyarlo. Conocía su carácter explosivo y su manera agresiva de entrenar, por lo que estaba totalmente en contra de sus métodos. Y ahí explotó todo: recriminaciones, celos, envidias…

Así que aproveché el caos y salí. Al fin y al cabo, mis padres creían que estaba con Liam viendo el partido. Pequeño detalle que no era del todo cierto. El lugar era el mismo, ¿qué más daba si entraba o no al pabellón?

Mi teléfono vibró en el bolsillo.

—¿Dónde estás? —pregunté en cuanto descolgué—. Llevo un rato aquí plantada.

—Ven a la puerta del patio del comedor —respondió él antes de colgar.

Suspiré y caminé hasta allí, con el sonido lejano del partido de fondo. No había ni un alma fuera.

Al llegar, miré a mi alrededor. Nada. Entonces, de golpe, la puerta se abrió.

—Pero ¿qué narices…? —mascullé, viendo a Liam al otro lado.

Apenas abrí la boca para hablar, me agarró del brazo y me arrastró adentro.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? ¿Quieres que nos metamos en problemas justo antes de graduarnos? ¡Aquí hay cámaras!

—Shhh, tranquila. Está todo controlado —susurró con una media sonrisa—. Theo ha hackeado las cámaras y las alarmas. Ahora están apagadas.

Me tendió una máscara de payaso de *It* y un mono negro entero, con un gorro de lana.

—Póntelo.

—Liam, ¿por qué me das esto?

Mi amigo hacía muchas locuras, pero esto era un delito.

Liam había comenzado una relación con un universitario de Ingeniería Informática que había conocido en redes. Al principio, lo suyo fue puro *sexting* —algo que a mí me parecía una locura, porque «hola, peligro»—, aunque después se conocieron en persona y, por suerte, el chico no resultó ser un psicópata. Aunque, viendo lo que estábamos haciendo ahora, comenzaba a dudarlo.

—Escúchame. Solo confía en mí, ¿vale? Esto va a ser legendario.

Y no sabía por qué, pero algo me decía que me iba a arrepentir de haber venido.

—Hemos pasado un año de mierda, y tú más que nadie has estado sometida a toda esta gente. Un grupo manejó nuestras vidas a su antojo, nos hizo vivir un infierno. ¿Y qué decir del profesorado? Miran para otro lado, porque aquí estudian los hijos de familias pudientes y un escándalo cambiaría la imagen de este lugar. Es mejor tapar la porquería y fingir que todo está en orden.

—JoJo, dime… Ahora que esto se ha acabado, ¿no quieres hacer algo? ¿Librarte de todos los malos momentos y gritarle al mundo? Porque yo sí.

Tenía razón en todo lo que decía. Pero, por mucho que él y yo hiciéramos, nada cambiaría. Apenas habíamos logrado llegar hasta aquí. Sin embargo, algo dentro de mí gritaba venganza.

—Liam, ¿qué tienes en mente? Te aviso que quiero graduarme y largarme de Toronto para siempre.

—Y lo harás. —Sonrió con picardía mientras abría una mochila y me mostraba botes de pintura en aerosol—. Vamos a exponer toda la mierda que pasa en este lugar. ¿Te apuntas?

—¿Quieres hacer pintadas?

—No, cielo. Busco sacar todo lo que llevo dentro y destapar las cloacas de este sitio, empezando por el entrenador de hockey. No permitiré que más chicos pasen por lo que yo pasé.

Vaya. Me parecía valiente por su parte. El padre de Tyson no podía seguir en ese puesto, aunque acusarlo abiertamente no era

fácil. Sería la palabra de Liam contra la suya, y dudaba que otros jugadores hablaran. Siempre estaba el miedo a arruinar sus carreras.

Y entonces lo entendí. No era el único adulto que se había saltado las normas.

—Hagámoslo —dije con decisión—, pero también deberíamos mencionar al profesor Gagnon.

—¿Por qué? Parece un buen tipo. Además, todas las chicas lo adoráis. Debo admitir que yo también.

—Pues deja de admirarlo. Ha dejado embarazada a tu ex, Brianna.

—¡Hostias! ¡Qué fuerte!

—El domingo, cuando fui a comer a casa de mi abuelo, Brianna estaba con mi prima. Hablaban de interrumpir el embarazo. Ashley le dijo que ese bebé era su salvoconducto para que Gagnon les aprobara la asignatura. Supongo que lo están chantajeando. Ellas son lo peor, sin embargo, él no se quedó atrás preñándola.

—¡La leche! ¿A qué esperamos, querida? Tenemos mucho que contar en las paredes de este edificio y el tiempo apremia.

—¿Seguro que no nos van a pillar?

—Theo lo controla todo. No te preocupes. Pero sin riesgo no hay emoción. —Me lanzó un bote de pintura—. Vamos.

Empezamos por las taquillas. Toda una fila se la dedicamos a Ashley. Era lo mínimo que se merecía después de haber hecho la vida imposible a medio instituto. Justo enfrente, Tyson y su panda de imbéciles también tuvieron su espacio de honor. Hablamos de todo: amenazas, golpes, burlas, humillaciones, drogas, alcohol…, cada abuso que habían cometido en esos pasillos.

Sin embargo, yo quería más. No pude evitarlo. Quizás no estaba bien, pero me salió solo. Dejé bien claro lo pésimo amante que era mi ex. Fue mi manera de soltar lastre, de liberarme de esos recuerdos de encuentros que preferiría borrar. Porque, sí, lo peor fue cómo me manipuló para conseguir lo que quería, haciéndome sentir siempre mal. Un egoísta de mierda. Y ahora todo el mundo lo sabría.

Seguimos por la pared sobre las escaleras, el sitio más visible de todo el instituto. ¿Quién se merecía ese honor? Pues, claro, nuestro querido entrenador de hockey. No terminamos ahí. También le

dedicamos unas palabras a Gagnon y sus «relaciones demasiado cercanas» con las alumnas.

Y, por supuesto, no podíamos olvidarnos del gran reproche al profesorado y al director. Porque girar la mirada hacia otro lado mientras todo esto pasaba también los hacía culpables.

Al terminar, nos miramos satisfechos y sonreímos. No solo habíamos hablado por nosotros, sino por todas esas personas que alguna vez fueron víctimas en este lugar.

Al día siguiente, aquello explotó como una bomba. Fue un escándalo. Mucha más gente de la que pensábamos se sentía representada, y por primera vez en mucho tiempo, los que siempre agachaban la cabeza, la levantaron. Los «intocables» quedaron en evidencia. Los líderes, humillados.

Ese día suspendieron los exámenes de recuperación, se pasaron a la jornada siguiente. Hubo entrevistas en Dirección, con todos los alumnos cuyos nombres habían aparecido en las paredes. Todo iba muy rápido. Al tercer día, el asunto ya estaba «resuelto». Así, entre comillas. Oficialmente, el profesor Gagnon había aceptado una oferta de trabajo irrechazable. Brianna no regresó por una supuesta intoxicación alimentaria. Mentira. Sabíamos que había abortado y que sus padres habían hecho todo lo posible por taparlo. Porque, claro, les preocupaba más el escándalo que la salud de su hija. El padre de Tyson anunció que se retiraba del mundo del hockey. Declaró que era el momento perfecto, que quería cerrar esa etapa junto a su hijo. Otra mentira. Todo era mentira.

Sin embargo, esta vez no pensábamos dejar que lo enterraran. Había vídeos, fotos de lo que escribimos en esas paredes. Corrían rumores sobre una publicación masiva en redes. Teníamos pruebas. Y sentíamos rabia.

Eso pensábamos.

Porque la unión que habíamos sentido esos días se rompió de golpe. Inesperadamente, llegó una carta del instituto a todas las casas. Informaban sobre un «ataque vandálico» con mensajes hirientes. Según ellos, tras investigar, habían descubierto que el responsable había sido un alumno con problemas mentales, que

llevaba tiempo sin tomar su medicación y que, en un momento de «delirio», había hecho todo aquello.

Hablaban de empatía, de entender la situación. Anunciaban que no tomarían medidas legales y pedían que, por el bien del alumno, se dejara el tema atrás. Que no «ensuciáramos» la graduación.

Ensuciar. Esa fue la palabra que usaron. Como si lo sucio fuéramos nosotros. Sin embargo, los repugnantes eran ellos. Los turbios. Los desalmados.

Me sentí frustrada. Vacía. Otra vez ganaban. Siempre lo hacían. Los alumnos, los profesores, los padres… Todo estaba podrido. Lo único que les importaba era evitar el escándalo.

Nosotros éramos solo ruido que se podía silenciar.

Llegué a casa echando humo. Apenas lancé un «hola» al entrar. Me encerré en mi cuarto, tiré la mochila al suelo y me desplomé en la cama. No tardaron en aparecer mis padres, preocupados, como era de esperar.

—¿Qué ha pasado? —indagó mi madre con ese tono cariñoso que la caracterizaba.

—Nada. Otro puto día de mierda en ese sitio —solté sin pensarlo.

—Jordan, cuida esa boca —me reprendió. Sin embargo, me daba igual. Era lo que sentía.

Vi que mi padre llevaba en la mano el dichoso comunicado del instituto. Me levanté de un salto, se lo arranqué y lo hice trizas antes de lanzarlo a la papelera. Los dos se quedaron en *shock*. Creo que nunca me habían visto así. No obstante, estaba a punto de explotar y la rabia me quemaba por dentro.

—Hija, ¿qué te pasa? ¿Puedes explicárnoslo? —inquirió mi padre con el ceño fruncido.

—Cariño, ¿es por lo del instituto? Ya está todo solucionado. La graduación sigue adelante, como debe ser —intentó calmarme mi madre, como si me estuviera dando una buena noticia.

—Me importa una mierda la graduación. Nada está solucionado. Han tapado toda la porquería como siempre, y la gente aplaude y se calla. ¿Es que nadie se ha preguntado si lo que decían esas pintadas era verdad?

—Jordan, han investigado. Fue un chico con problemas… Ya sabes, no estaba bien, se le fue de las manos —trató de explicarme ella con tono comprensivo.

—¡Mentira! —grité, con las lágrimas a punto de salir.

Mi madre se quedó paralizada, iba a decir algo, pero mi padre levantó la mano y tomó el mando.

—Esa es una acusación muy seria, hija. No puedes decir eso sin pruebas.

Respiré hondo, ya no había vuelta atrás.

—¿Pruebas? Te las doy ahora mismo. Fui yo. Yo hice esas pintadas.

—¿Qué? —Se llevó la mano a la boca, incrédula.

—Sí, yo. Y cada palabra que escribí es verídica. Este año ha sido… ha sido un infierno. Me humillaron, me acosaron, me hicieron sentir que no valía nada. Llegué a necesitar las pastillas para aguantar. Y ¿sabes por qué no os conté nada? Porque estaba muerta de miedo. La que empezó esta pesadilla fue mi prima. Y más tarde se sumó Tyson, sí, ese Tyson —aclaré, viendo cómo se les venía a la cabeza la imagen del chico perfecto, el «novio de Ashley»—. Entre los dos me destrozaron. Dejándome completamente aislada. Solo Liam permaneció a mi lado. Los demás me esquivaban, por temor a que les pasara lo mismo. Y lo peor de todo es que los profesores lo vieron y no hicieron nada.

Mi madre se me echó encima, abrazándome fuerte, con el cuerpo temblando y los ojos llenos de lágrimas.

—Dios mío, cariño. Perdóname.

—Jordan, estoy decepcionado. Conmigo, con tu madre, con todo. Pensé que estábamos haciendo las cosas bien, que confiabas en nosotros. Aunque está claro que no fue así. No me puedo perdonar que te sintieras sola.

—Papá…, yo…

—No, hija. Me duele que no sintieras que estábamos aquí para ti. Siempre estaremos de tu lado. Siempre.

Mi padre se quedó callado. Respiró hondo antes de continuar hablando.

—Rachel, llegamos tarde. El daño está hecho. Sin embargo, esto se acaba hoy. Mañana mismo volvéis a Seattle.

—Michael, ¿y la graduación? —preguntó ella, sin soltarme.

—Me importa muy poco ese acto. Mi hija no va a recibir sonrisitas falsas ni palmaditas de esa gente. No quiero que pise más ese instituto. Nunca debí traeros a Toronto. Huir de aquí fue lo mejor que hice hace años, y ahora os he arrastrado de nuevo a este lugar y ella ha pagado el precio.

No aguanté más y rompí a llorar. Mi padre se acercó y nos abrazó a las dos, fuerte, como si quisiera protegernos del mundo entero.

—Todo va a ir bien, mi pequeña. Mañana estarás en casa, en nuestro hogar. Donde debimos permanecer.

—Papá…, ¿puedo despedirme de Liam? Él ha estado siempre ahí. Aguantó conmigo, aunque eso le costara también lo suyo. Necesito decirle adiós.

—Claro que sí, hija —fue mi madre la que me contestó con la voz temblorosa. Ella también lloraba.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que no estaba sola.

***

—¿Puedes cambiar esa cara? Es nuestra última noche juntos, ¡hay que despedirse por todo lo alto! —Liam sonreía mientras buscaba sitio para aparcar en el campus.

—Uf… Es que me siento fatal por mentirles a mis padres. Ellos creen que voy a dormir en tu casa, que pasaremos la noche viendo pelis, comiendo *pizza* y chucherías. En vez de eso, estamos aquí colándonos en una fiesta universitaria. Como se enteren, me matan.

—Relájate, cielo. Vamos a estar un rato, lo pasaremos genial, bailaremos, nos reiremos y echaremos un ojo a los universitarios buenorros, que no son como los críos con los que compartimos clase. Después nos vamos a casa como si nada. Y mañana, cuando cojas ese avión a Seattle, lo harás con una sonrisa, porque esta noche va a ser legendaria. Nos lo merecemos, ¿o no?

—Supongo que sí… ¿Qué podría salir mal?

—¡Esa es mi chica! —Chocó su mano con la mía—. ¡A por una noche loca!

Aparcó y casi inmediatamente apareció Theo, su novio. No tardaron ni dos segundos en fundirse en un beso tan intenso que me hizo soltar una risa nerviosa.

—Vale, tortolitos, cortad el rollo, que todavía no ha arrancado la noche —bromeé.

Nos llevó a una de las muchas fiestas que se montaban en las casas del campus. Al principio me sentí fuera de lugar. Demasiados universitarios, demasiado mayores, demasiado seguros de sí mismos. Yo solo era una chica de instituto que en pocas horas dejaría esa ciudad atrás. En cambio, Liam se movía como pez en el agua. Hablaba con todo el mundo como si estudiara allí.

Tras un par de cervezas, me fui soltando. Acabé jugando a los dardos con los amigos de Theo, comiendo patatas fritas y riéndome a carcajadas. Lo estaba pasando mucho mejor de lo que imaginaba.

Y después estaba Will, el compañero de piso de Theo. Nada mal, por cierto. Alto, sonrisa fácil, mirada que prometía cosas interesantes. Me estaba alegrando la noche, y ¿por qué no dejarme llevar? Entre risas, cervezas y miradas cómplices, llegaron los besos. Y qué besos. De esos que te hacen olvidar que al día siguiente tienes que madrugar.

Al final, decidimos irnos los cuatro a su piso. Quería llevarme un buen recuerdo de Toronto. De su gente y del sexo. Porque, ¿por qué no?

La cerveza comenzaba a hacerme efecto en la vejiga, así que mientras ellos recogían las chaquetas, fui al baño. Había cola, claro. Estaba revisando el móvil cuando, de pronto, sentí cómo unas manos me agarraban fuerte por la espalda. Me arrastraron hacia fuera.

—¡Eh! ¡Suéltame! —grité mientras forcejeaba.

Pataleé, empujé con todas mis fuerzas, hasta que conseguí girarme. Y ahí lo vi. Tyson.

El pánico me recorrió de arriba abajo.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —Intenté zafarme, sin embargo, él me agarró aún más fuerte de la muñeca.

—Ven, tenemos que hablar.

—¡No quiero hablar contigo! ¡Déjame en paz!

Quise frenar con los pies, chillé, aunque la gente nos miraba con indiferencia. Algunos sonreían como si fuera una discusión de pareja.

Cada vez que intentaba gritar, Tyson me callaba de la peor manera posible: me besaba. Un beso forzado, asqueroso. Giraba la cara con repulsión, aunque él insistía. Hasta que, la última vez, le di una bofetada.

Creí que se detendría. Pero no. Su mano voló hacia mi cara y me devolvió el golpe. Fuerte. Tan fuerte que me dejó paralizada. Me llevé la mano a la mejilla, ardía. Le miré con los ojos llenos de lágrimas y odio. Porque eso era lo que sentía por él. Un odio tan inmenso como el amor que había sentido en su momento.

—Ojalá te pudras, cabrón de mierda. Menos mal que no voy a tener que ver tu asquerosa cara nunca más. No sabes cuánto te detesto.

—Por eso lo hiciste, ¿no? —escupió Tyson con rabia—. Zorra. Tú y tu amiguito maricón lo jodisteis todo con esas pintadas. Arruinaste a mi padre, me arruinaste a mí. Vas a pagar por ello.

Tiró de mí con fuerza otra vez. Intenté soltarme, forcejeé, sin embargo, todo fue inútil. De repente, una voz me paralizó.

—¡Suéltala ahora mismo o llamo a la poli!

Y acto seguido, un chorro de bebida rosa voló por el aire. Me salpicó la cara y a Tyson le cayó encima, empapándole la camisa y las zapatillas. Fue lo único que bastó para que me soltara, maldiciendo mientras se sacudía.

—¡Ashley! —rugió él—. ¡Eres gilipollas! ¿Sabes cuánto costaron estas zapas? ¡Eran nuevas, joder!

Me giré, atónita. Era mi prima. Venía directa hacia mí, pero en vez de soltar alguna burrada como siempre, me agarró las muñecas y miró las marcas que me había dejado Tyson.

«¿Esto está pasando de verdad?».

—Lárgate, imbécil —le exigió Ashley con su tono autoritario.

—¿Qué dices? —Él parecía no entender nada—. ¿Ahora la defiendes? ¡Si te dejó como una guarra delante de todo el instituto con esas pintadas! ¡Todo el puto mundo se rio de ti!

—Ya basta, Tyson. Estoy harta. Tú viste cómo nos miraban, como si fuéramos monstruos. No quiero más de esto. Ya es suficiente.

—Iros a la mierda, primitas Callahan —gruñó antes de largarse, todavía limpiando la camisa.

Me quedé de piedra. Ashley… ¿de mi lado? No sabía qué decir. Ella me miró, casi preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. Debería volver a la fiesta, Liam me estará buscando.

—Claro, te acompaño. Toma, bebe un poco. —Sacó de su bolso una botella de agua—. Siempre llevo una, para ir alternando con el alcohol. Así no me sube tan rápido.

Intentó sonar amable. Como si de verdad le importara. Sin embargo, a mí todo aquello me parecía extraño. Le agradecía que me hubiera ayudado, aunque no podía olvidar todo el daño que me había causado. Cogí la botella, más por terminar rápido esa conversación que por otra cosa. La garganta me ardía de tanto gritar, así que di un trago.

—Puedo ir sola. No hace falta. Gracias.

—Sí que hace falta. Tyson podría estar por ahí todavía. Jordan, sé que te hice mucho daño. Pero déjame, al menos, hacer esto por ti.

Me la quedé mirando. Había algo que no me cuadraba, pero estaba cansada. Asentí y empecé a caminar con ella. De golpe, todo empezó a dar vueltas.

—Mierda… —susurré—. No puede ser. No me pudieron haber subido así tres cervezas.

El suelo se tambaleaba. Quise aferrarme a su brazo, sin embargo, ella se apartó y mi cuerpo se desplomó. Y en ese instante la escuché reír.

—Ay, Jordan. Siempre has sido una idiota. ¿De verdad pensabas que Tyson y yo no íbamos a estar del mismo lado? Por favor. En todos los mundos posibles estamos juntos.

—Yo… Me has drogado… —balbuceé con la lengua torpe—. ¿Por qué? ¿Por lo de las pintadas?

—¿Eso? A la dirección se la sudó. Lo taparon todo en dos días. Les importa una mierda. Lo que me jodió fue que tu padre vino a mi

casa. Se lo contó todo al mío y, peor, al abuelo. Ahora ni me habla. Por tu culpa. Por eso vas a pagar, prima.

—¿Qué…? —Intenté moverme, pero nada. Solo mis ojos respondían.

—¡Lleváosla!

¿A quién le estaba hablando? Entonces los vi. Sombras que se acercaron de golpe. Sentí manos cogiéndome por los brazos, tirando de mí. Eran varios. Chicos y chicas. Lo supe por la ropa, por el peso de las manos. Tyson estaba entre ellos, lo reconocí por las manchas rosas en sus zapatillas.

Sin embargo, lo más impactante fue cuando levanté la vista. Llevaban cascos de portero de hockey. El pánico me invadió e intenté gritar, aunque no podía. Mi cuerpo ya no reaccionaba.

Solo mis ojos se movían. Y lo que veían era el principio de una pesadilla.

Capítulo 23

JORDAN

Paciente: Nathan Prescott
Edad: 28 años
Deporte: Hockey sobre hielo (NHL)
Equipo: Toronto Wolves

Diagnóstico actual:

Lesión: Tendinitis rotuliana en la rodilla derecha.

Evolución: Mejora significativa en inflamación y movilidad, aunque todavía presenta dolor intermitente tras esfuerzos intensos, especialmente en patinaje explosivo y frenadas abruptas.

Pruebas biomecánicas: Si bien ha recuperado estabilidad y fuerza en el cuádriceps, sigue habiendo un ligero déficit en absorción de impactos.

Pautas para fisioterapia postratamiento:

Objetivo: Minimizar el riesgo de recaída y evitar sobrecarga.

Trabajo de fuerza y estabilidad:

Ejercicios excéntricos y propiocepción avanzada.

Fortalecimiento de core y glúteos para optimizar biomecánica.

Carga progresiva en el hielo:

Semana 1-2: Solo patinaje técnico y tiros sin exigencia máxima.

Semana 3-4: Aumento de intensidad con giros y frenadas controladas.

Semana 5-6: Integración al entrenamiento con contacto limitado.

Terapias complementarias:

Crioterapia postentreno.

Masoterapia en zona de carga para evitar contracturas.

Evaluación en 4 semanas para determinar si está listo para competir al 100%.

Advertencia médica:

Si bien ha progresado de manera positiva, aún no ha alcanzado una recuperación total. Forzar su regreso a la NHL en este momento aumenta el riesgo de recaída o lesión crónica. Se recomienda un reintegro gradual y supervisado.

Firma:

Dr. Marcus Levin

Especialista en Ortopedia y Rehabilitación Deportiva

Desde que Nathan me envió el informe médico, no dejé de darle vueltas. Me alegraba que estuviera mejorando, obvio que sí, pero sabía que no estaba listo para jugar al ritmo que lo hizo en el último partido, y eso me preocupaba.

Temía que un mal golpe o un esfuerzo de más le costara la carrera. Y no iba a permitir que eso pasara.

Lo cierto es que todavía no habíamos hablado del tema. Para ser sincera, en los dos días que estuvo en Chicago apenas cruzamos palabra, y no por él, sino por mí.

Creo que la frase más larga que le dije fue cuando me envió el dichoso informe:

—Lo revisaré. Hablamos a tu vuelta. Me alegro mucho de que te estés recuperando.

—¿Charlamos un rato, Seattle? —me propuso a continuación.

—No puedo, tengo mucho trabajo —mentí… a medias.

Vale, el sábado estuve todo el día en el estadio con sus compañeros y el domingo fui a casa de River. Me echó una mano con algunas dudas y, de paso, nos pusimos al día. La pobre todavía andaba hecha polvo tras su caída por las escaleras. Entre calmantes y reposo, no paraba de repetirme lo consternada que estaba por dejarme sola con todo el trabajo.

Lo cierto es que, más allá de mis ocupaciones, lo había estado evitando.

Aquel «te quiero» que se me escapó sin pensar me tenía en un estado de pánico absoluto. Me sentí como una idiota, porque, sí, me había enamorado de él. Y no tenía ni idea de cómo iba a gestionar esos sentimientos.

Cuando llegó anoche de su viaje, me escondí en la cama temprano. Sabía que, como siempre, iba a entrar por la terraza para venir a verme, así que se me ocurrió la brillante idea de hacerme la dormida.

Esta mañana, más de lo mismo. Me escabullí bien temprano y hasta adelanté la cita con Dupuis solo para no cruzarme con él.

Esto de ser un «nosotros» sin etiquetas me pareció una buena idea en su momento, sin embargo, ahora empezaba a considerarlo un error. Uno enorme del que debería salir corriendo. ¿El problema? Que mis sentimientos no dejaban de crecer. Y crecer. Y crecer.

—¡Ey, Jordan! ¡Tierra llamando a Jordan! —la voz de Dupuis me devolvió a la realidad—. Preciosa, la máquina lleva un rato pitando.

—¡Mierda! —Me levanté de golpe y me aparté del ordenador para desconectar el aparato.

—No sé si me odias o simplemente tienes el peor despertar de la historia, pero recuérdame que no vuelva a aceptar una cita a estas horas.

—¿Por qué dices eso? —le sonreí, intentando centrarme de nuevo.

—Porque me has castigado con un masaje que podría resucitar a un muerto y, encima, la máquina parecía que me estaba haciendo *electroshock*.

—¡Exagerado! —me reí—. Y si no te gusta, ya sabes: deja de ir como un animal por la pista y quizás no tengas que pasar por mis torturas.

—Jordan, preciosa, me caes muy bien. Pero, ¿sabes qué?, te temo como novia. Admiro a Prescott, porque aguantar tu ritmo debe ser digno de una medalla.

—¡Lárgate antes de que te conecte de nuevo! —Le lancé una mirada amenazante mientras él se reía.

—Hablando de mí, ¿eh?

Mierda.

Su voz.

Me quedé petrificada.

Era él.

Estaba ahí.

Y no tenía escapatoria.

—Sí, tío, tu novia es de armas tomar —bromeó Dupuis, dándole una palmada en la espalda. Antes de salir, se acercó a Nathan y, en tono de conspiración, le susurró—: Me largo antes de que me electrocute las pelotas.

Nate le correspondió con una media sonrisa, aunque sus ojos no se movieron de mí.

Me atravesaban.

Esperando.

Deseando que Dupuis desapareciera de una vez y nos dejara solos.

Y yo solo podía pensar que iba a morir ahí mismo.

Nathan se plantó frente a mí en dos zancadas. Sus manos se deslizaron por mi cintura mientras murmuraba junto a mis labios:

—Seattle…, cuánto te he echado de menos.

Su aliento rozó mi boca, y juro que no había nada en este mundo que me apeteciera más que permitir que continuara. Sin embargo, no podía. Carraspeé y me separé un poco, como quien se aleja de una hoguera antes de quemarse viva.

—¿Pasa algo?

—No…, bueno, sí… —Empecé a dar vueltas por la sala, como si así fuera a encontrar una explicación lógica, aunque no la hubiera—. Estoy trabajando. Ya sabes…, esto es poco profesional.

Levantó las cejas, claramente alucinando. ¿Cómo no iba a hacerlo?

«¿Pero qué clase de chorrada le acabo de soltar?». Después de los arrumacos en este mismo despacho y en los vestuarios. «Ay, Dios…, los vestuarios».

Solo de recordarlo, sentí cómo el calor me subía por las piernas.

—Jordan, ¿puedes decir algo coherente? Porque, sinceramente, empiezo a preocuparme. Últimamente estás más rara de lo normal, y eso ya es mucho decir.

¿Cómo le explicaba que estaba hecha un lío monumental? Que había soltado un «te quiero» y ahora no sabía ni por dónde salir. Que me había enamorado de él y todo esto me daba vértigo. Debía improvisar algo, rápido, antes de que siguiera sospechando.

—Tenemos que hablar —solté al fin—. Es por tu lesión.

Giré la pantalla del ordenador y le mostré el informe que me había enviado. Posteriormente deslicé el ratón hasta abrir una hoja de seguimiento que había preparado.

—Sé que no vas a parar, te conozco. Así que voy a ayudarte. Pero escucha bien, Nathan… —Lo miré con seriedad—: Si veo que te estás destrozando, seré yo quien te detenga.

Él se inclinó para leerlo con atención mientras yo seguía explicándole el plan:

—Infiltraciones solo en casos extremos, nada de abusar. Después de los partidos, crioterapia y masoterapia intensiva: baños de hielo, compresión, masaje de descarga, electroestimulación… Todo el *pack*.

Levantó la vista y esbozó una sonrisa, de esas que me desestabilizaban siempre.

—Gracias, nena. —Su rostro se acercó peligrosamente al mío.

«Dios, dame fuerza porque si me besa, me pierdo».

De inmediato, agarré la botella de agua que tenía sobre la mesa y le di un trago, como si me fuera la vida en ello.

Me hizo gracia lo cutre que había sido el gesto, sin embargo, la cara de Nathan cambió al instante. Su expresión se volvió seria, casi molesta.

«Genial. Otro punto más para cagarla».

—Deberías irte ya —solicité, intentando sonar profesional—. Tus compañeros te esperan para el entrenamiento y yo tengo mucho trabajo.

Justo en ese momento, sonaron unos golpecitos en la puerta.

«Gracias, universo».

—Adelante —hablé con más alivio del que quería demostrar. Liam entró, con su eterna sonrisa y un par de vasos en la mano.

—JoJo, te traje té. Tengo diez minutos libres, así que aprovechemos para ponernos al día. ¿Qué tal el día de descanso, chicos?

—Pésimo —soltó Nathan, seco como un desierto—. Aunque parece que la jornada empieza todavía peor.

Me quedé anclada en el sitio. Estaba enfadado. Y mucho.

—Seattle, te veo a la salida.

—No me esperes —interrumpí rápidamente—. Tengo que irme antes. Susan viene a verme y quiero pasar tiempo con ella. Mejor nos vemos mañana.

—Sí, claro…, mañana, o si lo prefieres, la semana que viene. —Nathan salió dando un portazo. Cerré los ojos y suspiré.

—JoJo, ¿qué ha sido eso? —Liam me miró con curiosidad mientras daba un sorbo a su café.

—No preguntes. Mejor háblame de ti, ¿qué tal con Conor?

—Pfff… sí, sí, bueno… —sonrió de oreja a oreja—. Estamos juntos. Pareja, novios, lo que sea. Y te juro que estoy en una nube, enamoradísimo. Es que me tiene loco, en todos los sentidos. Y te digo más, nunca había disfrutado tanto del sexo. Es un dominador y, chica, me encanta.

—Creo que puedo hacerme una idea —dije con picardía, recordando lo que me había tocado ver en los vestuarios.

—Nena, eso no fue nada. Si te contara cómo quedó la casa…, parecía zona de guerra.

—Madre mía —me reí—. Entonces, ¿ya es oficial? ¡Me alegro un montón por los dos!

—Sí, bueno, oficial entre nosotros. Porque de puertas para afuera, nada. Conor no quiere que se sepa, piensa que no está preparado. Le agobia todo lo que pueda pasar si sale a la luz. Está hecho un lío, porque dice que el único hombre que le gusta soy yo. Que sigue sintiendo atracción por las mujeres. Sin embargo, me ha confesado que no quiere perderme. Que lo único que tiene claro es que me ama.

—Ay… —Me llevé una mano al pecho—. Eso es precioso.

Y de repente, los ojos comenzaron a picarme. Porque yo también había dicho esas palabras. Y no había escuchado nada a cambio.

—Ey, ey…, ¿qué pasa? —Liam dejó la taza y se inclinó hacia mí—. Te conozco, JoJo. Suelta.

Dudé un segundo. Pero ¿para qué mentirle? Era Liam, él siempre lo ha sabido todo de mí.

—El otro día se me escapó un «te quiero» con Nate —confesé en voz baja, casi avergonzada.

—¿Qué? ¿Y? —Sus ojos brillaron como si esperara fuegos artificiales.

—Y nada. Se quedó callado. Cero. Silencio sepulcral. Me quería morir. Me sentí como una idiota. ¿Cómo he podido enamorarme de él? —Negué con la cabeza—. Así que, decidido, tomaré distancia. Todavía no se lo he dicho y por eso anda tan mosqueado, porque no comprende mi actitud.

—Cariño, te estás montando un drama en la cabeza tú solita. Estás asustada. Sin embargo, te recuerdo algo: Prescott no es Tyson.

—Lo sé, pero…

—No. Escucha. Ese tío te quiere. Te lo digo yo, que lo conozco desde hace años. Y jamás, repito, jamás lo he visto así con nadie. Nunca se involucra. Y contigo está metido hasta el fondo.

—Vale, pongamos que tienes razón. ¿Qué va a pasar cuando terminen mis prácticas? ¿Lo has pensado?

—¿Quieres irte? —Su tono se tornó serio.

—Sabes que no puedo quedarme. Debo alejarme de ellos.

—De acuerdo, pero respóndeme algo: si él te dijera hoy que te ama, que quiere estar contigo, ¿te irías igual?

—No. Le seguiría a donde fuera. Aunque eso significara renunciar a mi carrera. ¿Ves? Soy una tonta.

—No, cielo. Eso no es ser tonta. Eso es estar enamorada. Y en el amor, se cede. A veces uno, a veces el otro.

—Liam. Me he metido hasta el cuello en esto.

—Bienvenida al club, cariño. Aquí todos vamos improvisando. —Rio, levantando su café americano para brindar. Sonreí y choqué mi taza de té con la suya.

***

las burbujas de la piscina y terminé de preparar las bebidas para Susan y para mí. Tenerla allí, en ese momento, me hacía sentir mejor. Obviamente, nadie podría ocupar el vacío que dejó mi madre, aunque el cariño de Susan me reconfortaba de una manera parecida.

De hecho, no llevaba ni cinco minutos en casa cuando ya me estaba mimando. No me permitió pedir la cena, dijo que no estaba

cansada y se puso a prepararme esas verduritas rebozadas que me encantaban. Lo típico de ella. Eso sí, se quedó alucinada al abrir la nevera y ver carne. Me apresuré a explicarle que era de Nathan, lo que nos llevó al tema de que quería conocerlo. Y bueno, esa era otra historia. Tal como estaban las cosas, casi que mejor me sincerara de una vez. No quería mentirle más de lo necesario.

—Susan, ¿te pongo rodaja de pepino o de limón?

No me contestó. Fui hacia la terraza y, a medida que me acercaba, escuché risas y una conversación animada. O estaba hablando por teléfono o con Nathan. Casi prefería lo primero.

—¿Nate? —musité al verlo agachado, charlando tan campante.

—Hola, nena. —Se levantó y me dio un beso suave en los labios —. Salí un rato a leer y vi luz. Me pareció de mala educación no presentarme.

Me estaba provocando, lo percibía en su mirada. Y yo me estaba poniendo mala porque lo estaba complicando todo.

—Y eso ¿qué es? —preguntó, se asomó a las bebidas y las olisqueó con ese aire suyo de experto—. Seattle, permíteme que os prepare algo de verdad. Recuerda que sé un par de cosas de coctelería.

—No hace falta, nos apañamos solas. —Mi tono salió más brusco de lo que pretendía.

Conocía a Susan. Si arrancaban a hablar, no acabarían más y yo no tendría mi rato a solas con ella. Necesitaba ese consejo, esa charla, más que nunca.

Nathan me miró, sorprendido, e inmediatamente su expresión cambió a decepción.

—Me retiro, entonces. —Su mirada pasó de mí a Susan—. Un placer conocerte.

—Igualmente. Espero que podamos conversar con más calma en otro momento —respondió ella, siempre tan correcta.

—Me encantaría. Buenas noches —se despidió sin mirarme, y se fue.

—Vale, olvídate de las bebidas y ven aquí ahora mismo, señorita —susurró Susan mientras señalaba el agua—. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué le has hablado así al chaval?

Me adentré en la piscina, colocándome frente a ella. Las burbujas nos daban cierta intimidad para hablar sin que nadie nos oyera.

—No sé qué me pasa. Te juro que no paro de hacer estupideces. Me siento perdida y muy vulnerable. Temo que esto termine mal y que salga completamente destrozada.

—¿Por qué dices eso, hija? Si estabas radiante. Nunca te había visto tan feliz, con esa luz en la cara.

—Me he enamorado, Susan. Y creo que él no siente lo mismo.

Ella me tomó la mano bajo el agua.

—Jordan. No podemos controlar de quién nos enamoramos. Y tú llevas años cerrada a cualquier emoción. Es normal que te asuste sentir tanto de golpe. Aunque te digo una cosa: ni yo ni nadie podemos asegurarte que no te rompan el corazón. Amar siempre da miedo, porque es desnudarse ante el otro. Sin embargo, lo que no puedes permitir es que ese pánico te paralice. Si te toca sufrir, ya lo harás cuando llegue el momento. No te adelantes a un dolor que igual ni llega.

—Está pasando. Le declaré mi amor y no me respondió.

—Cada uno tiene sus tiempos, cariño. Pero, ¿sabes qué?, si se quedó callado, cuando te lo diga será porque lo siente de verdad. Y te diré más: el amor se demuestra con hechos, no con palabras. ¿Qué ves en lo que él hace por ti? ¿Qué te dice su manera de tratarte?

—Que me quiere. Pero…

—Nada de peros. Quédate con eso.

Estiró los brazos y me atrajo hacia ella.

—Ven aquí, anda. Déjame abrazarte. No sabes cuánto te echamos de menos. Desde que te fuiste, Caden casi no aparece por casa. Mis dos niños se hicieron mayores y se olvidaron de nosotros.

—No digas tonterías. Eso nunca va a pasar.

Nos quedamos así, un rato, en silencio. Hasta que me preguntó:

—Y con lo otro, ¿cómo vas? —Sabía que se refería a Tyson y a mi prima.

—Intento mantenerme lejos, aunque no es fácil.

—¿Y con tu abuelo? ¿Mejoró algo la relación?

—No… Y no creo que pase. No puedo perdonarle. Ni a ellos. Ni a mí misma. Si esa noche no hubiera ido a esa maldita fiesta, si uno solo de nosotros hubiera hecho lo correcto, mis padres estarían vivos.

—Jordan, no puedes seguir cargando con la culpa. Fuiste una víctima. No vuelvas a decirlo, ¿me oyes? Porque como Caden te escuche, se planta aquí en diez minutos. Y no creo que eso sea buena idea, sabiendo lo poco que le gusta tu novio.

—Eso también me tiene mal. Apenas me habla. Y lo extraño tanto…

—Mi hijo tiene que entender que tú eres una mujer, no una niña, y que tomas tus propias decisiones. Como hace él con su vida, aunque a veces no nos guste. Así que, cielo, ¿vamos a por esas copas de una vez? Nos las hemos ganado.

—Sí, por favor.

Le di un beso en la mejilla y salí del agua. Mientras preparaba las bebidas, Susan se acomodó, lista para seguir charlando. La noche transcurrió mucho más relajada de lo que esperaba. Nos reímos, hablamos de Seattle, del trabajo de Peter y de anécdotas sin importancia que, por un rato, consiguieron hacerme olvidar todo lo demás.

Cuando finalmente se fue a acostar, me quedé recogiendo y apagando las burbujas de la piscina. Mi mirada se perdió en el horizonte de las luces de Toronto. Era imponente, casi intimidante, sin embargo, al mismo tiempo tenía algo hipnótico, acogedor. Estaba tan absorta en la vista que no noté su presencia hasta que sentí su brazo rodeando mi cintura. Nathan.

Su otra mano apartó mi cabello mojado con delicadeza y hundió la nariz en mi cuello, aspirando mi olor. Su pecho caliente pegado a mi espalda, su aliento rozándome la piel… Una parte de mí deseaba quedarse en ese instante para siempre. Y en aquel momento, con voz baja y firme, lo dijo:

—Seattle, por fin estamos solos. Ahora sí que no puedes huir de mí, tendrás que contarme qué te pasa.

Mi cuerpo se tensó de inmediato. La magia que me envolvía un segundo antes se esfumó de golpe. Me aparté bruscamente de su

abrazo y tomé distancia.

—Es tarde. Necesito descansar. —Intenté dirigirme hacia el interior, aunque él se adelantó, bloqueando la puerta con su cuerpo. Su expresión había cambiado.

—Déjate de tonterías y habla de una vez, me estás volviendo loco.

—¡Vale, bien! Estos días que estuviste fuera, lo pensé mucho y he llegado a la conclusión de que lo mejor es que tomemos algo de distancia.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—No. No podría hacer eso porque tú y yo no somos pareja. Bueno, solo a ojos de los demás.

—Así que con esas estamos —murmuró—. Adelante, dime a dónde quieres llegar. Porque para no ser nada, como dices, esto se está volviendo demasiado serio.

—No es difícil de entender. No quiero seguir compartiendo momentos contigo, más allá de la fisioterapia o cuando estemos con otras personas.

—¿Por qué? —Clavó sus ojos en los míos.

Me quedé en silencio.

—¡Habla, joder! —insistió, exasperado.

—¡Porque te quiero! —grité de golpe, sintiendo cómo mi corazón se partía con cada palabra—. Y solo intento protegerme. ¡Esto ha sido un error! Un maldito error. Tú y yo no estamos destinados a estar juntos, ni en esta vida ni en cincuenta más. Tú tienes una carrera brillante en el hockey. Y yo solo soy una chica en prácticas que fue obligada a venir a Toronto. Este no es mi lugar, y cuando llegue el momento, tendré que irme.

Nathan comenzó a caminar en círculos, pasándose las manos por la cabeza, murmurando cosas en voz baja. No entendía qué parte de lo que había dicho le había molestado tanto, pero su reacción me inquietaba.

Yo solo quería dejar esto atrás. Quería olvidarme de lo que sentía por él, de la forma en que su mirada me hacía temblar. Ansiaba ser fuerte. Entonces, su mano rodeó mi cintura y con la otra levantó mi mentón, obligándome a mirarlo.

—¿Nunca te has planteado quedarte?

Tragué saliva.

—No es cuestión de lo que yo quiera. Es lo que tiene que pasar.

—No. —Negó con la cabeza—. Estás huyendo como una cobarde. Tienes miedo y prefieres salir corriendo antes de afrontarlo.

Aparté la mirada.

—Te entiendo —continuó, más serio—. Estás eligiendo el camino fácil, y tal vez yo debería hacer lo mismo. Porque, para ser sincero, esto me asusta tanto como a ti.

Me estremecí.

—¿De qué hablas?

—Que nunca antes nada me había importado más que el hockey y ahora tú ocupas cada maldito pensamiento. Y eso me aterra. Aun así, nunca se me pasó por la cabeza alejarme de ti. Porque no puedo. Porque no quiero. Y aunque los dos estemos muertos de miedo, no voy a dejar que esto se acabe.

Sentí que mi cabeza iba a estallar. No entendía sus palabras, su insistencia, todo en él me descolocaba. Y sin darme tiempo a procesarlo, nos lanzó a la piscina.

El agua nos cubrió por completo. Salí a la superficie jadeando, aún enredada en su agarre. Quise gritarle, protestar, aunque no me dio oportunidad.

Me acorraló contra el borde de la piscina y su boca atrapó la mía en un beso profundo, intenso, desesperado.

No hubo palabras, solo el roce ardiente de sus labios devorando los míos, sus manos firmes sujetándome la cadera y la calidez de su cuerpo contra el mío. Mi mente se nubló. Me entregué a ese beso como si fuera la única verdad en medio del caos.

Finalmente se separó, me miró con esos ojos avellana y llenos de determinación. Inmediatamente, sin más, salió del agua.

Desde fuera, con la ropa empapada pegándose a su cuerpo, me lanzó una última advertencia:

—No te voy a dejar escapar, Seattle. Cuando Susan se vaya… serás mía.

Dicho eso, se giró y desapareció en la oscuridad.

Mi corazón latía frenético. No sabía si su promesa debía asustarme o emocionarme. Solo era consciente de que mi cuerpo aún temblaba. Y lo peor es que lo anhelaba.

Capítulo 24

NATHAN

El entrenamiento había terminado hacía ya un buen rato. Me duché a toda prisa, recogí mis cosas y salí del vestuario sin perder tiempo. Sabía que Jordan seguía ocupada con su trabajo y que Susan se había marchado esa misma mañana. Con ella fuera del mapa, mi preciosa vecina ya no tenía escapatoria. Se habían acabado las excusas, las evasivas.

En dos días jugábamos fuera, lo que significaba estar rodeados de gente casi las veinticuatro horas. Era el momento de afrontar lo que habíamos estado esquivando.

Porque esta vez no pensaba dar un paso atrás. No pensaba perderla.

Cuando mencionó que se iría en cuanto terminara sus prácticas, sentí que el corazón se me detenía en seco. Fue en ese preciso instante cuando me golpeó la realidad: estaba jodidamente enamorado de ella. Y no tenía ni idea de cómo había llegado hasta ese punto, aunque ya no importaba. El hecho era que había sucedido, y ahora tocaba asumirlo.

Con esa idea fija en mi cabeza, me dirigí a la sala de fisioterapia. Al llegar, me quedé en la puerta. No porque no quisiera entrar —que ganas no me faltaban—, sino porque, aunque todos supieran que estábamos juntos, una cosa era eso y otra muy distinta que interfiriera en su trabajo. Así que me apoyé en el marco, esperando el momento adecuado.

Y entonces escuché su voz.

—Puedes irte, hemos terminado por hoy.

A continuación, otra voz le respondió algo que no alcancé a entender. Sin embargo, no necesitaba hacerlo. Reconocería ese tono en cualquier parte.

El imbécil de Tyson.

Mis puños se cerraron con tanta fuerza que sentí las uñas clavarse en mis palmas.

Me debatí entre entrar o no.

«No lo hagas, no puedes impedir que lo atienda. Es su trabajo. Si lo haces, la perjudicarás».

Inspiré hondo, obligándome a mantener la calma. Aunque la tensión en mis músculos seguía creciendo.

«¿Por qué estaban en silencio?». Ninguno hablaba. «Mierda…, me voy a volver loco».

Imágenes de ellos juntos comenzaron a bombardear mi cabeza. Ella lo había amado en el pasado. ¿Y si aún sentía algo por él? No. No, imposible. Ella lo odiaba, además le tenía miedo.

«¡Basta! No es así. No se merece que estés pensando estas cosas».

—¡Que me sueltes! ¡No te metas en mi vida, déjame en paz! —La voz de Jordan resonó desde el otro lado. Eso fue todo lo que necesité para actuar.

Empujé la puerta de golpe. Ellos ni siquiera notaron mi presencia. Estaban enfrascados en una pelea en la que, claramente, Jordan llevaba las de perder.

—Nunca debiste volver de Seattle. Tu sola presencia me enferma, me recuerda cómo casi me arruinas la vida… igual que hiciste con mi padre. ¿Sabes en qué se ha convertido? En un maldito alcohólico. Y todo por tu culpa y la del maricón de tu amigo. Voy a asegurarme de que pagues por ello. Nunca serás feliz, y recuerda, siempre cumplo mis promesas.

La agarró del brazo y la empujó contra la pared. En un segundo, me lancé sobre él. Lo cogí por los hombros y le estampé un puñetazo en la cara. Tyson trastabilló, llevándose una mano a la mejilla, sorprendido, aunque yo no le di tiempo a reaccionar.

—¿Estás bien? —quise averiguar, girándome hacia Jordan. Ella asintió con un gesto tembloroso. Volví a mirar a ese hijo de puta. Y me abalancé de nuevo.

Lo estrellé contra una de las camillas de fisioterapia y él me respondió con un derechazo en el pómulo. El dolor me ardió en la piel, aunque lo ignoré. Esto no tenía nada que ver con el hockey. Era personal. Era por ella.

Rodamos por el suelo, chocando contra las máquinas, derribando material, golpeándonos sin tregua. No había reglas, no había límite. Solo el deseo de hacerle pagar cada vez que la había lastimado, cada vez que la había hecho sentir pequeña.

Logré inmovilizarlo, con mis rodillas aprisionando sus costillas, y ahí descargué un golpe tras otro. No podía detenerme. Escuchaba a Jordan en algún lugar detrás de mí, llamándome, aunque su voz se perdía en la sala.

Porque ella no estaba sola. Porque me tenía a mí. Y porque ese cabrón lo iba a entender a golpes si era necesario.

Unos brazos me sujetaron y me arrancaron de él. Varios de mis compañeros habían intervenido, separándonos. Respiraba con fuerza, sintiendo la adrenalina vibrar en cada músculo. Alrededor, todo el equipo nos observaba con el morbo y la incredulidad de haber presenciado el espectáculo.

Y entonces, la voz desagradable de Rick sonó a mi espalda.

—Prescott, guarda esa ira para la pista. Allí pareces una nenita, siempre mediando, y aquí dejas salir al animal que llevas dentro con tu propio compañero lesionado.

—Cierra la puta boca —solté, ante el asombro de todos. Me liberé de los brazos que aún me retenían y giré la cabeza, fulminándolo con la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha subido la fama? Porque aquí las órdenes no las das tú, chaval.

Ignorándolo, caminé hasta donde estaba Jordan. Agarré su bolso, su chaqueta y rápidamente entrelacé su mano con la mía. Sabía que todos nos estaban mirando, y me daba igual, lo único que me importaba era ella.

—Vamos —murmuré, haciéndole un gesto con la cabeza.

Cuando pasé junto a Jerry, me detuve.

—Hablo muy en serio cuando digo que no quiero a este imbécil cerca de Jordan. No voy a permitir que la siga acosando e intimidando.

El abuelo de Jordan parpadeó, aturdido. Desvió la mirada hacia su nieta, buscando una respuesta, pero ella no levantó la cabeza. Y eso me dolió. Porque quien debería estar agachándola era otro.

Mientras salíamos, escuché a mis compañeros discutir con Tyson, sin embargo, me daba igual el caos que dejábamos atrás. Lo único que importaba en ese momento era ella. La atraje hacia mí, intentando que parara de temblar. Antes de que pudiera pensar en nada más, la metí rápidamente en el coche, alejándola de todo, de todos.

Llevábamos media hora de viaje y, en ese periodo de tiempo, no había dicho una sola palabra. Su silencio me preocupaba. Parecía perdida en sus propios pensamientos, atrapada en un lugar al que yo no tenía acceso.

—Seattle, ¿cómo te sientes?

—Bien —contestó sin apartar la vista de la ventanilla.

Estaba buscando cómo continuar con esa conversación que parecía absurda, cuando ella misma rompió el silencio.

—¿A dónde vamos? Hemos salido de Toronto.

—A Caledon Hills. Tengo una casa allí, te va a gustar.

Por primera vez, giró la cabeza para mirarme.

—¿Por qué?

—Porque es un lugar tranquilo, nadie nos molestará. Suelo escaparme cuando necesito respirar y todo me agobia. Allí puedo caminar sin que la gente me pare cada dos pasos —expliqué mientras tomaba la última curva antes de la entrada.

Ella observó a través de la ventana y soltó una risa fría, sin humor.

—Cómo no… Mansiones en un lugar exclusivo. No podía ser de otro modo. Otra cosa más que nos separa —murmuró, señalando el paisaje con un leve movimiento de la mano.

—¿Se puede saber a qué viene eso?

—Nada. Solo una apreciación. —Desvió la mirada de nuevo.

Sabía que venía de una familia con dinero, pero era consciente de que se había criado con una vida más parecida a la de cualquier familia de clase media en Estados Unidos. Y eso era algo que me gustaba de ella. No le importaban los lujos, las apariencias o el mundo superficial en el que me movía. A su lado, sentía que podía ser simplemente yo, sin poses, sin expectativas.

Cuando llegamos, detuve el coche en la entrada de la vivienda. Jordan bajó y miró a su alrededor con asombro. Antes de poder decirle algo, mi teléfono comenzó a sonar. Era Noah, mi nuevo representante.

—Ve entrando, échale un vistazo a la casa —le insté mientras descolgaba. Ella asintió sin mucho entusiasmo y se dirigió a la puerta.

—Noah, dime.

—Hola, Nathan, perdona que te moleste, pero necesito hablar contigo de algo urgente.

Me gustaba Noah. A pesar de ser uno de los representantes más jóvenes en el negocio, su forma de trabajar era honesta. No tenía los contactos de mi padre, aunque, al menos me trataba como un ser humano, y eso ya era mucho.

—No quiero presionarte, pero necesitamos hacer público que ahora soy tu representante. Voy a ser claro contigo: Jack no está jugando limpio. Sé que es tu padre, sin embargo, me llegó información de que está interfiriendo en un posible contrato con el equipo de Chicago a tus espaldas. Si eso ocurre, estaremos en serios aprietos.

Cerré los ojos un instante, conteniendo la rabia. No me sorprendía en absoluto, aunque eso no lo hacía menos repulsivo. Mi padre no podía soportar la idea de perder el control sobre mi carrera. Para él, mi éxito era su última carta para seguir siendo relevante.

—Hazlo —respondí con firmeza—. Redacta el comunicado y envíalo a la prensa. Mañana mismo informo al equipo del cambio.

—Perfecto, me encargo de todo.

—Mantenme al tanto.

Colgué y solté un largo suspiro. Dirigí la mirada hacia la puerta de la casa, por donde Jordan ya había entrado.

Una vez dentro, percibí de inmediato lo frío que estaba el lugar. Podría haber usado el móvil para calentarla antes de llegar, todo estaba domotizado, aunque con la rabia que tenía encima, ni siquiera lo sopesé.

La vivienda siempre estaba en perfectas condiciones para entrar a vivir. Una pareja se encargaba de mantener todo en orden, desde la limpieza hasta el jardín, e incluso se aseguraban de que la nevera estuviera llena y la comida lista cuando llegara. Solo tenía que avisarles y ellos lo organizaban todo.

La razón por la que había mandado construir esa casa allí no era por el lujo de la zona, sino por la privacidad. Eso era lo único que realmente estaba comprando.

El terreno era lo bastante grande como para construir tres viviendas como la mía, aunque esa nunca fue la intención. Quería que pareciera un hogar, no un espacio vacío y sin vida. Así que cada detalle se diseñó pensando en mí: techos altos, espacios abiertos que no me recordaran que siempre estaba solo, un gimnasio, un jardín enorme y un pequeño bosque en la parte trasera.

También había una zona de relajación con un *jacuzzi*, un barreño de agua helada al que le añadía importantes cantidades de hielo después de los partidos más duros, y una sauna diminuta, tan pequeña que, si extendía los brazos, podía tocar ambas paredes. No necesitaba más. Hasta ahora, ese lugar solo había sido mío.

Miré hacia el jardín y vi a Jordan de pie, inmóvil, como si estuviera procesándolo todo. Caminé hacia ella, pero justo cuando estaba a punto de alcanzarla, se giró de golpe y chocó contra mi pecho. Rebotó hacia atrás, aunque logré sujetarla antes de que perdiera el equilibrio.

—¿Estás bien? —pregunté al ver sus ojos llenos de lágrimas.

—Me quiero ir —declaró con voz temblorosa.

—¿Por qué sigues huyendo? ¿De verdad crees que no siento lo mismo que tú?

—Nathan, no quiero seguir con este juego, porque sé que voy a acabar destrozada. Y me costó muchísimo alcanzar esta estabilidad, no puedo arriesgarme a perderla. Hoy me di cuenta de algo: yo no soy buena para ti.

—¿Pero qué estás diciendo…?

—Mi vida aquí está marcada por un pasado que no desaparece, y si sigues a mi lado, también te va a alcanzar. No puedo permitir que tu carrera, brillante y llena de futuro, se vea salpicada por mis

problemas. No es justo para ti, y no puedes estar siempre protegiéndome.

—Jordan…

—Por eso te lo pido, por favor. Detengámonos ahora, antes de que esto nos rompa por completo. Es lo mejor para los dos.

No. Ni de coña. Si de verdad creía que la iba a dejar ir así, estaba muy equivocada. Yo sentía lo mismo por ella. Y si tenía que enfrentarme a todo el maldito equipo de los Toronto Wolves, lo haría. Porque ella era parte de mi vida ahora, y por primera vez en años —quizás desde la muerte de mi hermano, o incluso antes— no me sentía solo.

Jordan no tenía ni idea de lo que valía. Me había apoyado sin dudar, me defendió sin esperar nada a cambio, me cuidó, me entregó algo real… Me mostró que había mucho más allá del mundo que yo mismo me había construido. Movido por todo lo que sentía, la sujeté por la chaqueta y la arrastré hasta la sauna.

—¿Pero qué…?

—Es mi turno —la interrumpí—. Vas a escucharme, porque mi opinión también cuenta. Al fin y al cabo, soy parte de todo esto. —Cerré la puerta tras de mí, dejando claro que no pensaba permitirle escapar tan fácilmente.

La conduje hasta la bancada de madera y la senté sobre mi regazo. La sauna estaba casi a oscuras, solo una luz tenue se filtraba por un pequeño ventanuco, aislándonos del resto del mundo.

—¿Te has vuelto loco? —Se revolvió, pero no hice el más mínimo intento por liberarla.

—No. Estoy más cuerdo que nunca —murmuré, apoyando la frente en su omóplato mientras dejaba escapar un suspiro—. No ponerle nombre a esto fue mi forma de esconderlo, al menos para mí. Me autoengañé para poder estar contigo sin que el miedo me paralizara, sin sentir que todo a mi alrededor se derrumbaba. Pero fallé. Claro que fallé… porque desde que llegaste, todo cambió.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba. La abracé más fuerte, pegándola a mí, negándome a dejar ningún espacio entre los dos.

—Y, ¿sabes qué?, me alegro. Porque ahora sé que antes estaba vacío, pero ya no. Tú llenaste cada rincón de mí que ni siquiera sabía

que estaba roto.

Respiraba agitada, aunque ya no intentaba alejarse. Aflojé un poco el agarre y deslicé mis manos hasta su cadera. Me dejé caer hacia atrás y ella se apoyó sobre mí, como si al fin se rindiera a todo.

—Cuando me confesaste que me querías sentí una felicidad inmensa, y un miedo aterrador. No por tus palabras, sino porque yo sentía exactamente lo mismo. Decirlo en voz alta me daba pánico. Sin embargo, lo que de verdad me frenó fue mi hermano.

Noté el temblor en su cuerpo, como si sus emociones también estuvieran al borde del colapso.

—Sé que suena raro —proseguí, bajando aún más la voz—. El día que se quitó la vida, me abrazó y me dijo: «Te quiero, canijo». Fue la primera vez que lo oí y también la última.

Las lágrimas comenzaron a caer sin que pudiera evitarlo. Su respiración también se volvió entrecortada; ella lloraba conmigo.

—Me aterra escucharte decirlo y que desaparezcas después. Que me quede solo otra vez.

Hundí la nariz en su cuello, buscando refugio en su aroma, ese que siempre conseguía calmar la tormenta dentro de mí.

—Seattle…, tú me motivas, me das fuerza, me vuelves completamente loco. No tienes idea de cuánto te deseo. Cuando estoy contigo, quiero que el tiempo se detenga. Te busco en la pista, en casa… Me encanta mirarte en la cama por las mañanas, verte dormir relajada entre mis brazos. Adoro cómo tu cuerpo se funde con el mío, cómo responde a mis caricias, cómo te estremeces cuando dejas la timidez de lado y todo arde entre nosotros.

Me aferré a ella.

—Nena…, te amo. Estoy jodidamente enamorado de ti.

Finalmente lo confesé. Y, con ello, sentí que una parte de mí al fin era libre.

Soltó una exhalación y giró la cabeza hacia mí buscando mi boca. Nos besamos. Nuestros labios se fundieron y nuestras lenguas se enredaron, examinando y excitando, mordiendo y requiriendo. Gruñí al sentir como mi polla se hinchaba dolorosamente dentro de los pantalones.

—Ahora quiero que cumplas tu promesa y me folles —jadeó entre besos. Y yo sonreí. No necesitaba que me lo pidiera dos veces.

Colé las manos por debajo de su sudadera notando la piel de su cintura. La acaricié quizás con demasiada fuerza, porque me estaba excitando tanto que iba a perder el control. Era preciosa, perfecta.

Le envolví un pecho con la mano y la estreché contra mí, saboreando su cuello.

—Quiero arrancarte el sujetador. —La besé de nuevo mordisqueando sus labios y la mandíbula—. Me encantas.

Me deshice de la sudadera, la dejé caer al suelo y posteriormente le saqué la camiseta.

—Mmm… ¿y qué te detiene, Minnesota? —se insinuó con picardía mientras me volvía a besar con exigencia, presionando su lengua contra la mía.

—Joder, Seattle, no juegues con mi autocontrol. No es el momento, estoy muy cachondo —grazné, amasando los dos pechos por encima de la tela.

—Creo que me divierte tentarte —murmuró con dulzura, dejando unos ligeros besos en mi cuello con la mayor inocencia del mundo. Juro que me estaba volviendo loco.

La incorporé de mi regazo, la giré y la dejé de pie entre mis muslos. Admiré detenidamente su contorno en la oscuridad. Agarré sus caderas y ella depositó sus manos en mis hombros.

—Antes de seguir, necesito saber algo. Aquel día en los vestuarios, pude ver que lo disfrutaste, que los dos lo hicimos. Aunque después de todo lo que ha pasado estos días, me preocupa que haya sido demasiado para ti, que te abrumara. Quiero que esto sea perfecto, que lo vivamos juntos de verdad. Para eso, necesito conocer tus límites, saber qué sientes en cada momento, qué deseas. Aquí no hay espacio para la timidez. No te guardes nada, no te reprimas. —Me detuve en seco al verla desabrocharse los vaqueros y dejarlos caer al suelo.

«Ostras…, esto sí que no me lo esperaba».

Apartándolos hacia un lado se sentó abierta de piernas en mi regazo. Estaba jodido, bien jodido. Cerré los ojos y llevé mis manos a su trasero, para acariciárselo.

—Yo… —Se movió sobre mi entrepierna—. No sé qué decir, estoy un poco nerviosa.

—Déjame ayudarte. —La atraje con más fuerza hacia mi pelvis, presionando su sexo húmedo contra mi erección—. Dime una cosa, ¿te has arrepentido en algún momento de lo que pasó en los vestuarios con los chicos?

—No.

Apreté los dedos sintiendo la suavidad de sus nalgas.

—¿Te has tocado pensando en mí?

Rozó su pecho contra el mío y me acarició la boca con los labios.

—Sí.

Me palpitó todo el maldito cuerpo. Era muy consciente de lo que tenía encima de mi polla.

—¿Y cómo te lo hacía?

No dijo nada, comenzó a jadear y a mover las caderas sobre mi entrepierna.

—¡Responde! —exigí, dándole una palmada en su malditamente perfecto trasero. Nada. Probé de nuevo. Seguía sin reaccionar.

Se llevó la mano a la zona azotada, aunque se la aparté con suavidad colocándola sobre mi hombro. Inmediatamente, levanté su mentón, obligándola a mirarme.

—Habla.

—En mi cabeza todo era más intenso, apasionado. Incluso diría que salvaje. No sé por qué me lo imaginé así. Yo nunca…, bueno, ya sabes… Es decir, siempre lo hice de una manera más tranquila, convencional. —Se cubrió la cara con las manos—. ¡Dios, no sé ni lo que estoy diciendo! Qué vergüenza.

No pude evitar soltar una risa. Ella alzó la mirada y me fulminó con los ojos. Más preciosa no podía ser.

—Seattle, nada de timidez conmigo, ¿vale? —Me incliné un poco más hacia ella—. Además, déjame decirte que no hay nada que me gustaría más que complacerte porque, joder, yo también me lo imagino así. No podría ser de otra manera. Aunque tendrás que pedírmelo, quiero escucharlo de tu boca.

Siguió frotándose contra mi erección y gimió.

«Esta mujer me va a matar».

—Quiero que me lo muestres todo. Contigo, no hay límites.

—Pues comencemos a cumplir todas tus fantasías, nena —murmuré, acercándome más—. Juguemos sucio.

La puse de pie, le di la vuelta y deslicé las diminutas bragas por sus piernas. Lancé mi chaqueta al suelo y me desabroché el pantalón con premura. Al liberar mi polla sentí un gran alivio. Y en ese momento fui consciente de que no tenía preservativos.

—Mierda, no había planeado esto y no traje…

No me dejó terminar.

—Tomo pastillas anticonceptivas —aseveró—. Si tú estás bien, no hay problema.

—Sí, sí. Nos hacemos pruebas regularmente.

Joder, aquello iba a ser aún mejor de lo que imaginaba. No solía arriesgarme, no me fiaba de nadie en ese sentido. Sin embargo, Seattle era diferente. Confiaba en ella casi más que en mí mismo.

La senté sobre mí. Empujé su cuerpo hacia delante de forma que apoyó sus manos en la bancada de enfrente. Abrí sus piernas colocando una mano en su nuca y la otra la usé para enfilarme por su abertura, a la vez que empujaba con mis caderas. Tiré de su trasero un poco hacia mí y se la metí hasta el fondo.

Gimió. Yo gemí. Ambos gemimos. Qué locura… Estaba tan apretada y húmeda que supe, en ese instante, que contenerme y no dejarme llevar iba a ser un auténtico desafío.

—Ay, Dios mío —jadeó casi en un susurro.

Cogí su cadera, salí y volví a entrar. Embistiéndola cada vez más rápido y más fuerte. Su cuerpo era tan maleable que tuvo que sujetarse con fuerza al borde del banco. Estaba llegando a mi límite. No iba a aguantar mucho más. Tenía que acelerar su final…, ya habría tiempo, en otra ronda, de ir más despacio.

La cogí por la cadera y la arrastré hasta pegarla contra la pared, y desde atrás le separé más las piernas. Me quité la camiseta y continué embistiéndola. Le besé el cuello y manoseé con una de las manos su pecho, sintiendo como se acercaba al orgasmo.

—Sigue, más fuerte, por favor.

No podía ser más perfecta. Le atrapé la boca mientras seguía entrando y saliendo de su cuerpo.

—Creo que me voy a morir —bramó, sintiendo como mi mano le frotaba el clítoris.

—Seattle, estás hecha para mí, y a partir de hoy te quiero siempre en mi cama.

Le di otra palmada en el trasero y la masturbé con más fuerza mientras bombeaba con todas mis ganas.

—Minnesota —gimió.

Se le tensó el cuerpo quedándose quieta a la vez que yo seguía embistiéndola. Gritó mientras se corría. Y apenas unos segundos después alcancé yo el clímax terminando dentro de ella.

El placer me recorría todo el cuerpo, tuve que dejarme caer sobre su espalda. Había sido increíble. Ella era realmente increíble.

***

Estaba apoyado en el quicio de la puerta, con una toalla ajustada a mi cintura, observándola. Seattle secaba su cuerpo sin darse cuenta de lo increíblemente *sexy* que se veía. El radar de peligro entre mis piernas se activó al instante.

Después de la sauna, habíamos terminado en la bañera de mi habitación. Lo que empezó como un baño relajante se convirtió en un mar embravecido. Y otra vez estaba listo. Se iba a pensar que era insaciable y quizás lo era. Me encantaba estar con ella, sentirla, hacerla mía. Todo era jodidamente perfecto.

Seattle era de esas mujeres que te hacen pensar «es ella, es la definitiva». Lo que sentía con Jordan no lo había experimentado antes, y era consciente de que jamás lo haría con otra persona.

Me acerqué lentamente y la abracé por detrás, presionando mi cuerpo contra su espalda. No había forma de que no notara lo obvio. Detuvo sus movimientos y, a través del espejo, me miró con una sonrisa que me dejó sin aire. Estaba bellísima: mejillas sonrojadas, labios hinchados de tanto besarnos, ojos brillantes.

—¿Siempre eres así con todas? —preguntó con timidez.

—No, claro que no. Lo de hoy está siendo un pequeño entrenamiento.

Se giró de golpe, con los ojos como platos.

—¿¿Qué??

No pude evitar soltar una carcajada al ver su cara de pánico.

—Dime que estás bromeando, Minnesota. No es gracioso. Y si vas en serio, si eso es cierto ya roza lo enfermizo. —Me soltó un manotazo en el pecho, indignada, mientras yo seguía riendo ante su reacción.

—Lo siento, nena. Reconoce que me lo has puesto muy fácil. —Atrapé sus labios con los míos y susurré contra su boca—. Y no, no es así. Es solo que me pones tanto que no puedo evitar follarte a todas horas.

—No sé cómo sobreviviré, sin embargo, te doy permiso para que lo hagas cuantas veces quieras, no me opondré.

Fue ella quien enredó sus brazos en mi cuello y me besó con desesperación. La sujeté por las caderas y la subí al lavabo, listo para devorarla otra vez, hasta que su estómago rugió con fuerza.

Nos detuvimos.

Me miró, avergonzada.

Solté una carcajada y la bajé.

—Seattle, apuesto a que no te has alimentado desde la mañana. Vamos, voy a pedir que nos traigan algo rico. —Le tomé la mano y salimos del baño.

—¿Ahora? Podemos comer más tarde… —intentó negociar, aunque negué con la cabeza.

—Venga. Seguiremos cuando en esta casa haya suficiente comida para alimentarnos.

Suspiró resignada y tembló un poco. La casa aún estaba caldeándose, pero no lo suficiente como para andar sin ropa.

—Voy al vestidor a buscar algo que ponerme —indicó mientras se alejaba.

—Coge lo que quieras. Yo voy a encender la chimenea y pedir algo de comida. Necesitamos sustento urgente.

Jordan desapareció por la puerta. Me puse unos calzoncillos y un pantalón deportivo antes de llamarla:

—Cielo, ¿qué te apetece comer?

Silencio. Fruncí el ceño y caminé hasta el vestidor. Allí estaba ella, de pie, acariciando mi chaqueta de la universidad. Aquella prenda era como una máquina del tiempo. Solo verla me devolvía a esos

días de desordenadas melenas, barba espesa y, al menos, veinte kilos menos.

—¿Seattle?

No respondió. Me acerqué por detrás y besé su cuello. Tomé la cazadora y, a modo de broma, la coloqué sobre sus hombros. Sin embargo, algo cambió al instante.

Su cuerpo se tensó.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

Retrocedió un paso, chocando contra una caja de viejos recuerdos de mi hermano. Un casco, un par de trofeos y un marco con una foto salieron rodando por el suelo.

Esa foto.

El único recuerdo tangible que tenía de él era aquel retrato enmarcado. En la imagen, él acababa de jugar su primer partido con el equipo de Chicago, con la sonrisa llena de orgullo y la mirada encendida por la pasión del hockey. Yo aún era un mocoso y, en la foto, llevaba su casco, que me quedaba enorme.

Había dos retratos idénticos. Uno siempre estuvo conmigo, lo llevaba a cada partido, cada entrenamiento, como un amuleto. Me recordaba por qué amaba ese deporte y por qué quería ser como él. Sus palabras todavía resonaban en mi mente: «Llegará el momento en que estés aquí, tomando mi lugar. No temas, será diferente. Porque tú eres más fuerte, y harás las cosas mejor».

Con el tiempo, esa imagen dejó de ser solo un recuerdo y se convirtió en una losa. La presión de estar a su altura, las comparaciones constantes de mi padre y la sombra de su legado siguiéndome a cada paso, hasta que ya no pude más. Un día, cansado de sentirme atrapado en una historia que no era la mía, guardé la foto entre las páginas de un libro en el apartamento de Toronto. La escondí, como si al hacerlo pudiera apartar también el dolor, la expectativa, la culpa. Y durante años, funcionó.

Y ahora, entre las cosas que había dejado mi hermano, estaba la otra foto, la suya, la que siempre guardé. Al verla, sentí el mismo golpe directo al pecho. No importaba cuánto la hubiera escondido, el pasado siempre encontraba la manera de regresar a mí.

Para mi sorpresa, Jordan se agachó con movimientos casi mecánicos y tomó el marco. Su rostro se transformó como si hubiera visto un maldito fantasma. Sus dedos se aflojaron y la foto volvió a caer al suelo. Me miró con los ojos empañados y su voz salió temblorosa, quebrada.

—Tú.

Capítulo 25

NATHAN

Seis años antes…

—Venga, tío, una birra más antes de que te conviertas en una jodida estrella del hockey y ya no te volvamos a ver el pelo. Mañana te perdemos para siempre —rogó mi compañero de piso con un gesto suplicante.

—Déjalo, no quiero llegar hecho una mierda el día que voy a firmar el contrato. Te lo prometo, lo celebraremos mañana.

—Vete a la mierda, Prescott. Los dos sabemos que te vas a tirar a tu novia toda la puta noche. Y sí, lo sé, me largaré para daros intimidad. Pero antes de que abandones nuestro nido, me debes una buena juerga.

—Prometido. —Le palmeé la espalda—. Y vigila lo que bebes, no quiero hacer de madre cuando llegues a casa y pongas todo perdido de vómito.

—Yo también te quiero, Prescott.

Era un auténtico capullo, pero uno al que iba a echar mucho de menos. Habíamos sido compañeros desde que llegué a la universidad y, aparte de mi novia, probablemente era mi mayor apoyo en Toronto.

Firmar el contrato con los Toronto Wolves era un paso gigante en mi vida. Primero, porque mi padre por fin dejaría de presionarme. Era libre. Había llegado a donde él quería, después de rechazar innumerables ofertas de equipos que, según él, «no estaban a mi altura». Segundo, por mi hermano. Ahora estaba en el mismo lugar, en un gran equipo. De algún modo, sentía que estaba cumpliendo con él o quizás solo intentaba mitigar la culpa que me consumía día tras día. Mi padre nunca me dejaba olvidarla, como si yo hubiera sido quien le suministró ese maldito cóctel.

Y después estaba ella.

Desde que inició sus prácticas en el hospital, apenas nos veíamos. Sus turnos y los míos eran incompatibles: ella vivía de

noche y yo de día, dormíamos al revés. Poco a poco, nuestra relación se fue apagando, hasta el punto de que ya casi ni teníamos sexo. Nos habíamos convertido en amigos con derechos, aunque cada vez menos derechos.

Aún recordaba cuando me propuso irnos a vivir juntos. En ese momento no estaba preparado, necesitaba concentrarme en mi futuro. Sin embargo, ahora todo era diferente. Comenzaríamos una nueva vida. Tal vez así podríamos arreglar lo que se había roto.

El hedor a alcohol derramado, mezclado con orina y quién sabe qué más, me sacó del letargo de golpe. Sabía que atajar por esa zona a esas horas era una pésima idea, aunque las ansias por llegar a casa y dejarme caer en la cama pudieron más que el sentido común.

Me crucé con un par de grupos de chavales puestos hasta arriba de todo, riendo, tambaleándose, perdidos en su propio mundo. Apresuré el paso sin mirar atrás, intentando atravesar cuanto antes ese tramo que siempre me había parecido más largo de lo que en realidad era. Al llegar a la parte más apartada del parque, el silencio me envolvió de golpe, uno tan espeso que resultaba más inquietante que las voces ebrias que me habían acompañado hasta hacía unos minutos.

El sendero, cubierto por las copas de los árboles como un túnel natural, me conducía hacia la última curva. Solo tenía que rodearla, saltar el seto medio destruido de tanto colarse por él, y estaría fuera, casi en casa.

Y en ese instante algo captó mi atención.

En un rincón apenas iluminado por la luz anaranjada de una farola lejana, distinguí un bulto tirado sobre la hierba. Me detuve, tratando de enfocar con la vista mientras una punzada de inquietud me subía por la espalda. Como si mis piernas ya no dependieran de mí, avancé unos pasos, sintiendo cómo la ansiedad se colaba en mi pecho con cada zancada.

Y entonces la vi.

Un cuerpo. Semidesnudo. Solo cubierto por la ropa interior. Tendido en la hierba, quieto, ajeno a todo.

Su piel era un mapa de rojeces, de marcas, de dibujos obscenos. Su cabello, cortado a tijeretazos, se desparramaba en torno a su cabeza como una macabra corona. Su rostro estaba pintarrajeado como el de un payaso. El maquillaje de sus labios se había corrido y sus ojos, ennegrecidos por el rímel y las lágrimas, estaban completamente vacíos.

Y en su mejilla, grotescamente dibujado, un pene enorme señalaba directo hacia su boca. El horror debió de reflejarse en mi cara. No me detuve a observar más; me arrodillé a su lado de inmediato y le tomé la mano. Estaba helada.

—Chica, ¿me escuchas?

No obtuve respuesta. Solo unos sollozos ahogados, casi imperceptibles, que me helaron aún más la sangre.

—Tranquila, estás a salvo. Voy a ayudarte, ¿vale? Vamos a salir de aquí.

Seguía sin responder. Su cuerpo no reaccionaba, estaba completamente inerte.

—Venga, haz un esfuerzo.

Intenté incorporarla, pero era como si no tuviera fuerzas, como si su cuerpo hubiera decidido rendirse. Sus ojos eran lo único que se movía, brillando con un miedo devastador.

«Joder».

Sentí una oleada de rabia. Me puse en pie, frotándome la cabeza con frustración, tratando de contener la mala leche que me recorría el cuerpo.

¿Qué le habían hecho?

Me agaché de nuevo, me quité la cazadora y la cubrí como pude. Su piel estaba plagada de moretones en formación. Su mirada perdida, sus pupilas dilatadas. Con cuidado, la levanté en brazos. Su peso era ligero, demasiado.

—Vamos a ir al hospital, y te prometo que estarás bien.

«¿Por qué coño le estoy prometiendo algo que no sé si será cierto?».

¿Qué pasaba si se me moría en los brazos?

«Aguanta, por favor. Solo un poco más».

Conduje como un loco, marcando una y otra vez el número de mi novia, sin obtener respuesta. Imaginé que estaría en medio de alguna urgencia. Con la voz tensa, le dejé un audio avisándole de que iba en camino.

De reojo, miré a la chica. Seguía con la vista perdida, con lágrimas cayéndole en silencio.

Como si fuera lo único que le quedaba.

Como si su cuerpo ya no pudiera hablar, solo llorar.

Y juro que se me partió el corazón.

***

Llevaba horas en la sala de espera, aunque para mí habían sido siglos. Nadie me decía nada. Solo me pedían paciencia. Que esperara.

Cuando llegó la policía, me interrogaron como si fuera sospechoso. Las mismas preguntas una y otra vez: ¿Dónde la encontraste? ¿Cómo estaba? ¿La conocías de antes? Como si repetirlo mil veces fuera a cambiar los hechos.

No sabía absolutamente nada de ella, lo único el estado lamentable en que me la encontré y que desde ese momento no podría sacarla de mi cabeza.

Ahora mi mirada no se despegaba de la puerta por la que había desaparecido mi novia. En cuanto vio mis mensajes, vino corriendo. Le pedí que averiguara cómo estaba la chica. Pensé que sería rápido, que volvería con respuestas. Sin embargo, llevaba demasiado tiempo dentro y mi ansiedad no dejaba de crecer.

No aguanté más.

Me levanté y caminé por los pasillos, esquivando enfermeros y doctores como si supiera a dónde iba. No tenía ni idea, pero afiné el oído, esperando reconocer su voz. Hasta que la oí, proveniente de uno de los cubículos.

Me detuve en seco. La cortina estaba cerrada. No podía ver nada, aunque sí escuchar.

—Soy la doctora Miller —dijo ella con suavidad—. Me han comentado que aún no has hablado, a pesar de que la droga ya no tiene efecto en tu organismo. Y no debes de sentirte presionada a

hacerlo si no quieres, sin embargo…, a mí me gustaría contarte algo. Solo si estás dispuesta a escucharme, claro.

Hubo un breve silencio. Debió de recibir algún gesto de asentimiento, porque continuó hablando:

—Cuando tenía dieciséis años, comencé a salir con un chico popular del último año. Me enamoré perdidamente… con esa intensidad del primer amor.

»Al principio, todo iba bien y me sentía feliz, pero no tardó mucho en empezar a insistir en que tuviéramos sexo. Yo no me sentía preparada, no quería hacerlo sin estar completamente segura. Cuando me mantuve firme en mis decisiones, no le gustó. Fue tan evidente su reacción que terminó dejándome, y a los dos días ya estaba saliendo con una compañera de su clase. Imagínate, mi corazón se rompió en mil pedazos.

»Mi mejor amigo, al verme tan destrozada, me propuso que fingiera una relación con él, solo para que él no tuviera el gusto de verme sufrir. Nunca imaginé que esa tontería de críos terminaría desencadenando algo tan trágico.

»Una noche asistí a una fiesta. Él estaba allí, totalmente ebrio. Aunque eso no justifica lo que hizo después. Me violó. No podía soportar que otro chico, menos popular y más joven, alcanzara lo que él intentó obtener por meses. No sé si en ese momento me rompí más por lo que pasó o porque me di cuenta de que solo era un trofeo.

Se hizo un silencio y apreté los puños. Por desgracia conocía demasiado bien esa historia. Lo había contado muchas veces en las charlas de apoyo en las que participaba. Siempre repetía lo mismo: «No hay que callarse. No hay que avergonzarse. El dolor no nos define, nos hace más fuertes».

Y la voz de la chica se escuchó por primera vez, devolviéndome al presente.

—Te oigo hablar y siento que lo mío no tiene tanta importancia. Ellos pusieron algo en mi bebida, y fue mi prima quien me la dio. Mi cuerpo se tambaleaba, no tenía control sobre él, aunque podía escuchar y ver borrosos esos cascos de hockey que me rodeaban. Me quitaron la ropa, me pintaron el rostro y me cortaron el pelo,

todo en un intento de burla y humillación. Se sacaron fotos conmigo, manoseándome, y el que las hacía era mi exnovio. Lo supe porque momentos antes le había caído una bebida rosa en sus zapatillas, y esa mancha estaba ahí, delatándolo. Al final, ellas y ellos me mearon encima y me dejaron allí, sola. Y la culpa es toda mía, nunca debí haberme enfrentado a ellos, ni ir a esa fiesta sin el permiso de mis padres. Si no lo hubiera hecho, nada de esto habría pasado.

Un nudo de rabia se me formó en la garganta. Me daban ganas de agarrar a cada uno de ellos y hacerles pagar por lo que hicieron. No entendía cómo unos chicos podían llegar a ser tan crueles.

—Cielo, lo que pasó esta noche no es algo nuevo para ti, ¿verdad? Estoy segura de que llevas tiempo enfrentándote al acoso escolar.

—Todo un curso, desde el primer día —confesó con la voz rota y temblorosa, como si las lágrimas estuvieran a punto de escapar—. Y cada vez fue a peor, hasta llegar a este punto.

—Has aguantado mucho, cariño. Y aunque esto se termine aquí, no será fácil. Esas imágenes seguirán rondando en tu mente, te sentirás pequeña, hasta te culparás, como lo hiciste hace un momento. También intentarás restarle importancia, como si eso pudiera hacer que la pesadilla desapareciera. Aunque no es así. Tal vez esperabas otras palabras más alentadoras, sin embargo, te estaría mintiendo. Durante un tiempo, te sentirás rota, y tu familia también, aunque es importante que te apoyes en ellos, y si es necesario —y yo creo que sí lo es—, busques ayuda profesional. Cuando la culpa se cuele en tu mente, deséchala de inmediato. No te engañes pensando que no es para tanto, porque cualquier tipo de maltrato o acoso, cualquier cosa que no hayas consentido, no está bien de ninguna manera.

—Dios mío —sollozó—. No sé si voy a poder con esto.

—Mírame, ¿cómo me ves? Descríbeme.

Esto que estaba haciendo ahora, se lo había visto hacer más veces a otras mujeres, y cuando la observaba, no podía sentirme más orgulloso de ella. Esa palabra, orgullo, era lo que realmente me provocaba.

—Te veo como una mujer fuerte. Pareces exitosa, feliz, y no se te ve rota por dentro, como si no llevaras ninguna carga.

—Cariño, hace tiempo que me liberé de esas cadenas. Tras casi un año de depresión, un día me miré al espejo y me horrorizó ver en lo que me había convertido. Fue ahí cuando me di cuenta de que ni un momento ni una persona iban a marcar el resto de mi vida. No iba a darle más poder. No se trata de olvidar, sino de aprender a vivir con lo que ocurrió. Y lo más importante, sentirte orgullosa de lo lejos que has llegado, porque has seguido adelante. Eres más fuerte de lo que imaginas. A día de hoy, te puedo decir que trabajo en lo que amo, soy una persona con muchos proyectos y sueños por cumplir. Estoy en una relación con un hombre maravilloso, y sé que te preguntarás sobre el tema del sexo… Y como te dije antes, mi pasado no tiene permiso para invadir mi presente, así que mi vida sexual es plena.

Se hizo un largo silencio, interrumpido por sollozos más fuertes. No sabía exactamente lo que estaba sucediendo, aunque me imaginaba que ella la estaría abrazando, dándole todo su apoyo. Después de lo que me pareció una eternidad, en un susurro, le dijo:

—Vas a estar bien. Sanar las heridas lleva tiempo, pero deja que cicatricen. Y te prometo que tu vida será tan buena como la mía. Nada te detendrá. Te esperan millones de cosas bonitas por descubrir.

Mi chica continuó esta vez con un tono más ligero:

—Hablando de novios, el mío va a matarme. Lleva un buen rato esperando noticias tuyas.

—¿Mías?

—Sí. Él fue quien te encontró y te trajo aquí.

—No lo recuerdo bien. Solo sé que alguien me levantó, que hubo un coche y una voz diciéndome que todo estaría bien.

—Era él. De hecho, esa chaqueta que llevabas puesta es suya —aclaró mi novia—. Mira, hay algo en el bolsillo.

Se oyó el sonido de un papel deslizándose.

—Es una foto.

—Sí, es su amuleto de la suerte. Tiene que firmar un contrato importante en unas horas y siempre la lleva consigo. ¿Quieres verla?

—Sí.

—No podrás ver su cara. Lleva el casco de su hermano mayor, pero este niño de aquí es él.

—Dale las gracias de mi parte.

—Lo haré. Ahora descansa, ¿sí? En un rato vendré a verte.

Me quedé apoyado contra la pared, cerrando los ojos un momento.

Esa muchacha acababa de vivir su peor pesadilla. Y yo solo esperaba que, de alguna forma, pudiera encontrar su camino de vuelta.

Cuando la cortina se corrió y mi novia me vio allí plantado, me lanzó una mirada fulminante. «No puedes estar aquí, Nathan. Esto no es un juego». Me agarró del codo y, con paso apresurado, me arrastró fuera de la sala.

Al llegar al pasillo, me soltó de golpe y cruzó los brazos, claramente enfadada.

—¿En qué demonios estabas pensando? ¿Quieres meterte en líos?

—Lo siento, cielo. No quería causarte problemas, solo estaba preocupado por la chica.

—Esto no se trata de mí, Nathan, sino de ella. La policía está aquí, nadie puede hablar con ella hasta que le tomen declaración y lo autoricen. ¿Te imaginas que, por meterte donde no debes, terminas enredado en todo esto?

—No seas exagerada. Ya la escuchaste, fueron los desgraciados de sus compañeros.

—Sé cómo funciona esto. Y créeme, no será fácil que caigan. Ya lo he vivido antes. —Su voz tembló, aunque en su mirada había más rabia que dolor.

—Cariño…

—Nate, cuando la vi ahí, me vi a mí misma. Puedo imaginar el infierno que ha pasado, lo sola que se ha sentido, cómo carga con una culpa que no le pertenece. Además, donde la encontraste no hay cámaras. ¿Sabes lo que eso significa? Que es su palabra contra la de ellos, y la mayoría probablemente son menores.

—¿Qué estás tratando de decir? ¿Que su testimonio, sus moretones, el estado en el que la encontré no servirán de nada? —gruñí, apretando los puños con frustración.

—Exacto. Seguro que intentarán justificarse diciendo que la droga en su cuerpo anuló sus sentidos, que su versión está distorsionada. Y cuando mencione los cascos de hockey, muchos pensarán que es producto de su imaginación. Y lo peor, lo que hará que su palabra pese menos que la de ellos, es que ya ha tomado pastillas antes.

Me quedé helado.

—¿Cómo sabes eso?

—Vi su historial. Y créeme que la entiendo, yo también busqué una salida desesperada para olvidar.

Me acerqué y la abracé con fuerza, besando su coronilla. Me dolía en el alma verla así, removida por todo esto.

—Cielo, en tu caso se hizo justicia. Y ahora eres una mujer fuerte, valiente. Ayudas a otras personas a salir adelante.

Se apartó apenas lo suficiente para mirarme a los ojos, su expresión se mantenía sombría.

—Mis padres tuvieron que pelear hasta el final para que él pagara por lo que hizo. Y en el camino… su vida se hizo trizas. Solo espero que los padres de esa chica estén dispuestos a luchar, que tengan la fuerza para enfrentarse a lo que se les viene encima.

—Ven aquí. —La acerqué de nuevo hacia mí—. Lo conseguirá, pagarán por ello.

Se aferró a mí en silencio, mientras la rabia y la impotencia me ardían en el pecho.

—Miller, deja las despedidas para cuando te vayas —la voz del médico encargado de su residencia resonó en la sala. Tremblay. Un imbécil que, para colmo, estaba seguro de que sentía algo por mi novia—. Tenemos una apendicitis urgente. Aprovecha estas comodidades, porque la próxima vez que entres a un quirófano probablemente sea en condiciones nefastas. No te acostumbres a la buena vida.

Vi cómo ella se tensaba de inmediato. Yo la miré, desconcertado por lo que acababa de decir su compañero. No entendí a qué se

refería, no obstante, mis alarmas se dispararon.

—Ya voy, Tremblay, dame solo un momento.

—Ni un minuto más. No queremos que esto termine en peritonitis —la apuró antes de lanzarme una mirada de desagrado y largarse.

—Capullo —murmuré sin perderlo de vista. A continuación, giré la cabeza hacia mi novia, justo a tiempo para verla bajar la mirada y ocultar el rostro. Algo no andaba bien—. ¿Se puede saber qué ha sido todo eso?

—Nathan…, creo que es mejor hablar de esto más tarde. No es el momento ni el lugar.

—Probablemente tengas razón, pero tu compañero lo dijo aquí para que yo me enterara, ¿no? Así que cuéntame de qué se trata.

Ella empezó a caminar de un lado a otro, inquieta. Y, sin decir nada, me tomó de la mano y me llevó al vestíbulo. Mi ansiedad aumentaba con cada paso.

—He aceptado ser médica voluntaria en un programa dirigido por el doctor Tremblay en hospitales públicos del sur de Sri Lanka —soltó finalmente, y sentí un vuelco en el estómago.

—¿Qué? ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Lo siento. No sabía cómo hacerlo. Cuando me enteré, estabas tan feliz con lo del contrato que no quería arruinar el momento.

—Joder. ¿No crees que lo mínimo sería haberlo hablado? Somos una pareja y, sin embargo, vas por libre.

—¡Oh, venga ya, Nathan! —exclamó, exasperada—. ¿Acaso tú me consultas algo sobre tus planes con el hockey? ¡No! Tomas tus decisiones y esperas que yo te siga. Siempre ha sido así. ¿Y qué hay de mis sueños? ¿De todo por lo que lucho?

Su voz se quebró ligeramente al final de la frase.

—Te lo diré yo: se van a la basura, solo para seguirte por el mundo.

Me quedé sin palabras, porque siempre di por hecho que sería ella quien se adaptaría a mí. Fue injusto de mi parte.

—¿Cuánto tiempo te irás?

—En principio…, un año.

—¿Un año? ¿Vas en serio? ¿Y nosotros? ¿Nuestra relación? ¿Dónde queda todo esto?

Frustrado, tiré de la goma de mi coleta, dejando caer mi cabello sobre los hombros, y pasé los dedos por el cuero cabelludo en un intento inútil de relajarme.

—Tiene gracia. Yo estaba pensando en un futuro contigo. Quería pedirte que viviéramos juntos. Y tú estabas planeando irte.

—Eres un hipócrita, ¿lo sabías? —Su mirada se volvió dura, llena de reproche—. Hace dos años, te pedí exactamente eso y te negaste. Dijiste que querías enfocarte en tu carrera.

Respiró hondo y sacudió la cabeza.

—Cuando me ofrecieron la beca para estudiar en Estados Unidos durante un curso, la rechacé. Lo hice por ti. Porque tenía la estúpida esperanza de que, algún día, yo sería tan importante para ti como tú lo eres para mí.

—¡Y lo eres!

—No. Eso es mentira. Para ti, lo primero es el hockey, lo segundo vuelve a ser el hockey y lo tercero…, adivina qué: también el hockey.

—No digas eso.

—Nathan, sabes que es verdad. Míranos: ya casi ni nos vemos. ¿Eres consciente del tiempo que hace que no hablamos? Casi una semana. ¿Sabes cuántos mensajes hemos intercambiado en todo este tiempo? Tres.

—Esto es una despedida, ¿no?

—La despedida ya sucedió hace tiempo.

Me quedé quieto, contemplándola, sintiéndome jodidamente mal.

—Muy bien. Si es lo que quieres… Espero que consigas todo lo que anhelas.

—Y yo espero que, algún día, ese deporte deje de robarte la vida. Que abras los ojos y te des cuenta de que hay mucho más allá afuera, algo por lo que realmente valga la pena luchar.

Me quedé mirándola por última vez. Sin decir nada más, le quité mi chaqueta de las manos. Metí la mano en el bolsillo y me aferré a la foto de mi hermano. En ese momento, el vacío dentro de mí fue más grande que nunca.

Capítulo 26

JORDAN

Seis años antes…

—Michael, por favor, desiste de esta idea —la voz de mi madre sonaba tensa, casi suplicante—. Me parece una locura. Llevemos a Jordan a casa, acaba de salir del hospital, necesita descansar.

—No, Rachel —gruñó mi padre, aferrando el volante con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos—. La situación ha llegado demasiado lejos. Primero el acoso en el instituto y ahora esto. No pienso dejar que se salgan con la suya. Van a dar la cara, y lo harán mirándola a los ojos.

—Y ¿qué vas a conseguir con eso? —Giró la cabeza hacia mí, que permanecía sentada en silencio en el asiento trasero—. ¡Mírala, por Dios, Michael!

Me encogí en mi sitio. Sabía lo que veía mi madre: una versión marchita de mí. Pálida, con las ojeras hundidas y la mirada perdida. Como si apenas existiera.

—Precisamente porque la veo es que lo hago —insistió él con la mandíbula tensa—. Quiero que esos mocosos confiesen. Que la justicia haga lo que tiene que hacer. No quiero darles tiempo para que los asesoren. No voy a permitir que mi sobrina y su maldito novio se libren de lo que le hicieron a Jordan.

—Por favor, Michael… —suplicó de nuevo mi madre con la voz rota.

Fue en ese momento cuando desconecté. Sus voces seguían allí, discutiendo, convirtiéndose en un murmullo lejano. Nunca los había visto enfrentarse así. Siempre habían sido un equipo, un frente unido contra todo, hasta ahora. A saber cuántas cosas más había roto sin darme cuenta.

El coche tomó el camino de la mansión, y algo en mí esperaba sentir pánico, o rabia, o incluso ganas de llorar. Aunque no pasó nada. Solo vacío. Solo un cansancio aplastante.

Mi padre fue el primero en bajar. Le entregó las llaves al encargado para que aparcara el coche, como hacía siempre. En esa casa había un ejército de personal, y entre mi padre, mi tío y mi prima usaban un coche diferente cada día. Solo mi abuelo mantenía el suyo, siempre con su chófer.

La puerta se abrió y mi padre me tendió la mano. Salí, mecánicamente. En cuanto estuve a su altura, me abrazó con fuerza, como si quisiera retenerme. Besó mi cabeza y murmuró:

—Confía en mí. Van a pagar por lo que te hicieron. Y tú estarás bien, mi pequeña. Ahora tienes que ser fuerte, ¿vale? Tu madre y yo estamos contigo. Siempre.

Ese abrazo no era para infundirme fuerzas a mí. Era para dárselas a él. Porque, por triste que pareciera, yo ya no sentía nada.

Cuando entramos en la sala, todas las miradas se clavaron en mí.

Mi abuelo, mi tío y el padre de Tyson estaban allí, y en cuanto me vieron, el silencio se apoderó del lugar. No sabría decir qué fue lo que los impactó más: si mi nuevo corte de pelo o el color morado que, poco a poco, comenzaba a crecer en mi rostro.

Se suponía que debía sentirme incómoda. Expuesta. Que debía llorar, gritar, aferrarme a mis padres…, pero no. Me quedé ahí, inmóvil, con la mente completamente en blanco.

Y entonces, mi padre estalló.

Se lanzó sobre el entrenador, lo agarró por el cuello de la camisa y le gritó todo lo que había estado conteniendo durante demasiado tiempo. Lo insultó, lo acusó de tener relaciones con los alumnos y exigió que trajeran a su hijo y a mi prima de inmediato.

Mi tío y mi abuelo intentaron calmarlo. Fue inútil. Nunca lo había visto así. Mi padre siempre había sido un hombre tranquilo, pacífico, alguien que buscaba el lado bueno de la vida. Sin embargo, ahora solo quedaba una sombra de todo eso.

Mi madre corrió hacia mí y me abrazó con tanta fuerza que casi me cortó la respiración. Sollozaba contra mi cabello, temblando. Y fue en ese momento cuando lo supe con certeza:

Todo estaba roto.

Mi vida.

Mi familia.

Yo.

—Para, hijo, por favor. Dialoguemos —intervino mi abuelo, con tono firme pero con un atisbo de súplica—. Vas a asustar a tu hija, así no la estás ayudando.

Mi padre se detuvo. Sin embargo, su mirada seguía ardiendo de rabia.

—Quiero hablar con sus hijos.

—No es una buena idea —respondió mi tío, colocándose entre él y el entrenador—. Habla con nosotros. Para eso estamos aquí.

—¡No me toques! —rugió mi padre, apartándolo de un empujón —. He dicho que quiero hablar con ellos. Necesito que me expliquen por qué hicieron esto. ¿Por qué mi hija?

—Michael, los muchachos ya han declarado ante la policía —intervino el padre de Tyson.

—Cállate y trae a tu hijo ahora mismo. Quiero que me mire a la cara. Mejor aún, que mire a mi hija y tenga el valor de decir que todo es mentira.

El hombre tragó saliva.

—Siento mucho lo que le pasó a Jordan —continuó con voz insegura—, aunque estás buscando en el lugar equivocado. Tyson y Ashley estuvieron en mi casa toda la noche.

Mi padre no le dejó terminar. ¡BOM! El golpe resonó en la habitación cuando su puño impactó contra su cara. Mi tío Rick reaccionó al instante, sujetándolo con fuerza.

—¡Michael, basta! Estás demasiado alterado y no ves las cosas con claridad.

—¡Suéltame, Rick, está mintiendo y tú lo sabes!

—Escúchame. Ya hubo un problema antes con Jordan y las pastillas. Fue a una fiesta, quiso divertirse probando algo nuevo y consumió. Es joven. No podemos culparla por eso, aunque se le fue de las manos.

Mi padre se quedó helado. A continuación, se giró y lo estampó contra la pared.

—¿Que se le fue de las manos?

—¡SÍ! —Rick jadeó, manteniéndole la mirada—. Su declaración no es coherente. No se sostiene. Y si sigues así, vamos a tener que

tomar medidas. Estás acusando a unos chicos sin pruebas, basándote en las palabras de una persona drogada.

Otro golpe. Mi padre estaba fuera de sí.

—¡Para, hijo! —intervino mi abuelo.

—Déjalo, papá —lanzó Rick, con una media sonrisa cínica—. Está frustrado. Siempre presumió de ser un buen padre y ahora se da cuenta de que no tenía ni idea del problema por el que transitaba su hija.

—¡Cierra la maldita boca! —lo silenció mi abuelo con un rugido.

Y entonces, para sorpresa de todos, una voz interrumpió en la sala:

—Hola.

Nos giramos. Tyson y Ashley estaban allí, de la mano, con cara de falsa aflicción.

—Marchaos —ordenó Rick.

—No, papá —respondió mi prima con calma—. Queremos expresarnos. Sentimos mucho lo que le pasó a Jordan, sin embargo, nosotros no somos culpables de nada. Solo… callamos cosas que vimos. Quizás debimos hablar antes, antes de que esto se saliera de control.

Mi estómago se revolvió.

—¿Qué quieres decir? —intervino mi abuelo.

Ashley suspiró, adoptando un aire condescendiente.

—Mi prima nunca encajó en el instituto. No se llevaba con la gente. Creo que se veía inferior. Intenté incluirla en mi grupo, aunque siempre se alejaba. Y sé que va a sonar horrible, pero creo que me envidiaba. Un día la encontré en mi cuarto, husmeando entre mis cosas. Se había puesto mi ropa, mi perfume y estaba abrazada a la cazadora de mi novio.

—Es cierto —secundó Tyson—. Al principio pensé que quería ser mi amiga. Cuando nos tocó hacer un trabajo juntos, se insinuó. Y cuando la rechacé, inventó mentiras para separarme de Ashley. Yo nunca he estado con ella. Ni siquiera es mi tipo. Nos daba pena y no dijimos nada. Y menos cuando descubrimos lo de las pastillas.

—¡Mentiroso! —vociferó mi padre, lanzándose sobre él.

Mi madre lo alcanzó a tiempo.

—Michael, no hagas una estupidez que pueda perjudicar a Jordan —le susurró con voz pausada—. Aunque te juro que pagarán por lo que le hicieron.

Se hizo un silencio. La amenaza de mi madre no pasó inadvertida para nadie. Sabían que ella no se detendría hasta hacerlos caer.

—Rachel, cálmate —intervino Rick, tratando de sonar razonable —. No hagamos de esto un escándalo. Esta temporada ha sido increíble. No ensuciemos nuestros logros en la pista con un drama innecesario.

—No me digas qué hacer —espetó mi madre—. En vez de darme lecciones, ocúpate de tu hija. Porque has criado a un monstruo.

Rick se giró hacia mi abuelo, buscando apoyo.

—Papá, di algo. Un escándalo así sería terrible. No solo para la familia, sino para los Toronto Wolves. Son tus nietas y los jugadores del equipo de hockey del instituto los que están involucrados.

Mi abuelo se pasó la mano por el pelo, desesperado. Y entonces, soltó la mayor bomba de todas:

—Michael, Rick tiene razón. No sabemos si lo que dice Jordan es verdad. No debemos actuar sin pruebas. Esto… esto es mejor tratarlo en familia.

Mi padre dio dos pasos al frente. Se quedó cara a cara con su propio padre y, con una voz gélida, soltó:

—Fuiste una mierda de padre. Y ahora eres una mierda de abuelo. —Inmediatamente nos señaló a nosotras—. Ellas dos son mi familia. Y como tal, haré lo que deba hacer para protegerlas. Así tenga que hundiros a vosotros o a vuestro maldito equipo de hockey. —Nos tomó del brazo y nos sacó de allí. Rick nos siguió, alterado.

—¡Michael, detente! ¿Adónde vas?

—A la policía. Y, si hace falta, después a la prensa.

—¡¿Es que te has vuelto loco?!

—¿Dónde está mi coche? —Buscó en el estacionamiento y señaló uno cualquiera—. Venga, este tiene las llaves.

Rick quiso detenernos, sin embargo, en el último segundo se quedó quieto, viendo cómo nos alejábamos.

—¿Estás bien, hija? —susurró mi madre.

Yo solo giré la cabeza hacia la ventanilla.

Simplemente… no estaba.

***

El timbre rompió el silencio de la casa, sobresaltándonos a ambos. Afuera ya había oscurecido, y lo extraño era que mis padres aún no habían regresado.

Antes de marcharse, me habían dejado en casa con Liam. No querían que me quedara sola mientras ellos se encargaban de todo. Salieron con determinación, dispuestos a no dejar impune lo que me había pasado. Lo último que escuché fue que se reunirían con un abogado. Con el testimonio de Liam como respaldo, por fin tenían pruebas suficientes para llevar el caso tan lejos como hiciera falta.

Aunque no volvieron.

Mi amigo se levantó para abrir la puerta, y desde el sofá pude ver cómo su cuerpo se tensaba al instante. Su saludo fue seco, casi forzado. Un segundo después, mi abuelo cruzó el umbral.

Algo en su rostro me alertó de inmediato.

Tenía los ojos enrojecidos, la expresión grave y desgastada, como si de pronto los años le hubieran caído encima. Caminó hacia mí con pasos lentos, vacilantes. Liam, en un gesto automático, regresó a mi lado, como si intentara protegerme de lo que estaba a punto de suceder.

—Cariño. La policía me ha llamado.

Mi pecho se cerró.

—Tus padres han tenido un accidente.

Sentí un vacío en el estómago.

—No…

—Michael tomó uno de los coches que debían ir al taller —siguió, sin atreverse a mirarme—. No lo habíamos revisado todavía y el sistema de frenos falló. Perdió el control…

Me puse de pie de golpe.

—No. Eso no es posible. Llévame con ellos. Quiero verlos.

—Cielo…, ellos ya no están.

El aire se me fue de los pulmones.

—¡NO! —Busqué a Liam con la mirada, esperando que me dijera que era un error. Que de alguna forma esto tenía arreglo. Simplemente él me correspondió con los ojos vidriosos.

—Jordan… —intentó decir mi abuelo, acercándose. Lo empujé con todas mis fuerzas.

—¡No me toquéis! —Mis rodillas cayeron y me desplomé en el suelo—. Entre todos los hemos matado.

«Están muertos».

«Están muertos».

«Están muertos».

No sé cuánto tiempo pasó después de eso. Todo se volvió borroso.

Solo recuerdo que los Hughes llegaron a Toronto en cuanto se enteraron. Se instalaron en la casa, para cuidarme y vigilarme, como si temieran que hiciera alguna estupidez. Yo no hablaba. No lloraba. Apenas me movía.

Me encerré en mi habitación. Caden era el único que entraba.

Me sostenía en la cama con cuidado, como si temiera que me rompiera en pedazos. Su pecho pegado a mi espalda, sus brazos rodeándome con fuerza, sus labios depositando besos suaves en mi cabello. No dijo nada. No intentaba reconfortarme con palabras vacías. Solo estaba ahí, sujetándome. Y eso era lo único que me mantenía cuerda.

—¿Cómo está? —escudriñó la voz de Susan desde la puerta.

—Mal, mamá —respondió Caden—. Me preocupa que se esté guardando todo este dolor dentro.

—Es reciente. Hay que darle tiempo. Le he traído algo de comida. Hoy es el entierro, necesita fuerzas.

—Yo me encargo.

Susan se fue, pero Caden no se movió. Yo seguí en la misma posición, mirando la nada. Porque en mi interior ya no quedaba nada.

***

El coche avanzaba en completo silencio. Peter Hughes conducía con gesto serio mientras Susan mantenía las manos entrelazadas sobre su regazo, ocultando su tensión. Caden no había soltado mi mano en ningún momento. Su pulgar trazaba círculos lentos en mi piel, intentando tranquilizarme, aunque no servía de nada.

Nada serviría de nada.

Cuando llegamos al cementerio, el viento frío de Toronto me golpeó el rostro como un recordatorio cruel de que todo esto era real. Que esto no era una pesadilla de la que pudiera despertar.

Caden pasó un brazo por mi cintura cuando salimos del vehículo. No confiaba en que mis piernas me sostuvieran solas. Y probablemente tenía razón. Avanzamos hacia el lugar donde descansaban los ataúdes de mis padres, y fue entonces cuando los vi.

Ashley y Tyson. Se me revolvió el estómago. Estaban ahí. En el entierro de las personas que más quería. Los mismos que lo arruinaron todo. Los mismos que hicieron que mi vida se convirtiera en este infierno. La rabia me estalló dentro como una bomba. Miré a Caden con el corazón desbocado y solo pude decirle dos palabras:

—Están ahí.

Él lo entendió al instante. Pero ni siquiera tuvo tiempo de detenerme. Me solté de su agarre y corrí sin pensarlo. Lo primero que sentí fue el impacto de mi puño contra el rostro de Ashley.

—¡Por tu culpa! —grité sin reconocer mi propia voz—. ¡Por tu culpa están muertos!

Ella chilló de dolor y trató de defenderse, sin embargo, yo no me detuve. No podía. El sufrimiento, la ira, la desesperación, todo se convirtió en golpes.

Tyson intentó intervenir, pero antes de que pudiera hacerlo, Caden apareció de la nada y le dio un puñetazo que lo mandó al suelo. Todo se convirtió en un caos.

—¡Basta! —ordenó Peter, separando a su hijo.

Caden respiraba con dificultad, con las manos cerradas en puños y los ojos encendidos de furia. Yo no podía dejar de gritar.

—¡Largo de aquí! ¡Fuera! ¡Ellos eran mis padres! ¡No los quiero aquí!

Nadie discutió. Uno a uno, todos comenzaron a marcharse. Y cuando el lugar se despejó, solo quedamos mi abuelo, los Hughes y yo. El silencio lo envolvía todo, más opresivo que nunca. Tomé aire y me acerqué al «gran» Gerald Callahan.

—Me encantaría echarte de aquí, aunque no lo haré. Tu hijo está en esa caja por tu culpa. No lo creíste. No lo apoyaste. Salió

desesperado de tu casa buscando justicia y ahora está muerto.

Mi abuelo cerró los ojos con fuerza.

—Tú y yo cargaremos con esta culpa el resto de nuestras vidas —susurré—. Así que míralo bien. Que esta imagen se te quede grabada.

Mi voz se quebró.

—Éramos felices en Seattle, sin embargo, a ti solo te importaba el hockey. Ahora, la muerte se cierne sobre el hielo. Espero que al menos no se te fastidie la temporada, porque al final eso es lo único que te ha importado siempre.

—Jordan…

—No me hables. No existo para ti. Estoy tan muerta como ellos.

Y justo ahí me rompí. Me desplomé frente a las tumbas de mis padres, sintiendo que mi alma se quedaba en ese lugar con ellos. Cuando todos comenzaron a retirarse, pedí quedarme un poco más; necesitaba ese momento a solas con ellos.

Al poco rato, desde el otro lado, las palabras de mi abuelo hicieron que todo en mí se detuviera: las lágrimas, el corazón, hasta la misma desolación.

—Jordan se quedará conmigo. Tomaré su tutela.

Mi estómago se revolvió.

No.

No.

NO.

—No puedes hacer eso —lo frenó Susan de inmediato—. Nosotros nos haremos cargo de ella.

—Permanecer aquí no es una buena idea —añadió Peter—. Tiene demasiado que superar. En Seattle, al menos…

—Es mi nieta —espetó Jerry—. Mi familia.

—¡Tu familia está muerta! —chilló Caden, perdiendo la paciencia —. ¡Y ahora pretendes retenerla aquí cuando ni siquiera la creíste cuando más necesitó tu apoyo!

Los gritos subieron de volumen.

Nadie me miró.

Nadie se dio cuenta de que, poco a poco, me alejaba.

Porque yo no me iba a quedar ahí.

No con él.

No en Toronto.

Corrí hasta que localicé un coche que me llevó hasta la casa y llené una mochila con lo esencial. Dinero, algo de ropa. No podía perder tiempo. Debía salir antes de que me encontraran.

Mi corazón latía con fuerza cuando llegué a la estación de autobuses. Solo tenía que montarme en uno. Cualquiera. Sin embargo, no fui lejos, la policía me interceptó antes de que pudiera subir.

—Jordan Callahan, ven con nosotros. —Me quedé paralizada. Los Hughes llegaron poco después. Caden fue el primero en correr hacia mí.

—No tengas miedo —susurró, sosteniéndome con fuerza—. Vas a volver a Seattle.

Mis ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Qué…?

—Lo hemos arreglado todo con Jerry —me explicó Peter—. Regresas con nosotros a casa.

Sentí cómo la presión se desvanecía. Por primera vez en días, dejé que saliera todo lo que había estado reprimiendo.

Capítulo 27

NATHAN

No podía apartar la mirada de ella. Jordan dormía con la cabeza apoyada en mi regazo, y con la respiración pausada marcando un ritmo sereno. Su cuerpo, pequeño y agotado, se encogía sobre el sofá como si intentara hacerse invisible. El cabello, suave y alborotado, caía sobre mis piernas como una manta oscura que no dejaba de rozarme, acariciándome sin querer.

Cada vez que mis dedos se alejaban de su piel, su ceño se fruncía ligeramente, como si incluso en sueños necesitara sentir un apoyo, algo que le recordara que estaba a salvo. Así que seguí tocándola, delineando con cuidado el contorno de su mandíbula, la curva de su cuello, el arco suave de sus cejas.

Jamás habría imaginado que ella era la misma chica del parque. Aquella que hallé esa noche, destrozada. Creí que nos habíamos cruzado por primera vez en Chicago, que era solo una casualidad más. Por fin lo entendía: no había sido coincidencia. Nuestros caminos estaban destinados a encontrarse.

Y ahora veía todo su dolor, toda la mierda con la que había tenido que cargar durante años. Lo peor no era lo que le habían hecho, sino lo que ella misma se hacía. La culpa con la que se castigaba una y otra vez, como si pudiera cambiar el pasado.

Pero, no, no iba a permitir que siguiera viviendo así. No consentiría que nadie más le hiciera daño. No la abandonaría jamás. Ahora, ella era mi problema. Y no podía importarme menos lo que eso significara. Porque la amaba. No de una forma suave o fácil. No con ese amor simple y bonito que se ve en las películas.

La amaba de esa manera que te parte el pecho, que te revuelve por dentro, que te jode la cabeza y a la vez te da algo por lo que respirar.

Recordé a mi exnovia. Todas las veces que me dijo que solo vivía para el hockey. Que nunca miraba más allá del hielo, que no tenía espacio para nada ni nadie más. Tenía razón. Aunque Jordan…

Jordan había logrado que todo lo demás dejara de importar. Me hizo ver lo que realmente valía la pena. Me hizo ansiar más.

Y mientras la veía dormir, con su respiración cálida contra mi piel, supe que ya no había vuelta atrás.

—Hola, Minnesota. —Su voz sonó ronca y perezosa, aunque su sonrisa…, esa pequeña y ladeada sonrisa que apenas se asomaba en sus labios, me atravesó de lleno.

—Hola, Seattle —le respondí, sin poder evitar sonreírle también —. ¿Cómo te sientes?

—Bien. —Se estiró como un gato antes de incorporarse en el sofá —. Mejor ahora. Contártelo fue como soltar un lastre. Es un tema que siempre ha estado ahí, pero nadie lo menciona. Como si ignorarlo hiciera que doliera menos.

—No tienes que guardarte nada conmigo —murmuré. Inclinándome un poco hacia ella, levanté una mano y, con suavidad, aparté un mechón de su cabello antes de deslizar mis dedos por su mejilla—. No me hagas a un lado, nena. No me dejes fuera de tu vida.

—Es imposible, aunque lo intentara. ¿Cómo hacerlo, si estás en cada parte de mí? —susurró. Sin dejarme espacio para responder, se inclinó y me besó.

Sus dedos se aferraron a mis hombros, y los míos descendieron por la línea de su espalda, sintiendo su piel caliente a través de la fina tela. Jadeó contra mi boca cuando mis manos la sujetaron con más fuerza, y ese maldito sonido despertó cada parte de mi cuerpo.

Bajó sus manos hasta el borde de su camiseta y con un solo movimiento, la deslizó por su cabeza, dejándola caer al suelo.

Mi respiración se cortó.

Era bellísima. No solo por su cuerpo, sino por la manera en que me miraba, como si en ese momento solo existiéramos nosotros dos, como si confiar en mí de esa forma fuera lo más natural del mundo.

—No me dejes, Minnesota —musitó contra mis labios.

—Nunca lo haré, Seattle —gruñí antes de volver a besarla, más profundo, más hambriento. La sentí entregarse sin miedo, completamente mía.

Me deshice de los pantalones de mi pijama con un movimiento brusco, posteriormente le retiré las braguitas y me arrodillé en el sofá detrás de ella. No había dudas ni miedos. Nos deseábamos, y eso era lo único que importaba.

Le envolví suavemente el cuello con la mano y la pegué a mí. Jordan dejó caer su cabeza en mi hombro, mientras mi erección rozaba su trasero.

—¿Qué me estás haciendo? —grazné sin esperar respuesta.

Estaba completamente a su merced, aunque, para ser sincero, no me importaba en lo más mínimo. Solo quería perderme en ella, arder juntos hasta consumirnos.

Deslicé una mano hasta su sexo y le introduje un par de dedos. Los saqué y los volví a meter reiteradamente, humedeciéndola y acariciándole el clítoris.

Jordan emitió un gemido, giró la cara hacia mí, llevó su mano a mi nuca y me sujetó con fuerza.

—No soy fuerte, y quizás tenga que vivir con estos fantasmas para siempre, aunque ahora estoy aquí, Nathan. Contigo. Y junto a ti es donde quiero estar. No voy a consentir que ninguna sombra se interponga entre nosotros, porque lo único que deseo es que siempre seamos tú y yo.

Su aliento cálido se derramó contra mi piel, y una punzada alcanzó mi entrepierna. No podía más. Me incliné hacia ella, desesperado por su boca, y la abracé con fuerza, envolviéndola entre mis brazos. Hundí el rostro en su cuello, respirando su olor, memorizándolo, aferrándome a ella como si fuera lo único que me mantenía en pie.

—Seattle…, solo tú y yo —murmuré contra sus labios antes de besarlos con urgencia, devorándola, perdiéndome en ella.

Me separé apenas unos milímetros, con la respiración entrecortada y los labios aún rozando los suyos.

—Prométeme que siempre me dirás lo que te preocupa, que no te guardarás nada y que jamás saldrás corriendo de mí.

Ella sonriendo de lado, con esa chispa traviesa en la mirada que me volvía loco, mordisqueó mi labio inferior, me lo chupó y lo besó.

—Lo haré… si tú me sigues haciendo gritar así. Ya sabes, como en la sauna.

Mi risa fue más un gruñido contra su boca.

—Nena, dalo por hecho.

La empujé hacia adelante a cuatro patas, la agarré de las caderas con suavidad y tiré hacia mí mientras se abría de piernas. Al encontrar la abertura, le metí la punta de la polla e hice presión para adentrarme en su interior; tembló y repetí la acción de nuevo.

—Minnesota… —se quejó por mi dulce tortura. Se la volví a introducir lentamente, aunque lo único que quería era estar dentro de ella.

—Seattle, quiero que abandones de una vez por todas esa maldita timidez y dejes de contenerte. Hasta que estés lista para dármelo todo y entregarte por completo, voy a seguir torturándote.

Retiré mi polla, disfrutando de la tensión en su cuerpo. Entonces escuché su gruñido frustrado, seguido de un golpe seco en el sofá. Se levantó de un salto y, para mi sorpresa, me empujó con firmeza.

Caí de espaldas contra el reposabrazos, quedando medio sentado, con la respiración agitada y la mirada fija en ella.

—Vaya, nena…

Se sentó a horcajadas encima de mí mientras me clavaba las uñas de una de sus manos en mi hombro y con la otra se acercó mi erección. Su cuerpo presionó contra el mío y me hundí de una estocada en su interior; le agarré el culo con fuerza y la atraje hacia mí para succionarle un pezón con la boca. Se lo mordí; sabía exquisitamente bien.

Comenzó a menear las caderas y se agarró al respaldo del sofá con una mano; la otra seguía en mi hombro. Curvó su espalda hacia atrás y comenzó a gemir y a follarme más rápido.

—Así te quería ver. —Agarré su culo, atrayéndola hacia mí una y otra vez—. Joder, eres perfecta para mí.

Gruñí de lo dura que me la estaba poniendo. Alcancé un pecho con las manos y me lo llevé a la boca para volver a juguetear con ese rosado y duro pezón. Jordan aceleró más el ritmo. No era consciente de lo jodidamente buena que era.

—¡Oh, oh…! —gimió con fuerza.

Y entonces se desplomó sobre mi pecho apretando su cuerpo contra el mío, y me besó. Al notar su lengua presionando la mía casi me hizo explotar. Era adictiva y yo estaba enganchado a ella.

—No quiero que esto lo tengas con nadie más, eres mía —le susurré antes de besarla de nuevo.

¿Pero qué demonios me estaba pasando? Nunca había sido así de posesivo, y cada palabra que salía de mi boca me asustaba más. Lo peor no era decirlas… lo peor era que las sentía de verdad.

—Nathan —jadeó contra mis labios—. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti. Jamás me sentí así con nadie como me siento contigo. Contigo soy yo misma, soy libre y te amo. Te amo con cada parte de mi ser.

Se irguió, se sentó y me quedé observándola. Ella respiró profundo y continuó moviendo su precioso cuerpo sobre mí; con cada movimiento, sus pechos se mecían. Su cabello caía a ambos lados de los hombros y parte de su espalda.

—Me vuelves loco, y estoy jodidamente enamorado de ti.

Me sonrió y empezó a moverse con más atrevimiento. Sentí como mi polla se hinchaba, me tensé y apreté la mandíbula con fuerza.

—Mierda… —rumié—. Cielo o bajas el ritmo o espero que estés lista para correrte.

—Sí, lo estoy —exhaló—. Dios…

Y justo ahí empezó a follarme más duro y rápido, clavándome las uñas en el pecho.

—¡Ah, joder! —gritó sin detenerse.

Gruñí como un animal, le agarré las caderas con fuerza y me corrí. Se me contrajeron los músculos y sentí que mi cuerpo entero explotaba de puro placer.

Se dejó caer sobre mí, hundió los labios en mi cuello, y durante unos minutos permanecimos en silencio pegados el uno al otro.

—Cielo, ¿qué te parece si preparo el *jacuzzi* mientras comemos algo? Estoy hambriento y, para devorarte, primero necesito alimentarte.

Acaricié su cabello, esperando una respuesta, aunque solo obtuve silencio y un leve ruidito con la nariz. Fruncí el ceño.

¿Estaba… llorando? No, imposible. ¿Por qué lo haría?

Levanté su rostro con suavidad sin despegar su cuerpo del mío. Me encantaba sentirla así, adherida a mí. Sin embargo, cuando al fin sus ojos se encontraron con los míos, los vi vidriosos.

—Nena, ¿qué pasa? —la escudriñé, sintiendo una punzada de preocupación—. ¿Hice algo que te molestara?

—No, no —negó rápidamente—. Eres perfecto, contigo todo es perfecto.

—Entonces dime qué ocurre. Hemos hablado de esto, Seattle. Me prometiste que confiarías.

Ella se incorporó, primero cubriéndose con las manos hasta que, al darse cuenta de que era inútil, agarró la camiseta y se la puso. Ahí estaba otra vez su maldita timidez. ¿Qué iba a hacer con ella?

—Tengo miedo —confesó en voz baja, sentándose sobre sus talones—. Me aterra pensar que voy a perderte.

—Eso nunca va a suceder. Te lo he dicho antes y te lo repito ahora: te quiero en mi vida, a mi lado. Te quiero a ti. Y si hace falta, te lo recordaré cada cinco minutos hasta que te lo creas.

Ella mordió su labio inferior, dudando, hasta que finalmente soltó la bomba:

—Mi prima vino a verme antes de que Tyson llegara para su sesión de fisioterapia y…

—¿Y qué, Seattle? ¿Qué demonios te dijo Ashley para ponerte así?

—No quiere que estemos juntos.

Bufé, soltando una carcajada irónica.

—Me importa una mierda lo que ella quiera. Estoy harto de todos ellos.

Jordan tragó saliva y bajó la mirada.

—Ella cumple sus amenazas, Nathan. Siempre lo ha hecho. Cuando llegué, creí que ya no le importaba, sin embargo, estaba esperando su momento. Me odia tanto o más que Tyson. La única razón por la que no había actuado aún es porque mi abuelo le dejó claro que no iba a permitir un escándalo entre sus dos nietas.

—Por una vez, Jerry hizo algo bien —mascullé, más para mí que para ella. Mi percepción sobre el abuelo de Jordan había cambiado

después de conocer su historia.

—Nathan. Ella te quería a ti. Eras su salida para librarse de Tyson.

—¿Yo? —fruncí el ceño—. Nunca le di pie a nada.

—Mi prima y Tyson han mantenido una relación de apariencias. Él se callaba muchos secretos sobre ella, y ella lo mantenía dentro de la familia Callahan. Sin embargo, como Tyson nunca ha confiado en ella ni en su permanencia en los Toronto Wolves, quiso asegurarse el tiro con una boda. Ahí entras tú.

—¿Yo? —repetí, incrédulo.

—Ashley pensó que si estaba contigo, podría librarse de todo. Aunque Tyson hablara, seguiría con una estrella del hockey, alguien a quien mi abuelo adora. Le darías el estilo de vida que le gusta, los *flashes*, la atención… Y ahora me culpa por arruinar sus planes.

—Esa tía está mal de la cabeza. —Me pasé una mano por la cara, tratando de contener mi enfado.

No era estúpido, conocía su interés en mí. Aparecía constantemente en mis locales donde solían venir los del equipo, y perdí la cuenta de las veces que intentó acercarse. Me alegraba de no haber caído en su juego. Era peligrosa.

—Nathan…, me advirtió que disfrutara de nuestro «romance» mientras durara, porque tenía fecha de caducidad. Creo que está buscando algo con lo que amenazarme para que te deje. Y mencionó a los Hughes.

—¿Crees que puede averiguar algo sobre ellos?

—Sobre Susan y Peter, lo dudo…, pero…

—¿Pero qué?

—Tengo miedo por Caden. Últimamente está haciendo bastantes estupideces. No sé si Ashley podría hallar algo que lo perjudique a él o a su carrera.

Cogí su cara entre mis manos y la obligué a mirarme.

—Escúchame bien, ¿confías en mí?

—Sí.

—No va a pasar nada. No pienso permitir que nadie te lastime ni que nos separen. Cualquier amenaza, cualquier gesto, cualquier

intento de hacerte daño es un ataque contra mí. Y te aseguro que no querrán tenerme como enemigo.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Que nos vamos a Toronto a ponerle fin a esta mierda de una vez por todas.

—¡No, no! ¿Te has vuelto loco? —Se puso en pie, asustada.

La sujeté por la cintura y la atraje hacia mí, besándola para calmarla. Intentó apartarse, aunque no lo logró. Al final, cedió al beso.

—Estoy muy cuerdo, cielo, solo pierdo la cabeza por ti cuando estoy entre esas piernas —susurré contra su piel, viendo cómo sus mejillas se sonrojaban.

Y, sin darle tiempo a protestar, la arrastré conmigo hacia la habitación para vestirnos.

Al llegar al vestidor, las pertenencias de mi hermano seguían desparramadas por el suelo. Me agaché y, uno a uno, fui recogiendo cada objeto, guardándolos en la caja sin prisa, con un dolor en el pecho que parecía hacerse más grande con cada objeto que tocaba. Entonces, mi mano tropezó con nuestra foto. Me quedé inmóvil, observándola. Jordan tenía razón, los fantasmas del pasado no se desvanecen, aunque con ella a mi lado, aprender a vivir con ellos parecía un poco menos imposible.

Suspiré y giré la imagen, dejándola sobre el resto de las cosas, sin embargo, algo captó mi atención: la parte trasera del marco estaba ligeramente suelta, como si el golpe la hubiera desajustado. La tomé de nuevo y, al mover la patilla, noté un bulto detrás de la fotografía. Fruncí el ceño, mi respiración se volvió errática mientras desmontaba el marco con dedos temblorosos.

Cuando el papel doblado cayó en mi palma, sentí un escalofrío recorrerme de pies a cabeza. Reconocí la caligrafía de mi hermano de inmediato.

El corazón me latía con fuerza mientras lo desplegaba. Era una carta. Una que nunca había visto. Una que, por alguna razón, él había escondido ahí, esperándome todo este tiempo.

El aire se espesó en mis pulmones, mis piernas cedieron y me dejé caer al suelo, sujetando el papel como si fuera lo más frágil del

mundo. Mis manos temblaban, mi mente iba a mil por hora, pero había una única certeza en medio de todo: necesitaba leerla.

Canijo:

Espero que hayas sido tú quien ha encontrado esta nota. La escondí aquí porque sabía que papá nunca la buscaría.

Antes que nada, quiero pedirte perdón. Perdón por haber usado tu inocencia para guardar mi alijo de pastillas. Te engañé y me merezco que me odies. Pero eras mi único refugio, el único lugar donde él no podía alcanzarme.

Tal vez no entiendas por qué tomé esta decisión. Quizás me consideres un cobarde. Y puede que tengas razón. Solo sé que estoy demasiado cansado, Nate.

Desde niño he vivido bajo su presión constante. Tú, en cambio, tuviste suerte. Sé que su ausencia te dolió, pero créeme, no tenerlo cerca fue lo mejor que te pudo pasar. A mí me destruyó. Me robó la infancia, la adolescencia y ahora, cuando al fin he llegado al equipo de hockey de Chicago, me he roto. Fueron años de entrenamientos forzados, de exigencias inadmisibles, de un cuerpo y una mente al límite; al final, la factura siempre llega.

Y lo más triste de todo es que ni siquiera mi sueño fue este. Ansiaba ser profesor, enseñar a los niños, verlos aprender, reír. Sin embargo, papá nunca me dio esa opción. Me lo quitó todo, incluso la posibilidad de amar.

¿Recuerdas a Alec? ¿El chico que reformó el piso? Él era mi novio, Nate. Papá nos descubrió juntos. Maldigo el momento en que le pedí que hiciera aquel trabajo, porque fue como firmar nuestra sentencia. Nunca supe qué le dijo, pero Alec desapareció de mi vida para siempre.

Y aquí estoy ahora, sin fuerzas para seguir, sin valor para enfrentarme a él. ¿Cómo se le dice a un hombre como nuestro padre que su hijo no podrá volver a jugar? El hielo era lo único que me quedaba y ahora ya no tengo nada a lo que aferrarme.

Sé que repito mucho lo mismo, pero es la primera vez que puedo decir lo que siento, y lo peor es que solo puedo hacerlo contigo. No es justo, lo sé. No deberías cargar con esto, eres solo un crío.

Aun así, quiero que entiendas algo. No dejo de pensar en ti. Verte es lo único que me hace creer que todavía hay esperanza, aunque no para mí. Por favor, Nate, no cometas mis errores. No consientas que él maneje tu vida como hizo conmigo. No le permitas robarte lo que amas. Está tan jodido con su propia historia en el hockey que no ve más allá de su ego. Usará a quien sea con tal de seguir siendo relevante.

No tengo nada más para dejarte, excepto mi amor. Canijo, fuiste lo mejor de mi vida, aunque nunca supe demostrártelo. Solo deseo que seas feliz y que no llores por mí. Estaré bien. Por fin podré descansar.

Te quiere, tu hermano.

Apreté el papel contra mi pecho y solté un grito desgarrador, como si así pudiera expulsar el dolor que me quemaba por dentro. Las lágrimas brotaron sin control, nublándome la vista, ahogándome. Toda una vida. Una maldita vida cargando con una culpa que nunca me perteneció.

Mi padre…, ese hombre me hizo creer que yo era el responsable. Me dejó crecer con ese peso sobre los hombros, con esa sombra sobre mi alma. Y, joder, yo no era más que un niño. Un crío que no entendía nada de lo que pasaba a su alrededor. Ahora lo veía con claridad: el verdadero monstruo que empujó a mi hermano hasta el abismo tenía un nombre y un apellido: Jack Prescott.

Ese mismo hombre que me estaba llevando por el mismo camino.

Si Jordan no hubiera aparecido en mi vida. No sé qué habría sido de mí. Lo que sí tengo claro es que no hubiera tenido un final feliz.

—Nate, amor. —En un instante estaba a mi lado, de rodillas en el suelo, con sus manos temblorosas sujetando mi rostro—. ¿Qué tienes? ¿Qué pasa?

—Mi padre… —Tragué saliva, sintiendo cómo mi pecho se contraía—. Él lo mató. No con sus manos, aunque sí con todo lo que le hizo. Lo llevó hasta la muerte.

Un sollozo se me escapó y Jordan no dudó ni un segundo en acogerme entre sus brazos. Llevó mi cabeza a su pecho y depositó

un beso en mi frente, sus labios eran cálidos en contraste con el frío que sentía por dentro.

—Estoy aquí —susurró, acariciando mi cabello—. Tranquilo, amor. Estoy aquí.

—No me sueltes nunca, por favor. Te necesito…

Jordan se apartó solo lo justo para mirarme a los ojos. Sus dedos recorrieron mi mejilla con ternura antes de entrelazar su mano con la mía.

—Jamás, Nathan. Mientras me quieras a tu lado, siempre estaré aquí para ti.

Y en ese momento, con su calor envolviéndome, supe que era verdad. Que con ella en mi vida, no estaba solo.

Capítulo 28

JORDAN

No podía moverme. El aire se me atascaba en los pulmones mientras mi mirada se clavaba en aquella imponente mansión. Volver a ese lugar era como viajar al pasado, revivir un *déjà vu* cruel y despiadado. La última vez que estuve allí, mis padres estaban a mi lado, dispuestos a defenderme, a hacer justicia. Y ahora, aquí estaba Nathan, listo para hacer lo mismo.

—Nena —musitó, sosteniéndome el rostro entre sus manos con una ternura que me hizo temblar—. No tengas miedo, estoy contigo. Nadie volverá a lastimarte.

—No, no… ¡basta! —negué con desesperación, mi pecho subía y bajaba a un ritmo frenético—. Quiero irme. Esto fue una idea pésima. La última vez que pisé este lugar mis padres murieron. No estoy dispuesta a repetir la historia.

Nathan no dijo nada. Solo me abrazó con fuerza, como si pudiera sostenerme cuando todo dentro de mí se estaba rompiendo. Me dejé caer sobre su pecho y solté un sollozo desgarrado.

—Nada de eso va a pasar, te lo prometo —susurró contra mi cabello. Me aferré a su chaqueta con los dedos temblorosos.

—Deja de hacerme promesas que no sabes si podrás cumplir.

—Sí lo sé, Seattle. Pero tienes que calmarte, nena. Te quiero, ¿recuerdas?

Sus palabras, junto con las caricias lentas en mi espalda, lograron relajarme un poco. Hasta que lo vi.

Un hombre salió de la mansión y nuestras miradas se cruzaron, mi cuerpo se tensó de golpe.

No. No podía ser.

—¿No me vas a decir nada? —Nathan siguió hablando, sin notar mi pánico—. Un «yo también te quiero» me sirve.

Solo pude susurrar, con la voz ahogada:

—Tu padre…

—No, nena. De ese tema me ocuparé más tarde. Si lo veo ahora, soy capaz de… —Se interrumpió a sí mismo, apretando los puños. Le agarré del abrigo con urgencia y lo separé de mi cuerpo.

—Nate…, es que está aquí.

Los ojos de Nathan me buscaron con confusión; no obstante, en cuanto siguió mi mirada y lo vio, todo en él cambió. Se separó de mí de golpe y salió disparado. Antes de que pudiera detenerlo, ya había agarrado a su padre por la camisa y lo estampaba contra la pared de la casa.

—¡Nate, para! —Corrí tras él, tirando con fuerza de su antebrazo —. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Era como si no me oyera. Su mirada estaba perdida, atrapada entre el dolor y la rabia. Su cuerpo entero vibraba de furia. No podía dejar que se hundiera en ella. Y me aferré a lo único que podía hacerle reaccionar.

—Por favor, tu hermano no querría esto —supliqué con la voz rota.

Cerró los ojos con fuerza y, con un gruñido de frustración, soltó a su padre como si fuera un muñeco de trapo. El hombre cayó al suelo con torpeza, recomponiéndose con dificultad.

Yo no perdí ni un segundo y caminé a sus brazos. Él me rodeó con fuerza, todavía respirando entrecortado, sin apartar la mirada de su padre.

—Tranquila, nena…, ya está. No voy a joder la vida que tengo contigo por este cabrón.

Jack Prescott se puso de pie, sacudiéndose la ropa con una calma exasperante. Cuando nos miró, su expresión me heló la sangre.

—¿Y todo este numerito es porque ahora represento a Caldwell? ¿Tienes miedo de que lo convierta en la nueva estrella?

Nathan se tensó de inmediato. No podía creer que ese hombre y Tyson estuvieran trabajando juntos.

Sin embargo, él me miró y, aunque sus ojos ardían de ira, me dedicó una ligera sonrisa, tranquilizadora. Me mantuvo cerca, como si yo fuera el único punto de apoyo que lo sostenía.

—¿Crees que mi enfado es por eso? Me da igual con quién trabajes. Si fuera otro, hasta le advertiría de lo peligroso y destructivo que puedes ser, aunque Tyson… se merece a alguien como tú.

—Eres un malagradecido. Yo te llevé a la cima, y créeme que también puedo hacerte caer. Lo que eres, lo eres gracias a mí.

—Tus manipulaciones ya no tienen efecto en mí. Nunca hiciste nada por mí, solo velaste por tus propios intereses. Me usaste, igual que a mi hermano.

La mención de su hermano hizo que Jack perdiera la compostura.

—¡Ni lo nombres! Él sí hubiera llegado lejos. Su compromiso era real, no como tú que pierdes la cabeza por cualquiera que se abra de piernas.

Sentí cómo Nathan se alejaba de mí en un segundo. En dos zancadas, alcanzó a su padre y le soltó un puñetazo directo en la mandíbula.

—¡No! —grité corriendo hacia ellos.

Nathan no apartó la vista de su padre mientras se dirigía a mí, su mandíbula temblaba de la rabia.

—Seattle, no voy a permitir que hable así de ti. Tengo que enfrentarme a esto, por mi hermano y por nosotros. —Me miró con intensidad, esperando mi respuesta. Asentí en silencio.

Jack Prescott se tambaleó, llevándose la mano a la cara. Cuando recuperó el equilibrio, su expresión era pura furia.

—Nunca te hubieras atrevido a ponerme una mano encima… —dijo, escupiendo sangre—. Esa mujer está arruinando tu carrera, destruyendo todo aquello por lo que luchaste.

Nathan negó con la cabeza, exhalando con cansancio.

—Tienes razón, nunca pensé que llegaría a esto. Durante años me hiciste cargar con la culpa de su muerte. Siempre me sentí en deuda contigo, con él. Aunque no era mi cruz. Fuiste tú. Lo presionaste, le robaste la infancia, la juventud, hasta el amor. Todo para que siguieran hablando de ti.

—No digas estupideces. ¿Esas ideas te las ha metido ella? —lanzó con desprecio, señalándome mientras apretaba los dientes.

—Ella tiene nombre, y exijo que la respetes. Es mi pareja. La mujer que amo. Lo único real que he tenido en mi vida. Y no, no es cosa suya. Todo quedó escrito en la carta que mi hermano redactó antes del final. Esa que intentó hacerme llegar sin que tú pudieras interceptarla.

—¿De qué estás hablando?

Nathan dio un paso al frente, desafiante.

—Él me lo contó todo y me advirtió sobre ti. Y lo que más me duele es que estabas haciéndome lo mismo. Usaste mi culpa para manipularme, para seguir brillando a través de mí. Y lo peor es que ni siquiera pareces sentir remordimiento. ¿Cómo puedes vivir contigo mismo después de lo que hiciste?

El rostro de Jack enrojeció de irritación. Se abalanzó sobre su hijo, levantando la mano para golpearlo. No obstante Nathan lo detuvo con facilidad, atrapando su muñeca en el aire. Se inclinó hacia él, mirándolo directo a los ojos.

—Ni se te ocurra hacerlo, porque no respondo. Y escucha bien… tú ya no eres mi padre. Ya no tienes ningún hijo.

Jack forcejeó hasta que se soltó. Frotó su muñeca, mirándolo con resentimiento.

—Sin mí, no eres nadie. Yo te creé.

—Tienes razón. Ya no seré tu sombra en el hielo. Seré yo mismo. No sé hasta dónde llegaré, pero esta vez, lo haré disfrutándolo. Porque ahora, por fin, tengo una vida. Esa que me robaste durante años.

—No te atrevas a desafiarme.

—Te advierto algo. —La voz de Nathan se volvió aún más fría—. Sé que hablaste con el equipo de Chicago. Si interfieres en mi carrera, haré pública la carta de mi hermano.

—No serías capaz. Eso te arrastraría a ti también a un escándalo.

—Ponme a prueba.

Jack lo miró un instante más, como si buscara una grieta en su determinación. No la encontró. Sin decir una palabra más, se giró y se alejó a toda prisa. El aire pareció volverse más liviano en cuanto desapareció.

Me giré hacia Nathan y lo abracé con todas mis fuerzas, rodeándolo por la cintura. Él deslizó un brazo por mis hombros y con la mano libre levantó mi barbilla para besarme.

—Ya está, nena…, se acabó. Estoy bien. No te preocupes. Gracias por estar a mi lado. Sin ti creo que me volvería loco.

—Te quiero, Nathan Prescott. Eres un gran hombre.

Me incliné para besarlo de nuevo, con orgullo, con amor, con la certeza absoluta de que cada día lo amaba más. No…, cada minuto. Porque esto, lo nuestro, parecía infinito. Un amor que solo sabía crecer.

—Seattle, acabemos de una vez con todo esto para poder seguir con nuestras vidas. ¿Lista para entrar? —Extendió su mano hacia mí.

Asentí, entrelazando nuestros dedos. Experimenté un pequeño alivio al hacerlo, aunque, para qué engañarnos, el miedo seguía ahí, clavado en mi pecho.

Al llegar a la entrada principal, una de las muchas empleadas de la mansión nos recibió y nos condujo hasta la sala, informándonos de que mi abuelo nos atendería en breve. Nathan lo había llamado de camino a Toronto, y cuando mi abuelo intentó averiguar el motivo de la reunión, Nate se limitó a responder con un tono frío, seco y cortante. Seguro que eso ya le había dado una pista de que algo no andaba bien.

No tardó en aparecer. Su rostro se iluminó al vernos de la mano; por alguna razón, estaba encantado con nuestra relación. Para ser sinceros, a mí su opinión me importaba entre poco y nada.

—Chicos, tomad asiento, por favor. —Señaló los sofás—. ¿Queréis beber algo?

—No —respondió Nathan con rapidez—. No hemos venido de visita, nos iremos en cuanto diga lo que tengo que decir.

Mi abuelo le hizo un gesto a la empleada para que se retirara, suspiró y fijó la mirada en él.

—Sé por qué has venido —expresó de repente, desconcertándonos a ambos—. Jack nos ha contado que rompiste tu relación laboral con él y que ahora representará a Tyson. Hijo, estás cometiendo un error. Tu carrera está en su mejor momento y tu padre, con su experiencia, es quien mejor puede ayudarte a llegar a

lo más alto. Además, esta ruptura dañará tu imagen. Y no hablemos de tu nuevo representante, todavía es un novato en todo esto. No creo que…

—¡Basta! —lo interrumpió Nathan de inmediato—. No estoy aquí para hablar de mi carrera, en la que solo yo tengo algo que decir, y a lo sumo mi pareja. Nadie más.

—No me gusta tu tono, muchacho. Sabes que te tengo simpatía, pero no abuses. Dime entonces, ¿por qué tanta urgencia? —Desvió la mirada hacia mí—. Jordan, ¿tú estás bien?

Parecía que se acababa de acordar de mi presencia tras su sermón sobre el hockey.

—No, no está bien —contestó Nate antes de que pudiera hablar —. Y no lo estará mientras su otra nieta y Tyson no dejen de acosarla.

—¿Qué quieres decir? —indagó, visiblemente desconcertado, alternando su mirada entre nosotros.

—Prescott, Prescott…, qué feo eso de ir con chismes a las espaldas. No te hacía de ese tipo de personas —interrumpió Tyson con su sonrisa arrogante mientras entraba en la sala junto a Ashley.

El simple hecho de tenerlos tan cerca me revolvía el estómago. No importaban los años que pasaran, mi cuerpo reaccionaba de la misma manera: tenso, paralizado, como si volviera a ser aquella niña indefensa. Me odié por ello, por seguirles dando ese poder sobre mí.

Apreté la mano de Nate con fuerza. Él bajó la mirada hacia mí, y vi cómo sus ojos se oscurecían de irritación. Soltó mi mano y, antes de que pudiera reaccionar, lanzó un puñetazo directo a la mandíbula de Tyson. Nunca lo había visto así. Ni siquiera en el hielo, donde las peleas eran casi parte del deporte.

Tyson se tambaleó, sin embargo, se repuso de inmediato y contraatacó. En segundos, ambos estaban enzarzados en una pelea que hizo volar un par de adornos carísimos por la sala. Ashley chilló y se apartó de inmediato. Yo, en cambio, me quedé allí, inmóvil, viendo la escena que transcurría a mi alrededor, como si no fuera real.

La voz de mi abuelo retumbó en la sala.

—¡Basta!

Nathan se separó de Tyson con la respiración agitada y vino directo hacia mí. Me pegó a su cuerpo, besó mi frente e, inmediatamente, con los ojos cargados de rabia, habló con un tono frío y cortante:

—No quiero que ninguno de vosotros vuelva a acercarse a mi novia. No pienso permitir que la sigáis lastimando ni amenazando. Ella no está sola. Y os aseguro que si vais contra ella, vais contra mí. Podéis dar por sentado que haré todo lo necesario para joderos la puta existencia.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —rugió mi abuelo, mirando a Ashley y Tyson—. ¡Explicaos ahora mismo!

—No sé de qué está hablando. —Ashley fue la primera en responder con una falsa inocencia—. Nos hemos mantenido lejos de ella, como te prometí, abuelo. Aunque parece que sigue igual, inventando sus historias. Lo peor de todo es que Nathan ha caído en ellas.

—Cierra la boca, Ashley, si te queda un poco de dignidad. No sigas con esa farsa, no conmigo. Conozco perfectamente a Jordan y sé la clase de persona que es. Igual que sé la basura que sois vosotros dos. Y lo que le hicisteis.

—Eres un imbécil, Prescott —espetó Tyson, frotándose la mandíbula—. Has caído en su juego. Crees que lo sabes todo, aunque no tienes ni puta idea.

—¿Ah, sí? Qué curioso, porque hace años fui yo quien la encontró en ese estado lamentable en el que la dejasteis. ¿Recuerdas, Tyson? Las marcas en su cuerpo, su pelo cortado a tijeretazos, el olor a orín… Nada de eso pudo hacérselo ella sola.

El silencio que cayó sobre la sala fue aplastante. Ashley abrió la boca, pero no le salió la voz. Sus labios temblaban y su mirada iba de un lado a otro, buscando una salida. Mi abuelo, en cambio, se quedó inmóvil, con el rostro lívido. Llevó una mano al respaldo del sofá como si necesitara apoyo.

Yo sentí cómo mis uñas se clavaban en mis palmas. El dolor físico era lo único que me mantenía en el presente y no me arrastraba a esos recuerdos que aún me perseguían.

Y entonces, con voz débil y cansada, mi abuelo habló:

—No traigamos de vuelta el pasado. No es bueno para nadie revivir momentos tan dolorosos.

Fue la gota que colmó el vaso. Di un paso al frente, con los ojos llenos lágrimas.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Jordan, hija…

—No —lo corté de inmediato, con la voz firme—. No soy nada para ti, y eso me quedó claro hace años. El día que estuve en esta misma sala con mis padres. El día que te explicaron todo lo que me había sucedido y tú decidiste mirar para otro lado. Porque era más fácil, ¿no?

Sentí mi respiración agitada, el ardor en mis ojos, sin embargo, no me detuve.

—Mejor pensar que la niña inadaptada mentía que afrontar la realidad. Aceptar que, bajo tu techo, vivía y sigue viviendo un monstruo. No, mejor dicho, ahora son dos. ¿Qué importaba lo que yo sintiera? ¿Qué importaba el daño que me hicieron? ¿O lo destrozados que estaban mis padres? Nada de eso pesaba más que la gran temporada que estaba teniendo el equipo. Porque para ti siempre fue lo primero, ¿verdad? Ese imperio de hielo al que llamas hogar.

»Y cuando me fui con los Hughes, cuando por suerte tuve a alguien que sí me quiso proteger, entonces llegaron los remordimientos. Y claro, ¿qué mejor manera de acallar la conciencia que con dinero? Pagar mis estudios, cubrir mis gastos… Pero no fue suficiente, ¿no? Así que decidiste traerme aquí. Darme una oportunidad en los Toronto Wolves, ponerme un apartamento de lujo… Para sentirte menos culpable.

Respiré hondo, percibiendo cómo mi pecho subía y bajaba con fuerza.

—Pues déjame decirte algo: no te ha servido de nada. Mi opinión sobre ti no ha cambiado, todo lo contrario. Obligándome a regresar, a estar cerca de estos dos seres siniestros, lo único que has conseguido es alejarme más. Recordarme que jamás podré perdonarte. Porque cada vez que te veo, cada vez que te tengo

cerca, lo único que viene a mi mente es que mis padres están muertos.

Mi cuerpo temblaba de la intensidad, y entonces sentí algo cálido en mi cintura. Minnesota. Me estaba sujetando, abrazándome por detrás, sosteniéndome sin que me diera cuenta siquiera.

—Lo siento… —Mi abuelo se dejó caer en el reposabrazos del sofá, con la mirada perdida en el suelo.

—Es tarde para sentirlo, Jerry. —Nathan dio un paso adelante, llevándome con él—. El daño ya está hecho. Aunque todavía tienes una oportunidad de hacer algo bien. Detén a estos dos. Porque si no lo haces tú, lo haré yo. Y te juro que si perpetran un solo ataque más contra Jordan, solo uno, me encargaré personalmente de arruinar esta temporada.

—Venga, Prescott, nadie se cree esa amenaza —vaciló Tyson con su sonrisa burlona—. No joderías tu carrera por nada del mundo.

—Tienes razón. No lo haría por nada. —Se movió a mi lado, y en el siguiente segundo, pasó un brazo protector sobre mis hombros—. Excepto por ella. Jordan es mi prioridad. Antes que el hielo. Antes que todo.

Mis labios temblaron. No dije nada. No podía. Solo me aferré a su cintura.

—Vamos, cielo —se dirigió a mí con suavidad—. Ya hemos terminado aquí.

Me dejé guiar hacia la salida. Con cada paso, sentía que una carga se aligeraba en mi pecho. Aun así, el miedo dentro de mí se resistía a desaparecer.

Capítulo 29

JORDAN

Desde la cocina me llegaba el aroma del café, mezclado con el inconfundible perfume de Nathan. Cerré los ojos por un segundo y sonreí. Habían pasado varios meses desde que comenzamos nuestra relación, y juro que nunca me había sentido tan feliz. Con él, todo era perfecto.

Mi trabajo me llenaba, amaba lo que hacía, y las cosas mejoraron cuando River regresó. No solo aprendía muchísimo de ella, sino que terminamos volviéndonos confidentes. Su forma tierna de escucharme y la manera en que me hacía ver las cosas eran de gran ayuda. A veces bromeaba diciendo que hablar con ella era mejor que ir al psicólogo, y la verdad no estaba tan lejos de la realidad.

Con los chicos del equipo también había encontrado mi lugar. Eran atentos, divertidos, aunque a veces demasiado temerarios en el hielo, lo que me desesperaba.

En cuanto a Liam y Conor, estaban más felices que nunca. Al principio su relación causó cierto revuelo en el vestuario, aunque pronto todos lo aceptaron. Los únicos que parecían reticentes eran mi tío Rick y algunos técnicos. Sabía que desde la directiva les pidieron que mantuvieran su relación en privado porque «no era bueno para los patrocinios», lo cual me parecía una estupidez.

Nathan y yo, en cambio, éramos inseparables. Siempre encontrábamos la forma de estar juntos, y cuando coincidíamos en la pista, nuestras miradas se buscaban, atraídas. Era como flotar, como vivir en un sueño del que tenía miedo de despertar.

Por otro lado, ni mi prima ni Tyson volvieron a acercarse a mí. Supe que mi abuelo los había echado de la mansión. Oficialmente, la versión pública era que, como iban a casarse, querían un lugar propio. Eso hizo que la relación casi inexistente con mi tío se tensara más. No es que me importara demasiado, aunque la forma en la que me miraba, con tanto odio, sí me incomodaba.

En cuanto a mi abuelo… creo que, por fin, entendió que lo mejor era darme mi espacio. Que no debía interferir en mi vida. A decir verdad, siento que se dio cuenta de lo mucho que la había fastidiado, y simplemente no tenía el valor de afrontarlo.

—Mmm… qué bien huele.

Sentí el pecho de Nate pegado a mi espalda mientras su brazo rodeaba mi cintura. Con la otra mano apartó mi cabello y aspiró el aroma de mi cuello antes de dejar un beso suave en mi piel.

—No empieces —musité entre risas al notar que ya estaba en modo juguetón—. Tenemos que irnos a la pista, el partido de hoy es importante y necesitas estar concentrado. —Le metí una tostada en la boca antes de apartarme—. Anda, mueve ese precioso trasero que me vuelve loca y sirve el té y el café.

Caminé hacia la nevera buscando espacio, escuchando su risa ronca detrás de mí.

—No me gusta cuando te escabulles de la cama en la mañana sin mí —se quejó desde la sala—. No vuelvas a hacerlo.

Sonreí. Era cierto, nunca fallábamos. Cada mañana compartíamos momentos «cariñosos» antes de iniciar el día. Según él, era la mejor manera de despertarse y no iba a negarlo.

Sin embargo, esa madrugada, me había despertado inquieta y ya no pude volver a dormir. La secretaria de mi abuelo me había entregado un contrato para continuar trabajando con los Toronto Wolves una vez terminadas mis prácticas en dos días. Aún no le había dicho nada a Nathan. Quería esperar a que pasara el partido de esa noche, que era clave para la clasificación a los *playoffs* de la Stanley Cup. No estaba segura de cómo se lo tomaría. Seguir en el equipo con él significaba que podíamos sincronizar nuestros tiempos a la perfección: trabajábamos juntos, viajábamos en los mismos desplazamientos y, cuando tocaban partidos fuera, compartíamos habitación de hotel. Si renunciaba al contrato…, bueno, nos veríamos muchísimo menos.

Tomé aire y llevé el resto del desayuno a la mesa antes de sentarme a su lado. Nathan revisaba el teléfono mientras bebía su café. Yo, en cambio, miré mi plato sin mucho entusiasmo. Tenía el estómago cerrado.

—Seattle, ¿se puede saber qué te pasa? Y por favor, ahórrate las excusas.

—No es nada importante, puede esperar hasta mañana —aclaré, retirando la comida de mi plato sin ganas.

—Nena, todo lo tuyo es importante. Si algo te preocupa, quiero saberlo. —Empujó su silla hacia atrás y dio una palmada en su regazo—. Ven aquí.

Rodé los ojos, pero igualmente me levanté y me senté a horcajadas sobre él. Sus manos se aferraron a mi cintura, acercándome aún más, hasta que nuestras respiraciones se mezclaron. Mi espalda chocaba contra el borde de la mesa, dejando nuestros torsos casi rozándose.

—¿Esta es tu gran táctica para persuadirme? —No pude evitar fijarme en los hoyuelos que se marcaban bajo su barba—. Porque si lo es… aviso que solo me estás distrayendo más. Ahora mi cabeza vuela en otra dirección.

—Puedo ser aún más persuasivo —musitó, deslizando lentamente sus manos por mis caderas.

—¡Para! —Solté una carcajada, dándole un leve golpe en el pecho—. Si sigues así, no voy a hablar.

Nathan me soltó enseguida, levantando las palmas con una expresión inocente, aunque la situación no tenía nada de casta. No era ni medio normal intentar hablar de algo serio en esta posición.

—Sabes que mis prácticas terminan en dos días.

Él asintió, escuchando con atención.

—Me han ofrecido seguir trabajando con los Toronto Wolves —lancé de golpe. Vi cómo su rostro se iluminaba y, por dentro, quise gritar. «Mierda, no». Esa alegría no iba a durar mucho.

»Lo he sopesado todo, y sé que sería increíble seguir trabajando contigo, sin embargo, no puedo aceptar. Me hace demasiado daño tenerlos cerca. —Sentí su cuerpo endurecerse bajo el mío, aunque proseguí—: Cada vez que estoy en la pista, vivo con el temor de que Ashley o Tyson aparezcan por la sala de fisioterapia. Sé que su odio hacia mí solo ha crecido y temo que intenten algo peor. Y, además, está mi abuelo. No me siento cómoda trabajando para él. Sigo sin perdonarlo.

Bajé la cabeza, tratando de contener las lágrimas.

—Lo siento, no estoy preparada. No puedo.

Nathan tomó aire y me levantó el mentón con suavidad, obligándome a mirarlo.

—Seattle, ¿estás rompiendo conmigo? ¿Te vas a marchar?

Lo miré, completamente aturdida. ¿Cómo podía pensar eso?

—¡Nooo! No me voy a ningún lado, y mucho menos voy a dejarte. —Le acaricié la mejilla, intentando tranquilizarlo—. Sé que aquí tienes tu carrera y jamás interferiría en ella. Te apoyaré desde otro lugar, como tu pareja, no como tu fisioterapeuta. Además, ya no me necesitas. Tu lesión sanó por completo. Solo que… no puedo seguir en los Wolves.

Nathan dejó caer la frente contra la mía, soltando un suspiro.

—Joder, nena, casi me matas del susto.

—Entonces, ¿no estás molesto?

—Para nada. Te entiendo y solo quiero lo mejor para ti. —Apretó sus manos en mis muslos y me miró con intensidad—. Eso sí, no me dejes.

—Nunca. Aunque pasaremos menos tiempo juntos y también está lo otro. —Me rasqué la cabeza, buscando las palabras adecuadas—. Quiero dejar el apartamento de mi abuelo y mudarme a uno que pueda pagar yo. River me pasó el contacto de varios compañeros suyos de la universidad que tienen clínicas de fisioterapia, así que en cuanto encuentre trabajo, buscaré un lugar. Pero, hasta entonces…, ¿podría quedarme contigo unos días?

Nathan entrecerró los ojos, como si hubiera dicho la mayor tontería del mundo.

—Ni de coña, tú no te vas a ningún lado. Hoy mismo traes todas tus cosas aquí.

—Nate, no quiero ser una carga.

—¿Carga? Llevamos meses yendo de un apartamento a otro, prácticamente vivimos juntos. La única diferencia es que ahora será oficial. Esta es tu casa, y te quiero aquí conmigo.

—¿Seguro?

—Segurísimo. —Tomó mi cara entre sus manos, mirándome fijamente—. Y cuando vuelva de jugar fuera, quiero que lo primero

que vea al entrar por esa puerta seas tú.

Y con eso, se acabó la discusión. Sonreí y lo sujeté por la cara antes de besarlo.

El beso fue creciendo en intensidad hasta que el aire entre nosotros se volvió espeso. Nathan agarró mis caderas con firmeza y comenzó a moverme hacia adelante y atrás sobre su incipiente erección.

—Si sigues así, ya sabemos cómo va a terminar esto —susurré contra sus labios, sintiendo el calor entre mis piernas.

—No sé cómo va a terminar, pero sí sé cómo va a empezar. Y es contigo desnuda sobre la mesa.

—Debemos irnos, amor, ¿eres consciente de la hora? — Intenté aferrarme a la poca cordura que me quedaba.

—Todo puede esperar… menos esto.

Y sin más, me levantó, sentándome en el borde de la mesa sin dejar de besarme. Los platos fueron a parar al suelo en el proceso. Y, bueno…, todos sabemos lo que pasó después.

***

—¿River? ¿Estás aquí? —Asomé la cabeza por la sala de fisioterapia.

—¡Sí! Estoy en el almacén preparando el material para el partido —manifestó desde el fondo.

Me acerqué y fruncí el ceño al notar que cojeaba más que por la mañana.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, es solo el golpe de antes, nada grave —explicó restándole importancia.

—No parece tan «pequeño», y últimamente no haces más que lastimarte.

—Ando con la cabeza en cualquier lado, pero olvídate de eso. Cuéntame, ¿qué te dijo tu abuelo?

—No hablé con él. Estaba reunido con alguien en las gradas, así que le dejé la respuesta a su secretaria: he roto el contrato y pedido que envíen cuanto antes mis informes de prácticas a la universidad.

River me miró con sorpresa mientras yo le ayudaba con las cajas.

—¿Prescott qué dice de todo esto?

—Lo hablamos esta mañana, me mudo con él. Me apoya en todo… y te juro que nunca me sentí tan arropada. Hace que todo parezca fácil.

Ella sonrió con ternura.

—Solo hay que veros juntos. Se nota a kilómetros lo enamorados que estáis. Te juro que nunca vi a Prescott así. Ese hombre lo daría todo por ti.

—Y yo por él —admití—. Porque, si fuera por mí, saldría corriendo de Toronto.

—Te voy a echar de menos.

—Oye, que sigo en la misma ciudad. Nos veremos igual.

—Más te vale. —Me abrazó con fuerza. Sentí su emoción y, por alguna razón, tuve la sensación de que no lloraba solo por mí.

—¡Chicas! ¿Listas? ¡A la pista! —nos llamó uno de los técnicos desde la puerta.

El bramido de la afición de los Toronto Wolves hacía temblar el estadio. Las luces se atenuaron por un momento, dejando la pista en penumbra, mientras los focos comenzaban a danzar al ritmo de la estridente música. En las pantallas gigantes, los rostros de los jugadores aparecían uno a uno, mientras el locutor anunciaba el tan esperado enfrentamiento:

Toronto Wolves vs. Montreal Blizzard.

El equipo rival, vestido de azul y negro, ya estaba en la pista, golpeando el hielo con los *sticks* y preparándose para la batalla. Sin embargo, cuando se anunció la entrada de los Wolves, la euforia se desató. La música estalló y, uno a uno, los jugadores del equipo local salieron al hielo entre destellos de luces y gritos.

Nathan fue el último en aparecer, con su número 17 brillando en la espalda. Antes de que el partido comenzara, patinó hacia donde yo estaba. Me buscó con la mirada y, con una sonrisa encantadora, me lanzó un beso por el aire. Yo le devolví el gesto, y él atrapó el beso en su puño y lo llevó a su boca y posteriormente al corazón.

Y entonces, el disco cayó en la pista. Los Blizzard salieron agresivos, queriendo demostrar que no serían un rival fácil. Aunque los Wolves no eran un equipo que se intimidara. Nathan volaba sobre el hielo, esquivando a los defensas como si fuera un fantasma.

Liam, en la defensa, se entregaba al máximo, realizando placajes limpios y demoledores, cortando cada intento de avance de los Blizzard. Conor, en la portería, era impenetrable: cada disparo que iba a puerta, lo rechazaba con maestría.

Nathan tomó el disco en la zona neutral, fintó a dos rivales y se lo pasó a Tyson, quien debía rematar. En lugar de disparar, hizo un pase fallido que casi termina en gol en contra. El enfado de Nate fue evidente, sin embargo, se contuvo y siguió concentrado en el partido.

En el segundo periodo, los Wolves estaban arriba 2-1, con Nathan marcando un gol espectacular tras una asistencia impecable de Nyberg. La tensión crecía en el hielo. Tyson jugaba de manera errática, perdiendo discos y tomando malas decisiones. Los Blizzard aprovecharon sus errores y lograron empatar.

Fue la gota que colmó el vaso. Mi tío no lo dudó y lo sacó del hielo. Tyson patinó hasta el banquillo con el ceño fruncido, la mirada fija en Nathan, cargada de resentimiento, mientras este, en cambio, estaba en su mejor momento.

En el tercer periodo con el marcador 2-2, el estadio era un hervidero. Los Wolves necesitaban ganar para asegurarse un puesto en los *playoffs*.

Y Nathan decidió que no perderían. Se convirtió en un demonio sobre el hielo, jugando con una velocidad y precisión que desafiaban toda lógica. Rompió la defensa rival, burló a tres jugadores y marcó un gol que hizo estallar al público. ¡3-2!

Los Wolves se atrincheraron y Liam se convirtió en una muralla inabordable, bloqueando cualquier intento de los Blizzard. Conor, con una parada en el último minuto, evitó el empate.

Faltaban diez segundos. El *puck* cayó en el *stick* de Nathan tras un pase de Dupuis. En un último esfuerzo, cruzó la pista y, con un disparo exacto, selló el partido. ¡4-2!

El sonido de la bocina quedó ahogado por los gritos de la afición. Los Wolves estaban en los *playoffs*.

El hielo se llenó de jugadores saltando, abrazándose, golpeando sus cascos con euforia. Y entonces, Nathan patinó directo hacia mí.

Me tomó por la cintura y me levantó del suelo, besándome con toda la pasión y la felicidad del momento.

—Te amo, Seattle. ¡Joder, te amo tanto!

Después del partido, nos fuimos a celebrar al local de Nate. Todo el equipo estaba eufórico, brindando y riendo, con la adrenalina todavía en lo más alto. Tyson, por suerte, no apareció. Había discutido fuertemente con mi tío Rick y después con el padre de Nathan, lo que solo empeoró las cosas. Sin embargo, Ashley estaba allí. Podía sentir su mirada fija en mí, intentando incomodarme, buscando una grieta en mi felicidad para colarse dentro. No le di el gusto.

Tenía a Nathan a mi lado, a Liam y Conor, y al resto de los chicos. Solo faltaba River, que se excusó diciendo que no se sentía bien. Últimamente estaba extraña, apagada. Algo me decía que había más de lo que dejaba ver, aunque esa noche decidí no darle más vueltas. No iba a permitir que mis propias dudas arruinaran un momento tan importante. Nathan merecía celebrar su victoria.

Así que me dejé llevar. Bebí, bailé, besé a mi novio. Reímos entre susurros, entre caricias clandestinas y miradas cargadas de deseo. El alcohol en nuestras venas no hacía más que alimentar la tentación. Hasta que Minnesota, con esa sonrisa seductora que me volvía loca, me propuso escabullirnos a uno de los cuartos privados del local. No lo dudé.

Con Nathan no podía. Me dejaba llevar de una forma que con nadie más me pasaba. Era fuego en mi piel, un pulso desenfrenado en mi pecho. Apenas cerramos la puerta, nos abalanzamos el uno sobre el otro. Me alzó con facilidad, y entre besos húmedos, con mis piernas enroscadas en su cintura, me empotró contra la pared. Su respiración era la mía, su cuerpo era el anhelo del mío.

Entonces escuchamos voces afuera. Nos detuvimos por un instante, aunque decidimos ignorarlas. No iban a truncar el momento. Hasta que la puerta se abrió de golpe.

Liam y Conor irrumpieron en la habitación, completamente enfrascados en una discusión, sin notar nuestra presencia. Nathan carraspeó. Los dos se giraron hacia nosotros y se quedaron petrificados.

Yo aún estaba en sus brazos, con los labios hinchados, la respiración alterada y una sonrisa entre traviesa y avergonzada.

—Eh, esto no es lo que parece… o, pensándolo bien, tal vez sí —intenté decir.

Liam y Conor se miraron. Y, acto seguido, rompieron a reír a carcajadas. Esa alegría duró poco porque pude percibir en el rostro de Liam que algo no andaba bien, le indiqué a Nate que me bajara y me acerqué a ellos.

—¿Qué está pasando? Hace un momento estabais felices y ahora traéis una cara que da miedo.

Conor caminó hacia una de las sillas y se dejó caer torpemente, sujetándose la cabeza entre las manos. Su lenguaje corporal gritaba frustración. Fue Liam quien tomó la palabra, con el rostro tenso y la mandíbula apretada.

—Me acaba de llamar nuestro representante. La directiva de los Toronto Wolves quiere transferirme la próxima temporada.

—¿Qué? ¿Por qué harían algo así? —solté, atónita—. Eres un defensa increíble. No sé cuántas veces detuviste el juego del equipo contrario, no tiene sentido que quieran perderte.

—JoJo, sí que lo tiene cuando eres maricón —escupió Conor con rabia— y estás liado con tu compañero de equipo. Parece que piensan que ser gay es contagioso. Que si nos dejan en el vestuario juntos, de repente todos van a empezar a besarse o algo así. Un puñado de gilipollas insensibles, eso es lo que son.

Sentí un escalofrío de indignación. Miré a Nathan, incrédula, y él, en respuesta, apoyó las manos en la mesa y tiró de mí hasta pegar mi espalda contra su pecho.

—Quieren separaros, ¿verdad? —Su voz sonaba tranquila, aunque estaba molesto también—. A toda costa buscan ocultar lo que está pasando entre vosotros dos y, si tienen que sacrificar a uno, prefieren que sea el que salió del armario.

—Bingo —lanzó Conor con cinismo—. Premio gordo para ti, Prescott. ¿Sabes la excusa que le soltaron? Que una relación entre jugadores del mismo equipo podía afectar al rendimiento, porque supuestamente mezclaríamos lo profesional con lo personal.

Hipocresía de mierda. No vi que pusieran pegas a tu relación con JoJo o a la de River con el segundo entrenador.

Noté un nudo formarse en mi estómago. Esto no solo era injusto, era cruel.

—¿Qué vas a hacer? —indagó Nathan, mirándolo fijamente. Liam se encogió de hombros, estaba roto.

—Buscar otro equipo, supongo. Sinceramente, me da igual que no sea del nivel de los Toronto Wolves. Solo quiero un sitio donde me acepten como soy. Estoy harto de esto. Jordan, tú sabes lo que pasé en el instituto. Pensé que cuando esa etapa quedara atrás todo cambiaría, pero no…, nunca se acaba.

Su voz se quebró. Sin pensarlo, me lancé a abrazarlo, sintiendo cómo temblaba en mis brazos. Un porrazo seco hizo que ambos nos sobresaltáramos. Conor había golpeado la mesa con fuerza.

—Me cago en todo, Liam —gruñó, y en su voz había dolor—. No sé cómo esperas que me quede en este equipo después de lo que te han hecho. No cuando te tratan como si fueras el problema.

Conor se acercó y sujetó el rostro de Liam entre sus manos, pegando su frente a la suya.

—He tardado demasiado en llegar hasta aquí. En llegar a ti. Y no pienso dejar que nos separen. Si tú te vas, yo también. Estamos juntos en esto. Siempre dijiste que éramos un equipo, así que ahora no me abandones.

Me ardían los ojos de la emoción. Verlos así, tan rotos y al mismo tiempo tan dispuestos a pelear el uno por el otro, me llegó al alma.

Miré a Nathan. Él también estaba cabreado como yo, pero se mantenía en silencio, procesándolo todo. Finalmente, se pasó una mano por el cabello y exhaló con frustración.

—Liam, tío, lo siento muchísimo. Esto es una puta mierda. Aunque estoy con Conor en esto: no puedes pedirle que se quede en un equipo que te está echando por ser quien eres. Os conozco desde hace años. Nunca os vi tan felices como ahora. No puedes dejar que te arrebaten eso. El hielo no vale tanto como la persona que amas.

Sentí mi corazón explotar de amor por él. Dios, ¿cómo podía querer tanto a ese hombre?

Liam y Conor se miraron intensamente. Y entonces, sin dudarlo, Liam lo besó.

—Donde estés tú, estaré yo —murmuró Conor contra sus labios.

El ambiente entre ellos empezó a caldearse, y yo no podía evitar apretarme más contra Nathan, observándolos como si fuera una especie de espectáculo privado. Aquello me recordó a los vestuarios. Nate carraspeó con fuerza, y al ver que lo ignoraban, no pudo más.

—Estamos aquí, chicos, y os recuerdo que llegamos antes que vosotros, así que piraos ya. La sesión de terapia terminó por hoy.

—Venga, Prescott, ¿podrías ser un poco más enrollado y cedernos el lugar? Estamos en plena reconciliación —protestó Liam, medio en broma, medio en serio.

Sin pensarlo mucho, sintiendo ese calor abrasador entre mis piernas, me adelanté.

—Podemos quedarnos los cuatro.

Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, sentí que los tres me miraban fijamente, como si hubiera soltado una bomba.

—Me gusta la idea —me apoyó Liam, guiñándome un ojo cómplice.

—Prescott, has creado un monstruo —se carcajeó Conor, divertido. Yo solo deseaba que el suelo me tragara en ese momento.

Nathan giró mi cara para mirarme directamente.

—Nena, ¿estás segura de que quieres que se repita lo de los vestuarios?

—Sí, y esta vez espero mucho más de ti, Minnesota. —Me mordí el labio, provocándolo intencionadamente.

Un «ooh» sincronizado salió de la boca de los chicos. ¿Me había pasado con el comentario? Nathan tardó un momento en responder, y cuando lo hizo, solo esbozó una sonrisa pícara.

—Conor, pásale el pestillo a la puerta. Mi chica quiere jugar.

Capítulo 30

TYSON

Mi vida estaba hecha un desastre. Se venía abajo a máxima velocidad y sin frenos. Y todo, absolutamente todo, empezó a desmoronarse desde que Jordan regresó.

Su presencia me descolocaba. Me sacaba de quicio. Durante años traté de odiarla, me aferré a las pintadas, a la humillación pública, a lo que vino después, como si eso bastara para justificar el resentimiento. Como si con eso pudiera culparla por el abandono de mi madre, por el alcoholismo de mi padre, por todo lo roto en mí. En el fondo, esos pensamientos eran solo una pantalla. Una excusa para no admitir la verdad más jodida de todas: todavía la amaba.

Me convencí de que ya no me importaba, de que podía cruzarme con ella sin sentir nada. Aunque bastaba con escuchar su risa, verla con otro, y algo en mí estallaba. Me hervía la sangre. No podía soportar que fuera feliz, y menos que lo fuera sin mí. Porque, en mi cabeza, ella siempre había sido mía.

Ashley era lo lógico. Lo fácil. Llevábamos años juntos, o más bien, ella llevaba años manejándome a su antojo. Sin embargo, las tornas habían cambiado. Ahora yo tenía el control. Conocía sus secretos. Sabía cosas que podrían hundirla, y ella era consciente también. Aunque su familia tenía poder, contactos, una red de influencia que me convenía si quería asegurar mi carrera. Me tragué mi infelicidad, sacrifiqué el amor que sentía por Jordan y me até a esa relación como quien se encadena a un plan de vida que no quiere, solo por no perderlo todo.

Y entonces apareció Nathan Prescott, el chico de oro. Los jugadores lo adoraban, los entrenadores lo respetaban, y hasta Jerry, que no se impresionaba con nadie, babeaba con cada jugada suya. Tenía todo lo que yo siempre había querido: talento innato, carisma, contratos millonarios y un apellido que abría puertas. Su padre no era cualquier tipo. Jack Prescott era una leyenda viva del hockey. El mío, solo era un exentrenador fracasado, atrapado en su

enésima rehabilitación, después de haber destruido su vida. Y la mía.

Ashley iba detrás de Nathan y, para mí, eso era perfecto. De hecho, lo esperaba. Quería que me fuera infiel. Me habría dado la excusa perfecta para hundirlo delante de Jerry, para arrancarle esa maldita máscara de chico ejemplar que todos admiraban. Pero el cabrón no mordió el anzuelo. Ni una sola vez. Ni siquiera pestañeó ante los juegos de seducción de mi novia.

Lo que nunca vi venir fue que terminara con Jordan. Eso sí que no pude soportarlo.

Verlos juntos me envenenaba. Besándose, tocándose cuando creían que nadie miraba, compartiendo miradas cómplices, susurrándose cosas que solo ellos entendían… Me hervía la sangre. Me carcomía. Y esa furia empezó a colarse en todo lo que hacía. En cada partido, en cada entrenamiento y en mi forma de jugar.

Esta vez Ashley tenía razón: Jordan era peligrosa. Y su abuelo, cada vez más encandilado por ella. Las mentiras del pasado ya no surtían efecto. Tal vez, años atrás, él se aferró a nuestra versión porque era lo más conveniente…, pero tras el trágico desenlace de aquella broma —que en realidad no fue más que un castigo cruel—, su postura cambió. Ahora solo tenía ojos para su otra nieta.

Y no era de extrañar. Con el tiempo y sintiéndose intocable, Ashley empezó a mostrar su verdadera cara. Ya no disimulaba. La fachada perfecta se resquebrajaba.

Intentamos hacer que Jordan retrocediera. Intimidarla. Sin embargo, todos nuestros intentos fracasaron. ¿La razón? Siempre la misma: Prescott.

Él estaba ahí. Metido en medio. Protegiéndola.

No obstante, mi momento se acercaba. Estaba a punto de acabar con Nathan Prescott. Y sí, eso incluía a la chica también.

Ya me había quedado con su padre. Un imbécil con todas las letras. Aún no entendía cómo Nathan lo soportó tantos años. Sofocante, controlador, siempre haciéndome sentir como un cero a la izquierda. Lo aguanté porque me servía. Porque, mientras le fuera útil, me hacía ganar dinero. Nada más.

Lo mejor de todo era que, en el fondo, él también jugaba para mi equipo. Jack Prescott nunca aprobó la relación de su hijo con Jordan. No la quería en su camino, tal como hacíamos Ashley y yo.

Así que, entre los tres, encontramos la forma perfecta de quitárnosla de encima.

Nathan no tenía ni idea de lo que se venía.

Cuando abrí la puerta y los vi sentados en el sofá, me acerqué esperando al menos un beso de mi prometida. Como siempre, no hubo nada. Nuestra relación era puro teatro. Un *show* cuidadosamente montado para los demás. Por fuera, la pareja perfecta; por dentro, un trato silencioso. Ahora yo tenía el control, y si Ashley quería seguir aspirando a la herencia de su abuelo, más le valía no cruzar la línea.

—Llegas tarde —bramó Jack con su usual calidez. Nunca decepcionaba en su papel de capullo—. ¿Es que tú nunca te comprometes con nada? No sé cómo acepté ser tu representante. Eres una vergüenza. Está claro que, si no fuera por Jerry, jamás habrías llegado a la NHL.

Apreté los puños. Odiaba cuando me hablaba así. «Algún día, juro que le romperé la cara».

—No nos desviemos del tema —intervino Ashley con impaciencia —. No estamos aquí para discutir sobre el juego de Tyson. Os he citado por algo realmente importante. Vuestras tonterías del hockey pueden esperar.

—Más te vale que sea algo bueno, muchacha —gruñó Jack—. Estoy harto de perder el tiempo con vosotros dos. Al menos espero que tengas más cerebro que tu novio.

—Si cierras la boca, lo sabrás —espetó Ashley. Hizo una pausa, esperando que Jack se callara. Él asintió con fastidio, y ella continuó —: El día que Nathan fue a la mansión, me mostró su punto débil: Jordan. Por más que nos moleste, esa mosquita muerta es su debilidad. Y estoy segura de que haría lo que fuera por protegerla. Ya lo escuchasteis: perdería su carrera por ella.

—Bah, tonterías —repliqué—. Prescott soltó eso en caliente. No es idiota, ¿verdad, Jack? Tú lo conoces mejor que nadie.

—Te daría la razón, Caldwell, si estuviéramos hablando del Nathan de hace unos meses. Ahora… está idiotizado con esa muchacha. Y eso me preocupa. Si sigue así, va a tirar su carrera a la basura.

—¿Y qué más te da? —salté encogiéndome de hombros—. Ya no eres su representante. Ahora trabajas conmigo, no lo olvides.

—Me importa, imbécil, porque mi carrera sigue ligada a la suya. —Jack me fulminó con la mirada—. Necesito que nuestros caminos se separen sin que eso me perjudique. Yo lo he creado, no lo olvides.

—¡Ya basta! —gritó Ashley, harta—. Otra vez con el maldito hockey. Me canso de esperar, si no vais a escucharme, iré por libre.

—Continúa —me apresuré a decir.

—La idea de encontrar algo sucio sobre los Hughes para chantajearla era buena. El problema es que ese matrimonio es casi intachable, y de su hijo aparte de las típicas tonterías de cualquier deportista, no hay nada más.

»Otra opción era revelarle a Nathan el pasado de Jordan, pero ella se nos adelantó. Y lo peor es que no contábamos con que fuera él quien la encontrara aquella noche. Meses perdidos… hasta que un día, el de seguridad me dio una información muy jugosa.

—¿Y por qué demonios te iba el de seguridad a venir con chismes? —la interrogué. Eso no tenía sentido.

—Muy fácil, Tyson. Le pagué para que vigilara a Jordan. Quería saber si volvías a acercarte a ella.

—¿Estás de broma? Tienes la cara muy dura. Y lo dice la misma que ha estado meses arrastrándose detrás de Prescott.

—¿Podéis dejar esta estúpida discusión marital? —nos interrumpió Jack con fastidio—. No me interesa en absoluto. Di de una vez qué has descubierto.

Ashley sonrió con arrogancia y miró a Jack con perspicacia.

—Veo el temor en tu rostro. Eso me confirma que ya lo sabías.

Fruncí el ceño. ¿De qué coño estaban hablando?

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, mirando a uno y otro.

—Cielo, resulta que mi primita y Nathan se quedaban horas en la sala de fisioterapia después de que todos se fueran. Y, no, no eran

encuentros amorosos. Son vecinos, sería ridículo. Así que seguí tirando del hilo y descubrí que ella lo estaba tratando en secreto.

Hizo una pausa, disfrutando del momento.

—Un día fui a visitar a mi abuelo. Tuvo que retirarse un momento, y mientras esperaba, vi que su ordenador estaba encendido. Aproveché para indagar en el historial médico de Nathan. No había ningún informe de lesión. Nada. Tampoco registros de sesiones de fisioterapia.

»Así que di el siguiente paso: averiguar quién estaba llevándole el tratamiento. Era buscar una aguja en un pajar, sin embargo, luego vinieron sus viajes a Chicago y se encendieron todas mis alarmas. Busqué las clínicas más prestigiosas en fisioterapia deportiva y, bingo, el Chicago Sports Performance & Rehab Center. —Sacó una carpeta y la dejó caer sobre la mesa—. Si Jordan lo trataba, tendría que estar en contacto con ellos. Así que llamé, me hice pasar por ella y aquí tenéis la copia de los informes.

Desplegó los papeles sobre la mesa. Me abalancé sobre ellos mientras Jack permanecía inmóvil. Eso lo delataba.

Escaneé las páginas por encima. Prescott no debería haber estado sobre el hielo. Los engañó a todos. Levanté la vista hacia Jack y solté sin rodeos:

—Tú sabías todo esto. Es más, apuesto a que fue idea tuya que siguiera jugando lesionado. Y no dijiste nada porque, si esto salía a la luz, tú serías el primero en caer. No podrás negar que estabas al tanto.

—Estoy impresionado, Caldwell. Has usado el cerebro por una vez. Claro que sabía lo de la lesión de mi hijo, y obviamente le sugerí que siguiera jugando. Aunque no tengo nada que ver con la intervención de esa chica. Cuando me enteré, intenté detener esa locura. —Desvió la mirada hacia Ashley y asintió con reconocimiento —. Impresionante trabajo. Eres una auténtica zorra a la que hay que temer.

»Pero os diré algo, chicos: esto —señaló los papeles— no nos sirve de nada. Si mi nombre se ve manchado, Tyson, tú estás acabado. Así que te conviene cerrar la boca.

—Jack, no me subestimes. —Ashley sonrió, confiada—. Y si por una vez dejas de pensar en tu imagen y ves más allá, te darás cuenta de que aquí está la clave para deshacernos de Jordan.

Jack y yo nos giramos hacia ella al unísono:

—¿Cómo? —preguntamos los dos.

Yo no dudaba de la palabra de mi prometida. La conocía demasiado bien. Si tenía un plan, rara vez fallaba.

—Mi primita está a punto de terminar sus prácticas. Si se descubre lo que hizo, jamás le darán el título. Tu hijo, Jack, haría cualquier cosa por ella.

Solté una risa y besé a Ashley. Odiaba y adoraba esa mente retorcida a partes iguales.

—Tu plan no va a funcionar. —La voz de Jack Prescott nos cortó la alegría en seco—. Esos dos están demasiado unidos. Nathan lo hablará con ella.

—Eso es una idiotez —repliqué mientras Ashley ni se inmutaba—. Tu hijo no se arriesgará a que los Toronto Wolves y el mundo entero se enteren de que engañó a todos con un fisioterapeuta en prácticas.

—Caldwell, ¿se te ha fundido el cerebro? ¿No ves que Nathan está enamorado? Es capaz de cualquier gilipollez por ella, aunque eso signifique hundir sus carreras.

—Calma —pidió Ashley con su característica frialdad—. Ya pensé en eso. No puedo dejar ningún cabo suelto. Por eso obtuve los informes del instituto sobre Jordan. Y también viajé a Seattle para conseguir sus expedientes psicológicos.

—¿Cómo demonios lo lograste? —curioseé, dándome cuenta de que no tenía límites.

—Cielo, me apellido igual que ella, ¿recuerdas? Solo tuve que ajustar un par de detalles para conseguirlos.

Jack Prescott comenzó a aplaudir lentamente, asintiendo con aprobación.

—Me has sorprendido, chica. Creo que tu plan puede funcionar. Nathan tendrá que dejarla si no quiere que todo esto salga a la luz. Ella perderá su carrera y, de paso, todos conocerán sus

«problemitas». Y, créeme, hará lo que sea para evitar que ella sufra más.

—¿Cuándo lo hacemos? —inquirí con ansiedad. Prescott no volvería a tocar a Jordan. Nunca más.

—Hoy mismo. Antes de que ella consiga el título. —Ashley sonrió, segura de su victoria y se giró hacia Jack—. Tienes que citar a tu hijo. —Inmediatamente clavó sus ojos en mí—. Tyson, ocúpate de mantener a Jordan distraída. Aprovecha este momento, porque nunca más volveremos a saber de ella. Me encantaría despedirme de mi primita, aunque prefiero ser yo quien le rompa el corazón a Nathan.

***

Tan pronto como abrí la puerta de la sala de fisioterapia, la vi. Jordan estaba apagando la maquinaria, completamente ajena a mi presencia.

Era el momento perfecto. Sabía que su jornada había finalizado y que, probablemente, estuviera esperando a que Prescott terminara con la sesión publicitaria en la pista. Lo que ella no sabía era que nadie más vendría allí. Estábamos solos.

Cerré la puerta con un golpe seco.

Jordan se giró de inmediato, y vi cómo su cuerpo se tensaba al verme. No podía negar que me gustaba saber que aún tenía poder sobre ella, aunque fuera a través del miedo, me provocaba un retorcido placer.

Deslicé el pestillo, asegurándome de que nadie interrumpiría lo que estaba a punto de suceder. A continuación, caminé hacia ella, despacio, disfrutando de cada paso.

Debí de parecer un depredador, porque con cada avance mío, ella retrocedía. Hasta que ya no pudo más.

Su espalda chocó contra la pared. Estaba atrapada.

—¿Qué haces aquí? ¡Lárgate!

—Me temo que no, muñeca. —Sonreí con sorna, disfrutando de su incomodidad—. Llevo mucho tiempo esperando este momento. Me lo has puesto difícil, ¿sabes?

—¡Vete o grito!

No pude evitar soltar una carcajada. Su desesperación me parecía casi cómica.

—Adelante, chilla todo lo que quieras. Nadie te va a escuchar. Los pocos que quedan están rodando un anuncio de publicidad en la pista con la música tan alta que ni un disparo se oiría aquí dentro.

Jordan tragó saliva. Su mirada reflejaba pánico, pero también rabia.

—¿Qué quieres de mí? ¿No os bastó con todo lo que me hicisteis?

—Déjame ver cómo te lo explico… —ladeé la cabeza, fingiendo pensarlo—, eres como un grano en el culo. Tu sola existencia le recuerda al viejo Jerry que perdió un hijo. Y eso significa que la fortuna de los Callahan podría repartirse entre Ashley y tú. Algo que, evidentemente, tu prima no quiere.

—No quiero nada. Podéis meteros el dinero por donde os quepa.

Me crucé de brazos, esperando su siguiente ataque. Y no tardó en llegar.

—¿Y tú? ¿Vas a seguir escondiéndote detrás de Ashley para justificar lo que haces? Porque, por lo que veo, solo has venido aquí a repetirme lo mucho que ella me odia.

—Yo te amaba, hostia. —Las palabras salieron de mi boca con más furia de la que pretendía—. Estuve contigo a pesar de los problemas que eso me trajo con Ashley, hasta que averigüé que ella… ella guardaba vídeos de mi padre. Y supe que no tenía opción. Aunque nunca dejé de tener esperanza en nosotros. Sin embargo, cuando regresaste al instituto después de tu viaje a Seattle, ya no eras la misma. No me mirabas igual, y me volvía loco verte con otros.

»Y lo peor de todo fue tu traición. —Mis puños se cerraron—. Lo que escribiste con Liam sobre mi padre, sobre las pastillas que te pasé para ayudarte y cómo me humillaste con lo del sexo frente a mis compañeros de equipo y todo el instituto…

—Tu padre es un maldito depravado. Y, sinceramente, no debería estar en rehabilitación, su sitio es la cárcel.

—¡Cierra la puta boca! —Aporreé la pared junto a su cabeza con tal fuerza que me dolieron los nudillos. Jordan parpadeó,

sorprendida, aunque no se detuvo.

—Te duele escuchar la verdad, ¿eh? Pues ahí te va otra. Darme pastillas no era ayudarme, era hacerme adicta. Y en cuanto al sexo…, no puedo estar más decepcionada conmigo misma. Fui una ingenua. Me dejé manipular por ti. Pensé que estaba enamorada, pero solo era una cría estúpida. Si hay algo de lo que me arrepiento, cada día de mi vida, es de haber estado contigo.

—¡CÁLLATE, JODER! —Golpeé la pared una, dos, tres veces, sintiendo cómo la rabia se apoderaba de mí. Fuera de control, lancé una máquina al suelo y, sin pensarlo, envolví su cuello con la mano, apretándolo con fuerza.

—No, no me voy a callar. Llevo demasiados años tragándome todo esto —declaró intentando respirar, sin la menor intención de detenerse—. Tú, mi prima y vuestro grupo de hienas me destrozasteis la vida. Me costó años superar lo que me hicisteis en el parque. Me despertaba en mitad de la noche bañada en sudor, viendo una y otra vez la imagen de miles de manos sobre mi cuerpo, hasta que una me alcanzaba y me ahogaba, igual que lo estás haciendo tú ahora. Hubo un tiempo en el que ni siquiera podía dormir con la luz apagada. Tenía pánico de cerrar los ojos. De perder mi cuerpo otra vez.

Mi mandíbula se tensó. No quería oírlo. No quería escuchar lo que decía. La solté de inmediato y llevé las manos a mi cabello, revolviéndolo con fuerza, tratando de ahogar las emociones que me consumían.

—Y por si eso no fuera suficiente, mis padres murieron por vuestro maldito juego. ¿Cuántas vidas más tenéis que arruinar para daros cuenta de que nada os hace felices? Porque no lo sois. Nunca lo habéis sido. Ashley y tú lleváis años en una dinámica autodestructiva. Atacáis a los que consideráis más débiles para sentiros poderosos. Para creer que tenéis el control. Pero no tenéis nada.

—¡Cállate! —rugí. No quería escuchar más.

—Me dais pena. —Sonrió, y esa sonrisa fue lo peor de todo—. Ahora lo entiendo. Yo nunca fui la débil. A pesar de todo lo que me

hicisteis, del miedo, del sufrimiento, no me rendí. Y, ¿sabes qué?, soy feliz.

»Me he enamorado, río, tengo ilusiones, disfruto del sexo y lo más importante: he arrancado la coraza de mi corazón. Nathan me enseñó que no todo en el hockey es malo. Que no todas las personas son como tú. Que hay esperanza. Que ir de la mano con la persona que amas hace que los problemas sean menos problemas. Y que no debo dejar que mi pasado marque mi presente. —Hizo una pausa—. Todo eso lo aprendí con él.

No podía soportarlo más. Cada palabra suya era como un cuchillo clavándose en el corazón. No recordaba nada bueno de nosotros. Era como si hubiera borrado cada instante, cada caricia, cada beso.

No pude reprimir el impulso. La besé. Quería despertarle algo, hacerle sentir lo que antes ardía entre nosotros. Aunque lo único que encontré fue rechazo. Jordan se apartó con brusquedad, forcejeó, me empujó, y cuanto más insistía, más se negaba. Hasta que, de repente, me mordió.

El dolor fue un latigazo que me recorrió el cuerpo y la miré con furia antes de abalanzarme sobre ella. Intenté inmovilizarla, sujetarle las muñecas, actuaba como un animal acorralado. Se resistía con fuerza, jadeaba, buscaba una salida desesperada. Entonces su mano alcanzó la lámpara de calor y, sin dudarlo, me golpeó con ella.

El impacto me aturdió, todo me daba vueltas y mi vista se nubló por un instante. Cuando recuperé el equilibrio, ya estaba en la puerta con su bolso colgando del hombro y los dedos temblorosos al girar el picaporte.

—¡Jordan! —chillé. No se detuvo. Salió corriendo.

Mi corazón latía con fuerza, el pánico se apoderó de mí y la seguí con pasos rápidos, sintiendo el sudor resbalarme por la nuca. Sin embargo, al ver que las luces de la pista estaban apagadas, me tranquilicé. Se habían ido.

Ella tomó la dirección contraria, buscando una salida de emergencia, y aceleré el paso, listo para alcanzarla. Justo cuando doblé la esquina, alguien salió del baño y chocó de lleno conmigo.

—¡Me cago en la puta! —gruñí al caer al suelo con fuerza.

Era el guardia de seguridad, el imbécil no pudo elegir peor momento. Lo aparté de malos modos, empujándolo sin contemplaciones, y seguí corriendo, aunque ya era tarde. Cuando llegué al exterior, la vi salir disparada por la puerta del *parking* y, para mi mala suerte, un taxi se detuvo justo frente a ella.

Jordan abrió la puerta de un tirón, se metió en el vehículo y desapareció. Me quedé jadeando, viendo cómo se alejaba con ella dentro. Mierda. En ese instante supe que estaba bien jodido.

Si el plan de Ashley fallaba, sería mi fin.

Entonces, una idea cruzó mi mente: las cámaras de seguridad. Debía deshacerme de cualquier evidencia de inmediato.

Capítulo 31

NATHAN

Un poco mareado y después de varios intentos fallidos, logré abrir la puerta del apartamento. Todo estaba a oscuras. A medida que avanzaba, las luces se iban encendiendo a mi paso, revelando un espacio vacío que me oprimía el pecho. No ver a Jordan allí me provocó un efímero alivio. Llevaba horas evitándola, incapaz de enfrentarla después de aquella maldita reunión. Nunca imaginé que, tras las risas del *spot* publicitario, mi mundo se desmoronaría de esa manera. Mi padre, Ashley, Tyson…, entre los tres habían destrozado mi vida con un solo movimiento.

Miré a mi alrededor. El apartamento estaba en completo silencio, pero esa calma me asfixiaba. Estaba muerto, sin alma, igual que lo estaría yo si cedía a su chantaje y la alejaba de mi vida. Llegué hasta la cama y me dejé caer boca abajo, hundiendo el rostro en el colchón. Apestaba a alcohol. Había pasado la noche en uno de mis locales, encerrado en un reservado y bebiendo hasta intentar anestesiarme, hasta ganar tiempo, hasta reunir el valor suficiente para enfrentarla.

Tomé su almohada y la presioné contra mí, aspirando su olor, ese que me había cautivado desde el primer momento en que la conocí. Si no me distanciaba, nuestras vidas quedarían hechas pedazos. Mi carrera ya no me importaba si el precio era perderla, sin embargo, lo que me atormentaba era el daño que ella sufriría. Todavía no podía creer que mi propio padre estuviera metido en el juego enfermo de Ashley y Tyson. Pensaba que, si la alejaba, recuperaría el control sobre mí. Qué iluso. Ya lo odiaba por lo que le hizo a mi hermano, y ahora ese odio se había convertido en algo más oscuro.

De un manotazo, lancé los cojines al suelo. Volqué la mesita de noche, arranqué las sábanas con rabia. No podía hacerlo. No soportaría estar apartado de ella. ¿Cómo se supone que iba a seguir adelante? ¿Cómo podía protegerla sin perderla? ¿Era un egoísta? Sin duda.

Busqué algo para seguir bebiendo, aunque nunca llegué a hacerlo. Un impulso más fuerte me sacó de la sala y, antes de darme cuenta, ya estaba en la terraza. Desde allí vi el interior de su casa, con todo apagado. Era tarde, aunque no tanto como para que ya estuviera dormida. Algo no cuadraba. Seguí avanzando hasta que noté que la única iluminación era la de la entrada.

Me adentré en la vivienda y mi cuerpo se tensó al encontrarla. Estaba sentada en el suelo, abrazada a sus piernas, balanceándose ligeramente con la espalda pegada a la puerta, que tenía un mueble atrancándola.

Un nudo se formó en mi garganta mientras maldecía en silencio por no haber llegado antes. Corrí hasta ella y, sin pensarlo, me dejé caer a su lado.

—Seattle, cielo…, ¿qué ocurre?

Nada. Silencio. El mismo movimiento mecánico.

—Nena, mírame, por favor.

Sin respuesta. Le descrucé los brazos, que cayeron a ambos lados de su cuerpo como si no tuviera fuerzas para sostenerlos. Tiré suavemente de su barbilla, obligándola a mirarme. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, algo se tensó en mi interior. Estaban enrojecidos, hinchados de tanto llorar.

—Cariño, háblame…, soy yo.

Deslicé mi pulgar por su mejilla, secando las lágrimas que seguían cayendo en silencio. Un pequeño sollozo se escapó de su nariz. Se estaba derrumbando otra vez. Agachó la cabeza, queriendo ocultarse, aunque no la dejé. Volví a levantar su rostro con cuidado y entonces vi su cuello.

Mi respiración se detuvo por un segundo.

—¿Pero qué demonios…?

Giré su mentón con delicadeza y el horror me golpeó de lleno. Marcas. Dedos.

—Jordan, dime de una vez qué cojones ha pasado. ¿Quién te hizo esto? —Pasé las yemas por su piel con la mayor suavidad posible. Y ahí se desquebrajó.

Se lanzó contra mí, aferrándose a mi nuca con desesperación. Su cuerpo temblaba entre sollozos desgarradores, cada hipido la

sacudía entera.

—Shh, ya está, nena. Estoy contigo. No llores más, venga.

No sabía qué más decir. No tenía ni idea de cómo consolarla. Me sentía un puto desastre. Mientras yo me ahogaba en alcohol, ella estaba pasando por esto.

Deslicé mis piernas para acomodarla entre ellas y la mecí en silencio, besando su cabello, acariciándole la espalda con movimientos lentos y circulares. Poco a poco, su respiración se fue acompasando. Cuando sentí que se había calmado, aparté su rostro con suavidad y le di un beso ligero en la boca. Ella se estremeció y frunció el ceño.

—¿Te duele?

Solo entonces me di cuenta. Sus labios estaban enrojecidos, rozados, como si una barba incipiente hubiera raspado su piel.

—Jordan. —Tragué saliva con dificultad—. ¿Qué te han hecho? ¿Quién fue? ¡Dímelo! Me estoy volviendo loco con este silencio, y mi cabeza no deja de imaginar lo peor.

Ella levantó la vista, con los ojos aún vidriosos.

—Te lo diré con una condición. Prométeme que no harás nada. ¡Promételo, Nathan!

—Vale, vale, prometido.

—Fue Tyson. —Las palabras se atoraron en su garganta—. Vino… vino a la sala de fisioterapia… —Se detuvo y volvió a quebrarse.

Sentí un latigazo de dolor recorrerme el cuerpo. Mientras Ashley y mi padre planeaban la manera de separarme de Jordan, ese hijo de puta estaba ahí, acechándola.

—¿Qué te hizo, nena? —Mi pregunta se oyó más fracturada de lo que esperaba. No sabía si quería escuchar la respuesta.

—Discutimos… Perdió los papeles… Me apretó el cuello… Intentó besarme… Forcejeamos… Lo golpeé y logré escapar.

El mundo a mi alrededor se desvaneció en un instante.

«Voy a matarlo».

—Ya pasó, mi vida. —Mi propia voz sonaba extraña, temblorosa de rabia—. Vamos…

Tiré de ella para levantarla, sin embargo, sus piernas fallaron. No lo pensé dos veces: la tomé en brazos y la llevé hasta la cama. La

cubrí con una manta y me tumbé a su lado, envolviéndola con mi cuerpo, como si así pudiera protegerla de todo el daño que le habían hecho.

Entonces, en un murmullo, me dijo:

—Hueles a alcohol. ¿Qué te ha pasado?

«Mierda. Incluso en este estado, seguía preocupándose por mí». Más miserable no podía sentirme.

—Ha sido un día complicado, cielo. Eso no importa ahora, ya hablaremos en otro momento. Lo único que quiero es que te relajes. Estoy aquí y te juro que no volverán a hacerte daño.

Esa era una promesa que pensaba cumplir.

Poco a poco, sentí cómo su cuerpo dejaba de temblar, cómo su respiración se volvía más pausada, más tranquila. Se había rendido al sueño, agotada, mientras yo permanecía despierto, observándola en silencio. Dejé que mis dedos recorrieran su piel con caricias suaves, trazando memorias en cada roce, alternando con besos ligeros en su frente. Quería grabar cada detalle, cada sensación, porque sabía que ese sería el último momento que compartiríamos así.

Las dudas que me habían atormentado toda la noche encontraron su respuesta en cuanto la vi en ese estado. Ellos no se detendrían, y por más que me jodiera admitirlo, la única forma de mantenerla a salvo era sacándola de aquí.

Con sumo cuidado, me aparté de su cuerpo, conteniendo el impulso de aferrarme a ella un poco más. Desvié la mirada, porque si seguía observándola, no tendría fuerzas para hacer el siguiente movimiento.

Con pasos lentos y silenciosos, salí a la terraza. Atravesé los arbustos que separaban ambas viviendas y apoyé la frente contra el vidrio frío, dejando que mi vista se perdiera en el mar de luces que se extendía ante mí. Toronto brillaba en la distancia, indiferente a la batalla que se libraba en mi interior.

Tomé aire y marqué el número de la única persona que podía ayudarme a hacer lo que más me dolía.

Un tono, dos tonos, tres…

—Prescott, es la una de la mañana, y ahí es mucho más tarde. ¿Qué cojones te pasa? ¿No tienes que madrugar para entrenar? Mira, capullo, más te vale que lo que tengas que decir sea importante porque, si no, añadiré otro motivo más para partirte la cara.

Siempre tenía esa forma de saludar, como si hablar conmigo fuera lo último que quisiera hacer. Aunque yo sabía que no era así. Pasamos buenos momentos dentro y fuera del hielo. Al principio, sé que le costó aceptar mi relación con Jordan, sin embargo, con el tiempo entendió que la amaba de verdad. Puede que la visita de su madre, aunque breve, ayudara a cambiar su percepción.

En otro momento, le habría seguido el juego. Me habría burlado de su equipo recién nacido o de cualquier otra tontería, pero esta vez no tenía fuerzas. Ni siquiera para soltar una maldita réplica. Y él lo notó.

—Tío, ¿va todo bien? ¿Pasó algo con la enana?

—No, Hughes. Todo está mal. Necesito que cojas el primer vuelo a Toronto y te la lleves de aquí, para siempre.

—Prescott, ¿qué estás diciendo?

—Voy a romperle el corazón.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? No son horas para bromas. Si Jordan está contigo y esto es algún jueguecito, te juro que…

—¡Cállate de una puta vez! —Mi voz salió rasgada, cargada de impotencia y dolor—. ¿Tú crees que te llamaría a estas horas para una jodida broma?

Silencio.

—Lo siento, tío. Es que me acabas de soltar una bomba, y como no me lo expliques, no lo entiendo.

Respiré hondo, intentando controlar el temblor en mis manos.

—No hay tiempo, Hughes. Solo haz lo que te pido. Cuando llegues a Toronto, avísame, iré al aeropuerto y te lo explicaré todo. Pero ahora no puedo hablar más, en cualquier momento se despertará y tengo que acabar con esto.

—¡Prescott, no hagas nada, joder! Espera que…

Colgué antes de que pudiera terminar la frase.

No podía más. La angustia me asfixiaba. Agarré un cojín y ahogué un grito contra él, pero no sirvió de nada. El dolor seguía ahí, desbordándose, consumiéndome. Necesitaba sacarlo de alguna forma, así que empecé a destrozar todo lo que encontraba a mi paso. La rabia se apoderó de mí. Volaron cojines, jarrones, cualquier cosa que estuviera al alcance de mis manos.

No la sentí hasta que sus brazos rodearon mi cintura. Se pegó a mi espalda, con su pecho y su cabecita apoyada contra mí, y ahí, me rompí del todo.

Mis fuerzas me abandonaron y caí de rodillas al suelo, llevándome las manos al rostro, tratando inútilmente de ocultar las lágrimas.

—Nate, amor, ¿qué sucede? ¿Es por lo que te conté de Tyson? —Su agarre se volvió más fuerte, como si pudiera sostenerme, como si pudiera evitar que me desmoronara—. Ya estoy mejor. No le vamos a dar el gusto de que tenga tanto poder sobre nosotros. Lo arreglaremos de algún modo, juntos.

¡Joder! Estaba intentando insuflarme ánimos. No sé si a ella o a mí, aunque lo que sí sabía era que ambos éramos conscientes de la verdad: no se iban a detener. Y aun así, ella seguía allí, decidida a quedarse a mi lado. Me elegía a mí.

¿En qué momento la vida se había vuelto tan cruel? Me había regalado a Jordan, me había hecho creer que era mía y que yo era suyo. Que simplemente éramos. Para inmediatamente obligarme a ser yo quien lo destruyera todo.

Secando mis ojos, me giré para mirarla.

«Dios…, cuánto dolía esto».

—Jordan. Lo que pasó esta noche no es algo que podamos olvidar. Tampoco lo es todo lo que te hicieron en el pasado. Si no es Tyson, será Ashley. Si no es ella, será Jerry, Rick… o incluso yo. Creí que juntos podríamos con esto, pero me equivoqué.

—Nathan, ¿qué me estás tratando de decir? —Su voz tembló.

Inspiré hondo. No podía titubear.

—Tenías razón. Este lugar no es para ti, y esta gente no va a detenerse a menos que me enfrente a ellos y esto termine en una maldita desgracia.

—¡Yo nunca te pedí que me protegieras!

—Lo sé. —Apreté su mano entre las mías, desesperado. No para consolarla, sino para darme fuerzas a mí mismo—. Sin embargo, no puedo mirar hacia otro lado mientras te lastiman. No puedo… —Tragué saliva, cerré los ojos un segundo y solté lo que me estaba destruyendo—. Cielo, es mejor que vuelvas a Seattle. Busca un trabajo allí. Aléjate de todo esto. Aléjate de mí.

La vi parpadear, como si sus ojos necesitaran tiempo para procesar mis palabras. Como si su cerebro se negara a entenderlas.

—¿Qué? ¿Me estás dejando? ¿Así, sin más? ¿Me estás diciendo que todo lo que vivimos no significó nada? ¿Que me vaya como si nunca hubiera pasado?

—Jordan, me importas. Te quiero.

—¡No! —Su grito fue desgarrador. Sus ojos brillaban por las lágrimas que se acumulaban—. No te atrevas a pronunciar esas palabras si vas a hacer esto. No lo hagas.

—Esta relación no tiene futuro. Mi vida está aquí, mi carrera también. Y este lugar, no es seguro para ti. Tus prácticas han terminado. Es hora de que pienses en ti, en un futuro sin mí.

—No eres mejor que ellos. Me hiciste creer que era importante para ti, que significaba algo. Me ilusionaste. Me envolviste en una mentira tan bonita que olvidé todo lo malo. A tu lado me sentía segura, valiente, libre. Creí que podía haber más, que un «nosotros» era posible. Y ahora entiendo que nunca fue así. Era inevitable, tarde o temprano mis demonios te alejarían. Mis mayores temores se han hecho realidad y justo en el peor momento, cuando ya es demasiado tarde, cuando ya me he enamorado de ti.

Su respiración se volvió errática. Se llevó una mano al pecho, como si el dolor fuera físico, y una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

«Nena, te elijo a ti, siempre. Si hago esto es porque te amo demasiado», grité en mi interior. Aunque las palabras nunca salieron.

Se puso de pie, me miró una última vez y se fue. La vi desaparecer entre los arbustos. Y yo me quedé allí, tendido, sin fuerzas para levantarme. No solo le había roto el corazón en mil pedazos. También había destrozado el mío.

***

Desde uno de los túneles, oculto en las sombras, observé cómo Jordan se despedía del equipo. Uno a uno, los chicos la abrazaban, susurrándole palabras que no podía oír, pero que imaginaba. Sonreía, aunque sus ojos delataban la tristeza que intentaba disimular. Mis compañeros se habían encariñado con ella, era imposible no hacerlo. River no paraba de llorar y, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, me fulminaba con rabia y decepción. No hacía falta que dijera nada. Me culpaba. Y no era la única.

Sabía que todos murmuraban sobre nosotros. Lo veía en sus gestos, en las miradas esquivas, en la forma en que Liam y Conor evitaban siquiera dirigirme la palabra. No me sorprendía. Yo mismo apenas podía mirarme al espejo. El único que parecía indiferente, o quizás hasta aliviado, era su tío Rick, como si la idea de Jordan largándose le quitara un peso de encima. En cambio, Jerry no fue tan discreto. Me citó aparte, exigiendo explicaciones. No se las di, obviamente, porque no tenía por qué hacerlo, no obstante, sí le aseguré algo: todos los que la habían lastimado pagarían por ello. Para mi sorpresa, no obtuve réplica. Simplemente suspiró, como si estuviera demasiado cansado para seguir con esa farsa.

Eché un último vistazo a la mujer que amaba antes de darme la vuelta y dirigirme a los vestuarios, sintiendo el peso de una carga imposible de soltar, y justo en ese momento lo vi.

Tyson.

Observando la despedida con esa maldita sonrisa, esa expresión de triunfo que terminó por romper el frágil control que me quedaba. En un instante, crucé el poco espacio que quedaba entre nosotros y estampé mi puño contra su rostro. El impacto resonó con un chasquido seco y lo hice retroceder, aunque no le di tiempo a reaccionar. Lo agarré de la camiseta, lo arrastré hasta los vestuarios y lo lancé contra los *lockers*, sintiendo cómo el metal se abollaba con la fuerza del golpe. No me importó. No pensaba detenerme.

Cada acometida llevaba mi rabia, mi impotencia, mi dolor. Por lo que le hizo a Jordan. Por el chantaje. Por haberme obligado a apartarla de mi lado. Por todo lo que sufrió y todo lo que yo no pude

evitar. La sangre impregnó mis nudillos, sin embargo seguí golpeándolo, cegado por la furia, sin escuchar nada más que la respiración agitada en mis propios oídos.

—¡Nathan, basta! —Los brazos de Liam me sujetaron con fuerza.

—¡Suéltame! —gruñí, forcejeando, sintiendo el calor en mi rostro y la adrenalina quemándome las venas.

—No. No lo hagas. —Conor se interpuso entre los dos, protegiendo a ese cabrón—. No así.

Miré a Tyson, que escupía sangre, con la sonrisa burlona borrada de su cara. Quería seguir, quería destruirlo, aunque los chicos me arrastraron fuera del vestuario. Me quedé allí, temblando, con los puños ensangrentados y el corazón hecho pedazos.

—¿Es que te has vuelto loco? ¿No pensabas detenerte o qué? ¡Te puedes meter en un lío enorme! —me recriminó Liam.

—¡Me da igual, joder! —espeté, aún con la respiración agitada.

—Prescott, ese cabrón se merecía cada golpe y más —intervino Conor, cruzándose de brazos—. Pero tú tampoco eres ningún santo. Jugaste con los sentimientos de JoJo, y la forma en la que la dejaste fue casi cruel.

—¡Vete a la mierda! —Lo empujé con rabia—. No tienes ni puta idea de nada. ¿Crees que esto me hace feliz? ¿Que lo estoy disfrutando? ¡Estoy roto, joder!

—Tío, me estás asustando —murmuró Conor con el ceño fruncido —. Deberías hacerte mirar la cabeza, estos arrebatos de amor y desamor que te dan no son ni medio normales.

—No es locura, es otra cosa, gilipollas —refunfuñé.

—Si tanto la amas, ¿qué haces aquí? ¡Lárgate antes de que se suba al avión! —contraatacó Liam.

—No puedo… —musité, con la voz quebrada y la garganta cerrándose.

—¿Cómo que no pued… ? —Liam se quedó a mitad de la frase, como si de pronto todo encajara en su cabeza—. A no ser que…

—¿De qué hablas, Liam? ¿Es que a ti también se te va la olla? —intervino Conor, sin entender nada.

Liam lo ignoró y me miró fijamente, buscando la respuesta en mis ojos.

—Está pasando otra vez, ¿verdad? ¿Han sido ellos?

No respondí. No hacía falta.

—Nathan, somos tus amigos. Puedes confiar en nosotros —insistió, su voz estaba cargada de preocupación.

—¿Seguro de eso? —repliqué con resentimiento—. Porque hasta hace unos minutos ni me dirigíais la palabra.

—Joder, tío, entiéndenos. —Liam suspiró—. No te hagas el duro. Estás jodido y lo sabemos. No lleves esta carga solo. Estamos aquí contigo. Además, yo los conozco demasiado bien. Vamos, vente con nosotros y hablemos tranquilamente de esto en casa.

—Liam, cariño, ¿puedes dejar de practicar la ley del hielo conmigo, por favor? —protestó Conor.

Él le correspondió con una sonrisa, se acercó y le plantó un beso en los labios, algo que solo hacían delante de Jordan o de mí. Fuera de ese círculo, su relación siempre era más discreta.

—Amor, en casa lo entenderás todo —cuchicheó contra sus labios —. Ve a los vestuarios y recoge nuestras cosas. Yo me llevo a Nathan al coche. No tardes. Debemos ayudar a un amigo.

Conor meneó la cabeza, aunque no discutió. Liam me palmeó la espalda y tomó una de mis manos entre las suyas, observando las heridas de cerca mientras caminábamos hacia la salida.

—Me cago en la leche. ¿En otra vida qué fuiste? Menudos derechazos. Recuérdame que nunca me pelee contigo —intentó bromear, buscando aliviar la tensión.

—Gracias —musité. Liam me miró de reojo y apretó mi mano con firmeza.

—No te rindas, Prescott. Lucha como en el hielo. JoJo lo vale… Y encontraremos una solución. No estás solo. Alguna vez los buenos tienen que ganar, ¿no?

***

Miré a mi alrededor, aquel apartamento que había sido mi casa los últimos años estaba vacío. Solo quedaban unas pocas cajas apiladas en el suelo, como un triste recordatorio de que una vida entera podía reducirse a unas estructuras de cartón. Qué jodido, ¿no? Crees que tienes algo sólido, algo tuyo, y al final, todo cabe en un puñado de cartones.

Me había pasado la vida yendo de un sitio a otro. Primero, por el trabajo de mi padre. Posteriormente, siguiendo los pasos de mi hermano. Ahora, por mi propia carrera. «Tu único hogar es el hielo, y ahí es donde siempre debes permanecer», solía decirme mi viejo. Y yo, tal vez por no tener otra cosa, lo creí. Durante años, fue lo único que compartí con mi familia, además del mismo apellido y una relación tan fría que bien podía compararse con una pista de hockey. Hasta que llegó Jordan.

Con ella, por primera vez en años, sentí el calor de un hogar. Su risa llenaba los espacios vacíos, su voz hacía eco en mi pecho y cuando me miraba…, joder, cuando me miraba, sentía que estaba donde debía estar. Que tenía a donde volver. En cambio, ahora que se había ido, todo en mi vida era un puto iceberg.

Los últimos dos meses fueron los peores de mi existencia. Nada me importaba. No tenía nada a lo que aferrarme. Solo el dolor y la rabia me daban fuerzas, eran lo único que me mantenía en pie. Me prometí a mí mismo que se lo haría pagar a todos los que la lastimaron, porque nadie volvería a hacerle daño.

Un sonido me sacó de mis cavilaciones.

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Lo cogí mientras caminaba hacia la terraza y, al ver su nombre en la pantalla, mi respiración se detuvo por un segundo.

Sin pensarlo, descolgué.

—Dime que todo va según lo planeado —solté sin perder el tiempo con saludos innecesarios.

—Sí, tío. La enana ya llegó a Los Cabos. Piensa que me reuniré con ella mañana. Me costó la puñetera vida hacer que volara antes sin que sospechara nada, así que no la cagues.

—Hughes, méteme más presión, que ya tengo yo poca. O esto sale bien o sí que no habrá manera de estar con ella.

—Lo sé, cabrón. Yo también estoy acojonado, por eso prefiero ser un capullo que ponerte aún más nervioso con mis dudas. ¿Conor y River tienen claro su papel?

—Eso espero. Aunque, sinceramente, está todo en mis manos. Ellos solo serán testigos.

—¿Lo harás antes del partido de esta noche?

—Ashley viene a casa en una hora. Y lo de Tyson será después del partido. Lo quiero pillar alterado para que caiga en la trampa.

—Prescott, vas a poder con esto. Igual que puedes con todos en el hielo…, excepto conmigo, que soy el mejor defensa —intentó bromear, y se lo agradecí.

—Claro, claro, lo que tú digas.

—Escucha, no sé si esto te servirá de algo, pero confío en ti. Además, ya me hice a la idea de que estés con la enana. No quiero volver a pasar por esto con otro imbécil.

—Reconócelo, me adoras.

—Sin flipes, tío. Solo me caes bien, y sé que eres un buen tipo. Uno que hace feliz a Jordan.

—¿Cómo está?

—Hecha mierda, igual que tú. Te ama, colega.

—Yo también la amo.

—Pues ya sabes, que nada te detenga.

—Una cosa más. Dile que vea el partido de esta noche.

—¿Por qué?

—Haz lo que te digo, joder. Y de paso, míralo tú también.

—Odio cuando te haces el misterioso. No te hace más interesante ni más atractivo, y a mí no me tienes que impresionar. No me pones cachondo.

—¡Cállate, capullo! —Me reí.

—Por cierto, vi la noticia de lo de tu padre. ¿Cómo estás?

—Hughes, por hoy hemos llegado al tope de colegueo. —Intenté desviar la conversación. No quería hablar de él ahora.

—Lo pillo, dejo el tema. Pero si necesitas cualquier cosa… —Hizo una pausa—. Uf, casi me arrepiento antes de decirlo, aquí estoy.

—No eres mi tipo, Hughes. Amo a Jordan, ¿recuerdas?

—Más te vale —soltó una carcajada—, porque si algún día se te ocurre lastimarla o volverla a dejar, te juro que te quedas sin pelotas. Y prometo hacerme un par de pisapapeles con ellas.

Me hubiera gustado contestar, aunque en ese momento mi teléfono vibró con otra llamada.

—Me está llamando mi agente, te tengo que dejar.

—Vale, llámame cuando todo termine. Da igual la hora, ¿entendido?

—Sí, mamá.

—Que te den, Prescott.

Deslicé el dedo por la pantalla antes de que la llamada se cortara. Al otro lado, la voz amable de mi representante me recibió de inmediato.

—Nathan, perdona que te moleste antes del partido, pero la agencia me tiene la cabeza loca. Hay varias personas interesadas en tus propiedades. ¿Cuándo pueden visitarlas?

—Mañana mismo, si quieren. Avísales que las cajas de la mudanza se quedarán unos días más, hasta que sepa con certeza a dónde deben enviarlas.

—Escucha, es mi deber decirte que estás cometiendo un error al deshacerte de los locales. Te están generando mucho dinero y deberías pensarlo mejor, sobre todo después de haber tomado una decisión tan drástica y que cambiará tu vida.

—Te agradezco el consejo y todo el apoyo que me has brindado. Ha sido un placer trabajar contigo, y créeme, te compensaré bien por todo. No obstante, esta es una decisión que he meditado mucho. Todo lo que me ataba a Canadá ha llegado a su fin.

—Tenía la esperanza de que te arrepintieras… —Suspiró al otro lado—. Siendo así, te llevaré los papeles al partido. Los Toronto Wolves perderán a su mejor jugador. Solo espero que esta idea de abandonar el hockey sea pasajera, porque tú, Nathan Prescott, naciste para ser una estrella en el hielo.

—Gracias, tío. Si algún día vuelvo, no dudes que estaré encantado de trabajar contigo otra vez.

—Nos vemos esta noche.

—Será una gran final de los *playoffs*.

Sin darme cuenta, mis pasos me llevaron hasta su apartamento. La terraza aún guardaba el recuerdo de nuestras noches juntos, aunque al cruzar la puerta, me tocó la frialdad de un espacio vacío. No había rastro de ella. Solo el aroma de un producto de limpieza que intentaba borrar su esencia, como si alguien hubiera querido erradicar cualquier prueba de que Jordan había estado allí.

Sabía que entrar me destrozaría, por eso lo había evitado hasta ahora. Sin embargo aquí estaba, recorriendo cada rincón, viendo los cajones abiertos, los estantes vacíos, la ausencia patente en cada centímetro del lugar. Cerré los ojos y, por un instante, fue como si pudiera escuchar su risa, sentir el roce de sus caricias, el sabor de sus besos.

«Seattle, ¿qué me has hecho?», murmuré con una sonrisa.

Me giré hacia la cama que habíamos compartido tantas veces. La imaginé ahí, con su cabello esparcido sobre la almohada, con su respiración acompañando a la mía y su cuerpo enredado en el mío.

«Muy pronto, nena… Muy pronto estaremos juntos. Y jamás volveré a separarme de ti», farfullé, como si al decirlo pudiera hacerla regresar.

Entonces la vi.

En el cajón de la mesilla de noche, permanecía una flor. Mi pecho se contrajo al reconocerla. Era la misma que yo también había guardado, la que le coloqué en el cabello aquella noche en la que fingimos ser pareja por primera vez.

La tomé con cuidado. Sus pétalos estaban marchitos, pero aún guardaban un atisbo de su forma. No debía estar aquí, sola, olvidada.

Me la llevé conmigo y, al llegar a mi apartamento, busqué entre los libros hasta encontrar la que yo había guardado. Al verla, una pequeña sonrisa cruzó mis labios.

«Ahora sí…», musité, colocándolas juntas.

El timbre sonó, llevándome de nuevo al presente. Solo podían ser mis vecinos. Cualquier otra persona habría tenido que avisar al portero para subir.

Cuando abrí la puerta, ahí estaba Conor, con unas bolsas en las manos y una expresión que decía que sabía exactamente en qué estado me encontraría.

—Tío, es temprano. —Señalé el reloj—. Aún falta para que llegue Ashley.

—Ay, por favor, de esa pequeña zorra nos encargaremos más tarde. He venido porque ayer no bajaste a cenar con nosotros y apuesto lo que quieras a que no has comido nada. Mira qué flaco

estás. —Conor dejó las bolsas sobre la mesa y me lanzó una mirada de advertencia—. Te traje un poco de todo, y más te vale comer algo. Porque si Liam se entera de que sigues ayunando antes del partido, vamos a tener un problema.

No pude evitar sonreír. Joder, ellos dos habían estado conmigo desde que Jordan se fue. Ambos, de una manera u otra, se preocupaban por mí. Muchas veces me quedé a dormir en su casa, y en la pista, River había sido mi mayor apoyo. Hablaba conmigo, o más bien, me escuchaba sin juzgar. Eso me gustaba de ella. Creo que fue la única con la que solté todo lo que estaba viviendo con mi padre.

Si no hubiera sido por ellos, no sé cómo habría soportado todo esto. Además, todos estaban con Jordan y conmigo. Era bonito sentirse arropado, saber que no estaba solo.

Cogí uno de los *tuppers* y lo metí en el microondas, más que nada para que dejaran de insistir. La verdad era que no había probado bocado, aunque tampoco tenía intención de admitirlo.

—¿Cómo lo llevas? —indagó Conor, apoyándose en la encimera —. Es la gran noche, Prescott.

—Nervioso, no te voy a mentir. ¿Y tú? Hoy también es un día importante para vosotros.

—Sí, tío. Hoy, para bien o para mal, todo cambiará. Vamos a cerrar un capítulo y lo jodido es que no tenemos ni idea de lo que pasará en el siguiente.

Tenía razón. Nada estaba escrito. Hoy haríamos una jugada arriesgada, y solo el tiempo diría si saldríamos vencedores o si lo perderíamos todo.

Capítulo 32

JORDAN

El sonido del mar era hipnótico. Desde mi pequeña terraza, la brisa salada me envolvía, despeinándome con suavidad mientras mis ojos se perdían en la inmensidad del océano. La cala privada del resort era un pedazo de paraíso, con sus aguas cristalinas y arena fina, lejos del bullicio, perfecto para alguien que quería desaparecer del mundo por un rato.

Lástima que mi mente se negara a darme esa paz.

Habían pasado dos meses desde que Nathan y yo dejamos de ser nosotros, y aún no lograba encontrar una manera de respirar sin que doliera. A veces, en medio de la noche, me despertaba esperando sentir su calor a mi lado, solo para recordar que ya no estaba. Que nunca volvería a estar.

Lo nuestro fue como el fuego: intenso, hermoso y devastador. Él me enseñó a reír sin miedo, a sentir sin reservas, a amar sin barreras. A su lado me sentí libre, segura, viva. Y ahora solo quedaban las cenizas. Aunque no me arrepentía de nada, ni siquiera de lo que dolía. Sin embargo, saber que jamás podría olvidarlo era un castigo cruel.

Resoplé y dejé el teléfono sobre la mesa, ignorando el aluvión de mensajes. Primero, Liam y Conor; a continuación, River y por supuesto, Caden, todos insistiendo en que viera el partido. ¿Qué demonios les pasaba? Sabían perfectamente lo que significaba eso para mí.

Ver a Nate… Verlo en la final de los *playoffs* era abrir una herida que todavía sangraba.

Me levanté de la tumbona y caminé descalza por la arena, sintiendo la frescura de las olas en mis pies. Había cambiado desde que regresé de Toronto, eso era innegable. Ya no era la niña que se escondía tras los Hughes buscando protección. Volví a mi casa, y mientras buscaba trabajo, ayudaba a Susan… Aprendí a estar sola.

Pero por más fuerte que me sintiera, había cosas que aún me perseguían.

Tyson. Mi prima. Su sombra seguía ahí, al acecho, haciéndome sentir pequeña, indefensa. Por más que intentara alejarme de ese pasado, había momentos en los que la cobardía me atrapaba y me recordaba que algunas batallas aún no las había peleado.

Y luego estaba Caden. Siempre protector, siempre leal. Lo que más me sorprendió de él no fue su silencio sobre mi ruptura con Nathan, sino la forma en que desapareció la noche de mi despedida. Algo me decía que se había reunido con él en secreto. No tenía pruebas, y cuando pregunté él lo negó. Mentira.

Regresé a la habitación y pedí la cena. No tenía ganas de bajar al restaurante, así que la disfrutaría allí, con la mejor vista del mundo. Después de una ducha rápida, con ropa cómoda y el pelo aún húmedo, me senté en la terraza. La comida llegó justo a tiempo.

Mi teléfono vibró otra vez.

Caden:

Enana, sé lo testaruda que eres. No verlo no hará que lo dejes de amar. Este partido es importante para tus amigos, no seas cobarde y míralo.

Chasqueé la lengua y apreté los labios. Sabía lo que estaba haciendo. Me estaba provocando. Odiaba que me llamara de ese modo porque, en el fondo, muchas veces me había sentido así: pequeña, asustada, cobarde.

Tomé el teléfono y lo deposité en la mesa, observando la pantalla como si fuera una bomba a punto de estallar.

El estadio vibraba con la euforia de miles de aficionados. Toronto contra Vancouver. Un duelo histórico. Gritos, cánticos, el repicar de los tambores en las gradas… El marcador mostraba un empate a cero y el reloj avanzaba rápidamente, iniciando la cuenta atrás. Y entonces, mis ojos se clavaron en el número diecisiete. «¡Venga ya!». Por más que lo intenté, no pude apartar la vista de Nathan. Se movía sobre el hielo con una temeridad que me dejó sin palabras, jugaba como si no tuviera miedo a nada, como si no le importara

romperse en mil pedazos con tal de ganar. Era rápido, agresivo, letal. Cada vez que controlaba el *puck*, la multitud enloquecía.

Conor, en la portería, estaba haciendo el mejor partido de su vida. Atajaba disparo tras disparo con una precisión sobrehumana, sus reflejos eran impecables y cada vez que un jugador contrario se acercaba demasiado se lanzaba con su cuerpo. Liam, por otro lado, estaba irreconocible. Siempre había creado una defensa impenetrable, sin embargo esa noche jugaba con rabia. Era agresivo en cada choque, en cada empujón, en cada intento de frenar al rival. Parecía estar buscando una pelea, provocando con cada movimiento.

Nathan, que de repente, en una jugada al límite, tomó el disco, burló a dos defensas con una rapidez posesa y disparó con una potencia descomunal, el estadio estalló. Grité sin darme cuenta, saltando de mi asiento mientras lo veía estar rodeado por sus compañeros, abrazándolo, golpeando su casco como celebración. Había hecho historia, acababa de marcar el gol más rápido de la NHL.

Aunque la euforia no les duró mucho. Poco después, Conor realizó una parada arriesgada, abriéndose de piernas de manera brutal. El disco quedó atrapado bajo una rodilla, sin embargo, él no se movió. Un segundo después, su grito de dolor heló la sangre de todos. Se desplomó sobre el hielo, con una expresión de sufrimiento absoluto. Algo dentro de mí me provocó una sospecha. Había visto a Conor recibir golpes mucho peores, parar disparos que le habían dejado marcas días enteros, jugar con heridas sangrantes sin siquiera pestañear y, ahora, ¿abandonaba la final por esto?

No me dio tiempo a procesarlo porque, minutos más tarde, Liam se metió en una pelea innecesaria. Empujones, puñetazos, y al final, la expulsión. ¿Qué demonios estaban haciendo?

Y entonces, llegó el momento de Nathan. Seguía brillando en la pista, siendo el alma del equipo. Los Wolves llevaban la ventaja, aunque cuando intentó disparar a puerta, dos defensas lo bloquearon. Cayó al hielo agarrándose la rodilla, retorciéndose como si el dolor fuera insoportable. El aire se me quedó atascado en la garganta. Lo ayudaron a levantarse y, mientras lo sacaban del hielo,

algo me hizo fruncir el ceño. Nathan, sin darse cuenta, apoyó el patín. No cojeaba.

Mi corazón se aceleró. Primero Conor. Después Liam. Ahora Nathan. Esto no era una coincidencia.

El partido continuó, pero algo había cambiado. La presión recayó en Tyson, que quedó como la única estrella en el hielo. Y fue ahí donde todo se vino abajo. Siempre había querido ser el centro de atención, la gran figura del equipo. Y cuando llegó el momento, falló. El equipo contrario empezó a remontar. Primero un gol. Posteriormente otro. Después otro más. Cuando el reloj marcó el final, los Wolves habían perdido.

Mis amigos y Nathan, ¿habían hecho esto a propósito? No tenía sentido. No les beneficiaba en sus carreras o tal vez sí. Porque mientras ellos estaban en el hielo, los Wolves dominaron. Incluso Nate dejó su huella en la historia con ese gol, y sin ellos, el equipo se acabó desmoronando.

A Liam y Conor los iban a transferir a otro equipo, eso lo sabía. Sin embargo, ¿qué motivo tenía Minnesota en todo esto? La curiosidad me pudo. Esperé hasta la rueda de prensa, sin saber si era la mejor idea. Aunque de perdidos, al río.

Los primeros en aparecer en pantalla fueron mis amigos. Era esperable, al fin y al cabo, ellos habían salido antes del partido, sin embargo, lo que nadie esperaba era que llegaran juntos, de la mano. Tuve que parpadear dos veces para asegurarme de que mi cerebro no me estaba jugando una mala pasada. ¿Qué estaba pasando? Una sonrisa involuntaria se dibujó en mi rostro mientras el murmullo en la sala de prensa aumentaba.

Los reporteros quedaron tan desconcertados como el resto del mundo y, en cuestión de segundos, descartaron cualquier pregunta sobre la final para centrarse en lo que acababan de presenciar. Se lanzaron con una ráfaga de preguntas: ¿Significa esto que sois pareja? ¿Desde cuándo? ¿Cómo se lo tomaron en el equipo? ¿Es fácil trabajar juntos? Eran tantas que resultaba imposible seguirles el ritmo. Lo curioso es que, en lugar de intimidarlos, parecía divertirles.

Liam fue el primero en hablar, con la misma seguridad con la que defendía en la pista.

—Sí, estamos juntos. Sí, soy gay. Y sí, amo a este hombre —lanzó sin titubeos. Se giró hacia Conor y le guiñó un ojo, con esa complicidad que solo ellos entendían. Este levantó sus manos unidas y depositó un beso en la de su pareja—. Nuestra relación es reciente, aunque nos conocemos desde hace años. De hecho, vivimos juntos. Antes de ser pareja, fuimos los mejores amigos y, sinceramente, recomiendo a todo el mundo que se enamore del suyo.

Se escucharon algunas risas en la sala. Liam esbozó una sonrisa y continuó con naturalidad:

—He visto su peor cara cuando se levanta, su humor de mierda cuando no duerme lo suficiente y he conocido su interior más allá del hielo. Y en cuanto a si afecta a nuestro trabajo, la respuesta es simple: somos profesionales. Lo que pase en casa es una cosa y lo que pasa en la pista, otra. Ahí somos Flanagan y MacAllister, los jugadores de hockey. Ya en la intimidad volvemos a usar nuestros nombres de pila u otros que no voy a descubrir aquí —añadió con una carcajada, ganándose algunas risas de los presentes—. ¿Y si me hace feliz? Claro que sí. Compartir mi pasión con el hombre que amo es un privilegio, aunque otros no lo vean así.

Era imposible no admirarlo. Había hablado con valentía, sin miedo, sin vacilaciones.

Entonces, le arrojaron otra pregunta a Conor que no alcancé a oír. Vi cómo su expresión se endurecía antes de responder, con una seriedad que pocas veces mostraba.

—Me molesta que siempre tengamos que ponernos etiquetas. Nos pasamos la vida encasillándolo todo, como si el amor tuviera que venir con instrucciones. Por culpa de eso, pasé años en una confusión que no me dejaba ser libre. Y la verdad es que solo hay una cosa que importa: soy una persona que ama a otra persona. Punto. Y a los demás…, bueno, les debería importar una mierda lo que hagamos con nuestra vida. Que cada uno se ocupe de su felicidad, que nosotros ya nos ocupamos de la nuestra.

El silencio que se hizo después fue abrumador. No había nada más que añadir, lo había dicho todo.

La siguiente pregunta cambió el tono de la conferencia. Querían saber cómo había reaccionado el equipo.

Liam fue el que contestó:

—Eso deberían preguntárselo a ellos. Lo único que sé es que, muy amablemente, me sugirieron que buscara otro equipo. Según ellos, mezclar sentimientos y trabajo afectaría a nuestro rendimiento.

Un murmullo recorrió la sala. Se escuchó un «oooh» colectivo, como si todos supieran que aquella respuesta iba a traer cola. La imagen de los Toronto Wolves acababa de quedar en entredicho.

—No pasa nada, señores —continuó Liam, encogiéndose de hombros—. Estoy feliz. Me siento bien. Me pasé media vida escondiéndome y ahora, aunque no forme parte de un equipo, al menos soy libre. Por fin puedo ser quien realmente soy.

Un reportero alzó la voz con rapidez:

—¿No tienes más ofertas sobre la mesa? Eres uno de los defensas más destacados, muchos equipos querrían tenerte en sus filas.

—Sí, las tiene —intervino Conor con una mirada seria—. El problema es encontrar un equipo que nos acepte a los dos o, al menos, que no nos separe por miles de kilómetros.

Otro periodista no tardó en preguntar:

—¿Flanagan, a ti también te transfieren?

Se hizo un silencio expectante.

—No. He decidido rescindir mi contrato —aclaró Conor, tajante—. Quiero estar en un equipo donde podamos ser nosotros. Y si el hockey no tiene espacio para ello, estoy seguro de que habrá otros lugares en los que nuestra relación no incomode a nadie.

Se levantó, tomó la mano de Liam y, tal como entraron, salieron juntos. Fin de la rueda de prensa. Inicio de un nuevo capítulo.

Guau. Aquello había sido inesperado. Mientras aguardaba a que Nathan apareciera en la pantalla, minimicé la imagen y, con el corazón aún acelerado, les mandé un audio a los chicos. No podía dejar pasar la oportunidad de decirles cuánto los admiraba, lo increíblemente orgullosa que estaba de ellos por su valentía. Mientras lo hacía, una punzada de dolor me atravesó el pecho. Porque, por más que intenté evitarlo, mi mente me llevó a él.

Nathan nunca me quiso así. Nunca fue capaz de luchar por mí, de arriesgarlo todo como Liam y Conor. Nunca fuimos nosotros contra el mundo.

Sacudí la cabeza y volví a poner la imagen en grande. Entraban más jugadores a la rueda de prensa, aunque Nate seguía sin aparecer. ¿Dónde estaba? Él había salido antes de que terminara el partido, no tenía sentido que siguiera allí.

Tampoco estaba Tyson. La prensa decía que se había escabullido del estadio, que no quiso dar la cara. No me sorprendía, era un cobarde.

Y entonces, por fin, apareció en la pantalla de mi móvil. Casi no lo reconocí. Su cabello estaba largo, sin cortar. La barba descuidada, su rostro más afilado, el cuerpo visiblemente más delgado. No lo había estado pasando bien. Por un segundo, una estúpida idea cruzó mi cabeza: «¿Habrá sido por mí?».

No tardé en desecharla. Seguramente eran los *playoffs*, la presión del juego, la temporada.

Lo primero que hicieron los periodistas fue felicitarlo. Lanzamiento más rápido de la NHL, todo un récord.

—Gracias. Lo hubiera disfrutado más si tuviera a la persona que quiero a mi lado.

«¿Qué?».

Mi cerebro se detuvo.

«¿He escuchado bien?».

«¿Se refiere a mí?».

«¿Todavía me ama?».

Mi pecho se encogió, mi mente volaba a mil por hora, me estaba ilusionando, hasta que un periodista formuló la siguiente pregunta:

—Comprendemos que es duro para ti todo lo que estás viviendo con tu padre, ¿cómo estás?

Y ahí me derrumbé. No, no hablaba de mí.

Nathan apretó la mandíbula, su expresión se endureció al instante.

—No voy a tocar ese tema. Ese asunto se trató donde correspondía, y no es aquí. ¿Más preguntas sobre el partido de esta noche?

Sin embargo, la prensa no se detuvo.

—Se dice que retiraste la denuncia gracias a un acuerdo, pero la causa sigue abierta por lo de tu hermano y Caldwell.

«¿Tyson?».

«¿De qué demonios están hablando?».

Los ojos de Nathan se oscurecieron mientras sus labios se fruncían en una línea tensa. Durante un segundo, pensé que explotaría, en su lugar… simplemente se levantó.

—Visto que solo les interesa un tema del cual no voy a tratar aquí, doy por terminada esta entrevista.

Caminó hacia la salida, pero justo antes de abrir la puerta, se giró hacia la prensa y, con una tranquilidad asombrosa, dejó caer la noticia:

—Como regalo de despedida, les informo que acabo de presentar mi renuncia. Dejo el hockey.

«¡¿Qué?!».

Mi mente se quedó en blanco.

«¿Qué acababa de decir?».

Si pensaba que lo de mis amigos había sido una bomba, Nathan acababa de hacer que todo explotara por los aires.

Sin pensar, salí de la transmisión y comencé a buscarlo en internet. No tardaron en aparecer titulares, noticias en cadena, todas con un mismo nombre: Jack Prescott.

ESCÁNDALO EN EL HOCKEY: JACK PRESCOTT DESENMASCARADO POR SU PROPIO HIJO

El mundo del hockey se estremece con la caída de una de sus grandes leyendas. Jack Prescott, exestrella y considerado uno de los cuarenta mejores jugadores de la historia, ha sido desenmascarado en un escándalo financiero que pone en duda su legado.

¿El responsable de sacarlo a la luz? Nada menos que su propio hijo, Nathan Prescott, capitán de los Toronto Wolves, quien descubrió los oscuros manejos económicos de su padre a lo largo de los años.

Según fuentes cercanas, Jack Prescott se habría beneficiado ilegalmente de contratos de patrocinio, acuerdos millonarios con

marcas y otros negocios que gestionaba en nombre de su hijo, quedándose con una parte considerable de los ingresos. Sin embargo, este no sería su primer golpe sucio. Antes de que Nathan rompiera relaciones laborales con él y buscara un nuevo representante, Jack ya había cometido prácticas similares con su primogénito. Y no se detuvo ahí: tras perder el control sobre la carrera de Nathan, intentó repetir la jugada con el delantero Tyson Caldwell, logrando sacar un beneficio extra en el proceso.

El escándalo estalló cuando Nathan decidió llevar el caso a los tribunales, dispuesto a exponer a su propio padre y recuperar lo que le pertenecía. Sin embargo, en un giro inesperado de los acontecimientos, los abogados de ambas partes llegaron a un acuerdo extrajudicial.

Según fuentes confiables, Nathan Prescott impuso una sola condición para retirar la demanda: que su padre devolviera hasta el último centavo y lo destinara íntegramente a diferentes centros de salud mental.

¿Por qué esta decisión? Se cree que Nathan quiso honrar la memoria de su hermano fallecido, de quien se sospecha que luchó contra una fuerte depresión en sus últimos años.

Un gesto noble, sin duda, que deja claro el carácter del capitán de los Wolves: un hombre de principios, que antepuso el bien de otros por encima de la venganza o el beneficio personal.

Por el contrario, Jack Prescott se hunde aún más en el desprestigio. Su silencio ante las acusaciones y su negativa a dar declaraciones solo refuerzan la imagen de un hombre que no solo traicionó a su propio hijo, sino que intentó lucrarse con su talento durante toda su carrera.

Mientras la historia de Nathan Prescott gana aún más respeto en el mundo del hockey, Jack Prescott pasa de ser una leyenda a una vergüenza.

La causa sigue abierta respecto a los otros dos implicados. Seguiremos informando.

Mis ojos repasaban una y otra vez las palabras en la pantalla, como si en algún momento fueran a cambiar, como si todo esto

fuera un malentendido, un error, un mal sueño del que Nate despertaría sin llevar consigo otra herida más.

Mi primer instinto fue descolgar el teléfono, llamarlo, decirle algo, cualquier cosa. No importaba qué hubiera pasado entre nosotros, no importaba que me hubiera sacado de su vida, yo quería estar ahí. Abrazarlo. Acompañarlo. Asegurarle que no tenía que enfrentarse a esto solo.

Mis dedos temblaban sobre la pantalla, y el impulso casi me gana. Casi.

Entonces la realidad se cernió sobre mí como un cubo de agua helada: si me necesitara, si me quisiera a su lado, ya me habría llamado. Y no lo hizo. Otro recordatorio más de que estaba fuera de su vida. Y lo peor, fuera de su corazón.

***

Todo eso me olía raro. Desde el momento en que Caden me habló del viaje, algo no cuadraba. Primero, la decisión repentina. Posteriormente, la excusa absurda de que tenía que quedarse un día más y que yo debía volar antes. ¿Desde cuándo era tan misterioso? Y ahora esto.

Apoyé los brazos en la barandilla, tratando de no agobiarme. Seguro que tenía una buena razón. Sin embargo, cuando sentí el leve movimiento bajo mis pies, la inquietud me sacudió con fuerza.

—¿Qué narices…?

Di media vuelta y miré a mi alrededor. Nadie parecía inmutarse.

—¡Eh! ¿Alguien me explica qué está pasando?

Silencio.

El miedo empezó a instalarse en mi pecho. Esto no tenía sentido. Me acerqué al capitán con pasos firmes, exigiendo respuestas.

—¿A dónde vamos?

—Solo sigo órdenes, señorita.

Se me congeló la sangre. Órdenes. ¿De quién?

Mi mente fue directa a las peores opciones: Tyson o mi prima. ¿Era esto una trampa? Mierda. Sin pensarlo dos veces, corrí hacia la parte trasera del barco. Si eso era algo extraño, me lanzaba al agua sin dudarlo.

Y justo en ese momento lo vi. El mundo entero se frenó en seco. Se me cortó la respiración.

Nathan.

No era el mismo hombre que vi la noche anterior en el partido. Su barba estaba arreglada, su cabello bien peinado…, aunque su delgadez era evidente. Dios, seguía siendo espectacular.

Él avanzó hacia mí, con esa mirada oscura clavada en la mía. Yo no me moví, ni siquiera parpadeé. ¿Era real? Al llegar a mi altura, me envolvió en un abrazo.

Mi cuerpo entero se tensó. Cada célula de mi ser quería rechazarlo. Mis brazos se quedaron a los lados, rígidos, mientras, al mismo tiempo, algo dentro de mí se quebraba.

—Me estaba muriendo sin ti —musitó contra mi cabello—. Ya no había luz en mi vida, Seattle.

El sollozo se me atoró en la garganta. No sé en qué momento mis manos se aferraron a su espalda, ni cuándo mis dedos decidieron cerrarse con fuerza en su camiseta. Solo sé que lo hice. Lo abracé con todo lo que tenía. Con rabia. Con amor. Con desesperación.

Nathan me guio con tanta facilidad que mi trasero chocó contra la mesa, y antes de que pudiera procesarlo, su boca ya estaba sobre la mía. No hubo duda, no hubo pausa, solo ese beso arrollador que me dejó sin aliento.

El mundo desapareció en cuanto su lengua rozó la mía. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, aferrándome a su cuello, hundiendo los dedos en su cabello, acercándolo más, porque no podía —no quería— soltarlo. Lo besé con la desesperación de quien ha estado demasiado tiempo sin respirar. Dios…, lo había extrañado tanto.

Su mano se deslizó por mi cadera, anclándome a él, mientras la otra se enredaba en mi pelo, intensificando el beso. Cada roce, cada movimiento de sus labios contra los míos, era hambre pura. Nos devorábamos sin pensar, sin importar nada más. Su cuerpo presionaba el mío y yo sentía que me derretía contra él.

De repente, me levantó sin esfuerzo y me sentó en la mesa. Su boca nunca abandonó la mía. Sentí sus manos recorrer mis muslos,

separándolos con un gesto firme y seguro. Se colocó entre ellos, y cuando sus dedos presionaron mi piel, solté un gemido.

Esto. Esto era todo lo que quería. Su aliento contra mi boca, su cuerpo pegado al mío, su sabor inundándome, mis manos enredadas en su pelo, sus labios reclamándome como si nunca se hubieran ido.

Entonces, un ruido seco rompió la burbuja. Algo había caído al suelo.

Nos quedamos quietos, respirando agitadamente, con los labios hinchados y el deseo aún palpitando entre nosotros. Yo llevé los dedos a mi boca, intentando asimilar lo que acababa de pasar. Y en ese momento, la realidad me golpeó de lleno. Lo empujé con fuerza y, sin pensarlo, le di una bofetada.

Nathan no se movió. Apenas giró el rostro con el impacto.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Seattle…

—¡No me llames así! ¡Quiero regresar a tierra!

—Déjame explicarte.

—No quiero escuchar nada.

—No me dejaron otra opción.

Me quedé helada. Mis ojos buscaron los suyos. Sabía exactamente a quiénes se refería. Y ahí, todo hizo clic.

—El día que rompimos —empezó, y yo tuve que apoyarme en la mesa porque presentí que lo que venía no sería fácil—, recibí un mensaje de Ashley con mi informe médico, el de la lesión que intentamos ocultar. Me pedía que nos reuniéramos. No sabía qué buscaba, pero tenía que acudir.

Hizo una pausa, su mandíbula se tensó antes de continuar.

—Para mi sorpresa, no se hallaba sola. Mi padre la acompañaba y Tyson también estaba compinchado con ellos. Sin embargo, al parecer, él prefirió aprovechar la ocasión para intimidarte.

Mi estómago se revolvió. ¿Cuánto más había detrás de todo esto?

—Me amenazaron con hacerlo público. No era solo mi carrera lo que querían arruinar, Jordan. Querían hundirte a ti también. Si se filtraba, jamás te darían tu título. Y ahí empecé a dudar. No podía

permitir que por mis decisiones tú pagaras el precio después de todo lo que hiciste por mí.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Nathan, yo elegí hacerlo! Sabía a lo que me exponía. No deberías decidir por mí. ¿Alguna vez pensaste que lo nuestro podía importarme más que un maldito título?

—Claro que lo hice. Sopesé cada posibilidad. Pero había más, y ellos lo sabían. No les bastaba con la amenaza de tu título, así que fueron más lejos. Ashley obtuvo tu historial escolar y tus informes psicológicos. Lo tenía todo en sus manos.

—¡Joder, Nathan! ¡Debiste decírmelo! Era mi decisión si quería exponerme o no.

—¡¿De verdad crees que habría dejado que te hundieras por completo en ese abismo?! —Golpeó la mesa con la palma abierta, desesperado—. Eras mi pareja, la nieta de Jerry, y con solo mencionarte estarías en todos los medios. Lo que decían esos informes sería un juego de niños en comparación con la montaña de mentiras que habrían inventado. ¿Crees que estabas preparada para algo así? ¡Dímelo!

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Porque la verdad era que… no lo sabía.

—No lo estabas, nena. Me di cuenta en el momento en que te vi tirada en el suelo del apartamento, completamente rota. Dudé hasta el último segundo, y entonces lo entendí: no podías seguir cerca de ellos, tenía que protegerte, y la única forma de hacerlo era alejarte de todo.

—Debiste habérmelo contado…

—No podía —negó con la cabeza—. Porque si lo hacía, sé perfectamente que me habrías elegido a mí y las consecuencias de esa decisión te habrían destrozado por completo.

—Y ahora ¿qué ha cambiado? Sí, ya tengo mi título, aunque sigo igual de expuesta estando tú aquí. ¿Por qué me estás diciendo todo esto ahora? No te entiendo.

—Porque la noche que Tyson te atacó, me juré que nunca más te pasaría algo así. Sabía que con los Hughes estarías a salvo. Así que, sin ti y con la certeza de que estabas bien, tejí una trampa. No lo hice solo. Hughes, Liam, Conor y River me ayudaron.

—¿Caden? ¿Aliado contigo?

—Sí. Hasta él sabe cuándo es momento de dejar las estupideces.

—¿Qué hiciste exactamente?

—Tenía que encontrar algo para frenarlos a los tres. Eran una amenaza. Mi padre fue el primero en caer, casi de casualidad. Mi nuevo representante se reunió con un patrocinador para renegociar mi contrato con la marca. Descubrimos que los números no cuadraban, así que comenzamos a investigar y, bueno, resulta que me estuvo robando durante años. Una cosa llevó a la otra y lo acorralamos. A día de hoy, su palabra vale menos que nada. Aunque quisiera cumplir sus amenazas, nadie le creería.

—¿Y Ashley y Tyson?

—Su punto débil siempre fuiste tú. Así que cité a Ashley en mi apartamento. Conor fue testigo de todo y además grabamos la conversación. Quería que confesara lo que te hicieron aquella noche cuando nuestros caminos se cruzaron por primera vez.

—¡Oh, por Dios! ¿Lo hizo?

—Sí, nena. Fue fácil. Estaba harta de vivir bajo el chantaje de Tyson, así que le ofrecí una salida: aliarse conmigo para acabar con él. Le hice creer que la encubriría y que usaríamos la verdad para destruirlo a él ante tu abuelo.

—No puedo creer que cayera en eso…

Nathan se encogió de hombros.

—Estaba desesperada, y pensó que mi odio por Tyson era más grande que el rencor que le tenía a ella. Además, actué bastante bien…, podría dedicarme a esto.

—¿Y todo esto para qué? ¿De qué sirve a estas alturas que haya dicho la verdad?

—Calma, eres demasiado ansiosa cuando quieres. —Sonrió y tocó la punta de mi nariz en un gesto tierno—. Después del partido hice lo mismo con Tyson. Sabíamos que exponerlo en la pista, dejarlo en evidencia delante de todos, haría que perdiera el control.

—Espera, ¿por eso montasteis ese circo en el hielo para que os expulsaran? Lo sabía, me di cuenta de que mentíais.

—¿Entonces viste el partido?

—¡Arg! Eso no importa, sigue.

—En este caso fue River quien estaba oculta grabándolo todo. Más pruebas en su contra. Quería la confesión tanto de él como de tu prima, y lo logré. Después de provocarlo con algunas verdades incómodas, le solté que estaba seguro de que él no había tenido nada que ver esa noche contigo, porque siempre había sido un cobarde. Un tipo que se escondía detrás de la falda de su novia, incapaz de hacer nada por sí mismo y mucho menos el sostener la cámara que te estaba sacando fotos.

—¿Y? —Mi respiración se entrecortó.

—Perdió la cabeza. Descubrimos que el plan fue idea suya y de sus amigos del equipo de hockey. Ashley tenía otro propósito esa noche.

Noté que el aire me faltaba en los pulmones. Siempre había creído que la mente maestra había sido mi prima, que los demás solo la secundaban. Pero no…, el verdadero monstruo había sido el chico del que creí estar enamorada. Las lágrimas me llenaron los ojos.

—Nena, mírame. —Levantó mi barbilla con suavidad—. Se acabó, ahora ya no pueden hacer nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Ellos siempre ganan, ¿recuerdas? Tú mismo lo dijiste.

—Lo hice, aunque en el fondo nunca lo creí. Y por eso estamos aquí. River, Conor y Liam, con las grabaciones en mano, se las llevamos a tu abuelo.

—¿Y qué hizo él? —Mi corazón latía con fuerza.

—Quedó horrorizado. Se siente realmente culpable y ha tomado cartas en el asunto. Tyson está fuera de los Toronto Wolves. Su carrera se ha acabado, no solo por el partido de mierda que jugó, sino porque tu abuelo se encargará de que nadie más lo fiche. Y en cuanto a Ashley, su vida de lujos ha terminado. Jerry le retira su protección y queda a merced de sus padres, y, según él, jamás verá la herencia por la que tanto daño te hizo.

—¿Y… qué pasa conmigo? Todavía pueden filtrar toda la información que tienen a la prensa.

Nathan me estrechó con más fuerza.

—No lo harán. Estarán rezando para que no usemos las pruebas que tenemos, ya sea ante la justicia o ante los medios. Si decides denunciarlos, estaré contigo. Y si no, también. Te apoyaré, elijas lo que elijas.

—No sé qué decir…

—Nena, están acabados. Eres libre.

Esa palabra. Libre. Sonaba como un sueño.

Me quedé en silencio, saboreándola, tratando de convencerme de que era real.

—Guau…

Nathan sonrió con ternura.

—¡Ven aquí! —Me agarró de la cintura y me atrajo contra su pecho. Su rostro se hundió en mi cuello, aspirando mi aroma—. Joder, esto es como volver a casa.

—¿Y quién te dice que quiero regresar contigo? Quizás me haya dado cuenta de que estoy bien así.

Se separó un poco y me miró con el ceño fruncido.

—Sinceramente esperaba que me acogieras a mí y a mis cajas en tu casa de Seattle. Porque, básicamente, en este momento todas mis pertenencias en Toronto están a la venta.

—¿Qué? —Parpadeé.

—Sí. Además, tampoco tengo trabajo. He dejado el hockey.

—¿Te has vuelto loco? No me lo podía creer cuando lo escuché ayer.

—Antes de la rueda de prensa, le presenté mi dimisión a Jerry. Le dije que iba a dedicarme a ser feliz con su nieta, que ese sería mi único objetivo en la vida.

—¡No puedes hacer esto! —Me puse de pie, sin poder creerlo.

—Pues ya lo hice —sentenció.

Se colocó a mi altura y me rodeó la cintura, pegándome de nuevo a su cuerpo.

—Por un lado, me parece hermoso, pero por otro, si hubiera sabido que harías algo así, nunca te habría dejado.

Nathan acarició mi rostro con ambas manos y yo instintivamente apoyé las mías en su pecho.

—Por eso no podía contártelo, porque sé que me habrías detenido. —Sus dedos rozaron mi mejilla con ternura—. Seattle, el dinero, la fama, los negocios, el hockey…, nada de eso me interesa ya. Tu tranquilidad, tu felicidad, tu paz, eso es lo que me importa. Eres mi prioridad, ante todos y ante todo. Haré lo que sea por protegerte, aunque tenga que perderlo todo.

Y ahí, ya no pude más. Lo besé con todo el amor que seguía latiendo dentro de mí. Un amor que nunca se había ido, que había esperado, que había resistido contra todo.

Porque él me había elegido. Porque para él, yo era lo primero. Porque lo había sacrificado todo por mí, no para atarme, sino para darme libertad. Y en ese momento entendí que, con Nathan, siempre había sido libre.

Capítulo 33

NATHAN

—Seattle, han sido dos malditos meses sin ti, así que no me pidas que me detenga, porque no puedo hacerlo. —La sujeté por las caderas y la llevé hasta las colchonetas del solárium, sin soltarla ni un segundo.

Separó sus piernas y se sentó a horcajadas sobre mí sin permitir que nuestros labios se alejaran. Me volvía loco esa boca. Era cálida y dulce, y danzaba con la mía con esa lengua, diligente, que me ponía muy cachondo.

—Odié sentirme así de mal cuando me dejaste —jadeó entregada.

—Y yo odié cada segundo sin ti, nena. —Recorrí con las manos todo su cuerpo, apretándola mientras rozaba sus labios contra mi boca y se frotaba contra mi erección, lo cual me la ponía dolorosamente dura.

Deslicé mi mano por el interior de su vestido floreado, ascendiendo lentamente hasta su pecho, sintiendo cómo su respiración se entrecortaba en un suave jadeo.

—Eres preciosa, Seattle —murmuré contra su piel, con mi voz ronca de deseo—. Y este pequeño triángulo de tela entre tus muslos me deja claro que estás más que lista.

Aparté un mechón de su rostro, disfrutando del leve estremecimiento que recorrió su cuerpo. Sus ojos se clavaron en los míos mientras seguía frotando su sexo contra mi miembro. En su mirada veía reflejado lo mismo que ardía en la mía: cuánto nos amábamos, cuánto nos necesitábamos.

Y justo ahí no pude más. Capturé sus labios en un beso profundo, hambriento, enredando mis brazos alrededor de su cintura para atraerla hacia mí. Su cuerpo encajó contra el mío de manera perfecta.

Con los dedos ansiosos jugué con la tira de su tanga, sintiendo una necesidad desesperada de adentrarme en ella, de borrar el

tiempo que habíamos estado separados. Bajé mis labios por su cuello en un rastro lento y ardiente, rozando su barbilla, hasta que mis manos encontraron sus pequeños y firmes pezones.

—Nate…, te necesito —imploró desesperada, y juro que casi me enloquece.

La rodeé por la cintura y me incorporé con ella en brazos. Como si supiera que no pensaba soltarla, cruzó las piernas alrededor de mi espalda, aferrándose a mí mientras caminaba hacia el camarote. Privacidad. La necesitábamos. Y la necesitábamos ya.

No dejé de besarla ni un segundo, porque su boca contra la mía era todo lo que había extrañado, todo lo que había ansiado. Me había vuelto adicto a ella, a su sabor, a la forma en que sus labios me buscaban con la misma urgencia con la que yo la devoraba.

De una patada cerré la puerta y la deposité en la cama con cuidado, aunque mis pensamientos estaban lejos de ser delicados. Observé sus labios hinchados de tanto besarnos y mi cabeza se disparó con un millón de cosas que quería hacerle. Joder, la tenía ahí, frente a mí, y nada en este maldito mundo iba a detenerme.

Me dejé caer sobre la cama con la polla martillándome tan fuerte en los pantalones que sentí que iba a estallar. De un tirón, arranqué su tanga, desgarrando la tela en el proceso, y lo lancé al suelo sin importarme nada más que la mujer frente a mí.

Me quité la camiseta en un solo movimiento y, sin perder un segundo, me hundí entre sus piernas, dejando que mi boca alcanzara su sexo. Cerré los ojos un instante, inhalando su aroma. Dios, cómo lo había extrañado.

—Nate —gimoteó acercando mi cabeza a su cuerpo y echándose para atrás.

—Nena, llevo mucho tiempo deseando tenerte así, y ahora, por fin, estás aquí, abierta de piernas en mi cama, reclamándome con tu precioso cuerpo.

Deslicé la lengua por su clítoris, sintiendo la textura suave y húmeda, dejando que su sabor envolviera mi boca. Cada movimiento era una explosión en su cuerpo. Repetí la acción una y otra vez, disfrutando del placer de sus jadeos, sintiéndome más y más satisfecho con cada segundo que pasaba. No podía evitar sonreír,

como si fuera el dueño de su cuerpo, disfrutando de mi pequeño triunfo. Justo cuando introduje un dedo en su trasero, un gemido salió de su boca. Inmediatamente llevé la otra mano a su humedad y acompañé los movimientos de mi lengua con un par de dedos. Sus muslos comenzaron a apretarme la cabeza. Su cuerpo tomó el control, siendo ahora ella quien me follaba los dedos mientras yo seguí lamiendo su centro con desesperación. El sonido de sus gemidos se intensificó y, en un abrir y cerrar de ojos, sentí cómo se corría alcanzando su orgasmo.

Salté de la cama y me puse de pie de golpe. Me desabroché los pantalones y dejé que el resto de la ropa cayera al suelo. Entonces la vi.

Su cuerpo estaba perfectamente alineado en el borde de la cama, con la mirada clavada en mi polla. Tenía una sonrisa dibujada en los labios, una de esas que lo encendían todo en mí. Le hubiera preguntado en qué pensaba en ese momento, pero fue tarde. Jordan, que estaba sentada sobre sus talones, agarró mi erección con sus dedos y un brillo travieso iluminó su rostro. Listo, estaba bien jodido.

Gruñí, ahogando un gemido. Su lengua recorrió la longitud de mi miembro antes de succionar la punta.

—Seattle, por favor. —La agarré del cabello, apartándola de mi cuerpo—. Si me haces esto, no aguantaré mucho más, y quiero que te corras otra vez cuando te folle.

La empujé sobre la cama y me incliné sobre ella, mordiendo sus labios. Me acomodé entre sus muslos, y mi chica levantó las piernas envolviendo mi cadera, presionando mi trasero con sus talones.

Colé una mano entre nosotros, alcanzando mi polla, apretándola contra su sexo y deslizándola entre sus pliegues con caricias lentas. Su respiración se entrecortó y una sonrisa nerviosa se escapó de sus labios.

Con un movimiento desesperado, atrapé el dobladillo de su vestido. Lo deslicé sobre su cabeza, dejando sus senos al descubierto.

Sus pequeños pezones, de un rosado intenso y tentador, parecían un imán, haciéndome la boca agua. Jugué con uno entre mis dedos,

acercándolo a mis labios, disfrutando de su suavidad hasta que no pude resistir más. Me lo metí en la boca, mordiéndolo con placer, dejando que su forma se deslizara sobre mi lengua.

Mis ojos se clavaron en los suyos. Y con un movimiento seco, agarré mi polla y me lancé hasta el fondo, sintiendo el húmedo calor de su sexo abrazar mi miembro mientras mi cuerpo se tensaba completamente.

—¡Ay, Dios! —gritó bajo mi cuerpo, clavándome las uñas en la espalda y entrecerrando los ojos.

«Lo sé, nena. Esto es una puta locura».

Con esfuerzo, la embestí de nuevo, entrando y saliendo de su interior, sintiendo cómo sus estrechas paredes apretaban mi longitud. Poco a poco, fui incrementando la velocidad, con sus pechos rozando mi piel. Y mordí su cuello, disfrutando de ese olor que me había enloquecido desde el primer momento.

Seattle gemía contra mi oído, meciendo sus caderas con fuerza contra mí. Estaba casi lista.

—¡Joder, nena, deja de hacer eso con tu coño, voy a perder el control! —bramé, acelerando las embestidas y haciendo que el choque de nuestros cuerpos resonara con fuerza en el camarote.

Los jadeos de Jordan se hicieron más ruidosos, así que presioné mi boca contra la suya. Y entonces, llevé mi mano a su clítoris, frotando su hinchado centro. Mis labios se cernieron sobre los suyos, acariciando su boca como si fuera el mejor tesoro del mundo. Y con un último esfuerzo, aceleré mis acometidas, sintiendo cómo explotaba con mi polla en su interior.

Levanté la vista y vi nuestro reflejo en el espejo del baño. Con la puerta abierta, la imagen era completa. Ver sus piernas rodeándome me encendía más por dentro; mi polla latía con tanta fuerza que sentía que iba a estallar. Jordan siguió mi mirada y, al notar lo que estaba viendo, esbozó una sonrisa cómplice. A mi pequeña traviesa también le gustaba la idea.

—¿Quieres verte mientras me cabalgas? —Deslicé mis manos por su cintura.

—Quiero vernos a los dos —murmuró con un toque tímido, mordiéndose el labio.

Giré nuestros cuerpos hasta quedar de espaldas al cabecero, dejándola encima de mí. Coloqué mis manos en su cadera, sintiendo cada movimiento mientras me comenzaba a montar. Sus ojos brillaban de emoción mientras mecía las caderas a un ritmo lento, su vientre se ondulaba y su trasero subía y bajaba con cada embestida. Nuestras miradas se encontraron en el reflejo, atrapadas en un juego hipnótico.

—Seattle, qué placer tenerte así… Quiero estar dentro de ti siempre —gemí, sintiendo la presión en mi miembro.

Ella apoyó las manos en mi pecho y se deslizó con más intensidad, dejándose llevar. Cabalgaba cada vez más rápido, con más entrega.

—Sí, me voy a correr otra vez —susurró, entrecerrando los ojos.

Sentí su vientre temblar bajo mis manos mientras la guiaba. La sujeté con firmeza, arqueando mi espalda para seguir el ritmo con ella. Y en ese momento me di cuenta de que estaba a punto de perder el control. No podía dejar que eso pasara.

Así que tomé las riendas. La coloqué a cuatro patas justo con su culo pegado a mi pelvis, y con nuestras miradas clavadas en el espejo, guie mi polla por su entrada, colocando la mano libre en su cadera. Entrando, saliendo, más rápido, hasta que nuestros cuerpos se movían al mismo compás, con el ritmo acelerado y la excitación desbordada.

—¡Sí, lo estás haciendo increíble, sigue así! —jadeó con fuerza.

Proseguí el ritmo con obstinación, con nuestros cuerpos en perfecta sintonía. Su cabeza cayó hacia adelante y, en ese momento, supe que estaba completamente entregada. Mis músculos ardían, aunque no me detuve. Todo lo contrario. Me volví loco, completamente absorto en ella, en follarla, en la sensación de libertad absoluta.

—¡Sí, me corro! —gimió, echando la cabeza hacia atrás y pegando su cuerpo al mío mientras su culo seguía rebotando contra mi pelvis.

—¡La leche, nena! —Giré su cabeza y la besé con violencia a la vez que observaba cómo se volvía a correr, haciéndome perder el control.

Me clavé en ella una última vez, cerrando los ojos y deshaciéndome en un tremendo orgasmo que me dejó agotado y eufórico.

Nos tumbamos sobre la cama. Sus labios buscaron los míos en un beso lento mientras acariciaba mi barba con suavidad. Apoyó el codo en la almohada y, de repente, con una calma inesperada, dijo:

—Voy a denunciarlos.

La miré, sorprendido. Su voz era firme, sin titubeos.

—Mis padres murieron intentando hacer justicia y yo pasé el resto de mi vida huyendo. Mis amigos y tú también los enfrentasteis, y creo que ya es hora de dejar los miedos atrás. Llegó el momento de afrontar mis demonios de una vez por todas.

La conocía lo suficiente para saber que esa decisión no era impulsiva. Aun así, no podía evitar preguntarle:

—¿Estás segura? No tienes que hacerlo si no quieres. Ya no pueden hacerte daño.

Acarició mi mentón con ternura, sus dedos rozaron mis labios.

—Puede que ni siquiera acepten las grabaciones como prueba… Además, no olvidemos que eran menores. Tal vez no sirva de nada. Aunque debo hacerlo, Nate. Por mis padres. Por toda la gente que vivió con miedo en ese instituto. Por Liam y, sobre todo, por mí. Me siento preparada. Y más aún si tú estás a mi lado.

Le tomé el rostro entre mis manos y la besé con fuerza, como si pudiera transferirle todo mi apoyo en ese gesto.

—Cielo, siempre voy a estar aquí para ti. —La envolví entre mis brazos, pegándola a mi cuerpo.

Sé que quizás los culpables saldrían impunes. Que el sistema pudiera fallarnos. Sin embargo, lo importante era que Jordan había dado ese paso. Porque necesitaba hacerlo, al igual que yo con mi padre, para demostrarse a sí misma que era fuerte.

***

Después de varios días en Los Cabos, disfrutando de los momentos más felices de mi vida con la mujer que amaba, regresamos a Seattle. Era allí donde nos instalaríamos, el lugar en el que comenzaría nuestra nueva etapa juntos, aunque el futuro todavía era incierto.

Jordan abrió la puerta de la casa con una sonrisa. No sospechaba que dentro le esperaba una sorpresa. Yo lo sabía desde hacía días; sin embargo, preferí guardármelo hasta que los implicados pudieran dar la noticia en persona.

Apenas cruzó el umbral, el sonido de risas y murmullos se detuvo. Allí estaban los Hughes, Caden y, por supuesto, la pareja feliz: Liam y Conor. Se quedó paralizada solo un segundo antes de correr hacia ellos. Liam la envolvió en un fuerte abrazo, seguido de Conor, quien se unió con la misma emoción.

—¡Te hemos extrañado tanto! —exclamó Liam, dándole un pequeño apretón antes de soltarla.

Jordan rio con la voz temblorosa por la emoción y negó con la cabeza.

—Yo más —confesó, aferrándose a la mano de Conor por un instante.

Yo, por mi parte, saludé a Caden con nuestro clásico fingimiento de desagrado, aunque a estas alturas nadie nos creía. Susan se acercó a mí con una ternura que aún no terminaba de acostumbrarme a recibir. Me abrazó brevemente antes de presentarme a Peter. A diferencia de su hijo, él tenía una energía amable y serena.

Nos adentramos en la sala, donde había comida y bebida servida sobre la mesa, y observé a mi alrededor. La vivienda no era grande ni lujosa, aunque tenía algo especial, un calor de hogar que nunca había sentido en ninguno de los lugares donde viví con mi familia. Allí todo siempre había sido frío y carente de vida.

Un manotazo repentino de Caden me sacó de mis pensamientos, derramando parte del líquido burbujeante de mi copa. Le lancé una mirada severa, pero él solo sonrió con burla. Al final, terminé haciendo lo mismo. Esa rivalidad absurda que sosteníamos cada vez tenía menos sentido. A decir verdad, él había sido un gran apoyo en los últimos tiempos, empujándome a seguir adelante cuando sentía que estaba atrapado.

Jordan estaba radiante. Rodeada de las personas que quería, se veía feliz. Sabía que le habría gustado que River estuviera allí

también, sin embargo, su vida estaba en otro lugar, lidiando con sus propios problemas.

—¿Chicos? ¿Qué hacéis aquí? —indagó Jordan, sorprendida.

—Parece que no te alegras de vernos —bromeó Conor, aunque su sonrisa se ensanchó justo antes de recibir un manotazo juguetón de ella. Sin embargo, en un segundo, ya estaban abrazándose con fuerza.

—Teníamos ganas de verte, JoJo —aclaró Liam—. Además, tenía que viajar a Estados Unidos para firmar un contrato.

—¿Un contrato? —Jordan los miró a ambos con el ceño fruncido, sin comprender del todo.

—Sí —continuó él—. Después de mis declaraciones en la final de los *playoffs*, me ofrecieron hacer una docuserie sobre mi vida, sobre lo que significa ser un jugador de hockey profesional y vivir abiertamente como un hombre gay en este deporte.

—¿Estás seguro? —Jordan tragó saliva antes de preguntar con cautela.

Sabía a qué se refería. A lo que habían vivido en el instituto, a las heridas del pasado que se iban a abrir.

—Sí, JoJo. Voy a contarlo todo. Hablaré de la relación inexistente con mis padres, de cómo tuve que fingir ser alguien que no era para evitar el rechazo, de cómo me escondí detrás de esa imagen de cabrón insensible que se enrollaba con chicas para encajar. De…, bueno, ya sabes. Contacté con algunos compañeros del instituto. Van a dar su testimonio. Muchos no se atrevieron a hacerlo antes, pensaron que callar era la única opción si querían un futuro. Con los años se dieron cuenta de la verdad: él solo se aprovechó de unos críos. No se verán sus rostros, pero también compartirán su historia. Tengo que hacerlo. No fue fácil para mí. Para llegar a la NHL tuve que renunciar, ante los ojos del mundo, a ser quien era. Y cuando creí que por fin podía ser libre, entendí que los prejuicios siguen ahí.

—Guau —susurró Jordan con los ojos brillantes—. Eres muy valiente. Sin embargo, ¿eres consciente de que esto te puede costar la carrera?

—Sabía que existía esa posibilidad. No obstante, para mi sorpresa, hay un equipo que nos quiere a Conor y a mí. Y, además,

apoya lo que voy a hacer.

—¡No puede ser! —Ella se llevó las manos a la boca antes de correr a abrazarlos otra vez—. ¿Tenéis equipo? ¡¿Dónde?!

—En el Seattle Rift —anunció Conor con una sonrisa de triunfo—. Digamos que Hughes tuvo algo que ver en eso.

—¿Tú hiciste eso? —Jordan giró la cabeza hacia Caden con incredulidad.

—No es para tanto, enana. Mi equipo está encantado de recibirlos. Sabemos que el Rift es un bebé al lado de los Wolves, pero aquí podrán jugar sin preocuparse de nada más. Solo importará lo que hagan en el hielo.

Conor me hizo un gesto con la cabeza y me alejé un poco. Me tendió un sobre y lo señaló con la barbilla.

—Nuestro representante me lo dio para ti.

Sabía perfectamente de qué se trataba. Lo doblé rápido antes de que alguien más lo viera y, sin abrirlo, miré a Jordan. Estaba feliz, rodeada de las personas que quería.

—Tío. —La voz de Conor me sacó de mis pensamientos—. Es una oportunidad increíble.

—Olvídate de esto. No has visto ni oído nada. Ya tomé una decisión, respétala.

—Tú verás… —Levantó las manos en señal de rendición—. Pero estás cometiendo una cagada monumental.

Lo ignoré y seguimos con la reunión como si nada hubiera pasado.

Cuando por fin nos quedamos solos, Jordan, emocionada, me llevó a recorrer la casa. Sin embargo, había un pequeño detalle. Hasta ahora no había tocado el cuarto de sus padres. Todo seguía tal como ellos lo dejaron y esa puerta se mantenía cerrada. El problema residía en que su cama era demasiado pequeña para los dos, o más bien, para mí.

Su sonrisa se apagó un poco al darse cuenta de la situación. Antes de que le diera demasiadas vueltas, me dejé caer sobre el colchón y la atraje hacia mí, recostándola sobre mi cuerpo.

—Bueno, podemos quedarnos aquí. Nunca he dormido en una habitación rosa.

—No es rosa, es morado —corrigió entre risas—. Y no cabes en la cama, además dudo que aguante tu peso.

—Seattle, pasaremos aquí la noche y mañana pedimos una más grande. Problema resuelto.

—Minnesota, mira a tu alrededor. —Extendió los brazos—. Esta habitación es diminuta. No cabe una cama más grande.

—Mierda, tienes razón. ¡Ya sé! Acampamos en el salón. Punto estratégico: cerca de la cocina.

Nos miramos por un segundo, antes de soltar una carcajada. Entre bromas y jugueteos, la cama comenzó a hacer unos ruidos sospechosos. Nos quedamos en silencio y estallamos en otra risa aún más fuerte.

Justo en ese momento, sonó el timbre. Jordan apoyó las manos en mi pecho para levantarse y yo fingí que me dolía.

—¡Ay! ¿Qué te hice para que me trates así?

Ella rodó los ojos y me ignoró con una sonrisa preciosa antes de salir de la habitación. Me incorporé con calma y bajé las escaleras detrás de ella. Y entonces me quedé paralizado.

Callahan estaba en la puerta.

Jerry parecía un hombre derrotado, como si los años hubieran caído sobre él de golpe. Su mirada suplicante se clavó en Jordan cuando la saludó, pidiéndole en silencio que lo dejara pasar.

—Es la última vez que te molesto —murmuró con voz cansada.

Cuando sus ojos me encontraron, me saludó con respeto, y aunque asentí con la cabeza, no pude evitar notar lo diferente que se veía. Ya no quedaba rastro del hombre imponente y temido que había sido.

Me acerqué a Jordan y le di un beso en la frente.

—¿Quieres que me retire?

Como imaginé, negó con la cabeza y sujetó mi mano con firmeza, guiándome hasta los sofás. Nos sentamos, envueltos en un silencio denso, casi asfixiante. Fue Jerry quien rompió la barrera primero.

—Si estoy aquí es para pedirte perdón. Fallé hace casi siete años y también lo he hecho ahora. No tengo excusas. Siempre fui un mal padre. Mi obsesión por el equipo me llevó a cometer errores

imperdonables. Con Michael, nunca entendí cuánto lo asfixiaba hasta que tu abuela lo ayudó a escapar de mí. Con Rick no fue distinto. Le hice sentir menos que su hermano, y eso lo convirtió en un hombre frío, cruel y distante, incluso con su propia familia.

Respiró hondo antes de continuar.

—A Ashley jamás le di el amor de un abuelo. Creí que el dinero sería suficiente. Y, curiosamente, la persona que menos tiempo pasó a mi lado fue a la que más lastimé. Ignoré lo que estabas viviendo, incluso cuando estaba ocurriendo bajo mi propio techo.

Se llevó una mano al rostro y se lo cubrió unos segundos, como si intentara recomponerse.

—Destruí a toda mi familia por aferrarme al imperio del hielo, y ahora estoy solo. Eché a Rick de mi casa y del equipo cuando descubrí que había mentido sobre lo que ocurrió contigo, tratando de proteger a su hija y haciéndome creer que lo que tú decías era culpa de las drogas. Ashley regresó con su madre, quien se casó en Francia con un marroquí, y ahora viven todos juntos. Mi nieta no quiere volver. No soporta la idea de que la gente la vea sin dinero y, para evitarlo, ha tenido que aceptar ciertas normas en su nueva vida.

Nos miró con tristeza antes de soltar la última bomba.

—Yo… he renunciado a la dirección de los Toronto Wolves. Me retiro de este mundo. Voy a alejarme de todo, a vivir con mi conciencia.

—No sé qué decirte. Tampoco sé qué pretendes con todo esto.

—No busco nada, Jordan. Solo quería disculparme y decirte adiós.

Se puso en pie, sus ojos brillaban por las lágrimas contenidas. Caminó hacia la puerta con paso pausado, pero, justo antes de que él cruzara el umbral, Jordan hizo algo que nadie esperaba.

—Te perdono.

Callahan se detuvo en seco.

—Y sé que mi padre también lo haría —continuó ella—. Espero que tú también puedas hacerlo y que encuentres paz.

Jerry cerró los ojos un instante, como si esas palabras le llegaran al alma. Cuando los abrió, una lágrima furtiva rodó por su mejilla.

—Gracias, hija, eso significa más de lo que imaginas —susurró conmovido. Me miró por última vez y asintió con solemnidad—. Prescott, cuídala como lo has hecho hasta ahora. Y sed felices. Ambos lo merecéis.

Giró la manilla. Estuvo a punto de volverse una última vez, aunque no lo hizo. La puerta se cerró tras él, y con ella, un capítulo que llevaba demasiado tiempo abierto.

Jordan dejó caer todo su peso, como si de pronto la fuerza la abandonara. La envolví en mis brazos, apretándola contra mi cuerpo.

—Ya está, nena… —musité contra su cabello—. Estoy muy orgulloso de ti.

Ella se aferró a mi camiseta, temblando ligeramente. Y en ese instante, supe que, aunque el pasado nunca desaparecería, había dado el primer paso para liberarse de él.

***

Desde la cocina, observé cómo Jordan finalmente descansaba tranquila en nuestra cama improvisada en el suelo de la sala. Tras la visita de su abuelo, se había quedado un poco agitada, así que decidí dejarla descansar mientras me ocupaba de algunas cosas. Puse el vaso de agua en la encimera y, con un suspiro, saqué el sobre que me había entregado Conor. Recordaba la llamada de mi agente cuando estábamos en Los Cabos, antes de que el calor del sol y la tranquilidad del mar se apoderaran de mi mente. Noah había sido claro: el equipo de hockey Chicago Guardians estaba interesado en mí.

Lo había rechazado en el momento, decidido a alejarme del hockey, sin embargo, me dijo algo que no pude olvidar: «Medítalo con calma. Solo estudia la oferta». Era una promesa que le había hecho, y aunque en ese momento solo quería disfrutar de Jordan, con el paso de los días, las dudas empezaron a rondarme. El hockey lo había sido todo, aunque también me había alejado de muchas cosas. Quería una vida más tranquila, algo que no estuviera marcado por las expectativas ajenas. Jugar con los Guardians era una oportunidad muy grande, aunque también significaba dejarla sola, en una ciudad donde no conocía a nadie, mientras yo viajaba. No podía ser egoísta.

«No, definitivamente no», me dije mientras rasgaba el sobre, dejándome llevar por la curiosidad. Lo abrí rápidamente, echando un vistazo por encima. Chicago Guardians quería un contrato de cuatro a cinco años conmigo, ofreciendo un salario de once millones quinientos mil dólares estadounidenses al año y un bono por firma de otros quince millones de dólares. Me contrataban como una pieza clave, con un rol de liderazgo, posiblemente como capitán. Las cláusulas de rendimiento eran tentadoras: si alcanzaba ciertos logros, como 50 goles o el MVP, recibiría bonos adicionales. Era todo lo que había soñado y más y, sin embargo, ya no quería eso para mí.

Arrugué el papel con frustración y lo tiré a la basura. Y fue entonces cuando la vi. Unos pies descalzos se asomaron por la esquina, y una mano alcanzó el contrato. «Mierda, no», pensé. Jordan lo había abierto y sus ojos recorrían las palabras detenidamente, con el rostro serio. Cuando terminó de leerlo, me miró, y no pude evitar notar la confusión en su mirada.

—¿Qué es esto, Nathan? —Movió la hoja con una ceja arqueada.

—Nada importante —respondí intentando quitársela de la mano, sin embargo, ella fue más rápida y me esquivó.

—No entiendo mucho de contratos deportivos, aunque esto parece serio. Además, jugar en ese equipo es una oportunidad única que te has ganado. ¿Por qué no me lo has contado?

—Nena, no la voy a aceptar. Estamos arrancando una vida aquí y lo que más me importa es verte feliz.

—Ya, pero esto no va solo de mí, también va de ti. Y sé que el hockey te hace feliz. No tienes que renunciar a ello por mí, porque puedes tener las dos cosas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nathan, acepta la oferta. Mudémonos a Chicago, empecemos de cero, en un lugar nuevo para los dos… O, bueno, no tan nuevo, ahí fue donde hablamos por primera vez. Da igual el sitio, lo importante es que estemos juntos y debemos apoyarnos en lo que nos haga felices.

—¿Y tú qué? Cuando yo esté jugando fuera, ¿vas a quedarte todo el día aburrida, esperando y hablándome por videollamada por la noche? ¿Eso es lo que quieres?

—Cielo, no voy a quedarme haciendo nada en casa. Tendré que encontrar un trabajo. Y las videollamadas, ¡pueden ser hasta divertidas! Piensa en esto: ¡es como si siempre estuviéramos de luna de miel cuando regreses!

—No me convence. ¿Y cuando tengamos hijos? Porque sé que tú sí quieres tenerlos. Yo no voy a estar ausente en su vida. Quiero disfrutar de cada momento con ellos. Además, no me parece justo que tú tengas que hacerte cargo de todo.

—Minnesota, ¡estás corriendo demasiado! Cuando llegue ese momento, ya lo decidiremos.

—No, nena. No seré un padre ausente. Cuando eso pase, me retiro del hockey.

—Me gusta ese plan, aunque ahora —dijo, abriendo un cajón y sacando un bolígrafo— firma ese contrato y vamos a descubrir juntos qué nos depara Chicago.

—Te amo, Seattle —confesé, firmando con una sonrisa y levantándola entre mis brazos para girar con ella.

—Yo también te amo, Minnesota. Y deberíamos celebrarlo, ¿no crees?

—Tengo mil ideas de cómo hacerlo —la provoqué mientras la llevaba en brazos hasta nuestra cama improvisada, besándola.

Epilogo

NATHAN

Un año más tarde…

Me encantaba despertar con ese pequeño cuerpo desnudo enredado en el mío. Su respiración tranquila, su piel tibia contra la mía… No había mejor sensación en el mundo que estar en casa, en Chicago, con Jordan.

El último año había sido una locura. Adaptarnos a una nueva ciudad, equilibrar nuestros horarios laborales y, sobre todo, cerrar de una vez por todas el capítulo más oscuro del pasado de Jordan.

Nos tocó viajar a Toronto más veces de las que nos hubiera gustado, enfrentarnos a abogados, declaraciones y acuerdos. El resultado no fue el que esperábamos, pero sí el que Jordan necesitaba.

Gracias a las grabaciones y a los testigos, logramos que todos los implicados pagaran una fuerte indemnización. El dinero cubría terapias, daños y perjuicios, y una suma significativa por el sufrimiento causado. Jordan decidió destinar ese dinero a ayudar a víctimas de *bullying* y abuso.

Tyson perdió su carrera en la NHL, quedó manchado de por vida en la liga y ni siquiera pudo encontrar equipo en el extranjero. Ashley terminó sin dinero, sin apellido, sin los privilegios que siempre la habían protegido. Los demás implicados no fueron a prisión, aunque lo perdieron todo: oportunidades, reputación, futuro.

Jordan, en cambio, recuperó su vida. Y eso era lo más importante.

Enfrentarlos cara a cara fue lo que la liberó de verdad. La vi dejar atrás el miedo, la rabia y el dolor con el que había cargado durante tantos años. Vi a la mujer más increíble del mundo renacer delante de mis ojos.

El despertador comenzó a sonar.

—Nooo, no quiero irme —protesté en voz alta, aferrándome más a su cuerpo.

Seattle se removió un poco y, con una sonrisa traviesa y esos ojos dulces que siempre me hacían perder la cabeza, me miró en silencio.

No lo pensé dos veces. Levanté su mentón y la besé.

—Buenos días, Minnesota.

—No quiero irme, nena. Voy a pasar de coger ese vuelo.

—Ja, no seas tonto. Esta noche es importantísima. Vas a jugar la final de los *playoffs* contra los Seattle Rift, ¿no es increíble? Todos mis chicos en la misma pista de hielo.

—Sí, increíblemente lamentable que un equipo tan malo como Seattle haya llegado a la final. Es para replantearse si el hockey no se está yendo a la mierda.

—¡No seas malo! —Me golpeó el pecho con la palma.

—¡Au! Pagarás por ello. —Me lancé sobre su cuerpo, atrapándola debajo de mí.

—Me temo que tendrás que vengarte en otro momento, porque tienes un vuelo que coger, cariño.

—Esta noche, después del partido, no habrá excusas.

—Puede que no estés de humor si perdéis.

—Seattle, te estás viniendo muy arriba esta mañana. Eso no va a pasar. Y en el hipotético caso en el que sucediera… tendrás que consolarme. Y si salimos vencedores, deberás recompensarme. Así que, pase lo que pase, salgo ganando.

—Qué morro tienes… —rio, dejándose envolver entre mis brazos mientras la colocaba sobre mí.

¡Mierda! —resopló de golpe—. No tengo tiempo para esto. Me espera una consulta con Derrick Lawson y, si quiero coger el vuelo al mediodía, debo marcharme ya.

—Uf, otra vez ese tipo. ¿Es que no va a despegarse de ti?

—¿Me estás diciendo que estás celoso de un jugador de la NBA? —Levantó una ceja con diversión—. Guapo, moreno, alto, atlético, sonrisa de infarto, además de divertido…

—¿Piensas todo eso de él?

—No seas tonto. A mí solo me gustas tú. Además, ocuparme del equipo de baloncesto es mi trabajo.

—Sí, pero no todos te regalan entradas ni te invitan a cafés. —solté medio en broma, medio en serio. Ese cabrón no me gustaba nada. Vi cómo la miraba en la clínica Chicago Sports Performance & Rehab Center donde trabajaba.

Desde que dejó su currículum, no tardaron en contratarla. La descubrieron cuando colaboraba con ellos mientras trataba mi lesión, y les impresionó tanto su trabajo que terminaron fichándola. Ahora estaba feliz ahí, y yo también por ella.

Sin embargo, aunque me alegraba verla triunfar, extrañaba viajar juntos en los partidos. Y ahora que pasaba tanto tiempo rodeada de jugadores de la NBA, bueno, no podía evitarlo.

Sí, lo admito, me volví un poco celoso. Sabía perfectamente la mujer que tenía al lado.

—Por favor, qué mono —emitió una carcajada, sacándome de mis cavilaciones—. Tengo diez minutos para demostrarte que solo te quiero a ti. Espero que los aproveches, Minnesota.

—No lo dudes, nena. Temí volar con las pelotas hinchadas.

Y no mentía. Haría que cada minuto valiera la pena.

***

El estadio vibraba, la energía era una locura. La gran final de la Conferencia Oeste. Todo o nada. Chicago contra Seattle. Miles de personas ansiosas por el comienzo, gritos, emoción, adrenalina en el aire…

Pero yo… yo solo podía pensar en una cosa.

Jordan.

Había pasado meses planeando esto, esperando el momento perfecto. Y si algo había aprendido en los últimos años era que el momento perfecto no existía, hasta que lo creabas tú mismo.

Respiré hondo. Ajusté los guantes. Era ahora o nunca.

—Vamos, hermano, haz lo tuyo —dijo mi compañero de línea, dándome una palmada en el casco.

Patiné hacia el centro del hielo. El árbitro, el *speaker*, los técnicos de sonido… todos estaban listos. Y lo más importante: los jugadores de ambos equipos también.

Los Guardians y los Rift se colocaron estratégicamente en el hielo, formando un semicírculo alrededor del centro. No como

rivales, sino como testigos. Liam, Caden y Conor estaban ahí, con sus *sticks* apoyados en la pierna, sonriendo cómplices porque sabían lo que estaba por pasar.

Las luces bajaron ligeramente y, de repente, mi cara apareció en la pantalla gigante.

El estadio se quedó en silencio, con sorpresa y quizás confusión. Eso no era parte del protocolo.

Agarré el micrófono que me pasaron y levanté la mirada hacia la grada.

La vi.

Mi mundo.

Jordan estaba sentada junto a Susan y Peter Hughes, con los ojos bien abiertos. Me sonrió, pero era de esas sonrisas de «¿qué demonios estás haciendo, Nathan?».

Le correspondí también.

—Jordan. Desde el día que te conocí supe que eras diferente. Que tu fuerza, tu forma de ver la vida, tu manera de enfrentarte al pasado… todo en ti me hacía querer ser mejor.

Respiré hondo, porque el corazón se me estaba saliendo del pecho.

—Me enseñaste lo que significa amar sin miedo. Sin condiciones. Y si hay algo que he aprendido en todo este tiempo es que el amor no se trata de esperar a que el momento perfecto llegue, sino de crear ese momento.

Los Rift y los Guardians, los mismos que en minutos estarían peleando por la Stanley Cup, levantaron sus *sticks* en alto, formando un arco sobre el centro del hielo.

Yo me arrodillé ahí, en medio de todo. Con mis compañeros, con mis amigos, con toda una multitud viendo.

Saqué la caja negra del bolsillo de mi guante y la abrí.

—Jordan Callahan, ¿quieres casarte conmigo?

El estadio explotó. No había partido, no había final, no había rivalidades. Solo el grito de miles de personas esperando su respuesta.

Jordan se llevó las manos a la boca. Estaba llorando. Susan la empujó un poco, Peter asintió con orgullo. Entonces, se puso de pie.

No dudó, no titubeó y gritó:

—¡Sí! ¡Sí, quiero!

Levanté los brazos en el aire como si ya hubiera ganado la copa. La multitud enloqueció, los jugadores golpearon el hielo con sus *sticks* y los Rift, a pesar de ser mis rivales, se acercaron y me abrazaron uno por uno.

Cuando bajó corriendo por las escaleras y la seguridad la dejó pasar, yo ya estaba ahí, esperando.

Ella saltó a mis brazos y yo la atrapé sin esfuerzo. Porque siempre lo haría.

El beso que nos dimos ahí, en el túnel, entre el frío del hielo y la locura de la gente, supo a todo lo que habíamos pasado. A todo lo que éramos.

Y cuando nos separamos, Hughes, desde el hielo, gritó:

—¡Tienes cinco minutos, Prescott! ¡Luego te destrozaremos en el partido!

Todos se rieron, y yo también. Porque sí, en unos minutos estaríamos dándolo todo en el hielo. Pero pasara lo que pasara, ganara quien ganara esa copa, yo ya había ganado lo más importante de mi vida.

A ella.

A nosotros.

A nuestra historia.

FIN.

Adelanto exclusivo

RIVER

Jamás en la vida pensé que volvería a cruzarme con él. El chico que una vez me hizo ver constelaciones enteras —sin telescopio y en un coche—. Y aquí estaba, en carne, hueso, tatuajes y mucho músculo: Nada más y nada menos que el mejor amigo de Jordan.

Parecía más alto de lo que lo recordaba, insultantemente guapo, y ahora llevaba un aro en cada oreja, otro en el lateral de la nariz y más tinta. Y ahí estaba yo, tragando saliva como si fuera un pez fuera del agua, con la boca seca y los ojos pegados a sus labios recién humedecidos. «Deja de mirarlo, River. En serio. Para». Y no podía, porque él me estaba observando del mismo modo. Como si intentara recordar cada centímetro de mí con la mirada.

Carraspeó, tragó saliva, y dio un paso hacia mí, y entonces me llegó ese olor a limpio, a recién duchado, a algo tan masculino y fresco que me nubló lo poco que me quedaba de juicio.

—Hola, chica de las escaleras. —Sonrió mientras extendía su mano—. Me presento: Caden Hughes.

Y sin que mi cerebro tuviera tiempo de protestar, mi mano ya estaba envuelta en la suya.

Y ahí lo supe. Estaba jodida. Otra vez.

Agradecimientos

A ti, lector.

Gracias por estar aquí, por formar parte de esta historia o de cualquiera de mis libros anteriores. Sin ti, nada de esto tendría sentido. Cada página escrita cobra vida cuando alguien como tú la lee y la siente. Gracias por regalarme tu tiempo, tu confianza y por seguir apostando por mis historias.

Quiero también dedicar un espacio especial a todas esas personas estupendas que me han acompañado en el proceso de este libro. A mis cuatro lectores beta, gracias por vuestra dedicación y por ayudarme a pulir cada detalle. Y en particular, gracias a Siena Bastida y Jude K Lyam, dos autores increíbles y aún mejores personas, que han estado a mi lado desde el principio de esta aventura literaria.

El equipo no estaría completo sin Marina (@mimamifriki_marinabooks) y Débora (@aidilibros), dos lectoras empedernidas, creadoras de contenido espectaculares y, sobre todo, personas maravillosas. Vuestras aportaciones, vuestro tiempo y vuestra implicación han sido un regalo que no podré agradecer lo suficiente.

También quiero hacer una mención especial a dos autoras que me han apoyado desde otro lugar, pero de una forma muy sincera y cercana: Francine J.C. y Adelaida Verdú (@adverdu.ilovebooks), que además comparte su amor por la lectura en sus redes. Gracias, chicas, por estar ahí.

Por supuesto, no me olvido de mi familia. Gracias por vuestro apoyo incondicional, especialmente a mi marido, que siempre me anima a perseguir mis sueños, por locos que parezcan. Y este libro, en particular, lleva un pedacito de alguien muy especial: mi abuelo. Un hombre admirable, con valores firmes y un corazón enorme, que siempre puso a su familia en el centro de su vida. El personaje de Nathan Prescott está inspirado en él y, de alguna manera, es mi pequeño homenaje.

Gracias de nuevo, de corazón, a todos los que me habéis acompañado de una forma u otra: lectores, autores, creadores de contenido, amigos… Esto es posible por y para vosotros.

Libros de este autor

Donde nacen las mentiras (Bajo el cielo de Milán nº 1)

Alessandra:

¿Sabes lo que nunca te dicen en los cuentos de hadas? Que a veces el príncipe azul resulta ser un completo cretino. Y no solo eso, sino que te promete un castillo y luego te deja atrapada en una torre. Sí, lo sé, qué sorpresa, ¿verdad? Pero no te preocupes, no estoy aquí para llorar por eso. Estoy aquí para decirte algo que tal vez no esperabas escuchar: yo no necesito que nadie me rescate. ¿Un príncipe? No, gracias. Si alguien va a escribir mi final, esa seré yo. Y créeme, va a ser una historia mucho más interesante.

Donde mueren los secretos (Bajo el cielo de Milán nº 2)

Marco:

Sabes lo que nadie te advierte del amor? Que no es un cuento de hadas; es una apuesta peligrosa. Alessandra llegó a mi vida como una tormenta: arrasó con todo, derribó cada muro que había construido y, cuando se fue, no dejó nada en pie. ¿El resultado? Yo, un hombre roto, intentando juntar las piezas mientras su recuerdo me persigue como un castigo.

Dicen que el amor te transforma. Claro, pero nadie te dice que puede dejarte hecho polvo. El amor no cura nada, no salva a nadie. Es un veneno dulce, y yo lo bebí hasta la última gota. Si alguna vez te cruzas con alguien como Aless, ten cuidado: con ella nunca sabes

cómo va a terminar la historia… o si alguna vez termina.

La Rosa de Skye

¿Qué pasaría si tu vida se transformara en una dramática ópera de la noche a la mañana?

Eso es lo que le sucede a Briana Cox cuando se ve obligada a abandonar su vida en Ámsterdam para mudarse a la isla de Skye tras descubrir un secreto que cambiará su historia para siempre. Al llegar a este pintoresco rincón escocés, Briana se da cuenta de que las mentiras y las verdades a medias han marcado y seguirán marcando su vida.

Mientras se adapta a su nueva realidad, su corazón y sus sentimientos se ven divididos entre dos hombres: un inglés que despierta su lado más oscuro y un escocés que le muestra que la felicidad está al alcance de sus manos. Todo esto ocurre en torno a Deerloch, la destilería familiar que se convierte en el epicentro de su nueva vida.

Equivócate conmigo: Entre sombras y pasiones I (Mafia Romance)

Eda Lako, recién graduada con honores, anhela liberarse de la sombra que proyecta la influyente familia Di Marco, donde trabajan sus padres y a la cual pertenece su mejor amiga, Alice. La ilusión de independencia se desvanece en el día de su graduación al descubrir que sus estudios fueron financiados por los Di Marco. Forzada a realizar sus prácticas en la empresa familiar en Italia, se enfrenta a una realidad más compleja de lo imaginado.

En este intrigante entorno, la trama se sumerge en el submundo de la mafia, revelando secretos sórdidos que vinculan a sus padres con

actividades criminales. Atrapada entre los hermanos Di Marco, Enzo y Francesco, Eda, quien desde la infancia ha amado en secreto a Francesco, se ve envuelta en una trama de pasión y deseo cuando es el hermano mayor, Enzo, quien irrumpe en su vida.

Equivócate conmigo narra una cautivadora historia donde el amor, la pasión y el deseo se entrelazan con un mundo siniestro y oscuro que transformará la vida de Eda. Descubrirá la maldad oculta en las personas, enfrentándose a sorpresas inimaginables en un viaje que desafía los límites de la moralidad y la lealtad.

Arriésgate conmigo : Entre Sombras y Pasiones II (Mafia Romance)

Eda abandona Turquía con el objetivo de regresar a Italia para buscar venganza y ver caer el imperio de los Di Marco, pero, sobre todo, a su mayor enemigo: Leonardo. Segura de que es una mujer diferente, más fuerte y dura, no teme su reencuentro con los hermanos Di Marco, que cada día se ven más arrastrados por culpa de su padre en las entrañas del mundo de la mafia. Nada sale como piensa porque no es tan fácil hacerle frente al pasado. Deberá cerrar esos viejos amores para darle paso a uno nuevo e inesperado que viene de la mano de Deniz, un turco que parece ser capaz de sanar sus heridas y hacerla sonreír. Las intrigas, las alianzas y el mundo oscuro en el que se adentra harán tambalear toda su existencia. Además de la lucha constante que la protagonista tiene, entre el amor sereno y seguro de Deniz y la pasión y los sentimientos desmedidos por Enzo, en esta novela, todos los personajes llevan una carga con la que tendrán que lidiar y luchar para vencer al mundo en el que están inmersos. Pero solo el amor y la lealtad serán su única arma para lograr su ansiada libertad.